LA RUEDA DE LOS CUATRO BRAZOS

- Introducción al carácter suprahistórico de la humanidad -



Ibn Asad إبن أسد

EDITORIAL IBN ASAD

www.ibnasad.com

LA RUEDA DE LOS CUATRO BRAZOS

- Introducción al carácter suprahistórico de la humanidad -



Ibn Asad

EDITORIAL IBN ASAD,

ISBN 978-1-257-03615-8

www.ibnasad.com

قُلِ اللَّهُ ۖ ثُمَّ ذَرْهُمْ فِي خَوْضِهِمْ يَلْعَبُونَ

Quran Al-Karim; 6, 91

ÍNDICE DE CONTENIDOS:

PRÓLOGO

Generalidades previas sobre el carácter suprahistórico de la humanidad

La exposición de la doctrina tradicional del tiempo no requiere una comparativa con la engañosa historicidad, aunque lo haya podido parecer en unas observaciones sobre este tema publicadas en la obra precedente.[1] Por lo tanto, tras haber dicho unas cuantas cosas sobre lo que "la verdad no es" en el trabajo anterior, se expresa aquí la intención de exponer lo que ella es y siempre fue. Esto conllevará innumerable errores de expresión, inevitables confusiones, y peligrosos malentendidos. Sin embargo, las circunstancias actuales permiten asumir estos peligros con una alegría que, a los ojos de muchos, parecerá temeridad. ¿Acaso existe una forma de abordar estas materias sin riesgo? No, no existe. Se encara dicho riesgo por doble motivo: por valentía… y porque no queda otra.

Dejadas a un lado comparaciones que sólo pueden resultar vanas para alguien que ignora una de las premisas comparadas, se puede ir al grano en este tema: reconociendo las limitaciones inherentes a la lengua y al canal de transmisión, se puede exponer la esencia de lo que sólo se acostumbra a ver la sombra, sin hablar de la sombra, sin comparar con la sombra, y sin adaptarse a la violenta ceguera de aquél que ni dicha sombra quiere ver. De este modo, la distensión resulta máxima, y sólo así se pueden ofrecer datos desnudos y claros acerca del objeto de este libro: el carácter suprahistórico de la humanidad.

Resulta previsible que al leer "suprahistórico" algunos frunzan el ceño, sobre todo si sus dialécticas, sus filosofías, sus sistemas… necesitan del adjetivo histórico para definirse. Sin embargo, la relación que esta obra

tiene con la historicidad no es de rechazo, ni de rivalidad, ni tampoco de negación. Lo suprahistórico se sitúa por encima de lo histórico sin pisotearlo; la suprahistoria transciende a la historia sin negar a esta última. Donde unos encuentran el nombre para sus propios sistemas filosóficos y la confesión de no poder concebir otra perspectiva temporal, ahí mismo se coloca el límite inferior de esta obra. Lo que unos estudian analíticamente como el *non plus ultra* de sus concepciones particulares, esta exposición lo identifica como el mero suelo sobre el cual elevarse. Esa historia no es sino la unidimensionalidad de un tiempo que aquí se presentará de una forma algo más adecuada para una realidad sumamente compleja y voluminosa.

En efecto: el tiempo es el eje de coordenadas de esta creación. Es por ello por lo que la historicidad necesita superarse; se precisa ampliar dicha perspectiva. Identificar el tiempo como una línea recta no permite proyectar una estructura esquemática de aquello que resulta curvo, profundo, monumental. Se comprende así que el medio de lo aquí tratado no resulta ser otro que el "tiempo", y en vez de referirse a dicha manifestación como "temporal" -pues la historicidad aún limitada conlleva ella misma cierta temporalidad- se enuncia aquí el carácter suprahistórico de lo aquí tratado, a saber, la humanidad. Consta que puede haber mareos y vértigos. También se asumen los peligros de enseñar el paisaje visto desde una alta montaña a algún que otro alpinista miope que se ha olvidado las gafas en su estudio. Evítense enfermos de mal de altura.

Por otro lado, aunque una exposición suprahistórica (o integralmente temporal, si se quiere) puede llevarse a cabo, eso no quiere decir que se pueda hacer de cualquier manera. Aquí las elucubraciones personales no

sirven; y las fantasías originales de individuos con fértil imaginación, tampoco. La concepción suprahistórica del tiempo y de la humanidad no es nueva, ni fantasiosa, ni mucho menos original. Conociendo los límites del método histórico para con el tiempo, ¿de dónde extraer una herramienta adecuada para abordar tal realidad? ¿De la fantasía individual? No, pues el tiempo resulta ser una realidad concreta, que precisamente por su complejidad, requiere bisturís de altísima precisión. Nada en la fantasía, ni en la imaginación, ni en la recién valorada intuición individual tendrá validez para acercarse al tiempo de una manera que supere los límites en donde los estudiosos modernos están acostumbrados a moverse. Se podría decir más: nada original en el individuo sirve para alzarse sobre la concepción histórica. Si se quiere realizar una exposición suprahistórica de lo que sea (en este caso, la humanidad), los datos, los conocimientos, las premisas o -si se permite decirlo así, la "metodología"-, deben extraerse de una fuente que transciende al individuo y también al propio tiempo. Así, dicha fuente requiere disponer de un origen necesariamente atemporal y no-humano; dicha esplendorosa fuente no es sino aquello que con propiedad algunos aún llaman "tradición".

Para entender la limitación individual para con la concepción integral del tiempo, basta meditar sobre el siguiente símil: una vigorosa y aventurera golondrina comienza un largo viaje. Ella sale de un punto cualquiera de la tierra (llamémosle punto A), volando en continua línea recta. Tras semanas de viaje convencida de que vuela en línea recta, ella llega al mismo punto A. La golondrina sabe que eso es imposible: una trayectoria recta en el plano no puede conducir al punto de origen. Piensa: "Tiene que haber un error: o yo no he volado en línea recta, o éste no es el mismo punto de origen, o alguna otra cuestión escapa a mi

entendimiento…" La golondrina no puede entender su trayectoria en su limitada concepción del espacio, de la misma forma que el individuo humano no puede entender su lugar en su limitada noción de tiempo. Desde esa perspectiva individual, somos como la golondrina. Pensemos ahora que existe un ser (por ejemplo, un astronauta, o el piloto de un avión…) que desde su posición ha podido ver la vuelta al globo terráqueo que ha dado la golondrina. Ese ser conoce el porqué la golondrina llegó al mismo punto viajando en dirección recta y opuesta al punto de origen. En este símil en el que el individuo humano es como una humildísima golondrina, el conocimiento de ese ser que vio la verdadera trayectoria del pájaro, representa a la tradición. Por lo tanto, no hay inconveniente en enunciar que la validez de esta exposición se reducirá a lo que no haya en ella de original, de personal, de individual. Aquí el autor resulta ser un mero sujeto que recoge datos que no le pertenecen, para después, exponerlos de la forma más adecuada y respetuosa que puede concebir.

Al comprender todo esto, a saber, esas limitaciones inherentes a la individualidad, se entenderá sin dificultad que este libro sólo puede leerse a modo introductorio. Así es como se ha resuelto titularlo, como "introducción", y no podía ser de otra manera ante una materia que requiere algo más que un libro para ser penetrada. Si se quiere introducir a una concepción integral del tiempo, dicha concepción tiene que ser ante todo una síntesis, y así serán presentadas las generalidades que encierra este prólogo.

Concepción tradicional del tiempo

Como ya se ha dicho, en otros trabajos anteriores se presentaron algunos pocos datos sobre la concepción temporal propia del ser humano. Nada diferente ni original se encontrará en la relación entre el tiempo y el hombre bajo parámetros normales. Poco importa la civilización, la raza, la casta, el sexo… para el ser humano, el tiempo siempre resulta ser una variable de dinamismo cíclico.

Precisamente lo único original y reciente al respecto, supone ser la actual existencia de hombres anormales capaces de extraños desvaríos. Uno de dichos desvaríos sería la visión netamente historicista del tiempo. Se resuelve evitar explicar aquí por qué y cómo esta contrahechura ha llegado a preponderar hoy en día, incluso dar base a sistemas de pensamiento, dialécticas, autotituladas "filosofías". Si se identifica a la historia como un suelo sobre el que elevarse, se entenderá que colocar dicho suelo como techo, resulta ser una locura. El que esa locura esté actualmente generalizada no debe importar aquí. En esta exposición, interesa la relación tradicional y normal del hombre con el tiempo, y no excepcionales anomalías que, por muy establecidas que se encuentren, no dejan de ser eso mismo. Así, el tiempo, desde un punto de vista tradicional, resulta ser una variable de dinamismo cíclico. Cualquier fuente así lo constata, e incluso los escasísimos supervivientes de la agresión de uniformización global moderna (aquéllos que algunos llaman "indígenas", "salvajes"…) así lo interpretan aún hoy. *¡Nihil sub sole novum!*

Aun siendo un término siempre ambiguo, al "tiempo" lo definen dos caracteres siempre presentes en las fuentes tradicionales. El primero de esos caracteres es el dinamismo. El tiempo se vive como dinámico;

independientemente de la realidad o irrealidad ontológica de dicho dinamismo, el tiempo se mueve, o al menos, parece moverse. El tiempo como dinamismo se contrapone en cierto modo a la eternidad, la cual sería inmóvil. *Nunc fluens facit tempus, nunc stans facit aeternitatem.*[2] El tiempo se vive como una controvertida y problemática secuencia de presentes sin duración; la eternidad se concibe como un "ahora" sin principio ni fin. En la tradición indoaria, ese "ahora" estático se define como la conjunción de "lo anterior" con "lo posterior" llamada *sthiti*. Todas las medidas del tiempo surgen de *sthiti*, que como el "ahora" estático estaría asociado al "eterno presente" (en sánscrito, *bhavat*), tal y como se encuentra en el *RgVeda*. "Grande y de largo alcance es ese nombre oculto con el que hiciste el pasado y el futuro."[3] Esa eternidad fuente y conjunción del despliegue temporal no es sino el principio metafísico absoluto. Se dice "*kalambrahmeti"*[4] , tal y como se encuentra repetidas veces en el *RgVeda* o incluso en la celebrada *BhagavadGita,* donde se hace explícita dicha identificación suprema.[5]

¿Pero cómo es posible entonces que de esta eternidad (*sthiti; bhavat; mahakala; brahman*; el tiempo inmóvil sin principio ni fin) surja, por así decirlo, el tiempo dinámico que vivimos? Porque la una y el otro (es decir, la eternidad inmóvil y el tiempo dinámico) no son sino un mismo principio de doble forma, tal y como señala por ejemplo, *MaitriUpanishad.* El tiempo y el mismo *brahman* identificado con él son de "doble forma", *dverupa.*[6] Así, se entiende que el tiempo sea, a la vez, eternidad inmóvil y flujo dinámico. Esa temporalidad dinámica (la cual se identifica sin problemas desde una perspectiva individual) es lo que aquí se va a llamar "tiempo", como por lo demás hacen todos los seres humanos en su cotidianeidad.

Por lo tanto, este tiempo sería la manifestación dinámica de un mismo ser, el cual en su esencia permanecería inmóvil. Circunscríbase aquí el interés a ese aspecto dinámico y de alguna forma secundario: el tiempo como flujo, el tiempo dinámico, el tiempo vivido por el ser humano. Se dice con propiedad "vivido", porque el ser contingente manifestado en este tiempo, nace y muere. El tiempo como continuo flujo dinámico es sinónimo de cambio, y por lo tanto, de muerte. *Alternatio est via ad generationem et corruptionem.*[7] Y ya antes lo dijo *Platón* en el Eutidemo[8] , y mucho antes lo ilustró el río de *Heráclito* y múltiples tradiciones mediterráneas, levantinas, indias y extremorientales.

Sin duda, el río, "El Gran Río", resulta ser una imagen simbólica del tiempo utilizada en todas las manifestaciones búdicas, desde el canon pali del *hinayana* hasta el *zen* japonés. "Atravesar el río", "pasar a la otra orilla" es la prueba iniciático-simbólica del sabio que aspira, por lo tanto, a superar el devenir, el cambio, la temporalidad, en definitiva, la muerte. *Sarvam anityam*[9] *,* exclama el viajero que se encamina en la senda de la extinción trascendental búdica. Un paradójico viaje desde el cambio hacia lo estable, desde *samsara* hacia el *nirvana,* o en términos familiares a la metafísica occidental, del devenir al ser.

Ese devenir cambiante resulta extraño: parece moverse, y de hecho, se mueve. Sin embargo, no existe una secuencia de algo mensurable y con magnitud. Parece haber innumerables instantes presentes sucediéndose, pero no puede sucederse lo que no tiene duración. *Aristóteles* lo explicó mejor en su Física, donde dijo que "el tiempo no está compuesto de una infinidad de ahoras atómicos".[10] Así, dos puntos contiguos sin extensión resultan un absurdo del que nunca podría salir una línea. Sin manera de determinar dos puntos dimensionales en ese extrañísimo flujo, el tiempo

no puede tener un principio y un final, más allá de una convención que se concretará alrededor de una relación espacial, es decir, una "duración". Sólo así se puede medir el tiempo. Fuera de nuestra convención, el flujo temporal parecerá siempre comenzar, de la misma forma que al mismo tiempo parecerá terminar. Ante esta imposibilidad lógica y práctica para identificar el principio y el fin del tiempo, se comprueba que ambos -principio y fin- sólo pueden existir encontrándose, uniéndose e identificándose en un punto adimensional.

Y este encuentro nos lleva al segundo carácter del tiempo: su naturaleza cíclica. Si el tiempo parece moverse desde su forma fluida, por necesidad se moverá de un punto a otro (siempre y cuando podamos determinar un punto temporal, lo cual como se ha visto no resulta nada fácil) También se ha visto que esos dos puntos no pueden ser sino un único punto, principio y fin impensables de un tiempo en consecuencia cíclico. Ese punto es referido en la tradición india como *mahapralaya*, y a pesar de que es tanto principio como fin, él parece a nuestros ojos una "disolución", un fin -si se quiere-, pues nuestra perspectiva individual insertada en la vida fluida de la temporalidad, sólo así puede interpretarlo.

Por lo tanto, si el misterioso continuo temporal es cíclico, sólo tendrá principio y fin a modo de ilusión, en un dominio relativo, donde dichos puntos se determinarán en base a una convención, individual o colectiva. Por ejemplo, decimos que el comienzo de la vida de un ser humano (su nacimiento) es cuando su madre le da a luz, y esto es cierto: se trata del principio del tiempo medido a través de los intervalos de inmanifestación y manifestación de una persona. Sin embargo, fuera de esa convención determinada, el flujo temporal en modo absoluto tiene como comienzo ese instante. Lo mismo se puede decir del final del tiempo de una

persona (su muerte), una civilización (su colapso) o incluso una era: nada de eso es, en modo absoluto, el "fin de los tiempos", por mucho que lo pueda parecer desde nuestra frágil perspectiva individual. Así, el tiempo no sólo será cíclico, sino que tendrá infinidad de ciclos, tantos como determinaciones podamos hacer en su flujo, es decir, un número indefinido e incontable. ¿Cuántos puntos tiene una circunferencia? Se recuerda que el tiempo tiene dos formas, es *dverupa*, por lo tanto, ¿cuántos comienzos y fines tiene el tiempo? Desde su forma inmutable -ya se ha visto: la eternidad-, no tendría ninguno. Y desde su forma dinámica, ¿cuántos comienzos y fines tiene el tiempo? Todos los que queramos que tenga: el sujeto (el *purusha*, el observador, *dhristu,* el sí-mismo) determina a su voluntad el comienzo y el fin del tiempo. ¿Se comprenden las implicaciones de esto último? ¿Se empieza a profundizar en el verdadero significado de la libertad? ¿Qué significa todo esto en palabras claras? Pues que tú mismo (y al decir tú mismo se dice exactamente eso) controlas el flujo temporal universal, con un principio y un fin determinados sólo por ti.

Las determinaciones convencionales de ese tiempo se apoyarán siempre en el espacio, y las primeras determinaciones vendrán de los movimientos celestes, muy especialmente, del sol y de la luna. El año no es en modo alguno una medición del tiempo: es una medición de los intervalos en los que la tierra da una vuelta orbital al sol. De la misma manera que el sol parece moverse cuando en verdad es la tierra quien da vueltas a su alrededor, el tiempo no se mueve, somos nosotros quienes se mueven y decimos "medir el tiempo" en base a esos movimientos espaciales.

Incluso la convención temporal primordial, es decir, el año (el *prajapati* del *RgVeda*), ya demuestra la manifestación necesariamente cíclica del dinamismo temporal. ¿Dónde comienza y termina el año? En donde se determina que así sea: se puede situar ese punto en un solsticio (y de hecho será el de invierno el más común), pero también en un equinoccio, en una casa zodiacal determinada, o en un punto cualesquiera de la órbita (por ejemplo, el 1 de Enero del calendario gregoriano). ¿Pero en verdad se puede concretar ese punto? No, no se puede.

El calendario solar supone ser un símbolo primordial del tiempo, y tal y como ya se ha dicho sobre los símbolos en otra obra[11], el conocimiento metafísico se transmite a través del lenguaje simbólico. Tras estas generalidades teóricas sobre la concepción tradicional del tiempo, es necesario presentar un soporte para poder profundizar en nuestro objeto, a saber, una manifestación temporal concreta: la humanidad. Si se quiere encontrar lo común dentro de una realidad tan compleja y diversa como la humanidad, se comprobará que más allá de las incontables diferencias entre humanos, todos comparten el estar inscritos en el flujo temporal. El tiempo nos interesa por el mero hecho de ser humanos. El sublime tratado de la *tassawuf* islámica *kashf al-majeb* afirma que "el conocimiento del tiempo, y de todas las circunstancias exteriores e interiores cuyo efecto depende del tiempo, incumbe a todos." Por lo tanto, antes de ahondar en aquello que nos concierne, conozcamos el vehículo para dicho viaje.

La rueda como símbolo

Dicho que la coordenada que interesa a este trabajo resulta ser el tiempo (como flujo dinámico y cíclico), el símbolo primordial de esta

temporalidad resulta ser la "rueda": una circunferencia en constante revolución se mueve alrededor de su centro en ciclos indefinidos (las vueltas de la rueda), y cada uno de esos ciclos podrá estar dividido a su vez por los puntos que se determinen por radios que salgan de su centro. Por esa idoneidad simbólica, la rueda es uno de los primeros y más importantes símbolos tradicionales *(fig. 1),* y no se duda aquí en relacionar dicho símbolo con la tradición primordial.

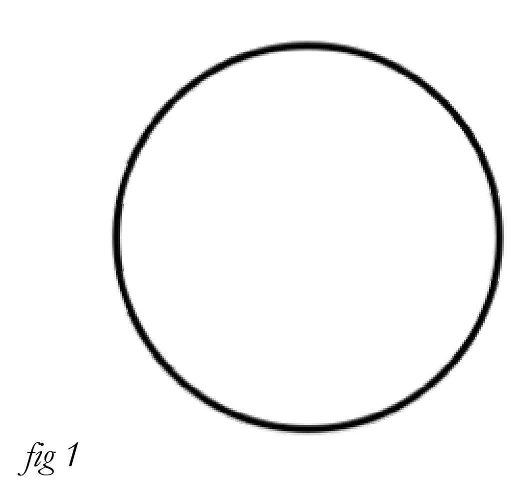


fig 1

A propósito, resulta cómico escuchar algunas elucubraciones modernas sobre la "revolución técnica" que supuso la "invención de la rueda" para lo que han determinado en llamar "hombre prehistórico", como si éste mutara (peor aún, "evolucionara") por los avances tecnológicos. ¡Se ha podido leer recientemente a un antropólogo comparando la aparición de la rueda con la modernísima "revolución informática"! De nuevo aquí hay un ejemplo más de cómo se empecinan en extraer deductivamente lo superior de lo inferior. El símbolo de la rueda (la idea inteligible, el arquetipo si se quiere llamarlo así) se antepone y se sobrepone a la rueda técnica (la que se coloca en los carros). La técnica es una aplicación del conocimiento de los principios metafísicos, por lo tanto, la técnica estaría subordinada siempre a éstos últimos. Dichos conocimientos se

transmiten a través del simbolismo tradicional, y uno de esos símbolos sería la antiquísima rueda.

Pero dentro de la misma rueda, hay otro símbolo anterior, más principal, más primordial si se permite decirlo así: su centro. La rueda necesita previamente un centro, un origen de la circunferencia para construirse. Se comprueba que dicho centro no tiene dimensiones, tampoco forma. El centro resulta ser un principio no espacial (nadie puede dividir o dimensionar el centro de una circunferencia), y a pesar de ello, irradia una proyección espacial: la misma circunferencia.

Por lo tanto, la circunferencia encierra (nunca mejor dicho) el símbolo del principio supremo, a saber, el centro, pues aun siendo el origen del trazado de la circunferencia rotante, él permanece inmóvil. La circunferencia se hace rueda al "rotar" sobre dicho centro. Así, el centro -punto adimensional central de la rueda- es el símbolo primordial del principio metafísico supremo, lo que en términos aristotélicos sería el "motor inmóvil"[12]. Apoyándonos en esa terminología, la rueda sería el símbolo primordial no sólo del tiempo -lo que aquí nos interesa-, sino también del espacio, de la "física" en el sentido aristotélico, de la "creación" en términos religiosos, del "mundo" en definitiva.

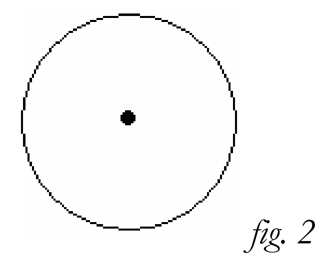


fig. 2

Este contenido dual (centro metafísico y mundo físico) tiene como símbolo tradicional el centro y su circunferencia (*fig 2*), y se encontrará este símbolo en todas tradiciones, e incluso en vestigios indatables para los estudiosos contemporáneos. Una vez más, estamos ante un símbolo indudablemente relacionado con la tradición primordial. Como símbolo del mismo principio, el sol supone ser el mismo "centro inmóvil" de nuestro mundo físico, y es por ello por lo que este mismo símbolo se ha conservado como signo en astrología y astronomía para referirse al sol. Esta estrecha relación simbólica no disculpa la generalizada confusión que los estudiosos profanos extraen de aquí, al adjudicar a todos estos datos un carácter "solar", cuando el mismo sol es, a su vez, un símbolo del mismo principio metafísico aquí tratado.

De la misma manera, interpretaciones parecidas se acostumbran a extraer de la infinidad de variaciones de este mismo simbolismo, en las que la rueda estaría dividida en un número variable de radios, siendo cuatro, seis, ocho, diez y doce, los casos más habituales. Las correspondencias simbólicas del número de radios con los contenidos metafísicos simbolizados son tan complejas que se reconoce no poder hacer aquí ni tan si quiera un resumen. Basta decir que la más sencilla de esas divisiones es la que se encuentra en la rueda con dos diámetros ortogonales, dividiendo la rueda en cuatro porciones (*fig 3*). Esta división simbólica es en la que se apoyará esta obra al tener como objeto el tiempo, pues basta señalar los cuatro momentos del día, las cuatro fases lunares, o las cuatro estaciones, para comprender que el cuaternario tiene correspondencias directísimas con la temporalidad dinámica y cíclica que aquí interesa.

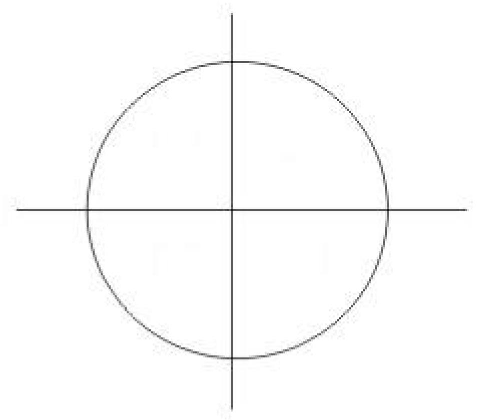


fig. 3

No obstante, la rueda podrá ser encontrada dividida por seis radios, ocho, (*fig 4*), diez, y sobre todo, doce. La rueda de seis radios es fácil de encontrar en

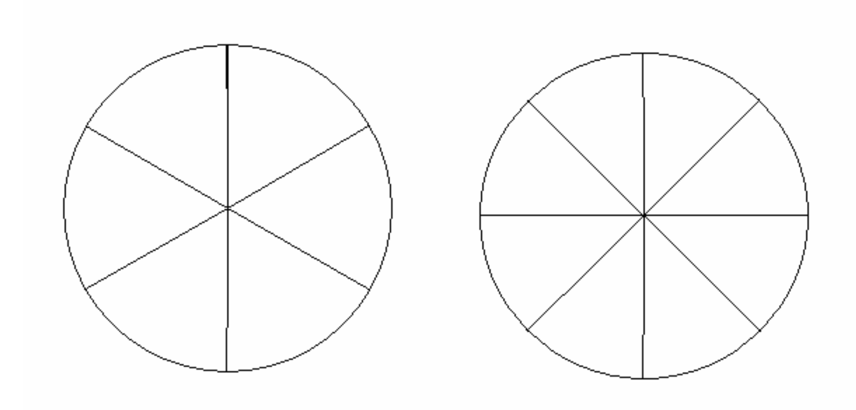


fig 4

India (con la voz sánscrita, *chakra*), comúnmente relacionada con el agua y animales acuáticos, por ejemplo, en el diagrama típico del *svadhistana.* Esta misma rueda de seis radios estaría estrechamente relacionada con el crisma, figura antiquísima, sin duda pre-cristiana (*fig 5*), que puede encontrarse también en la cristiandad vinculada al "pez", a la letra "p", y al sonido " *f* " ("ph" en lenguas indoeuropeas; el ideograma "*ph*" consonántico labial aspirado de la lengua sánscrita).

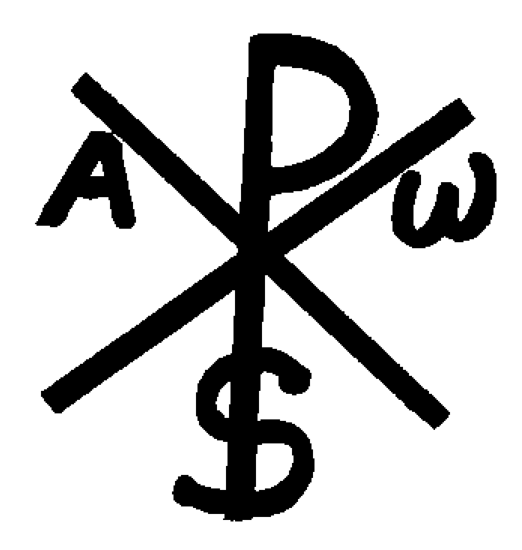


fig 5

A la rueda de ocho radios resultará sencillo relacionarla con Caldea, Asiria, y en menor medida, con Persia. Sin embargo, ninguna de esas civilizaciones supone ser su origen ni mucho menos. Toda la Edad Media cristiana presentará esta rueda, y ella también tendría relación directa con otro símbolo asociado a expresiones tradicionales semíticas, la estrella de ocho puntas (*fig. 6*), símbolo comúnmente encontrado en el Islam. Los dos cuadrados entrecruzados, la estrella octogonal, la estrella de ocho puntas podrá encontrarse en mezquitas de todas las épocas. Como siempre en estos casos, hablar del "ocho" en el arte tradicional islámico merecería un trabajo monográfico, para el que se admite no estar cualificados.

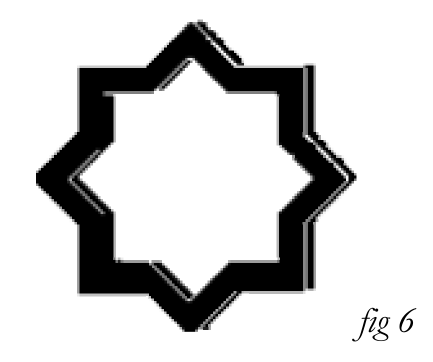


fig 6

En cuanto a la rueda de diez radios (*fig 9*), ella se encuentra con mayor dificultad que las precedentes, tanto en la cristiandad como en tradiciones orientales. En India, se vincula al "resplandor" (el ejemplo sería el *manipura*), a la "perfección", y a la "luz". Se puede encontrar la rueda denaria también en vestigios celtas, irlandeses, y también en fuentes vinculadas a la épica del *Graal.*

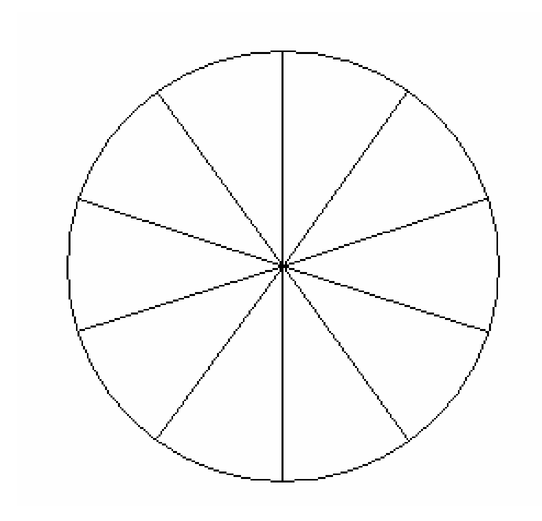


fig. 9

Sin embargo, la división radial más común es la de doce (*fig. 10)*, relacionada a su vez con el "centro tradicional" (el tabernáculo hebreo), el "centro del corazón" (el *anahata* tántrico), el "centro del universo" (el círculo zodiacal astrológico). Doce son los *aditya* de la tradición india, doce son los apóstoles cristianos, doce son las tribus hebreas, doce son los signos zodiacales… y la lista no tendría fin. Pero no se tiente el lector a hacer una interpretación naturalista de todos estos datos, quizás alentada por la generalizada confusión al respecto: lo que parece el origen arquetípico de estos simbolismos no es más que otro símbolo a su vez del mismo principio metafísico. En palabras más claras: los doce apóstoles cristianos, los doce *adityas* indoarios, las doce tribus… no son

doce por una correspondencia con los doce signos zodiacales. No; sino más bien al contrario: los signos zodiacales son doce por una correspondencia inversa con el mismo principio metafísico que hace que sean también doce los apóstoles, los *adityas*, los caballeros de *Arturo*, las tribus… Recuérdese que toda manifestación física sólo puede ejercer de símbolo de realidades metafísicas, y esto también es aplicable a la estructura celeste. No sólo eso: ése es el dominio de la astrología como ciencia subordinada al contexto tradicional, y es por la completa confusión al respecto, por lo que esta ciencia actualmente no existe salvo como un residuo completamente degenerado con finalidades más o menos adivinatorias.

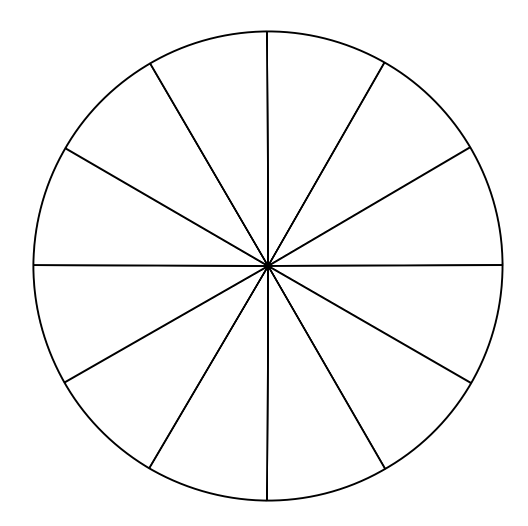


fig. 10

Pero sin desviarse de la división radial que aquí interesa, la rueda de doce radios no es sino un desarrollo del símbolo de la rueda dividida más sencillo que existe y que aquí se tomará como vehículo: la rueda dividida en cuadrantes. Las correspondencias simbólicas y numéricas del cuaternario se complementarán con correspondencias espaciales. No sin motivo, la división tradicional de la ciudad en Harappa, en la India brahmánica, en Babilonia, en Egipto… era cuaternaria, y quien esté familiarizado con el mundo hebreo o con el cristiano, sabrá que el

campamento judío estaba dividido en cuatro, en “cuarteles”. Esta misma división también se encuentra en la Edad Media cristiana. Es más: la división tradicional de la ciudad en cuarteles (cuatro), tenía a su vez una división en tribus (tres), y esta misma descripción coincidiría con la “Jerusalén Celeste” de fuentes apocalípticas. Así, la división de la ciudad (o del campamento, o del pueblo) no es más que un desarrollo de la división simbólica cuaternaria (4 x 3=12), y esa misma correspondencia simbólica no sólo se vuelve a encontrar con respecto al espacio en el círculo zodiacal, sino que el contemporáneo vuelve a encontrarse con ella, vinculada esta vez al tiempo, cada vez que mira a su muñeca para saber la hora, en la esfera del reloj. ¡Véase que hasta para llegar puntual a una cita, el tiempo se apoya en una misma estructura simbólica! Se entiende así sin dificultad que el vehículo simbólico de esta exposición sobre la manifestación suprahistórica de la humanidad sea la rueda de cuatro radios. Veamos algunas generalidades sobre dicho número cuatro.

El “cuatro” como símbolo metafísico del dominio del tiempo y el espacio

Es fácil hacerse cargo de que hoy en día los números son poco más que cifras, expresiones de cantidad que nos rodean por todas partes. Estos números son los elementos del leguaje de una ciencia autotitulada exacta, a saber, las matemáticas. Sin embargo, no siempre fue así, y no siempre los números estuvieron exclusivamente al servicio de esto que hoy se llama “matemáticas”. El número no es sólo y en primer lugar, una expresión cuantitativa, sino que es también y ante todo, una expresión cualitativa, tal y como se puede comprobar con la existencia de una “ciencia sagrada de los números”. El hecho de que el entendimiento

moderno tenga las puertas cerradas a esta ciencia (como por lo demás, a cualquier saber tradicional), no quiere decir que no se pueda comprobar con facilidad la existencia de dicha ciencia: El Islam tiene esa ciencia, la Qabbalah tiene esa ciencia, el cristianismo gnóstico tiene esa ciencia… y también por fuentes directas o indirectas, se sabe que los griegos conocían esa ciencia (la doctrina pitagórica), los sumerios, los egipcios, los asirios, los caldeos, los persas, los babilonios, los indoarios, los chinos… en definitiva, toda civilización normal disponía de esa ciencia, y resulta fácil comprobarlo. En todos esos casos, los números no son cifras en el sentido matemático del término; son algo más: expresiones simbólicas de realidades de orden metafísico, es decir, de principios. Y el primero de esos números (que no cifra, porque él solo no puede expresar con rigor ninguna cantidad), sería el "uno".

Desde esta perspectiva, el "uno" no es sólo el primer número, sino que supone ser el primordial, pues de él surgen todos los demás. Inmediatamente surge el número "dos" que supone ser la consecuencia de la primera determinación, es decir, el número "uno". En palabras más claras: al hablar del número "uno", su determinación pasará a crear una dualidad (el "dos"), y necesariamente, al haber "dos", del producto y comparación del "dos", surge el "tres". Se entiende que los números, entendidos así como arquetipos cualitativos, son símbolos de la cosmología tradicional, y así fueron utilizados en la "ciencia sagrada de los números" ya citada. En ese proceso cosmológico, del "cero" (es decir, del infinito metafísico) se manifiesta el cosmos, o en lenguaje religioso, se "crea el mundo". Por lo tanto, en términos aristotélicos, sería el paso de la "Metafísica" a la "Física", y dicha manifestación cósmica (a saber, un mundo), estaría sujeta a las coordenadas del espacio y del tiempo.

Al haber detenido la exposición numérico-cosmológica en el "tres", es fácil comprobar que el "tres" es el número de la potencia cosmogónica en todas las expresiones tradicionales: la *trimurti* hindú, la triada extremoriental, las potencias *iccha-kriya-jñana* del tantra, el ternario *lakshmi-gayatri-saraswati* de escuelas shaktas, la Santísima Trinidad del catolicismo… salvando las hondas diferencias entre estas expresiones, el "tres" sirve siempre de despliegue de las potencias, de principios, de funciones que intervienen en la manifestación cósmica. ¿Cuál será el número de dicha manifestación? El siguiente: el "cuatro".

El cuaternario simboliza el dominio de la manifestación espacio/temporal. De hecho, esa dimensión se ilustra con el primer sólido platónico perfecto: el tetraedro *(fig. 11)*. El tetraedro tiene cuatro caras y cuatro vértices, y supone ser el primer volumen regular y perfecto posible. El origen del desarrollo del tetraedro es el triángulo (el "tres"), que al proyectar su centro en la tercera dimensión, encuentra el cuarto vértice que permite que el volumen se cierre con cuatro triángulos equiláteros iguales. Por lo tanto, se trata de una pirámide con base triangular equilátera, y simboliza el cuaternario tridimensionalmente, como primer volumen posible, o en términos platónicos, sería el primer sólido perfecto, y así se consideraba al tetraedro en la geometría griega, ciencia preliminar y necesaria para ingresar en la academia platónica.

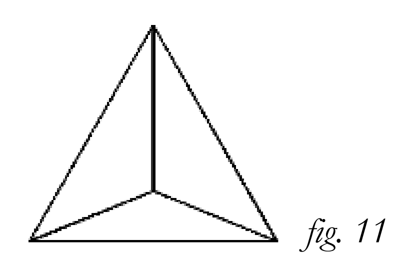


fig. 11

Ese cuaternario como manifestación cósmica, está también simbolizado por la serie de los cuatro números primordiales (1, 2, 3, 4), y esa secuencia se representa gráficamente con el triángulo que lo pitagóricos llamaban *tetraktys. (fig. 12)* La serie del *tetraktys* (1, 2, 3, 4), encierra toda la decena, pues su suma es "diez" (1+2+3+4=10). Es decir, que el *tetraktys* compone el ciclo integral (es decir, todos los números), pues lo que los matemáticos llaman "base decimal" no resulta ser una mera convención de origen humano, tal y como algunos estudiosos resuelven al relacionar el sistema decimal con el hecho de que el ser humano tenga diez dedos. Como en todos estos casos, basta decir a los modernos que el ser humano no cuenta en "base diez" porque tenga diez dedos, sino que tiene diez dedos por el mismo principio por el cual la manifestación cósmica se puede expresar numéricamente.

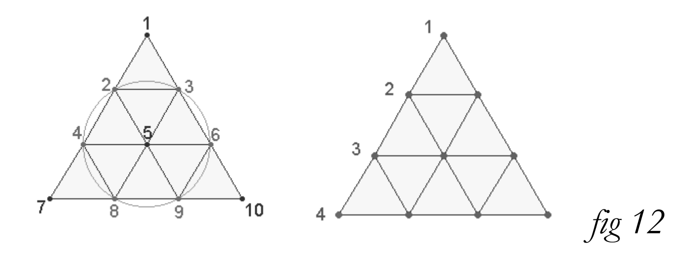
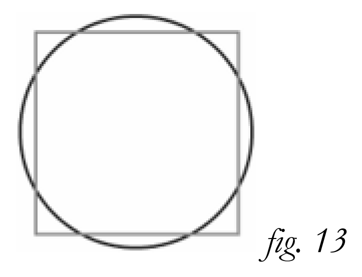


fig 12

La relación del cuaternario con el denario como ciclo numérico completo es fácil de encontrar en toda expresión tradicional, no sólo en la doctrina pitagórica, sino también en el taoísmo chino donde explícitamente, se dice que "después del tres, surgen todos los números."[13] En efecto, el cuaternario representa la multiplicidad cósmica, a saber, la manifestación universal, la "creación" en términos teológicos, el mundo materializado. Otra representación geométrica del cuaternario resulta ser el cuadrado, que puede encontrarse en relación con la rueda *(fig. 13)* o no.


fig. 13

Esta relación cuadrado-circunferencia (cuaternario-denario) sería análoga a lo ya explicado sobre el *tetraktys,* y guardaría relación directa con el conocido problema hermético de la "cuadratura del círculo". El cuadrado es la representación geométrica del elemento tierra, como límite de la manifestación, como *hyle,* o utilizando una palabra tan conflictiva como usada, como "materia". En fin, el cuadrado simboliza la manifestación universal en donde el tiempo y el espacio son sus coordenadas. Siendo así, el cuaternario interesa tanto si se habla del espacio, como si se habla del tiempo, como en este caso. Sin embargo, estas correspondencias simbólicas con el espacio precisan conocerse, aunque sea de modo somero como se explicará a continuación.

El cuaternario espacial

Si se examinan las diversas cosmogonías tradicionales, se observará que en muchas de ellas, se explicita que lo primero que tiene que darse para manifestar el universo… es el espacio. Para "crear el mundo", es preciso espacio, mucho espacio, todo el espacio del mundo. Y esa voz, "espacio", sería una de las traducciones del *akasha* sánscrito, bien es cierto que entendida en su acepción cosmológica y no elemental, la cual sería "éter". El *akasha*-espacio aparece como elemento cosmológico en

muchas tradiciones, y tampoco ese carácter resulta incompatible con el *akasha*-éter, porque éste (el éter) resulta ser la esencia elemental (*tanmatras*) que hace posible la propagación del sonido, el cual es el medio "creador" en las doctrinas mediterráneas del *logos*, presentes también en el cristianismo tal y como lo expresa la célebre apertura evangélica de San Juan.[14]

El espacio -como el tiempo- es una coordenada de la manifestación universal, y éste también estaría simbolizado por el cuaternario. Cuatro son los puntos cardinales, cuatro lados tiene un plano delimitado, cuatro son las direcciones en el espacio. Norte, sur, este y oeste. Hay quienes sitúan el norte arriba, otros el este; hay quienes enuncian los puntos cardinales tal y como aquí se ha hecho, los hay quien enuncian: norte, este, sur y oeste. Existen variaciones culturales que no deben desviar la atención del contenido esencial de una rosa de los vientos (*fig. 14*), que supone ser el mismo cuaternario simbólico. Del "centro" (el mismo centro del que se habló con respecto a la rueda), se proyecta un "polo", un "norte" (en ocasiones, "este", es cierto), pero siempre elevado, superior, polar.

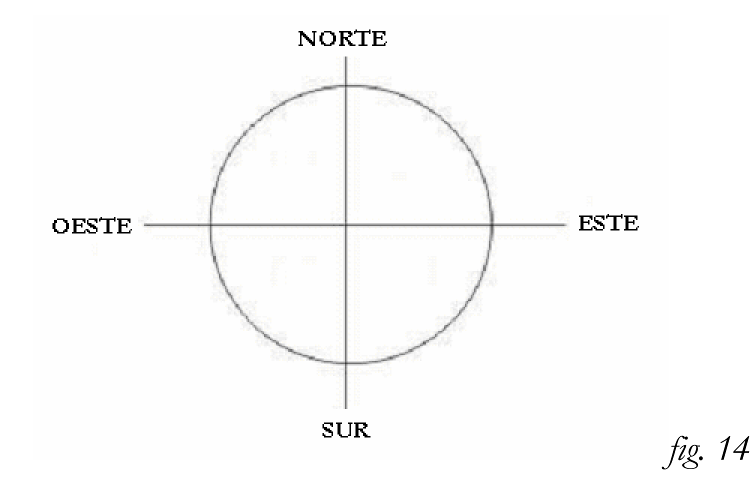


fig. 14

Se vuelve aquí a recordar (pues nunca será suficiente), que las correspondencias simbólicas tradicionales, no toman como principio observaciones naturales, sino exactamente al contrario: un principio metafísico se sirve de una expresión simbólica que sólo puede resultar física. Olvidar esto es el generalizado error que comenten los modernos al dar a las simbologías, un origen "solar", "sideral", "zodiacal"… Sin embargo, no es así de simple. Lo mismo ocurre con el espacio: la distribución cuaternaria del espacio no se debe a un capricho, o a una mera convención sobre los puntos cardinales. No: la distribución cuaternaria del espacio y los cuatro puntos cardinales se basan en el "cuatro" porque tienen como principio el mismo contenido metafísico. Todo lo que pueden ver nuestros ojos resultan ser símbolos, y sólo existe una cosa peor que no saber identificar dichos símbolos: creer que lo que se ve es lo simbolizado. Esta peligrosa confusión determina la mentalidad moderna al acercarse a ciertas materias. Si se es consciente de dicho peligro, se comprenderá que nunca se advertirá lo suficiente al respecto. Dicho queda.

En cuanto al espacio y su distribución cuaternaria, ésta se puede ver en la división tradicional de la ciudad. Incluso antes de la ciudad, se comprobará que las tribus, los campamentos, los pueblos seminómadas así se asentaban. Se puede ver esa estructura tanto en Babilonia, como en Harappa, tanto en el pueblo hebreo veterotestamentario como en la comunidad árabe pre-islámica, tanto en la cristiandad de la Edad Media como en las civilizaciones precolombinas. Se tiene un claro y unánime registro de esta estructura cuaternaria de la comunidad, en las fuentes hebreas, cuando se habla del campamento de las tribus, con tres tribus situadas en cada punto cardinal, con el tabernáculo en el centro. La misma estructura urbana se encuentra en la India védica, con las cuatro

varnas repartidas en cuatro cuarteles situados en los cuatro puntos cardinales.

Si al meditar sobre esto, el moderno sigue sin saber por qué él habla de un "centro de su ciudad", vive en "*downtown*", o coge el metro en el "barrio financiero", se debe sin duda a una estrechez de miras superlativa. Incluso la degeneración ulterior más exagerada de la urbanización (es decir, las malditas metrópolis modernas), conservan resquicios, por lo demás desfigurados, de la estructura cuaternaria de la ciudad tradicional. La India conserva registros históricos de esa misma estructura, que se correspondería con la distribución social en las cuatro *varnas,* palabra que se acostumbra a traducir por "casta", y que por nuestra parte preferimos no traducir para no causar una ya típica reacción ante esa palabra, completamente mecánica y sin otra causa que la ignorancia más abyecta.

Pero nunca es tarde para decir algunas cosas sobre *varna,* y sobre la confusión general que el mundo moderno ha libado de su concepción de casta. *Varna* no es otra cosa que la naturaleza inherente a un individuo, que nunca es idéntica a la de otro individuo, y que jamás puede ser sustituida por otra. La verdad es que no existen dos individuos iguales, por mucho que se empeñen en, incluso, hacer de la "igualdad" un objetivo ministerial. Por lo tanto, la desigualdad es la *conditio sine qua non* de la individualidad, y todo presunto igualitarismo social no supone ser sino una monstruosidad que ansía erradicar toda verdadera individualidad. Para el funcionamiento social respetuoso con esta diversidad, las *varnas* se presentan tradicionalmente como cuatro, correspondientes cada una de ellas con cuatro funciones sociales, todas necesarias, todas dignas. La *varna* no resulta ser necesariamente

hereditaria (lo que no quiere decir que muchas veces lo sea), no es una cuestión meramente racial, ni familiar, ni jamás biológica como interpretó recientemente la masonería decimonónica, los biólogos darwinistas, y después el nazismo. *Varna* no se circunscribe a una "predisposición genética", tal y como interpretan tanto los necios demócratas igualitaristas como los modernos elitistas amantes del paradigma eugenésico. *Varna* es, al fin y al cabo, el orden natural del individuo para con su comunidad (nos consta lo extraño que suena esto hoy en día); y para el propio individuo, no hay otra vía de plenitud que seguir su propia naturaleza, actuar según su *varna*. Esto es *varna* (o casta, si se quiere), ése es el elemento clave de la estructura social tradicional: ese desempeñar a cada uno la tarea natural que se le corresponde en el colectivo sin inmolar la individualidad.

Lo cierto es que esta estructura social, correspondía primordialmente a una estructura urbana (o a un asentamiento humano de pueblos seminómadas), y es por ello por lo que aquí se cita: la estructura social también estaba reflejada en el espacio. Resulta curioso comprobar que los modernos que interpretan esta organización urbana como una barbaridad, vivan actualmente en ciudades divididas en barrios, guetos, ciudades dormitorio, áreas residenciales, y otras calamidades de las que parecen no espantarse tanto. La civilización que más firme ha mantenido el principio tradicional de distribución social, resulta ser la india, como es bien sabido pero no bien comprendido. En verdad, la instauración social por *varnas* se corresponde a un tiempo muy remoto, incluso en el caso particular indio. Muchísimo tiempo después, lo que el imperialismo británico encontró en su colonia, no era sino un régimen decadente muy alejado de su origen y su principio institucional. La India no supone ser (ni en la época de su colonización, ni tampoco en la India medieval de la

que se tienen registros históricos) ningún modelo de estructuración social por *varnas*, y de hecho, la característica propia de estos tiempos no es sino una absoluta "confusión entre castas". Sin embargo, aún con sus defectos y degeneraciones, ese mismo régimen de castas es el único vestigio vivo de la distribución social tradicional, y precisamente por un tratado del siglo XII (es decir, bastante reciente tratándose de India), se encuentra registrado por escrito, una ordenación urbana que hunde sus orígenes en tiempos remotísimos, antiquísimos, ancestrales. En la ciudad tradicional india, los brahmanes se situaban al norte (*uttara*), los krshatriyas al este, los vaishias al sur, y los shudras al oeste. Esta estructura coincide numéricamente con el campamento hebreo, con la Atlántida de fuentes grecolatinas, o con la descripción apocalíptica de la "Jerusalén Celeste". Todos estos datos permiten asegurar que el asentamiento arquetípico humano tiene esa estructura: cuatro.

Es la distribución tradicional del espacio la que se adapta al principio metafísico, y en este caso, el simbolismo de dicho principio resulta ser el cuaternario. A lo largo de la manifestación humana, esa distribución se mantendrá como arquetipo en campamentos y en ordenaciones de tribus y clanes. Incluso también se verá con claridad en ciudades con vinculación efectiva a la tradición primordial. La ordenación tradicional irá degenerando y contaminándose en las diversas civilizaciones, pero incluso así, se deja ver en la India brahmánica, en ciudades mediterráneas, e incluso en la cristiandad medieval. Incluso esa estructura cuaternaria del asentamiento humano en el espacio se puede interpretar más allá de la urbe, en la misma noción de *imperium,* tanto en *Alejandro*, como en *Darío*, como en *Genghis Khan*, y también, de una manera ciertamente desdibujada en la Roma imperial.

Lo esencial de todas estas convergencias es la estructura primordial del espacio ordenado tradicionalmente. Ésta no resulta ser otra que una forma cuaternaria. ¿Por qué "cuatro"? La ordenación social o la estructuración urbana pertenecen a la contingencia espacio-temporal. Ya hemos visto que todo lo que exprese espacio se simboliza cualitativamente con el número "cuatro". Véase ahora que lo mismo ocurre al referirse al tiempo.

El cuaternario temporal

Estas mismas correspondencias se encuentran no sólo en la división que el hombre hace de su espacio, sino en la misma división del tiempo. La concepción tradicional del tiempo resulta ser además de cíclica como ya se ha visto, una expresión bajo una división cuaternaria. A fin de cuentas, cuatro son también las fases del día (alba, mediodía, crepúsculo, medianoche), cuatro son las fases lunares (llena, menguante, nueva, creciente); cuatro son los puntos álgidos de la órbita terrestre (dos solsticios y dos equinoccios) y cuatro son las estaciones (primavera, verano, otoño e invierno). Una vez más, los fenómenos naturales son a su vez símbolos de una correspondencia numérico-cualitativa con el tiempo, y no al revés, tal y como enuncian sin pudor arqueólogos y antropólogos que creen ver "calendarios" por todas partes, en todo elemento arquitectónico de la antigüedad, e incluso de lo que han convenido en llamar "prehistoria". Se reconoce que resulta muy difícil contener la risa ante la dirección tomada por los estudiosos modernos. Además, esta risa contenida explota en carcajada cuando se escucha a esos mismos estudiosos alegar "atenerse a los hechos".

Y el hecho es que la división tradicional del tiempo siempre fue cuaternaria. Esto es bien sabido incluso por los modernos gracias a las fuentes grecolatinas[16], a pesar de que dicho conocimiento dado por sabido se interprete desde la monstruosa noción moderna de "lo mítico", con un encogimiento de hombros un tanto contradictorio. Es decir, el occidental se vanagloria de la existencia de un *Platón* o un *Sócrates*, y no duda en localizar su civilización dentro de la llamada "esfera de influencia griega". Sin embargo, todo lo que no entiende de sus honorables influencias clásicas, lo desdeña como "legendario", "supersticioso", y demás etiquetas tan gratuitas como injustas. La situación empeora cuando se comprueba que lo que estas gentes no entienden de sus fuentes clásicas y prefieren valorarlo como algo propio de un espíritu inferior, resulta ser precisamente lo más importante, lo capital del conocimiento clásico, lo esencial -se diría- de unos datos de los que sólo se valora lo más exterior. Esto se puede aplicar sin duda a las célebres "cuatro edades" que citó *Platón*, también conocidas por *Aristóteles*, y también relacionadas indirectamente por citas a autores presocráticos, pero, sobre todo, conocidas y detalladas por *Hesiodo*[16]. *Hesiodo* habla de cuatro edades[17] relacionadas simbólicamente con cuatro metales: el oro, la plata, el bronce, y el hierro. Así, la manifestación humana se despliega a lo largo de esa sucesión temporal. Dicha manifestación va de más a menos en términos cualitativos, siendo ella misma -como por lo demás toda manifestación- un proceso de decadencia. Ésta resulta ser la concepción del hombre en el tiempo, no sólo para *Hesiodo,* sino para todo el pensamiento griego. ¿Cómo hacer cómodo el afrontar estos datos extraídos de la mayor influencia de una civilización que se sitúa en una posición opuesta a los mismos, a saber, el progresismo social o incluso el evolucionismo biológico del ser humano como especie? Pues diciendo desde esa civilización en progreso: "Estos

datos son una superstición, una leyenda inútil, una elucubración de algunos antiguos bobos".

Pero esta teoría ni tan siquiera es griega; y los que piensan así, sin duda no conocen otras fuentes que aquéllas que califican como "clásicas". Toda división tradicional del tiempo para con la manifestación humana resulta ser cuaternaria. Todas las fuentes de las que se disponen así lo indican. Es decir, o había varios Hesiodos supersticiosos repartidos por todo el mundo teorizando las mismas tarambanas desde tiempos remotos, o -en efecto- la teoría cuaternaria de la manifestación humana se apoya directamente en las bases de la tradición primordial.

La expresión mejor conservada y más detallada de las "cuatro edades" se encuentra, como no podía ser de otra manera, en la tradición indoaria. Son cuatro también los *yugas* de la humanidad: *satya, tetra, dwapara,* y *kali*, e incluso se pueden encontrar las mismas referencias metálicas. Los cuatro vedas están impregnados de esta teoría[18], así como los tantras, textos éstos últimos explícitamente dirigidos al último *yuga*. La teoría de las "cuatro edades" está presente en la India siempre que se piense en el ser humano como manifestación temporal, y ésta llega a encontrarse minuciosamente detallada.

Sin embargo, esta gama de detalles ha motivado a varios modernos a abordar esta materia con el único fin de averiguar lo que no debería interesar. Lo primero y único que estas gentes quieren saber de esta teoría es cuándo empiezan y terminan los ciclos, los *yugas*, los tiempos. Pretender datar históricamente a partir de la teoría india de los cuatro *yugas* ya denota que ésta no ha sido comprendida ni en su grado más elemental. Se trata de una concepción de tiempo cíclico, medido éste,

bajo unidades de medida no correspondientes con la historicidad. Por lo tanto, siempre resultará absurdo escuchar a contemporáneos (europeos o indios) que este o aquel *yuga* comenzó o terminó en esta o aquella fecha de la era cristiana, musulmana u otra. No resulta ser así de sencillo: la concepción tradicional del tiempo es un complejísimo entramado de ciclos interconectados y yuxtapuestos, con infinidad de subciclos, flujos y reflujos temporales, que no permite la adaptación a semejante traducción simplista. Lo que sí puede detallarse, y las fuentes védicas lo hacen, es el esquema de proporción temporal de dichas edades. Si *satya-yuga* ocupa cuatro en la manifestación temporal humana, a *treta* le corresponde tres, a *dwapara* dos, y *kali* uno. Obsérvese que esta proporción es la misma que el *tetraktys* pitagórico, y nada de esto resulta ser una mera coincidencia. Si el ciclo completo de manifestación humana se expresa con una circunferencia de valor denario *(fig. 15),* a la primera era le corresponde 4/10 de su totalidad, a la segunda 3/10, a la tercera 2/10, y a la última 1/10.

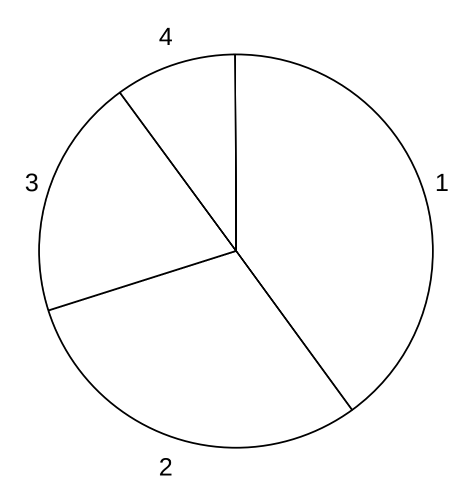


fig. 15

Así, con estas correspondencias, resulta más conciliable hacerse una mínima idea de la magnitud de un tiempo -el humano- del cual lo que nosotros llamamos "historia" sólo resulta ser una pequeña porción (por

lo demás, insignificante por sí sola) de una décima parte de toda su manifestación. Así es y así lo testimonia aún hoy la tradición india. Esta distribución temporal se expresa simbólicamente con una espiral centrífuga trazada con las mismas proporciones geométricas, y no será difícil encontrar esta espiral, no sólo en India, sino en Persia, en Levante, en el Mediterráneo, en la Europa celta, y prácticamente en todos los lugares en donde haya habido manifestaciones humanas.

Todo esto se debe al carácter verdaderamente universal del principio metafísico de donde se extrae la teoría de las "cuatro edades". Y esto es importante: si hay algún contemporáneo que dice convencerse de la mera coincidencia entre *Hesiodo* y los vedas, se debe a que, o bien ya sólo consigue ver coincidencias allá donde la misma verdad se dice aquí o allí, o bien no conoce ni quiere conocer otros datos que aquéllos que los que dice comparar. Infelizmente, esto último resulta lo más probable. En palabras más claras: quien no quiere conocer la verdad tradicional y hace esfuerzos por seguir sin conocerla, estará interesado en ignorar, despreciar y acallar unos datos que hablan alto y fuerte aún hoy. Toda expresión tradicional expresa la teoría de las "cuatro edades", y si el lector encuentra vestigios tradicionales en los que no parece haber ni rastro de ella, se debe a que seguramente ya no se sabe nada de dicha expresión. Los persas conocían la teoría de las "cuatro edades", e incluso las correspondencias simbólicas coinciden (oro y plata; variando en adjudicar el cobre y la arcilla a la tercera y la cuarta edad). También la mitología nórdica expresa la misma teoría, y ciertas cosmogonías de origen egipcio, así como datos de la civilización azteca. ¿Y la tradición hebrea? El moderno que insista en despreciar a algunos de sus influyentes griegos, también acostumbrará a ignorar su otra gran "influencia" junto con el helenismo, a saber, lo hebreo. Quien haya leído

Profetas, se habrá encontrado con la estatua de la que habla *Daniel*[19], con "la cabeza de oro, el torso y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, y las piernas y pies de hierro y arcilla".

Si se interpreta a *Hesiodo* como un supersticioso, se tendrá que hacer lo mismo con *Daniel*, y de llegar el europeo contemporáneo hasta este punto de decir que la teoría tradicional de las "cuatro edades" no tiene base, comprobará entonces que será él mismo quien no tiene ninguna base, de ningún tipo, al ignorar las dos tradiciones en donde alega apoyarse su monstruosa civilización. Tal y como se puede comprobar, el moderno (tanto el hombre común, como el estudioso, y muy especialmente éste último) ignora todo lo referente a él mismo, a sus raíces, y a las causas que le llevaron a posicionarse intelectualmente con la torpeza inerte de quien se limita a imitar y repetir lo que ha escuchado en sus escuelas y universidades.

En fin, la teoría de las "cuatro edades" supone ser una constante en toda tradición, y cuanto más intacta y relacionada esté esta tradición con su carácter primordial, mejor conservada se encontrará dicha teoría. Se repetirán las mismas correspondencias aquí y allí, en todo lugar donde se dejen ver vestigios de un conocimiento verdadero. Y no sólo eso: existen unas correspondencias simbólicas al respecto, con otros datos que completan estas generalidades y que se tendrán muy en cuenta en el desarrollo de este trabajo.

Correspondencias simbólicas de la teoría de las "cuatro edades"

Existen más correspondencias simbólicas que precisan exponerse para una mejor lectura de este libro. Ya se ha hablado brevísimamente sobre

las diferencias naturales entre seres humanos, alrededor del controvertido y mal entendido término sánscrito *varna.* Tradicionalmente, las *varnas* son también cuatro, y todo parece indicar una correspondencia con las cuatro edades del hombre. Sin embargo, aunque esta correspondencia existe, ella puede mejorarse si se quiere hacer referencia con rigor a la casta preponderante en uno u otro ciclo. Por ejemplo, harto es sabido que en el *satya-yuga* indio no había ninguna necesidad de división social de castas, pues todos los seres humanos disponían de una condición semidivina que los textos llaman *hamsa*[20]. Por lo tanto, es inexacto atribuir a la Edad de Oro, un dominio de la casta sacerdotal, pues aún no estaban instauradas las castas. Además, el ministerio sacerdotal se hace necesidad en las civilizaciones del Sur (ya se verá esto en el desarrollo), y será precisamente ésa –la Edad de Plata-, la era que le corresponde a la casta sacerdotal, piedra angular de todas las civilizaciones del Ciclo del Sur. Después, el Este le corresponderá por tanto a la casta guerrera, y esto se entiende al observar el carácter "solar" de dichas civilizaciones. Mientras la tradición primordial es "polar", las expresiones tradicionales del Ciclo del Este serán "solares", guerreras, basadas en la preponderancia del poder temporal. Finalmente, el Ciclo del Oeste le corresponde a la casta mercader. Los comerciantes son la casta dominante de la Edad de Hierro, del *kali-yuga*, es decir, de hoy en día. De esta manera, las correspondencias de la teoría de las "cuatro edades" con sus respectivas *varnas* preponderantes sería como sigue (se utiliza la nomenclatura sánscrita al ser la expresión más viva y conocida):

Tabla 1.- Correspondencias entre ciclos, edades y *varna* preponderante

	Correspondencia con las "cuatro edades" clásicas grecolatinas	*Varna Preponderante*
Ciclo del Norte	Edad de Oro	hamsa (*avarna*)
Ciclo del Sur	Edad de Plata	Brahmanes
Ciclo del Este	Edad de Bronce	Krshatriyas
Ciclo del Oeste	Edad de Hierro	Vaishias

Les habrá quienes se pregunten dónde están los siervos en este último esquema de las correspondencias simbólicas de las "cuatro edades". Si se trata de relacionar con rigor a qué época le corresponde el dominio de una u otra casta, a los shudras (los siervos, los esclavos) no les corresponde el gobierno de ninguna. Al contrario, ellos suponen ser el catalizador del final del *manvantara*, y su abortado golpe de poder sirve de frontera entre el final de la actual manifestación humana y el ciclo siguiente. Y ésta es otra correspondencia simbólica importante: cada ciclo tiene una circunstancia de fin de ciclo siempre repetida, algo que hace que un ciclo se cierre y se abra el siguiente.

El primer ciclo (el de Oro, el del Norte) degenera en el Ciclo del Sur, por un "oscurecimiento" gradual que todas las tradiciones expresan, siendo el término nórdico *ragna-rökkr,* el más conocido y quizá el más exacto. A fin de cuentas, se trata de la "caída" de la tradición judeocristiana[21], y esa "caída" sería hasta gráficamente adecuada en este caso, teniendo en cuenta que expresa el paso del "norte" y "arriba" (*uttara*, en sánscrito, para sendas palabras), hacia abajo.

El Ciclo del Sur se inaugura tras esa "guerra" de fuerzas metafísicas expresadas en todas las tradiciones (*devas* contra *asuras*, olímpicos contra gigantes, *ases* contra *elementarwessen*…), y el correspondiente alejamiento entre los hombres y lo divino, el archiconocido "oscurecimiento de los dioses". El Ciclo del Sur (Edad de Plata, según *Hesiodo*) tiene como circunstancia de su fin, una inevitable degeneración de la casta sacerdotal. El orden de estas civilizaciones se anquilosa en una ritualística recalcitrada y desvigorizada. La autoridad espiritual se afemina y debilita, hasta tal punto, que la casta guerrera (bien de la propia civilización, bien extranjera) se anima a dar un golpe de poder que precipita el tercer ciclo, la Edad de Bronce. Como ilustración histórica arquetípica de esta situación, estaría la invasión aria y la destrucción de la civilización urbana del Valle del Indo, claro ejemplo de civilización con herencia del Ciclo del Sur. Es importante tener en cuenta que toda ilustración histórica resulta estrictamente simbólica, y esto se comprueba al encontrar los mismos paradigmas en expresiones históricas de subciclos y reflejos más recientes. Por ejemplo, un valeroso joven de casta guerrera se subleva ante un orden sacerdotal decadente, frágil, y ya empobrecido, ¿no es ése un perfecto resumen del surgimiento de la tradición búdica?

Pero el Ciclo del Este (bronce-guerrero) también llega a su fin, incluso con más rapidez que el anterior. ¿Cuál es la circunstancia que lo permite? La dependencia guerrera para con la casta comerciante. Éstos -los mercaderes- conciben astutos sistemas de dependencia económica con los que consiguen el poder de hecho. El sigilo permite a los mercaderes someter a la casta guerrera. Incluso, la nueva casta preponderante llega a infiltrarse y mimetizarse en una ya degenerada y afeminada casta sacerdotal. Todo y todos giran entorno al comercio. Por lo tanto, es el gobierno del poder económico tan bien conocido en el *kali-yuga* quien

precipita la última era de la humanidad. Resulta inevitable no relacionar esta situación simbólica con la degeneración de la tradición hebrea e incluso con la ilustración evangélica de los mercaderes ocupando el tempo[22]. En efecto, esa circunstancia es la que abre la Edad del Hierro, unos mercaderes dominando el poder a través de su infiltración en instituciones sacerdotales desvirilizadas y decadentes. ¿No es eso en definitiva la Iglesia Católica? El Ciclo del Oeste se desarrollará con sus subcliclos, arremolinamientos y espirales, hasta el punto de hacer posibles varias revoluciones burguesas que darán pie a una auténtica tiranía de los comerciantes, ilustrada a la perfección con los mercados internacionales y el obsceno abuso de poder de los grupos financieros europeos.

Pero incluso este Ciclo del Oeste, oscuro, ferroso, mercantil, también llega a su fin. Tras una prolongada decadencia que desemboca en un fondo de caos, las castas se encuentran todas ellas completamente degeneradas: los sacerdotes son unos hipócritas afeminados sin ningún tipo de conocimiento efectivo y verdadero, los guerreros son crueles bestias sin rastro alguno de heroísmo, lealtad u honor, los comerciantes son sabandijas en busca exclusiva de su beneficio individual. En esta situación de absoluta confusión, de no identificar cada uno su propia naturaleza y función, de destrucción completa de los principios de individualidad y de civilización, incluso los shudras se ven con derecho a ostentar el poder político. A fin de cuentas, si las castas anteriormente gobernantes son ahora unos sinvergüenzas, ¿quién puede negar esta sublevación? Se trata de la dictadura de la chusma, de la inversión de toda jerarquía verdadera, del maldito *Novus Ordo Seclorum* tratado con detenimiento en una de nuestras obras[23]. Esta circunstancia se ilustra, ya no sólo simbólicamente sino también históricamente, con la democracia,

el igualitarismo, el anarquismo ideológico, el colectivismo internacionalista, y con el postrero y fatal socialismo que cierra el actual *manvantara.* Es la tiranía del hombre masa, la última forma de gobierno (invertido y caótico) de la manifestación del ser humano, el fin de nuestro mundo.

Pero todos estos puntos se desarrollarán más adelante. Por ahora, como introducción necesaria para comprender lo venidero, téngase clara esta correspondencia simbólica dentro de la teoría de las "cuatro edades", a saber, a cada una de esas eras no sólo le corresponde una *varna* dominante, sino que además cada una de ellas tendrá una circunstancia que precipitará la era siguiente. Esa claridad puede aprehenderse mejor con el siguiente cuadro:

Tabla 2.- Correspondencias entre ciclos, *varna* preponderante, y circunstancias de cambio de ciclo

	Varna Preponderante	*Circunstancia de cambio de ciclo*
Ciclo del Norte	hamsa (*avarna*)	*Ragna-rökkr,* "oscurecimiento" Caída
Ciclo del Sur	Brahmanes	Degeneración de la casta sacerdotal y sublevación de la casta guerrera
Ciclo del Este	Krshatriyas	Golpe de poder sigiloso de la casta mercader
Ciclo del Oeste	Vaishias	Revuelta de los esclavos; colectivismo *Novus Ordo Seclorum*

Además, definidos ya los cuatro ciclos, existen otras correspondencias simbólicas secundarias que conviene conocer. Toda dualidad contiene el

cuaternario, pues si se toma a la "premisa A" y a la "premisa B", hay que contemplar la posibilidad de integración de contrarios complementarios (es decir, que sea A y B al mismo tiempo), y también la posibilidad de negación de las dos premisas (es decir que no sea ni A ni tampoco B). Por ejemplo, la dualidad primordial está frecuentemente simbolizada tradicionalmente por la sexualidad, es decir, el hombre y la mujer, o el macho y la hembra si se prefiere. Así, el ser humano de la Edad de Oro se presenta en muchísimas expresiones tradicionales como "andrógino", siendo *Platón*[24], el eco que más frecuentemente se cita cuando se habla de un mito harto conocido y repetido un poco en todas partes. Existen fuentes hebreas descartadas que hablan de la creación del ser humano como macho y hembra al mismo tiempo, y lo mismo aparece en Babilonia, en Persia, en Caldea, y también en India, donde los ya citados hombres *hamsa* eran andróginos. De hecho, la "caída" al ciclo siguiente supone en sí misma la diferenciación de toda dualidad sexual, tal y como ilustra también la tradición judeocristiana, con la repentina vergüenza del desnudo de *Adán* y *Eva* tras su expulsión[25].

Así, el Ciclo de Plata supone ser eminentemente femenino. No sin motivo, la divinidad será concebida como hembra, en una inmensa corriente espiritual que recientemente se ha convenido en llamar "religiones de la Gran Madre". En cualquier caso, sin ser éstas religiones, las tradiciones del Ciclo del Sur están inspiradas en la potencia femenina. La alta jerarquía de la eminente casta sacerdotal le correspondía a las mujeres, y en algunos casos, las estructuras políticas de dichas civilizaciones se mostraban claramente matriarcales. Es por ello por lo que la feminidad -la mujer, en definitiva- está relacionada simbólicamente con este ciclo.

De la misma manera, el siguiente ciclo, el del Este, le corresponde simbólicamente al macho. La guerra abrirá civilizaciones de estructura patriarcal en donde la casta guerrera (eminentemente masculina) se alzará sobre la debilitaba casta sacerdotal, representada a partir de entonces por hombres desvirilizados que excluirán a las mujeres de la autoridad que les correspondía en el ciclo anterior.

Y finalmente, en el Ciclo del Oeste (la Edad de Hierro, *kali-yuga*), la confusión absoluta de castas, de principios, de funciones con respecto a lo humano, se deja ver también en una confusión entre sexos, que tiende a la ambigüedad y a la sexualidad amorfa y degenerada. Si en la Edad de Oro el ser humano era hombre y mujer al mismo tiempo, en el desarrollo postrero del *kali-yuga* no es ni una cosa ni la otra. No es necesario señalar ejemplos del actual mundo moderno para darse cuenta de la tendencia de los tiempos en ese sentido.

Así, si el sexo también es un símbolo (y de hecho, en todas las tradiciones lo es, y de orden principal), las correspondencias simbólicas con la teoría de las "cuatro edades" se podría resumir de la siguiente forma:

Tabla 3.- Correspondencias simbólicas sexuales

	Simbolismo sexual
Ciclo del Norte	Andrógino
Ciclo del Sur	Mujer
Ciclo del Este	Hombre
Ciclo del Oeste	Monstruo asexual

Existirían otras correspondencias simbólicas de las que no se duda su importancia, tales como simbolismo planetario, simbolismo sideral, simbolismo zodiacal… Sin embargo, al no resultar capitales para la exposición, se resuelve no extenderse aquí en unas generalidades susceptibles de desarrollos inagotables.

Correspondencias numéricas de la teoría de las "cuatro edades"

Ya se ha dicho en esta misma obra que los números son ante todo expresiones simbólicas cualitativas, y que esto se deja ver en todas las "ciencias de los números" de todas las tradiciones. Pero además, al mismo tiempo, el número expresa simbólicamente una cantidad, y las mismas fuentes tradicionales contemplan la doble expresión del número, por lo demás, de forma diametralmente opuesta a las matemáticas modernas. En este caso, si la teoría de las "cuatro edades" se circunscribe en el tiempo, la expresión cuantitativa de los números hablarán de la duración de dicho tiempo con asombrosa exactitud.

No obstante, esta exactitud transciende la precisión histórica que tanto anhela el moderno, y nada sería más equivocado que pretender encontrar certezas cronológicas que sacien esa malsana curiosidad por saber los cuándo -y hasta los porqué- desde concepciones historicistas. Es por ello por lo que las correspondencias numéricas de la teoría tradicional de las "cuatro edades" resulta una materia peligrosa si se interpreta mal, y no se duda aquí de identificar dicho peligro. En primer lugar, nos estamos ciñendo a un lapso de tiempo (el *manvantara* actual, la presente manifestación humana) que, aunque parezca inmenso, no es más que relativo y subordinado a otras grandes unidades de tiempo cíclico. En

este caso ni se osa introducir la teoría de los *kalpas*, de los eones gnósticos, y otras mediciones del tiempo que transcienden a la que aquí nos ocupa.

En segundo lugar, se dice *manvantara* actual porque, en efecto, existieron, existen y existirán otras manifestaciones humanas diferentes a la nuestra, y así lo indican los datos de la tradición indoaria[26]. Según los textos védicos, hay una pluralidad de manifestaciones humanas expresadas en número de catorce. Si esto resulta desconcertante para el estudioso moderno, más aún le será comprobar que esas catorce humanidades se manifiestan a la vez en un doble dominio de sucesión y simultaneidad, donde las diferentes humanidades marcan un reflejo en la nuestra. Si se piensa en ello, no hay por qué extrañarse de que así sea, pues al comprender que el tiempo no es una sucesión lineal, se puede concebir que la temporalidad se manifiesta a través de múltiples despliegues de ciclos y subciclos sucesivos y simultáneos, tantos como seres contingentes al mismo tiempo existen. Como se puede comprobar, y por mucho que nos sorprenda desde la viciada intelectualidad moderna, así es y así lo expresan los datos tradicionales.

Con respecto en concreto a la humanidad actual, ésta se encuentra en relación sucesiva y simultánea con una variedad de humanidades expresada con el número "catorce". Ese "catorce" hace referencia simbólica a los estados del ser, superiores e inferiores al estado humano (en sánscrito, *swargas* y *patalas*), y tras esta subdivisión, se entiende que es el "siete", el simbolismo numérico que aquí se utiliza, y ello se puede corroborar con los siete *dwipas* de las regiones de la cosmogonía indoaria, los siete *lokas* de la astrología védica, los siete "reinos de Edoim" de la

Qabbalah hebrea, las siete "tierras" de doctrinas sufíes… y la lista de estas correspondencias tampoco tendría fin.

Pero el simbolismo numérico no sólo se quedaría aquí, y esto es lo que puede conllevar serios inconvenientes. Si nos ceñimos al actual *manvantara* (es decir, nuestra manifestación humana), los datos tradicionales no sólo expresan principios, sino que también subordinadamente expresan cantidades, proporciones, medidas de dicha manifestación temporal. Ante esto, la pregunta más común sería: ¿El conocimiento tradicional abarca también el dominio de conocer las fechas de los acontecimientos más o menos importantes relacionados con el despliegue cíclico de la humanidad? La respuesta es: indudablemente. Sin embargo, esto no quiere decir que el individuo que se dedique a estos estudios, deba entretenerse con unas aplicaciones subordinadas completamente vacías y absurdas por sí solas. A esto parece que se quieren dedicar algunos tipos con pretensiones proféticas, animados tal vez por la curiosidad de la mentalidad profana ante estas materias. Resulta repulsivo comprobar algo que se encuentra completamente generalizado hoy en día: el moderno sólo se interesa por el conocimiento tradicional, siempre y cuando éste pueda arrojar alguna predicción sobre su futuro, alguna idea fascinante, o alguna fecha del "juicio final" con citación a mes vencido. Sobra decir que todo esto se perpetúa con una obscena superficialidad y una absoluta falta de respeto. Nada de estas costumbres recientes interesan verdaderamente; sólo se señalan aquí para identificar y evitar el peligro del que ya previamente se ha hablado.

Libres entonces de dichos peligros, se puede enunciar que, en efecto, la medición tradicional del tiempo resulta clara, exacta e infalible, siempre

que se tenga conciencia de qué supone esto último. Los puranas expresan cantidades de tiempo sobre los ciclos de la humanidad, que varían de una fuente a otra. Esto exaspera al estudioso moderno, que en el mejor de los casos inmediatamente reconoce su incapacidad para profundizar en esa materia. Ojalá fuese siempre así, pues en otros casos, el estudioso moderno se aventura a dar un carácter "legendario" o "mítico" a la propia fuente, si no incluso a cuestionar la validez de la doctrina en sí misma. La perplejidad del moderno hacia los números de duración del *manvantara* se debe a la lectura literal que hacen bajo el parámetro convencional de "año", aunque en efecto así digan los vedas medirse también los ciclos cósmicos, en "años". Sin embargo, habrá que preguntarse qué es eso del "año" para unos, para los otros, y para nosotros.

Todo este galimatías se resuelve reduciendo el denominador común de la fantasiosa variedad de cifras. Independientemente del número de ceros que vayan detrás, y de los diferentes múltiplos, el número que en todas las fuentes védicas expresa la duración de la presente humanidad es 4.320. ¿Es ésta la duración en años del *manvantara*? Por supuesto que no. En primer lugar, este número responde a unas proporciones vinculadas a los números cíclicos, y a la ya citada fórmula (4+3+2+1=10). Siendo así, al primer ciclo le correspondería 1.728, al segundo 1.296, al tercero 864, y la última 432. Todos estos números responden a las mismas proporciones simbólicas de su suma, es decir, la duración del *manvantara,* a saber, 4.320. La pregunta sería: ¿existe alguna forma de traducir estas proporciones simbólicas a la duración en años tal y como nosotros entendemos el año? Con referencia a ese mismo año, el número 4.320 está en relación directa con la división geométrica del círculo que divide el año, y también, no sobra decirlo, con el círculo zodiacal (es decir,

4.320 = 360 X 12). Esta correspondencia también se encuentra al comprobar que la división de 4.320 entre 60 (base numérica astrológica) es 72, que resulta ser el grado exacto del desplazamiento de los puntos equinocciales. Por lo tanto, si nos interesa saber el número de años que le corresponde proporcionalmente a estas relaciones, la clave estará en el periodo astronómico de precesión equinoccial, cuya duración es de 25.920 años (léase Timeo platónico). Esto resulta exacto porque esta duración también guardaría relación con 4.320 (4.320 X 6 = 25.960). Sin embargo, todo esto por si sólo no nos lleva a ninguna parte si lo que se quiere es determinar la duración del actual *manvantara* en años. ¿Por qué número multiplicar estas proporciones para traducir estos datos a una duración en años?

Existe una medición temporal conocida y citada en fuentes griegas llamada el "Gran Año". Parece ser que el origen de la misma resulta persa, y no sin motivo, en fuentes grecolatinas se llama a esta medición, el "Gran Año Persa". La duración de este "Gran Año Persa" es de 12.960 años. Se comprobará que esta cifra es la mitad de 25.960, es decir, el periodo de precesión equinoccial. ¿Cuántos "Grandes Años" compone el *manvantara*? ¿cuatro? Quizá esa sea la respuesta más inmediata y lógica, pero tras evaluar que se está aquí en otro dominio simbólico, asimilar los *yugas* védicos a los "Grandes Años Persas" sin duda resulta ser un error. El fundador del *manvantara* no es otro que *Manú,* más exactamente *Vaiwasvata.* El correspondiente caldeo de *Vaiswasvata,* es *Xisuthros*, cuyo "reino" (es decir, la humanidad) conforma el "reino humano", el "Gran Ciclo". ¿Cuántos "Grandes Años" formarán un "Gran Ciclo"? ¿Cuál es el número de un ciclo completo, tal y como ya se ha dicho, en todas las tradiciones, más allá de la correspondencia con nuestros dedos de la mano? Unánimemente, el diez (5 x 2) y el cinco. Y, según la misma

tradición, cinco son también los años del reino del *Xisuthros*. Es decir, que no se tiene inconveniente en enunciar que la presente humanidad se manifiesta en una duración de 64.800 años (12.960 X 5), y de esta duración aplicada a las "cuatro edades" que aquí nos incumben, y en las proporciones ya conocidas (4 + 3 + 2 + 1 = 10), resulta la duración exacta traducida en años, es decir, 25.920 para el Ciclo del Norte o Edad de Oro, 19.440 para el Ciclo del Sur o Edad de Plata, 12.960 para el Ciclo del Este o Edad de Bronce, y 6.480 para el Ciclo del Oeste o Edad de Hierro.

Tabla 4.- Correspondencias numéricas de las "cuatro edades"

	Duración simbólica según vedas	*Proporción*	*Duración en años*
Ciclo del Norte	*1.728*	*4*	*25.920*
Ciclo del Sur	*1.296*	*3*	*19.440*
Ciclo del Este	*864*	*2*	*12.960*
Ciclo del Oeste	*432*	*1*	*6.480*
Totales	*4.320*	*10*	*64.800*

Ante estos datos, los lectores más escépticos podrán hacer muecas de desdén, y cuestionar: ¿Con todo esto podemos saber cuándo sucederá lo que tenga que suceder para cerrar el ciclo actual? ¿Sabemos la fecha del "fin de los tiempos"? Respuesta: no. No la sabemos, ni nos interesa ni un poco hacer por saberla. En primer lugar, conociendo la duración de una manifestación, para saber qué fecha en concreto terminará esa manifestación, primeramente hay que saber qué día comenzó dicha

manifestación, y ésta parece una tarea cuanto menos difícil. No sólo eso: por si fuera poco, hay que adaptar una larguísima secuencia temporal iniciada sabe Dios con qué calendario, a una conclusiva fecha del calendario cristiano, más particularmente, el gregoriano. ¡Trabajito complicado! Sólo con estas dos observaciones se delata la superchería de aquellos profetoides modernos tan aficionados a las fechas señaladas. Resulta fantástico que así se entretengan algunos y que incluso así se ganen la vida. Mientras el fin de los tiempos no acaba de llegar para falta de credibilidad de estas gentes, la publicación de esta obra coincidirá con la canallada y el fraude del 2012, y la coartada a la que sirve. Con alegría, se recomienda la lectura de nuestra obra a todos los nacidos después de este año. Quizás algunos sean hijos de los incautos padres de la enésima versión del frustrado apocalipsis de la modernidad.

La ley dinámica de la decadencia: el flujo y el reflujo temporal

A poco que se estudie la teoría tradicional de las "cuatro edades" se comprueba que la manifestación humana va del esplendor a la oscuridad, e incluso ese simbolismo luminoso (de la luz a la sombra, del oro al barro…) se utiliza en las fuentes tradicionales, tanto las grecolatinas como las indias u otras orientales. El ser humano de la Edad de Oro era, según *Hesiodo*, "como los dioses", "sin vicios ni pasión", "sin enfermedad"… Y los mismos conceptos (es decir, la fortaleza, inteligencia, longevidad -si no inmortalidad-, vigor, armonía con el entorno, comunicación con los animales…) se repiten en todas las tradiciones que versan sobre el origen del ser humano, no sólo en las indoarias ya citadas, sino también las sumerias, babilonias, precolombinas, egipcias… es decir, unánimemente, todas. El ser humano

se manifiesta primordialmente en todo su esplendor, y su manifestación a lo largo del tiempo responde a la ley de la decadencia propia, por lo demás, a todo tipo de manifestación. Si hay algún lector que se sorprenda de esta verdad (tan chirriante con el *establishment* científico actual), le retamos a que encuentre una sola fuente tradicional que hable de un ser humano que parta de un estado animal (simio u otro), bestial o infrahumano, y que a través de una progresión biológica vaya desarrollando y refinando sus cualidades hasta lo que el lector puede identificar cuando se mira al espejo. Es decir: se lanza aquí el desafío a que alguien encuentre una sola fuente tradicional (con una bastaría) cuyos datos encajen con la perspectiva evolucionista del *homo sapiens* tan propia del mundo moderno, de su ciencia y de los neoespiritualismos (espiritismo, reencarnacionismo, teosofismo y otros). No se encontrará. Y no se encontrará porque no existe esa perspectiva en el conocimiento ancestral del ser humano. Y no existe simple y llanamente porque resulta ser un absurdo desde todo punto de vista.

Pero una vez más, todo esto resulta evidente para el saber tradicional, que tiene en esa verdad tan difícil de comprender para el moderno, un básico punto de partida: lo que se manifiesta lo hace desde su principio, y se dirige a lo inmanifestado a través de un alejamiento de dicho principio, a saber, una decadencia. En este caso particular, dicha manifestación no es otra que la humana (tanto individual como colectiva), y esa manifestación es la que en las fuentes védicas y en esta misma obra, se recoge como *manvantara*. Por lo tanto, el *manvantara* tendría una doble forma: una individual (es decir, el ser humano individual) y otra colectiva (es decir, el grupo humano). Ambas formas estarían sujetas a la decadencia. En palabras claras: el hombre individual estaría cada vez más alejado de su principio cualitativo (es decir, la

voluntad, el vigor, el conocimiento[27]), y lo mismo ocurriría con su ordenación grupal (es decir, sus ciudades, sus reinos, y después sus estados y repúblicas). Ese principio, tanto en su lectura individual como en la colectiva, será una de las acepciones que encerraría el importantísimo término *dharma*, voz ésta que proviene de la raíz sánscrita (*dhr*) que denota fijación, estabilidad, firmeza. El proceso de decadencia inherente a la manifestación humana estaría expresado como un alejamiento del principio (del "centro" si se quiere), como una violación e inversión del orden, como una relajación del propio ser humano para con el *dharma* a través del cual fue fundada esta humanidad. Y el decaimiento de esa virtud hacia la cota más baja sella el final de dicha fundación. Así lo expresa la teoría tradicional hindú del *Kalkiavatara*, y otras adaptaciones análogas de diferentes tradiciones (que se estudiarán a lo largo de la obra).

Pero, sin embargo, esta tendencia de la manifestación humana (es decir, una imparable decadencia en constante aceleración), se circunscribe a la visión integral de la misma, es decir, una visión de la que nosotros como individuos no podemos disponer. Desde nuestra posición, nosotros mismos (como individuos y como colectivos) parecemos subir y bajar, mejorar o empeorar, crecer o menguar en rachas caprichosas, sujetas -en apariencia- a diversas variables como la suerte, el destino, la providencia, el azar, o incluso el libre albedrío. Desde un punto de vista relativo (el nuestro, la limitación individual), así es. La actual manifestación humana (*manvantara*) está a su vez dividida en ciclos, subciclos, y diferentes ritmos de efecto ascendente o descendente. La gran rueda de la manifestación humana traza una línea desconcertante, obtusa, enrevesada; y es por esa complejidad por lo que la rueda simbólica aparece espiral o laberíntica en representaciones tradicionales. El *manvantara* parece ir dando tumbos, de

aquí para allá; sin embargo, desde una perspectiva más amplia, la tendencia es la misma decadencia, y esa apariencia inestable y de constantes altibajos se irá acusando a medida que nos dirijamos hacia el punto más bajo, el punto más decadente, el punto final.

No obstante, si bien es cierto que la trayectoria integral del *manvantara* es de una complejidad intratable en un libro de estas características, la ley rítmica que rige esta trayectoria es sumamente simple. Utilizando el mismo vehículo simbólico (a saber, la rueda) se comprenderá que toda manifestación (es decir, todo punto de la circunferencia girando) supone ser un desequilibrio de la armonía de la rueda inmóvil (una deslocalización del centro, en términos geométrico-simbólicos). Esta ruptura del equilibrio primordial se expresa cosmológicamente con la diferenciación de las *gunas,* dentro de *mahat*, en terminología del samkhya[28]. En palabras más claras: la rueda de una manifestación cósmica (en este caso, la humana), echa a andar a través de una ruptura del equilibrio primordial, es decir, con una diferenciación, con una dualidad. Y ésa es la ley que desarrolla la decadencia del ciclo humano: una secuencia pendular entre diversas dualidades.

Por lo tanto, la trayectoria cíclica del ser humano en el tiempo puede mostrarse con una complejidad impenetrable, pero la ley de ese trayecto es un ritmo de dos tiempos. Así lo expresan fuentes jainas ("flujo ascendente y flujo descendente"), los textos tántricos ("*Shiva*" y "*Shakti*"), los tratados hathayogins[29] ("*Ida"* y "*Pingala"*). Y no sólo en la India, por supuesto: recuérdese el "*Yin*" y el "*Yang*" de la tradición extremoriental, el "*solve et coagula*" alquímico medieval, o el "flujo" y el "reflujo" en el importantísimo símbolo de la "ola" dentro de doctrinas sufíes, tanto iranias como de toda la tradición islámica. Estos ritmos

duales expresan que toda manifestación temporal (como la humana, por ejemplo) está circunscrita a una misma ley. Conviene conocer *grosso modo* esa ley para una interpretación suprahistórica -y hasta histórica- de cómo nos manifestamos como humanos. Se explicará a continuación.

Tomando como ejemplo los hechos históricos (es decir, tiempos recentísimos en lo que respecta a la humanidad), se verá que todo suceso histórico (desde la publicación de una obra filosófica o científica influyente, hasta un hecho concreto como una batalla, una invasión o un tratado político), parece reaccionar a una situación precedente que, desde una perspectiva particular, parecerá ser su causa. Por ejemplo, parecerá normal pensar que "El Capital" de *Karl Marx* se escribió como reacción a la problemática situación que conllevó la revolución industrial y la acumulación de capital en manos de unos pocos industriales privados. De la misma forma, parecerá normal pensar que la Revolución Francesa se dio como reacción a una crisis de la institución monárquica en Francia. Así parece: la situación causal precede a la consecuencia histórica. Pero hay un problema: compruébese que la situación precedente (lo que parece la causa) conforma, en cierta medida, un opuesto a lo que supondrá su consecuencia. Es decir, una situación gobernada por una fuerza (por ejemplo, el calor), necesariamente va a cambiar cuando la fuerza opuesta al dominio precedente sea la preponderante (es decir, un periodo de frío va a acabar sólo cuando haga calor). El problema se agrava cuando se comprueba que antes de la situación precedente, tuvo que darse una situación precedente a ésta, que, en cierta medida también encerraría su opuesto. Esta causalidad temporal no parecería tener resolución, pues estaría condenada a un *regressus ad infinitum*. Por lo tanto, ¿toda manifestación temporal se muestra como una necesaria reacción de un opuesto precedente?. No,

tampoco: si eso fuera así, utilizando los mismos ejemplos, a la crisis de la institución monárquica francesa le habría precedido una revolución francesa, que tendría que repetirse permanente e indefinidamente en la historia como causa y consecuencia de aquella. El tiempo sería entonces una falaz percepción de un repetitivo absurdo, a través del cual ya algún que otro filólogo moderno enloqueció intentando bailar a su ritmo.

Lo que parece no tener resolución lógica, es integrado y superado con sabiduría en la teoría temporal del flujo y el reflujo de la tassawuf musulmana. Para que una "criatura", un mundo, un cosmos, un ser en definitiva, se manifieste temporalmente, es necesaria previamente una diferenciación dual (en la mimansa[30] hindú, *nirguna y saguna;* en el samkhya*, purusha y prkrti;* en el tantra, *nada* y *bindu*), y a partir de esa rítmica dual, el tiempo despliega en su tendencia de alejamiento hacia la armonía primordial (la unidad, el "centro" simbólico), la variedad de dualidades, que irá aumentando indefinidamente a medida que se vaya manifestando el ser. Así, ningún momento en ese tiempo se repite; así, un eterno retorno se hace imposible. Por lo tanto, la diferenciación dual primordial no se expresa temporalmente con una indefinida secuencia repetitiva (Por ejemplo: 1, -1, 1, -1, 1, -1…), sino más bien con una secuencia indefinidamente variable con tendencia al "cero" metafísico (Por ejemplo: 1, -1, ½, - ½ , ¼ , - ¼ , 1/16, -1/16…), que hace que en cada intervalo temporal las dualidades se multipliquen exponencialmente, dando lugar a una riqueza tan compleja como desconcertante en el plano sustancial, y problemática en el plano existencial.

De esta ley de manifestación cósmica se puede extraer que el tiempo parecerá acelerarse a medida que se avance hacia el colapso de la manifestación. Así parece: cada vez habrá más dualidades y con más

frecuencia, y éstas, precipitarán los hechos con un ritmo en trepidante aceleración. Para ilustrar esta tendencia de la manifestación cósmica, siempre se ha enseñado el símil del péndulo. Visualizamos un péndulo suspendido inmóvil sobre el cordel situado abajo extendido perpendicular al péndulo. De repente, lanzamos el peso hacia un lado, y como reacción, el peso irá hacia el otro lado. La primera trayectoria del péndulo es la más larga, e irá reduciéndose a medida que se desplieguen los diferentes vaivenes. Tras un tiempo, el péndulo se moverá en trayectorias cortas, con cambios de dirección cada vez más numerosos. Finalmente, antes de que el péndulo se pare, los últimos intervalos serán cortísimos, con cambios de oscilación constantes que llegarán a hacerse prácticamente imperceptibles momentos antes de que el péndulo se pare completamente.

Esta tendencia bidireccional de toda manifestación es la que ilustra el carácter simbólico espiral de la "rueda" del *manvantara*, y es a través de ese símbolo -la espiral- como se representa dicha rueda en numerosos vestigios de arte tradicional, vinculados directamente a la tradición primordial. Este carácter espiral de la "rueda" del *manvantara* es análogo al carácter también enrevesado, complejo, desconcertante del laberinto, símbolo también vinculado a todos estos datos tradicionales.

Y habiendo expuesto estas correspondencias sobre el asunto que a esta obra le ocupa (a saber, la manifestación humana integrada en la totalidad de su tiempo), ya se puede presentar el símbolo que servirá de vehículo de esta exposición. Es preciso tener claras estas generalidades sobre simbolismo tradicional y sus interconexiones, para dar por alcanzada una mínima madurez intelectual para comprender la idoneidad simbólica de la imagen que sirve también de título al trabajo: la rueda de los cuatro

brazos (*fig. 16*), la cruz en movimiento, o si se quiere utilizar la voz sánscrita tan divulgada, la *svástika*.

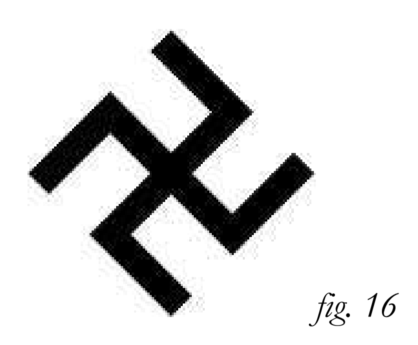


fig. 16

La rueda de cuatro brazos: el despliegue de la manifestación humana

Si la salud del simbolismo tradicional nunca estuvo en un estado tan deplorable como ahora, resulta comprensible que uno de los símbolos peor parados y más vapuleados sea, precisamente, la *svástika*. Tras las generalidades precedentes, es fácil de entender que la *svástica* o la rueda de los cuatro brazos, esté indudablemente relacionada con la tradición primordial. Más aún, sin necesidad de saber nada sobre conocimiento tradicional, incluso hoy se puede ver la *svástika* en vestigios de centros secundarios, posteriores y subordinados, pertenecientes a corrientes civilizadoras muy dispersas: chinos, indoarios, iranios, caldeos, sumerios, babilónicos, asirios, micénicos, fenicios, griegos, celtas, aztecas… y, por supuesto, cristianos. Es decir, se trata de un símbolo presente allá donde haya existido humanidad, allá donde se haya manifestado el conocimiento, allá donde se pueda aún encontrar vestigios de expresiones tradicionales. ¿Es la *svástika* uno de los símbolos tradicionales más presentes a lo largo de la inmensa manifestación del ser

humano en este mundo? Sí, sin duda, y nadie podrá negar semejante evidencia.

Sin embargo, siendo así, miles de prejuicios y reacciones irracionales aparecen actualmente cuando se habla, se cita, o se traza dicho símbolo. ¿Por qué? La respuesta no tarda en aparecer: el nazismo. La relación *svástika* y nazismo está tan arraigada en el vulgo, que el trauma bloquea no sólo el valor verdadero del símbolo, sino que mutila la capacidad intelectual de un ser humano, cada vez más pobre, cada vez más animal, cada vez más incapacitado. La *svástika* nazi es uno de los más claros ejemplos de inversión simbólica, tratados algunos de ellos en una obra precedente[31]. La reacción –consciente o inconsciente, violenta o tranquila, pasional o meditada- que el hombre moderno acostumbra a tener ante una *svástika,* es un ejemplo del abuso de poder ejercido en éste, y la consecuente tara intelectual que arrastra un ser ya muy cercano a un mero animal. No se puede evaluar el mal que hay detrás de todo esto: un símbolo tradicional presente siempre en el ser humano para expresar el conocimiento, hoy se interpreta como un signo de una ideología política que colaboró en hundir al ser humano en la ciénaga de la barbarie. Repítase lo importante: no se puede evaluar el mal que hay detrás de todo esto.

No obstante, estas terribles cuestiones tampoco explican la histérica reacción del moderno. ¿Por qué no se piensa en la Santa Inquisición cuando actualmente se ve una cruz? ¿Por qué los habitantes de las antiguas colonias españolas no se espantan ante una Cruz de Borgoña? ¿Por qué no se huye despavoridamente de *Stalin* cuando alguien saca un martillo de una caja de herramientas? Se evade responder cuestiones tan impertinentes. Parece que la *svástika* resulta diferente: es el signo más

temido del mundo moderno. Siendo así, ¿quizás no sea también el símbolo peor conocido?

Ya se dejó bien claro en la primera página de este prólogo: es la valentía quien empuja a exponer lo que ya no sólo nadie quiere exponer, sino lo que ya nadie quiere ni leer, ni saber, ni tan siquiera ver. Sólo la valentía se atrevería actualmente a hablar de la *svástika* en tono sereno, sólo un valiente escribiría un libro con el título y la portada menos comerciales que se pueden presentar en pleno 2012 de la era cristiana. ¿Se reivindica aquí la *svástika* como símbolo tradicional? Por supuesto. Eso es lo que es. No sólo eso: se trata de un símbolo de buen augurio, hermoso, auspicioso; un símbolo que todo ser humano, por el hecho de ser humano, debería conocer.

La rueda de los cuatro brazos, ya se ha visto, encerraría simbólicamente toda la doctrina de las "cuatro edades", así como la concepción tradicional del tiempo cíclico, el dinamismo cósmico e, incluso, la misma noción metafísica del centro inmóvil, principio de todo lo anterior. Por lo tanto, será no sólo el vehículo simbólico de este trabajo, sino también el esquema de la estructura interna de la obra. Serán cuatro los capítulos, uno para cada uno de los ciclos de la manifestación humana. Recuérdese que estos ciclos están relacionados sucesiva y simultáneamente, unidos tan sólo por el centro de la rueda que, inmóvil, hace posible la manifestación dinámica. Al haber introducido ya la conflictiva cuestión de las duraciones de los ciclos, se comprenderá con una inmensa humildad, la limitación de los datos empíricos y hechos registrados (forzosamente históricos) con los que cuenta exclusivamente la ciencia moderna. Todas las conclusiones que la historia, la antropología, la arqueología, la filología, la física, la astronomía… podrían sacar a través

de una posible sinergia entre ellas (sinergia que, dicho sea de paso, está lejos de existir), sólo pueden abordar una limitada porción de esta manifestación, y con la unidimensionalidad ya señalada. Por lo tanto, toda la ciencia moderna en su conjunto nos supone ser tan ridícula, como esta obra parecerá a los defensores de dicha ciencia. Por ello, valoramos el ridículo de este trabajo a ojos del *establishment* científico, como una felicitación por un trabajo bien hecho, sin más objeto que la verdad. Resumiendo para algunos lectores: todo lo que el hombre moderno se enorgullece en saber acerca del paso del ser humano por la tierra, es una reducidísima porción de la integridad de una manifestación que en última instancia transcendería la temporalidad. Los cuatro grandes ciclos aquí expuestos se verán reflejados en los siglos, en la memoria colectiva, en la vida personal de cada individuo, es decir, en una historia que sólo puede resultar un eco difuso de un pequeño subciclo existencial postrero. No sólo el método histórico no sirve, sino que éste mentirá más y más a medida que se pretenda disponer de una visión completa de una complejísima realidad, tan compleja como los seres humanos que somos.

CAPÍTULO 1

El Ciclo del Norte

Se comienza una obra no por el principio, sino por la proyección de ese principio en el tiempo y en el espacio. El centro de la rueda se refleja en la primera manifestación de esa rueda, ya como rueda, es decir, rotando. Nos referimos al primer ciclo del ser humano dentro de su manifestación, ciclo que todas las tradiciones recogen en una asombrosa concordancia esencial con respecto, no sólo a qué es la Edad de Oro, sino también al dónde y al cuándo.

Sin embargo, a pesar de la unanimidad que se demostrará a continuación, conviene tener en cuenta una limitación, no de las fuentes tradicionales de las que se disponen, pero sí de la lectura que podemos extraer de ellas. Al recordar las duraciones de los diferentes ciclos, se sabe que el Ciclo del Norte (es decir, la Edad de Oro hesiódica, el *satya-yuga* indoario…) pertenece a un tiempo remoto del que resulta imposible tener documentación directa. Las fuentes tradicionales de las que se disponen actualmente pertenecen a corrientes civilizadoras recentísimas en la escala temporal cíclica, y expresadas en un contexto más cercano incluso al mundo moderno que a aquella lejanísima edad. ¿Supone ello un obstáculo para el rigor acerca de una exposición sobre el Ciclo del Norte? Sin duda; además de una limitación inherente a nuestra situación siempre a recordar con humildad.

Pero obstáculo y limitación no significan imposibilidad, sino tan sólo necesidad de atención, agudeza y esfuerzo para extraer lo esencial de lo que se puede saber. Esa extracción de lo esencial es la función del mito,

que sirve de lenguaje simbólico de este gran ciclo humano, el más largo, el "dorado". Por supuesto, se van a encontrar divergencias y contradicciones entre una y otra fuente tradicional, más aún sobre un tema tan lejano para esas mismas expresiones. Peor aún: las diferentes expresiones tradicionales a menudo van a trazar confusas mixtificaciones entre temas recogidos de la tradición primordial, y su historia institucional particular. Los temas originales de la tradición primordial necesariamente van a llegar a nosotros con tal número de adaptaciones, traducciones, modificaciones, variaciones y también incluso prevaricaciones (¡cómo no!), que resulta hasta comprensible que, ante tal confuso *maremagnum*, los más perezosos evadan el obstáculo diciendo con desdén: "Eso es sólo mitología..."

Esto último puede llegar a ser hasta comprensible, pero jamás justificable. ¿Eso es sólo mitología? ¿Se sabe qué es eso de "mitología"? Precisamente un renombrado mitólogo, moderno, y muy célebre, dijo que "la mitología cuenta la verdad a través de mentiras, mientras que la historia cuenta mentiras a través de verdades". Con sentencias como ésta y mitólogos como aquél, vuelve a resultar comprensible escuchar aquel desprecio del moderno: "Eso es sólo mitología." Pero, ¿qué es la mitología? Se dice aquí claro: nada. La mitología no existe a no ser como materia de un estudio universitario o forma de ganarse la vida de algunos. Los que sí que existen -esos sí- son los mitos. Los mitos no cuentan mentiras, de la misma forma que tampoco cuentan la verdad. Los mitos no "cuentan" nada, ni la verdad ni las mentiras. Los mitos no cuentan la verdad porque ellos son las formas de una única verdad. Y mientras los modernos hacen su particular *logía* de los mitos, siguen negando dicha verdad con su participación en la gran procesión hacia la ignorancia total.

Por ejemplo, en el caso particular de la Edad de Oro o Ciclo del Norte, a pesar de la confusa diversidad de corrientes que recogen este mito (que daría empleo y razón de ser al mitólogo), la verdad es ésta: la existencia de una edad dorada de la humanidad es recogida por todas las expresiones tradicionales. Pueden existir variaciones y contradicciones, pero el Ciclo del Norte existe, y la presencia del tema en los diferentes pueblos así lo constatan. Aquí, allá y más allá, siempre aparece una memoria de un tiempo de esplendor humano, un reino dorado, una "era de los dioses". Este registro no sólo aparece en esa esfera de influencia griega que tanto protagonismo parece tener para los modernos, sino también en los resquicios culturales de aborígenes de América del Norte, del Amazonas brasileño, de África, Oceanía… Ese mismo registro aparece tanto en la India (el *satya-yuga* ya citado), como en la lejana China ("El Reino de los hombres de huesos blandos"), tanto en Persia ("El reino de Yima"), como incluso en la tradición hebrea ("el Jardín del Edén")… El exceso de fuentes y diferencias de expresión pueden distraer de la unanimidad incontestable: existe un estado humano verdadero, esplendoroso y glorioso ubicado en el pasado temporal.

Y esto resulta importante y también unánime: ese estado maravilloso no supone ser una fantasía o una abstracción; el paso verdadero del ser humano por la tierra existió, aconteció, "fue". Y precisamente porque no lo es hoy, se sabe de un estado trascendente que fue una realidad en un pasado del que sólo resta una memoria.

Pero la unanimidad alrededor de una Edad de Oro no sólo se limita a su mera existencia. Las diferentes memorias recogidas en fuentes de diversas expresiones tradicionales comparten temas comunes,

incansablemente repetidos en dispersas épocas y latitudes. Al ser así, la complejidad que acostumbra a nublar las aspiraciones academicistas de conocer la superficialidad a través de pretender registrar el todo, puede demolerse extrayendo los denominadores comunes de unos mitos que, más allá del continente circunstancial de transmisión –bien oral, bien escrito-, configuran un contenido esencial. Por lo tanto, aún lejano, podemos acercarnos al Ciclo del Norte, extrayendo con escrupuloso rigor, los rasgos comunes compartidos en sus diferencias de expresión.

Rasgos morfo-simbólicos del Ciclo del Norte

En todo pueblo humano, existe la memoria (individual y colectiva) de una tradición primordial fundadora de la presente humanidad, que supuso ser la primera y principal, y de la que posteriormente surgieron centros tradicionales secundarios y subordinados a ella. En otros términos, se trata de la "era de los dioses", recogida siempre en la memoria como una situación temporal y espacial en la que el ser humano vivía en relación directa con lo divino, si no en completa identificación. En la memoria del Ciclo del Norte se encontrará por tanto, un ser humano verdaderamente vivo, "viviente" (así será llamado el hombre de esta edad en fuentes grecolatinas[32], indias[33], chinas[34], celtas[35]…), un ser humano que es, verdaderamente, un ser. El término sánscrito para este ciclo (*satya*) tendría esa misma etimología (*sat*; verdad, ser), y esa misma raíz está en Saturno, el rey/dios de la Edad de Oro de las fuentes latinas. Es muy probable que la manifestación primordial del ser humano (y su correspondiente centro espiritual) tuviera relación directa con algún evento significativo en el sistema solar y las diferentes órbitas planetarias, y en especial, con el cuerpo que identificamos con Saturno. No sólo el

Saturno romano nos indica esto, sino que datos astrológicos de la *jyotish* indoaria también sugieren un protagonismo de esta potencia planetaria. Nada nos permite asegurar -ni tan siquiera insinuar- qué relación tiene este planeta con la manifestación del ser humano primordial, pero, al menos, evitando toda especulación al respecto, todo indica que esa relación resulta indiscutible.

En cualquier caso, el *satya-yuga,* el Reino de Saturno romano, la Edad de Oro helénica, se desarrolló en un tiempo señalado como "extenso". De esa extensión temporal, se extrae uno de los rasgos morfológicos unánimes de todas las expresiones del Ciclo del Norte: la estabilidad. Es por ello por lo que la tradición primordial se representa siempre a través de símbolos que transmiten esa estabilidad, tales como la "montaña", la "isla", la "roca entre las aguas", y sobre todo, "la estrella polar". La luminaria inmóvil supone ser el símbolo del Ciclo del Norte por antonomasia, y esa unanimidad simbólica aparece en la montaña Meru india, el Olimpo helénico o el Qaf islámico, montes todos ellos coronados con la estrella polar. Por lo tanto, la polaridad sería uno de los rasgos morfo-simbólicos siempre reflejados aún por todas las expresiones tradicionales.

La "estrella fija" se relaciona aquí también con el "sol", siempre que se tenga en cuenta que ese sol permanece inmóvil. Es decir, que el Ciclo del Norte expresa un simbolismo solar muy diferente al "sol" del Ciclo del Este. Mientras éste último se mueve (dando lugar al día y al calor, pero también a la noche y al frío), el "sol" del Ciclo del Norte está siempre en el firmamento, no se esconde en las profundidades de la tierra, no muere. Ese "sol inmóvil" como origen de la humanidad terrestre y su tradición, está expresado con la transmisión que el mismo Sol le entregó a

Vaiwasvata[36]. Y ese sol, expresado en sánscrito *Surya,* estaría en la etimología de los diferentes nombres de la tierra donde se desarrolló este Ciclo, como por ejemplo, Siria.

Y Siria, Thule, esa "Isla del Norte" donde el sol no se pone, es el lugar de nacimiento y residencia simbólica de un ser divino y real (*Apolo* para los griegos, *Visnú* para los indios, *Guesar* para los tibetanos, *Yima* para los iranios…), siempre constituido o ataviado con oro. Ése sería el tercer gran rasgo simbólico del Ciclo del Norte: el "oro".

Tanto la cumbre del Meru hindú, como el Asgarg nórdico, como la patria del Apolo délfico, se representan repletos de oro. La repetida apelación simbólica al oro (presente incluso en la ya comprobada terminología común de la Edad de Oro), muestra la gloria propia del Ciclo del Norte. El ser humano primordial de dicho ciclo aparece él mismo constituido de oro, como el "hombre trascendente" de la tradición extremoriental, los "*hamsa*" védicos, e incluso también en fuentes posteriores, los reyes predinásticos de Egipto. El "oro" resplandeciente acompaña toda memoria del Ciclo del Norte. No obstante, al igual que ya se señaló la importancia de la diferencia entre el "sol inmóvil" del Norte y el "sol" que se exaltará en el Ciclo del Este, también conviene diferenciar dos dominios simbólicos diferentes del "oro": uno sería el "oro" como gloria resplandeciente y constitutiva de los seres del Ciclo del Norte, y otro sería el "oro" como riqueza y dominio material propio de las diferentes fuerzas civilizadoras del Ciclo del Este. En el Ciclo del Este, el "oro" simbólico será degenerado como mero brillo, una burda materialización del resplandor primordial, un oro de pacotilla ilustrado con la devaluación simbólica del "oro" al "bronce". No obstante, comprendiendo eso, el "oro" del Ciclo del Norte no es

bisutería, ni es un adorno, ni algo que se consiga por la fuerza o que se robe al enemigo. El "oro" de la tradición primordial es la gloria que da cuerpo a los seres humanos; "seres áureos", se le llamará, como así se llamó a *Ferécicles de Siros*[37], el que fue maestro e iniciador de *Pitágoras,* o como así se llamó por mucho tiempo al mismísimo *Platón*[38].

Tabla 5.- Rasgos unánimes morfo-simbólicos del Ciclo del Norte

Imagen simbólica	*Rasgo morfológico*
Montaña	Estabilidad
Isla	
Roca en las aguas	
Estrella polar / Sol inmóvil	Inmutabilidad / Luminosidad
Oro	Esplendor / Gloria

La región hiperbórea

Todas estas convergencias simbólicas de las diferentes tradiciones alrededor del Ciclo del Norte, expresarían algo más que alusiones a los ideales de estabilidad, luminosidad, gloria… etc, de la tradición primordial. En efecto, El Ciclo del Norte de la presente humanidad se inauguró con una fundación civilizadora de la que se tienen datos abundantes y sólidos como para plasmar ciertas correspondencias geográficas. Esa civilización primordial es la que las fuentes grecolatinas llaman "región hiperbórea", y que las diversas expresiones tradicionales refieren con otros nombres, todos ellos conteniendo las formas simbólicas ya citadas.

Al leer esto último (es decir, que la presente humanidad se abrió con una civilización superior a cualquiera posterior), los dientes de los lectores más científicos chirriarán de rabia. A fin de cuentas, ellos llevan ya un par de siglos excavando, escobillando, y catalogando puntas de flecha, bastones de mando y busiles. ¿Dónde están los vestigios de la civilización hiperbórea? La rabia de los científicos profanos resulta más que comprensible si algunos de ellos están próximos a encarar que su trabajo resulta completamente inútil, tan inútil como sus excavaciones y catálogos arqueológicos. Jamás encontrarán toscos vestigios de civilizaciones elevadas con mínimas necesidades de materialización. Se sabe que nunca encontrarán restos materiales (mucho menos, "técnicos" o "industriales", tal y como busca la arqueología) de la civilización primordial, por varios motivos que el científico profano acostumbra a ignorar completamente. El hecho de que algo no deje rastro, no quiere decir que ese algo no exista, más aún si todos los seres humanos tienen memoria de ese algo. Si se trata de encontrar "restos", comprenderán los arqueólogos que la civilización que más restos materiales dejará, será precisamente la última, es decir, la suya. No es difícil de entender que cuanto más refinamiento espiritual exprese una civilización, menos materializaciones susceptibles de perdurar producirán. Por lo tanto, si algún arqueólogo sobrevive a nuestro particular fin del mundo, se congratulará de que no le va a faltar trabajo, pues en los restos de la última civilización, encontrará montañas de deshechos materiales y técnicos para excavar, analizar y catalogar.

Por encima de los artificios de la investigación científica, las fuentes tradicionales expresan la existencia de una civilización primordial, con una unanimidad y unos datos asombrosamente coincidentes. Quizás las mejores conocidas de esas fuentes sean las grecolatinas, donde la

memoria de Hiperbórea aparece citada por diferentes autores. Así, el Ciclo del Norte no sólo es así llamado (del "Norte") por un simbolismo lejano, sino que, efectivamente, su civilización se ubicó en el norte. Para los griegos, la región hiperbórea estaba en "una isla en el norte". La misma imagen y localización geográfica aparece en las fuentes indoarias, donde la palabra *dvipa*, expresa "isla" y "ciclo", dependiendo de su acepción espacial o temporal. La primera de esas siete islas/ciclo es *Jambudvipa*[39], que literalmente sería la "isla polar". También siete islas (*Eres, Adama, Harabhu, Siyya, Yabbasha, Arqa, Tebhel* y *Heled*) aparecen en las fuentes cosmológicas hebreas[40] y cabalísticas, traduciendo la primera de ellas, "*Eres*", como una "tierra" situada en el norte. La misma ubicación se le atribuye a la "montaña" (*HuLing*), sede de los "hombres trascendentales" de la tradición china; y en el Tibet, se habla de *Thshan Shambaya* (literalmente, la "ciudad del norte"), como lugar de nacimiento del gran *Guesar*. En el norte también se encontrará el correspondiente iranio de este héroe/rey solar (es decir, *Yima* "el resplandeciente") con *Ahurá Mazda*; y del norte vendrán los antepasados de los nahua y toltecas americanos. Las memorias de las tradiciones más antiguas de las que quedan registro son unánimes en ubicar el norte como la región del hombre primordial, los "trascendentales" que dirán los chinos, los "cisnes" que dirán en la India, los "hiperbóreos" que dirán los griegos. Incluso en registros históricos recientes, los romanos situaban su Isla de *Thule* (confundiendo, quizás, la región hiperbórea con el posterior desplazamiento occidental de la tradición primordial) en el Mar de *Cron* (*Cronos*, es decir, *Saturno*, dios de la Edad de Oro), y *Plutarco* se aventuraba a dar el detalle de su situación, "más allá de la Isla de Gran Bretaña", es decir, en el Ártico, en el norte.

Precisamente *Plutarco* también detalla un viejo tema asociado a la región hiperbórea: allí las noches son cortas (o inexistentes), y el sol apenas (o nunca) se pone. Como se puede ver aquí, el símbolo hiperbóreo ya visto del "sol inmóvil" o perpetuo, puede corresponderse con la posibilidad efectiva de que en la región de la civilización hiperbórea no existiera la noche, rareza perfectamente verosímil teniendo en cuenta que sólo en el polo puede ocurrir esto, y que la inclinación del eje terrestre estaría en una situación diferente a la actual. Lo cierto es que las referencias a los "días sin noche" de la tradición primordial aparecen con tal insistencia, que todo hace pensar que este mito tenga una correspondencia física. De la misma forma, aún situada en el Polo Norte, la región hiperbórea estuvo repleta de vegetación, y así convergen las fuentes ya citadas cuando se habla de su ubicación geográfica. La "isla" simbólica del Ciclo del Norte, no sólo siempre se encuentra "elevada" (en forma de monte, como Olimpo, *Tir na mBeo, Sumeru, Ogigia*…), sino que goza de un perpétuo "verdor", una inacabable "primavera", como los Campos Elíseos homéricos[41], donde vive dichosamente *Radamanto*. Se repite hasta la saciedad el tema del "jardín", que se presentará posteriormente en el archiconocido Edén de las fuentes hebraicas[42]. En todo caso, la tierra de la Edad de Oro siempre se recuerda como "una tierra más hermosa que ahora, y que produce espontáneamente una variedad abundante de frutos"[43]. Unas circunstancias favorables en extremo caracterizan siempre el clima del Ciclo del Norte, y dicho privilegio no se señala como mera casualidad, sino que se explicita que dicho clima paradisíaco de la Edad de Oro, es la proyección de una armonía metafísica, una comunión de lo humano con lo divino, o en palabras sumamente repetidas en diferentes expresiones tradicionales, un "regalo de los dioses". Y precisamente ese "regalo de los dioses" a la inauguración del ciclo humano actual, ilumina una pregunta en extremo interesante:

¿Quiénes habitaron la región del Ciclo del Norte? Ellos fueron nuestros antepasados primordiales, y preguntar por su origen, es profundizar en lo que el ser humano resulta ser en su esencia. Véanse qué convergencias se encuentran al respecto en las diferentes revelaciones y memorias tradicionales.

Unanimidades simbólicas tradicionales sobre el origen del ser humano

El hombre de la Edad de Oro, según el mismo *Hesiodo*, vivió "como los dioses, sin vicio, ni pasión, ni irritación, ni trabajo. En feliz amistad con seres divinos, pasaban sus días en tranquilidad y placer, viviendo juntos en perfecta igualdad, unidos por confianza y amor mutuos." Desde la actual concepción de la vida humana, quizá una lectura profana valore esta cita como una mera fantasía utópica de un griego que -él también- vivió muy lejos de este hermoso paradigma de humanidad. Sin embargo, aunque ni el lector ni el propio *Hesiodo* hayan experimentado la vida de tal modo, la humanidad primordial bien pudo manifestarse tras formas irreconocibles hoy en día, incomprensibles, y también sin duda, increíbles.

Porque si se adjudica un vicio fantasioso a las fuentes hesiodíacas sobre los primeros seres humanos, entonces por justicia ha de hacerse lo mismo con las innumerables fuentes que citan los mismos temas (origen divino del ser humano, armonía primordial, longevidad…) y que pertenecen a tradiciones orales antiquísimas y distantes las unas de las otras. Más aún: si se admite incluso que todas las memorias sobre los "hombres primordiales" del Ciclo del Norte son fantasía, ¿por qué si son

fantasías todas ellas no son nada originales entre sí repitiéndose incansablemente las mismas figuras e imágenes en múltiples lenguas? Es decir, ¿por qué existen asombrosos puntos en común en las diferentes fuentes tradicionales que abordan el origen de la presente humanidad? La respuesta a esta pregunta desconcertará y hasta irritará a algún que otro lector: pues porque, aun con toda su contradictoria diversidad morfológica, las diversas fuentes tradicionales expresan una única y misma verdad. Que nuestra situación actual nos impida conocer la verdad a través de dichas fuentes, es una limitación que conviene identificar y admitir antes de cuestionar la veracidad o exactitud de los textos sagrados. Asumiendo esa limitación insalvable (ya se hizo explícitamente en esta obra), lo que sí se puede hacer es estudiar a fondo dichas fuentes y extraer unanimidades comunes como reflejos de expresión de una verdad que habla por sí sola, con claridad, y a cada instante, aunque prefiramos permanecer sordos a ella.

Lo que en este apartado concierne de dicha verdad se limita al origen de los hombres primordiales que dieron pie a la presente humanidad. Ya se dijo que no había que extrañarse con el tema unánime de las "múltiples humanidades" presentes en India, en China, en Sumeria, en Babilonia, e incluso en ciertas fuentes hebreas del Génesis -comprensiblemente descartadas-, que repiten la cuestión de los múltiples primeros seres humanos. Por lo tanto, no está de más decir que lo que a este apartado le concierne con rigor, es el origen del ser humano actual, este ser humano que somos, el principio del que descendemos. Y se dice "descender" porque, en efecto, la manifestación del ser humano supone ser una degeneración continua con respecto a ese ser humano esencial, un alejamiento en descenso y descendencia del ser que nos da nombre, una mezcla degradante con elementos ajenos a su carácter primordial. Ese ser

humano primero y primordial no resulta ser evidentemente un "homínido" superdotado, al modo que lo entiende la biología, ni mucho menos una especie de la orden *homo* que evolucionó hasta ser lo que ahora somos. No se tiene registro ni memoria de nada parecido en ningún lugar, con la única excepción, claro está, del contexto científico post-darwinista.

Pero lo verdaderamente esclarecedor de las diversas fuentes tradicionales no es que descarte al unísono la reciente versión evolucionista del origen del hombre, sino que entre ellas existen asombrosas convergencias morfológicas que permiten comprobar significativos datos sobre el principio humano. Más aún: dichos datos arrojan sólidos indicios para situar dicho hombre primordial como habitante del Ciclo del Norte, e incluso identificar unos rasgos que pertenecen en esencia a los seres humanos, de entonces, de ahora, y de siempre. Se trata de los "hombres trascendentales" de la tradición china, los "hombres *hamsa*" de la tradición indoaria, los hombres de la Edad de Oro de la tradición helénica, la raza hiperbórea de las fuentes latinas, o los "*Ben-Elohim*" de la tradición hebrea. Sin duda, estos ejemplos se podrían multiplicar, y todos seguirían compartiendo unos mismos rasgos simbólicos. Se demostrará que todos esos mitos expresan a través de su convergencia, una misma verdad, a saber, el principio esencial de la humanidad que, al estar en la actualidad alejado, no por ello deja de estar circunscrito a un tiempo que sólo podemos calificar de "remoto". En palabras más claras: los habitantes del Ciclo del Norte existieron como hombres, se manifestaron en el tiempo y en el espacio, fueron pobladores de la tierra.

Para documentar esta importante cuestión, se extraerá la unanimidad de las diferentes versiones del origen del ser humano. Estas versiones son

tan numerosas que requieren una síntesis que sirva para encuadrar las diferentes expresiones, todas ellas transformaciones posteriores de una misma tradición primordial. Porque se considera valioso plasmar el calidoscópico despliegue de las diferentes tradiciones, se van a citar cuatro fuentes de las que se dispone cierta integridad: el *Vaiwasvata y* los hombres *hamsa* de la tradición indoaria, El *Apolo* y los hiperbóreos de la tradición griega, el *Enki* y los *Annunaki* de la antropogénesis sumerio-babilónica, y el *Adán* y los *Ben-Elohim* de la tradición hebrea. Obviamente, no se tienen fuentes escritas directas ni del Ciclo del Norte, ni del Ciclo del Sur. Siendo así, el apoyo recaerá en las fuentes védicas, como expresión relacionada con el carácter polar del *satya-yuga*, y en las fuentes helénicas que reflejan ecos de los ciclos pelasgos de la Gran Madre mediterránea. Por otro lado, en las tablillas sumerias cuneiformes, se ejemplificará una versión típica del Ciclo del Este, y finalmente, en la tradición hebrea se verá una expresión del Ciclo del Oeste que, aun con la degradación inherente a su tiempo, mantendrá los temas unánimes que aquí se van a señalar. Como se entenderá, con diferencias de expresión en ocasiones antagónicas, encontrar estos lugares comunes sobre el ser humano primordial, iluminan capitales cuestiones sobre su origen, sobre nuestro origen. La síntesis de esas unanimidades sobre la antropogénesis tradicional se puede esquematizar con el siguiente cuadro:

Tabla 6.- Unanimidades tradicionales sobre el origen del ser humano

	Fuentes Indoarias	*Fuentes Grecolatinas*	*Fuentes sumerio-babilónicas*	*Fuentes Hebreas*
Relación original con lo divino	Relación divina de los *hamsa*. *Brahma=hamsa*	"en feliz compañerismo con seres divinos" *Hesiodo*	Humanidad como "regalo de los dioses"	*Adán* "a nuestra imagen y semejanza" Gn 1-2
Parentesco con el cielo	*Surya* padre preceptor de *Vaiwasvata*	Sede hiperbórea "cerca del cielo"	*An / Anu* progenitor de la humanidad	*Ben Elohim*, "hijos de *Elohim*"
Apoyo vital en una sustancia terrestre	Concepto védico de "*pashu*"	Critias, *Platón* 110 C; 120-121	Uso de arcilla de *Aruru*	Adán, hijo de la tierra (*adama*) y hecho de arcilla (*adom*)
Belleza y grandeza sobrenaturales	Tamaño sobre- natural de *Vaiwasvata* y los hombres *hamsa*	Tamaño y belleza de *Apolo* y hombres de Edad de Oro	Tamaño y belleza sobrenatural de *Enki*	Tamaño y belleza sobrenatural de *Adán*
Androginia	*Ardhaishwara*	Mito platónico del andrógino, *Filón*, ecos gnósticos	*Enkidu* "cabellos como mujer" *Gilgamesh*	Adan y Eva, ser andrógino *Génesis Rabba*
Longevidad (si no inmortalidad)	*Visnú* como niño	"niños a la edad de cien años" *Hesiodo*	*Enki*, "siempre joven"	*Adam Kadmon*
Ocultamiento en ciclos posteriores	Los *hamsa* no mueren, se ocultan	Los "dorados" no mueren, se ocultan	Los *Annunaki* no mueren, se ocultan	*Ben-Elohim* no mueren, se ocultan.

Jamás se encontrará en una fuente tradicional un ser humano primordial con apariencia bestial o simiesca. En toda memoria del origen del hombre, éste es, ante todo, un ser privilegiado con respecto a otros seres vivos (en términos biológicos) o seres creados (en términos religiosos). Y este privilegio no sólo se confiere con la obvia comparación que se puede hacer incluso hoy en día, sino que existe una "revelación" al respecto que recogen todas las expresiones tradicionales. Esta revelación puede diferir con rotundidad en las formas, pero aún con todo, expresan unos temas siempre repetidos, siempre registrados, siempre tenidos en cuenta, con la insignificante excepción de la arrogancia científica moderna. Se vean esos temas, uno por uno:

1.- Relación original con lo divino: Los hombres de la Edad de Oro son, según *Hesiodo* y otras fuentes análogas, seres comparados a dioses, si no en algunos casos identificados a ellos. Eso se expresa con más claridad con los hombres *hamsa* del *satya-yuga* hindú (dotados estos de unas cualidades que se verán posteriormente), y con los "hombres trascendentales" de la tradición china. Siempre aparece un vínculo entre el hombre y la divinidad, que no se duda en explicitar como origen del hombre, de su libertad, de su inteligencia, de su libre albedrío, del "reino"… y ante todo, de la propia vida humana en su sentido eminente. Si *Hesiodo* habla del "feliz compañerismo" entre los hombres y los dioses, las tablillas sumerias definen la humanidad como un "regalo de los dioses". En todo caso, el ser humano se inaugura como una gloriosa entrega de lo divino a la tierra, e incluso este tema aparece en la tradición hebraica[44], donde los *Ben-Elohim* (identificables a los "hombres trascendentales" extremorientales y a los *hamsa* védicos), son literalmente "los hijos de lo divino". Este carácter divino (o al menos, "semejanza divina"[45]) del humano primordial conlleva siempre unas facultades

excepcionales necesarias para hacer frente al honor y responsabilidad de ser el “rey del mundo”. Esa realeza a la que está destinado el hombre es grotescamente interpretada e invertida con satánica alevosía por la modernidad, y su enfermiza ambición de poder cristalizada en el infame *New World Order*. Sin embargo, el derecho divino del ser humano resulta ése: reinar (reinarse), y así se expresa unánimemente en todas las tradiciones de las que resta cierta integridad en la extrema situación actual.

Irremediablemente, esta condición divina y sus facultades se van perdiendo con el paso del tiempo, hasta que finalmente se olvidan (tal y como identifica *Platón* a la propia ignorancia, es decir, como un “olvido”). También *Platón*[46] señala que ese “olvido” y la pérdida facultativa que conlleva, tienen como causa la continua mezcla de esos seres humanos primordiales con seres animalescos ajenos. Y ese mismo tema (la pérdida de las facultades divinas del ser humano por causa de una mezcla ilegítima, en ocasiones asociada al bestialismo o incluso a la sodomía), aparece tanto en fuente arias (iranias e indostaníes) como en fuentes hebreas (por ejemplo, en el Libro de *Enoch*, donde la unión de los “hijos de los dioses” con las “hijas de los hombres”, hizo que “toda carne hubo corrompido su vía sobre la tierra”. Sin duda, esta “mezcla” requiere ciertas puntualizaciones que más tarde se incluirán, pues nada resulta más peligroso que malinterpretar estos datos desde un punto de vista evolucionista o racial, como llegaron a hacer los monstruosos europeos de la eugenesia, la “mejora de la raza” y el racismo biológico. En fin, el “hombre primordial” (*Adán*, *Manú*, *Adam Kadmon*, *Al-Insan Al-Kamil*… hay tantos nombres como pueblos) supone ser el origen compartido por todos los seres humanos. Por el mero hecho de ser humano, existe un “parentesco con lo divino” siempre expresado

tradicionalmente, y del que no se duda está presente, aun en estado latente, en todos los hombres de la Edad de Hierro, del *kali-yuga*, del Ciclo del Oeste. Resulta curioso comprobar que a ese parentesco se le atribuya también una localización simbólica unánime que no conviene olvidar.

2.- Parentesco con el cielo: Quizás los católicos más fundamentalistas no sepan que comparten oración con todos los no católicos cuando dicen aquello de "Padre nuestro que estás en los cielos". No existe tradición que no haya localizado la relación divina antes señalada con el "cielo". Es el "cielo", el origen paterno del ser humano, y sobra decir, que el "padre" es el símbolo de la esencia, de la misma forma que la "tierra" es el símbolo de la sustancia, entendidas esencia y sustancia en el sentido aristotélico. En toda revelación o memoria del origen del ser humano, su esencia proviene del cielo; por lo tanto, no se tiene inconveniente en asegurar que el ser humano tiene un origen "extraterrestre", comprendido ese vocablo en su etimología y evitando todas las relaciones con movimientos neoespiritualistas que adoran dicha palabra. *Yahvé-Elohim* es, como es sabido, el "dios de los cielos" que, según el génesis hebraico[47], crea a *Adán*. *An* (o *Anu*, o incluso *Anat*, siendo ésta femenina) es el "dios de los cielos" y padre de *Enki*, el cual, según la antropogénesis babilónica da pie a la presente humanidad. *Surya* ("el que está en los cielos") es el preceptor de *Vaiwasvata*… y la lista de credenciales de nuestra paternidad celeste no tendría fin.

Existe unanimidad en colocar la región del Ciclo del Norte (Hiperbórea, Olimpo, Meru, Edén…) en una alta montaña, y existen numerosas fuentes que explican esa ubicación porque de esa manera, se está "más cerca del cielo", o incluso, se está "en contacto con el padre". Nos

limitamos aquí a plasmar el innegable registro de la paternidad celeste del ser humano, y sólo pedimos que se interpreten estos datos escrupulosamente limpios de toda influencia de la ciencia-ficción moderna y la nefasta industria cinematográfica. Dicho queda.

3.- Apoyo vital en una sustancia terrestre: Junto con la paternidad del cielo (o con más rigor, inmediatamente después), toda expresión tradicional del origen del hombre expresa la participación de un apoyo sustancial de la tierra para hacer posible la vida del ser humano primordial. Se da así, una "mezcla", entendida ésta no tanto literalmente como el Critias platónico o el Libro de Enoch hebreo. La paternidad celeste necesita un apoyo terrestre para crear el primer ser humano, y ese apoyo viene, dependiendo de la fuente, bien de la vegetación, bien de un animal, o de tierra en forma de "arcilla", "barro" o "polvo". En todo caso, en su primordialidad, el ser humano difiere de los dioses (los dioses olímpicos, los *devas* indoarios, los *Annunaki* babilónicos, los ángeles de las fuentes hebreas…) en el hecho de que está ligado a la tierra, tal y como indica una de las palabras que usa en el *veda* para designarle, "*pashu*", "lazo", cuerda que sirve para amarrar el ganado. Ese soporte sustancial terrestre está reflejado aún con más crudeza en subciclos posteriores, más cercanos a la Edad de Hierro. Así, en las tablillas sumerias[48], *Lulu*, el primer ser humano, quedará reducido a una simple "cabeza de ganado" para los dioses. Este componente terrestre del ser humano, el cual se hace más presente a medida que se despliega su manifestación, aparece aún más claro en fuentes levantinas y mediterráneas influenciadas por el Ciclo del Sur, en los mitos de *Gaia/Gab,* en la *Astarté* fenicia[49], en el gran subciclo de Oriente Próximo. El *Phat* egipcio utilizó, para crear al hombre, arcilla modelada en un torno de alfarero; *Aruru* en Babilonia también utilizó arcilla para su primer hombre; *Ea* también; y en el ciclo

hebreo, esto está explícito en el mismo nombre de su criatura, *Adán*[50], creado de arcilla roja (*adom*) y surgido de la tierra (*adama*).

Pero incluso en la expresión más postrera del hombre primordial, aun estando hecho "de polvo", este soporte sustancial es un polvo puro, limpio y privilegiado. Para crear al *Adán* hebreo, se extrajo "polvo puro", nada más y nada menos, que del Monte Moriá[51], recogido por un ángel o incluso por el mismo *Yahvé-Elohim*. De nuevo, se ve incluso en la expresión de su soporte sustancial, el carácter divino del ser humano. No sin motivo, su "nacimiento", "manifestación", "descenso", "creación" (dependiendo de la fuente), conllevará una serie de intrigas y disputas entre los diferentes seres celestes (*devas*, dioses, ángeles…). Siempre aparece en las memorias tradicionales del origen del hombre, un tema que paradójicamente supone el comienzo de sus problemas: la furiosa envidia que ciertos seres sobrenaturales experimentan hacia él. Esta temerosa envidia hacia el hombre está expresada en la infinidad de obstáculos que tanto los *devas* indoarios como los dioses del Olimpo helénico, ponen a ascetas y héroes de poder espiritual amenazante. Incluso los ángeles hebreos, al ver al hombre, preguntan perplejos y asustados a *Yavhé-Elohim*: "¿Cómo puede haber dos poderes divinos, uno aquí y otro en la tierra?"[52] Siendo así: ¿Qué atributos excepcionales tiene el ser humano que hasta los mismísimos dioses envidian?

4.- Belleza y grandeza sobrenaturales: Independientemente de dónde se busque el origen del ser humano, más allá de las diferencias culturales, filológicas o raciales que se encuentren y se quieran encontrar, el ser humano primordial nace siempre con una distinguida belleza. Los hombres de la Edad de Oro son recogidos en fuentes tradicionales como "bellos", y los mismos adjetivos aparecerán en las descripciones de los

hombres *hamsa* védicos, los "hombres trascendentales" de la tradición taoísta, y también los hiperbóreos recogidos por autores grecolatinos. El *Adán* hebreo, "a semejanza e imagen" divina[53], es de tal belleza que los mismos arcángeles se revuelven alborotados al sentir amenazada su, hasta entonces, incomparable belleza. El hijo legítimo que *Adán* tiene con *Eva,* se llama *Abel (*el vanidoso)[54], y su belleza también es subrayada en diferentes fuentes midráshicas. De hecho, *Caín* (según la tradición que adjudica la paternidad de éste a *Samael*[55]), se enfurece fraticidamente con la envidia que siente hacia la belleza de su hermanastro. No sólo eso: el mismo *Samael,* el ángel caído de las fuentes hebreas, perdió su condición divina al envidiar la belleza del hombre tras su creación el sexto día[56].

Pero el hombre del Ciclo del Norte no sólo dispone de la belleza como atributo transmitido (o "regalado", o "otorgado", o "dado") por los dioses: los hombres de la Edad de Oro también serán "fuertes", "valientes", "inteligentes"… y una serie de cualidades para cada cual, las fuentes tradicionales tendrán una explicación mítica. Aún con semejante pluralidad de expresiones, sus variaciones no difieren en lo esencial: las virtudes humanas son todas ellas herencia de su paternidad celeste, de su privilegiada relación con lo divino. Así, los hombres primordiales siempre aparecerán como "grandes", y esa grandeza simbólica también será atribuida a su propia manifestación física. Los hombres *hamsa* de los vedas son extraordinariamente grandes, como los "hombres trascendentales" chinos, y también los hiperbóreos de mitógrafos helenos. En los textos sagrados, siempre se encuentra un momento para describir la altura del respectivo hombre primordial: *Manú* tiene el tamaño de varias montañas, El Rey *Yima* iranio no tiene competidor en altura, lo mismo que el *Enki* sumerio, y el *Adán* hebreo[57], que tumbado en la tierra ocupa toda su extensión. Estas asombrosas medidas

corporales se repiten en los mitos helenos de los atlantes, "descendientes de los dioses", ellos también. Los *Annunaki* babilónicos se representan enormes con respecto a las criaturas; y lo mismo ocurre con el *Pashupati* drávida, que es bastante más grande que los animales que lo rodean. Tal es la grandeza del hombre primordial habitante del Ciclo del Norte, que en el subciclo hebreo, ante el nerviosismo de los ángeles al ver el tamaño del humano, *Yavhé-Elohim,* para tranquilizarlos, puso su mano en la cabeza del hombre, y redujo su altura a un discreto "millar de codos"[58]. El mito del hombre menguante aparece así, en todas las tradiciones, siempre relacionado con la decadencia inherente a la manifestación humana. En términos simbólicos, siempre se repite la sencilla proporción: cuanto más lejos se encuentre el hombre de su principio (es decir, cuanto más viejo en términos temporales), más pequeño, más menguado, más bajito.

5.- Androginia: Otro atributo que, según la unanimidad tradicional, se le atribuye al hombre primordial es ser macho y hembra al mismo tiempo, ser hermafrodita, o, según el mito platónico más conocido en Occidente, ser andrógino. No sólo *Platón*[59] recoge ese viejo mito en el mundo heleno, pues diversas tradiciones sobre el bello *Hermafrodito*, hijo de *Hermes* y de *Afrodita*, sugieren interesantísimas observaciones sobre este tema. Que el espíritu griego concebía la humanidad primordial como varón y mujer al mismo tiempo, es incontestable, y así, autores neoplatónicos alejandrinos recogerán posteriormente esta cuestión, presente también en escuelas cristianas gnósticas como los valentinianos y muchas otras. Además del helenismo, la otra gran corriente de la que bebe la cristiandad (es decir, el mundo hebreo), también recoge el carácter andrógino del hombre primordial. *Filón de Alejandría,* importante hito que entrelaza esas dos fuerzas, estaba convencido de la androginia

de *Adán*. A fin de cuentas, incluso el Génesis bíblico, habla de *Eva* (por cierto, *Hawwah*, "la madre de todos los vivientes"), como surgida de una costilla de *Adán*. Por lo tanto, incluso en esta versión, Adán tiene en sí mismo un componente andrógino que al extraerse se aísla e identifica como mujer. Pero no sólo eso está presente en la tradición hebrea: en otras fuentes del Génesis[60], *Adán* y *Eva* son dos hermanos siameses unidos por la espalda, e incluso un mismo y único ser bisexual posteriormente separado[61].

El carácter andrógino del ser humano se hace aún más explícito en expresiones vinculadas a tradicionales anteriores a las grandes civilizaciones de Oriente Medio y el Mediterráneo; especialmente en China e India. En esta última, los registros más antiguos de la tradición oral tántrica, codificada posteriormente en sus propios textos, los *tantras*, aluden siempre al carácter andrógino del ser humano. Para los *tantras*, todo ser es, al mismo tiempo, *Shiva* y *Shakti;* y esta conjunción metafísica del sexo se ilustra con el *Ardhanishwara*, imagen de la deidad andrógina a la que aún hoy rinden culto etnias del sur de la India, descendientes de las razas aborígenes anteriores a la arianización indostaní. La deidad bisexual puede rastrearse más aún al este, en China, en Indonesia, y en todo el sureste asiático, allí donde el *mahayana* búdico haya influido en fenómenos religiosos y corrientes devocionales de muy difícil comprensión para cualquier tipo de academicismo occidental.

Por lo tanto, con todos los datos que se pueden recoger al respecto, no resulta arriesgado asegurar que la naturaleza andrógina del ser humano resulta una constante en todas las memorias del primer ser humano, de la tradición primordial, del Ciclo del Norte.

6.- Longevidad (si no inmortalidad): Si les hay quienes se sorprenden de estos atributos propios de lo humano, tales como su origen celeste, su belleza, su androginia… se sorprenderán aún más al saber que todos los registros tradicionales sobre el ser humano original, le atribuyen una longevidad que tendrán que resignarse a calificar de increíble. Para *Hesiodo*[62], los hombres de la Edad de Oro están en la infancia a la edad de cien años. La longevidad de los primeros hombres aparece recogida en la tradición china, en la India védica, y en las "imposibles" cronologías de los reyes de Persia, Asiria y Sumeria, que los eruditos modernos se ven forzados a integrar en lo que llaman "dinastías míticas".

Y se puede decir más: existen innumerables registros tradicionales que atribuyen al ser humano primordial, no ya la longevidad, sino la propia inmortalidad, de manera que la muerte misma aparece posteriormente, como anatema, como castigo divino, como caída, como ruptura armónica con el cielo, o como mezcla ilegítima relacionada con el bestialismo. Este tema (la pérdida de la inmortalidad) aparece con tal insistencia, en pueblos y razas tan diferentes, que resulta difícil desdeñarlo como una mera expresión de una fantasía, una supersticiosa fábula, un simbolismo devaluado sobre el anhelo de vida del ser humano desprovisto de valor efectivo. La pérdida de la inmortalidad en el hombre es un tema tan unánime en los textos sagrados de los diferentes pueblos, como la cosmogénesis desde el vacío, la oscuridad, las tinieblas, o las aguas primordiales. Y hay más: si la inmortalidad se pierde, siempre queda abierta la posibilidad de ganarla de nuevo, de reconquistarla. La inmortalidad es la obsesión taoísta, tántrica, hermética, alquímica… y los adagios "vencer a la muerte" o "alcanzar la inmortalidad" aparecen en tratados de sabios chinos, *yoguins* indios, ascetas, héroes, *viras*, alquimistas, y monjes de todo tipo y todas las eras. Por lo tanto, no hay duda de que,

por muy difícil que sea su obtención, la reconquista de la inmortalidad es un objetivo siempre presente en las prácticas mágico-ascéticas de todas (con certeza: todas) las tradiciones; por lo tanto, supone ser un tanto arrogante pensar que toda esa gente tan heterogénea estaba buscando algo que no existe, tal y como el moderno acostumbra a resolver la cuestión, si es que en algún momento de su vida puede llegar a planteársela. Una vez más, resulta cómodo en extremo asegurarse la inexistencia de algo con el mero hecho de no verlo o de no conocerlo. La enunciación de seres humanos que obtuvieron la "inmortalidad" en la tradición extremoriental, en India, en Persia, en la Grecia antigua, en el Islam… sería un trabajo que actualmente pocos valorarían como merece. Existen registros de fuentes dispares entre sí, que hablan de "hombres inmortales", y parece que en la actualidad nadie tiene valor para asumir lo que eso supone: hombres inmortales. ¿A alguien le parece increíble? Pues se prepare.

7.- Ocultamiento misterioso en ciclos posteriores: La increíble pero incontestable existencia de "hombres inmortales", implicaría una serie de interesantes cuestiones que requieren ser encaradas por todo espíritu valiente. En primer lugar, si existen hombres inmortales, ¿dónde están en nuestro tiempo? Resulta una pregunta válida y saludable: ¿dónde viven los seres humanos que se manifestaron inmortales desde el Ciclo del Norte inaugurador de la humanidad? A fin de cuentas, si se tiene constancia de que algunos han alcanzado la inmortalidad recientemente en la China taoísta, en el Tibet mahayánico , en la India tántrica, en el Irán sufí, en la Grecia heroica, e incluso en la Europa alquimista, ¿dónde viven estos tipos? Aun siendo válida la pregunta, quizás el dónde no resulte tan esclarecedor como el "cuándo" y, sobre todo, el "cómo" de esa vida inmortal. Se trata de uno de los mayores misterios siempre recogido por

textos sagrados y cadenas iniciáticas de todas las tradiciones: el ocultamiento de los hombres primordiales en los ciclos posteriores.

Para el mismo *Hesiodo*[63], los hombres de la Edad de Oro "no mueren", sino que "se ocultan y viven en una forma invisible". Según esta tradición, los hombres primordiales no mueren, sino que permanecen ocultos, para observar y ayudar a los humanos de ciclos posteriores. ¿Juzga el lector esto como otra fantasiosa elucubración del autor griego? Pues bien, una vez más, de ser una fantasía, sería una fantasía repetida por todos los registros históricos de los pueblos de la humanidad. Sin duda, el mayoritario y enorme resto de pueblos excluidos de esa historia también hablaron del mismo tema, y así lo demuestran crónicas y leyendas de aborígenes norteamericanos, amazónicos, y australianos. Los "antepasados", los "ancestros", los "hombres primordiales" permanecen vivos en un misterioso plano ajeno al histórico, y ellos, dependiendo de la tradición, "observan", "guían", "ayudan", o simplemente "esperan" el momento adecuado para salir de su ocultamiento.

Esto último aparece explícito en la tradición persa, donde tras el fin del Ciclo del Norte, los hombres del Rey *Yima* se vieron obligados a retirarse a un refugio subterráneo. El ocultamiento "bajo tierra" es uno de los temas que más se repiten para hablar del paradero de los hombres inmortales del Ciclo del Norte, y resulta sorprendente comprobar que la existencia de mundos subterráneos aparece tanto en Irán como en el norte de América, tanto en potentes civilizaciones como la babilónica, como en crónicas de pueblos de Suramérica, África u Oceanía, que los modernos definirán, sin ninguna vergüenza, como "primitivos". Tal y como ya se ha hecho en esta obra y como se hará a lo largo de toda ella,

la existencia de un mito suprahistórico o un símbolo primordial que expresa un principio metafísico, no niega que dicha existencia tenga una correspondencia histórica, concreta y física. Por ejemplo, el dato tradicional incontestable de que los hombres de la Edad de Oro se ocultaron simbólicamente en un refugio subterráneo, no niega que, efectivamente, dicho refugio se pudiera ubicar bajo tierra, no en un sentido sólo figurado, sino también literal. No es sólo que existen innumerables leyendas de mundos subterráneos en demasiados pueblos como para no tenerlas en cuenta, sino que incluso autores contemporáneos han llevado a cabo interesantísimos trabajos de investigación al respecto, que desde aquí nos gustaría agradecer. Ante todos los datos al respecto, nadie puede negar la posibilidad de que la vida humana en la tierra no se haya reducido a su superficie. Así es, por muy extraño que esto pueda resultar a algunos.

Sin embargo, la desaparición misteriosa de los hombres primordiales, no sólo se ha expresado con el "refugio subterráneo". Las fuentes hesíodiacas mismas hablan de los hombres de la Edad de Oro "invisibles", es decir, presentes en este mundo, pero que los hombres de la Edad de Hierro (como, por ejemplo, *Hesiodo* o nosotros mismos) no pueden ver. Es por ello que las fuentes romanas[63] dicen que los hiperbóreos llevan una vida "semejante a la de los dioses"; y este tema se repite con los *hamsa* védicos, los *rishis* tántricos, los *Annunaki* babilónicos, o los *Ben-Elohim* hebreos. Se trata de una asimilación, un tanto confusa pero muy repetida: los hombres primordiales se asemejan hasta la identificación con los "dioses". Pero ahí se entra en un terreno conflictivo en extremo: ¿Quiénes son los "dioses"?

Pues depende de quién se acuerde de ellos. En principio, si un occidental contemporáneo habla de los "dioses", lo hará siempre desde la concepción grecolatina de los "dioses", pues sólo a esa fuerza cultural se le puede atribuir con rigor esa palabra, "dioses". No obstante, existen analogías en otras expresiones tradicionales, como por ejemplo, los *devas* védicos, que tienen rasgos compartidos con el Olimpo heleno, hasta tal punto que hay quienes quieren ver a los mismos seres con diferente nombre, como sucede con *Visnú* y *Apolo*, o *Shiva* y *Dionisos*. Sin duda, estas relaciones encierran parte de verdad, y sin embargo, nada es tan sencillo como parece, y recomendamos evitar asimilaciones de ese tipo, pues las apariencias siempre engañan. Los *devas* no serían "seres divinos", tal y como podemos pensar llevados por la inercia materialista de toda concepción moderna, sino "potencias" divinas, con semejanza a lo que enseña la teoría de los nombres divinos islámica o la angelología cabalística. De hecho, los *devas* védicos se corresponden con más acierto a algunas realidades de expresiones tradicionales definidas como monoteístas, donde una pluralidad de "dioses" conllevaría automáticamente un error teológico, una desviación heterodoxa, o incluso una herejía idólatra. Es cierto: los *devas* hindúes se corresponderían más a los "ángeles" de la tradición judeocristiana o la revelación mahometana, que a los "dioses" tal y como quizás los entendieron los romanos, y con certeza, los más recientes neo-espiritualismos autotitulados paganos. En los *vedas*, los *devas* observan a los humanos; lo mismo hacen los "observadores" del Libro de *Enoch*, y los ángeles veterotestamentarios que, por ejemplo, visitan a *Abraham*[65] antes de irse a destruir Sodoma. ¿Quiénes son estos seres "observadores" que aparecen de nuevo aquí y allá? ¿Los hombres inmortales del Ciclo de Oro? No siempre, pero es cierto que en algunos casos, en algunas fuentes tradicionales serán asimilados los unos con los otros. Esto resulta

claro con los *Ben-Elohim* hebreos, que literalmente serían los "hijos de los dioses", y que, aunque su extirpe se degenera y se mortaliza con la mezcla en la tierra, ellos mismos permanecerán "ocultos", observando a los hombres en ciclos posteriores.

Por lo tanto, si nos circunscribimos a las unanimidades tradicionales al respecto y no nos extendemos a opiniones personales que -nos consta- nada valen, basta con declarar que uno de los rasgos de los hombres del Ciclo del Norte es su capacidad para ocultarse en ciclos posteriores. Por supuesto que todo es una incógnita sobre dicho ocultamiento, y se evitarán aquí especulaciones al respecto. El misterio de ese ocultamiento guardará relación con temas míticos diferentes pero en absoluto incompatibles los unos con los otros: el refugio subterráneo, la "Isla de Occidente", la invisibilidad angélica… Se indicarán al respecto algunas consideraciones cuando se trate la importante cuestión del fin del Ciclo del Norte, y el consecuente desplazamiento mítico a Occidente de la tradición primordial.

Las increíbles facultades del hombre primordial

Se parte del hecho de que ese hombre del Ciclo del Norte es tan diferente al hombre contemporáneo que somos y conocemos, que cualquier retrato de aquél (por muy riguroso y escueto que sea) resulta increíble. Se comprende que así sea, y nada nos gustaría menos que el lector simplemente creyera lo que aquí se expone. No es el ámbito de la creencia (mucho menos, el de la fe), el que a esta obra le interesa. Invitamos, como siempre, a la meditación y a la búsqueda de una verdad que nadie dijo tenga que ser creíble. En ultima instancia, si el hombre

primordial que esbozan unánimemente las diversas expresiones tradicionales resulta increíble, lanzamos el desafío de cuestionarse por qué semejante ser humano resulta increíble. Este ejercicio será más difícil en la medida en la que el hombre moderno haya sido sometido a una programación a través de una ciencia-ficción y una cultura pop que utiliza los mismos rasgos morfológicos que aquí se han enunciado. El cine, la prensa, la televisión, el comic… llevan machacando durante más de un siglo con su revisión mitológica, sus superhéroes, y sus poderes mágicos. ¡Es ficción! Por supuesto; y cabe recordar que todo producto del cine y las industrias artísticas modernas lo es. Ahora bien, ¿algo que es ficción está en el cine por ello (ser ficción), o es el cine mismo quien hace a algo ficticio? Por ejemplo: nadie mínimamente cuerdo se atrevería a decir que la Segunda Guerra Mundial fue una fantasía, a pesar de que muy pocos sepan de su existencia directamente, muy pocos la vieron con sus propios ojos, muy pocos la conocieron. De la misma manera, nadie mínimamente cuerdo concedería realidad a las innumerables películas sobre la Segunda Guerra Mundial. Existe también una unanimidad al respecto: son una ficción. Sin embargo, la gran mayoría de los que aseguran la realidad de dicha guerra, no tienen otro fundamento de seguridad que un puñado de ficciones, a saber, el cine (y quien dice cine, puede decir novelas históricas, literatura, comic, revistas, videojuegos…) Es decir, que el moderno acostumbra a identificar realidades a través de la ficción. Comprendiendo este hecho incontestable, ¿no es posible que el moderno también identifique lo que él cree una ficción por medio de realidades que desconoce completamente? Así es con respecto a este tema: un hombre inmortal, o andrógino, o divino, o invisible, resulta increíble, pues éste se parece demasiado a un personaje de una película de *Hollywood*. Dicho sea todo esto para recordar el nefasto papel que las "industrias artísticas"[66] modernas desempeñan en el plan de mantener al

ser humano en la más oscura ignorancia. Dicho obstáculo hay que tenerlo en cuenta si se quiere leer esta obra con alguna eficacia.

No obstante, los rasgos humanos del apartado anterior no pertenecen a una película de ciencia-ficción. Pertenecen a registros escritos de expresiones tradicionales . Y aquí nos encontramos con otro obstáculo aún mayor que el anterior. ¿Podemos asumir con humildad que incluso el más antiguo de los registros textuales tradicionales resulta recentísimo para poder encontrar en él una fuente directa de un tiempo tan lejano como el Ciclo del Norte? Ya se dijo, y se repite aquí debido a su importancia: en esta obra sólo se ha llevado a cabo una síntesis de los rasgos unánimes presentes que los textos sagrados de diferentes tradiciones han dado al hombre primordial. Estos textos no fueron escritos, ni muchísimo menos, dentro del tiempo y la tradición que sus temas tratan. Se verá incluso en el cuarto capítulo (El Ciclo del Oeste), que dichos textos pueden ser muchísimos menos "sagrados" de lo que a los más crédulos les gustaría pensar. Es mejor, por lo tanto, no llevarse a engaño: si cualquier texto tradicional tiene validez es precisamente porque recoge una tradición oral antiquísima que no pertenece al contexto civilizador de la expresión tradicional concreta. Por ejemplo, los puranas védicos, los textos mazdeaicos, o el Génesis hebreo no expresa sólo el origen del hombre. Más bien y ante todo, expresan el origen de su proceso civilizador particular, tomando como base el tema tradicional de la revelación del origen del hombre que, al ser el mismo, mantendrá rasgos comunes en las diferentes expresiones. Por lo tanto, no es extraño que un mito primordial sea el que se amolde a un interés particular plasmado por escrito (y no al contrario). Así, si la transmisión de la tradición primordial fue estrictamente oral, lo que en la actualidad se llaman "textos sagrados", aun recogiendo temas de aquella transmisión,

siempre van a ser de carácter dudoso por el mero hecho de permanecer escritos, y por lo tanto, abiertos a interpretaciones, traducciones, y también manipulaciones más o menos malintencionadas. El ejemplo más claro de todo esto sería la Biblia de Jerusalén, un extrañísimo collage bibliográfico que, por mucho que se presente como corpus coherente, resulta ser una compilación heterogénea de traducciones de traducciones de traducciones de versiones revisadas de temas sumerios, persas, asirios, babilónicos, egipcios, hebreos, esenios, y finalmente, helénicos. Fuera de ahí, se insiste en no llevarse a engaño: no sólo existen deformaciones de expresión más o menos inevitables, sino que existe manipulación, distorsión, deformación, y más aún, tergiversación al servicio de un proyecto civilizador cualquiera. Se verá más tarde.

Pero si se trata de investigar sobre cómo fueron (o son), los habitantes del Ciclo del Norte, existen otras fuentes además de los ecos ancestrales plasmados por escrito en textos más recientes de lo que podría parecer. Cuando se habló de la inmortalidad, se comentó que hombres relativamente contemporáneos, la "reconquistaron". Es decir, que hombres de ciclos posteriores obtuvieron la condición propia de los primeros hombres, y así aparecerá en tratados y crónicas taoístas, tántricas, yóguicas, alquímicas, sufíes… es decir, la obtención del "estado primordial". De nuevo nos encontramos con otra cuestión increíble que aparece en todas las memorias del pueblo humano: santos, *sadhus*, monjes, *yoguins*, héroes, sabios, ascetas, renunciantes, magos, alquimistas… conquistaron su naturaleza primordial, es decir, la modalidad del ser humano que en el apartado anterior se perfiló. La "inmortalidad" taoísta, el *moksa* vedantino, el *mahasamadhi* tántrico, el *nirvana* búdico… conllevan, por añadidura, una serie de atributos que, de nuevo, desde la perspectiva del hombre moderno, parecerán increíbles.

Pero en este caso, como en el anterior, tampoco hay que creer, sino observar que la existencia de esos hombres se repite con insistencia en diferentes y dispersos pueblos y civilizaciones. Una vez más, se verán los mismos rasgos, y una serie de facultades sobrenaturales que los santos del *Islam*, los *yoguins* indios, los alquimistas medievales o los sabios taoístas, comparten. ¿Se puede compartir algo que no existe? No, no se puede. ¿Qué facultades, tan reales como increíbles, tienen esos hombres?

La India toda ella es un ingente volumen de leyendas sobre hombres prodigiosos, *siddhas* con atributos sobrenaturales, o al menos, raros para lo que actualmente identificamos como humano. No existe reino, país, tribu de India que no guarde en su memoria la existencia de hombres (algunos santos, otros no tanto) que "vencieron a la muerte". Todavía hoy, se veneran como dioses, a ciertos individuos que, aun con todas las leyendas que puedan arrastrar, se tiene registro de su existencia en un tiempo relativamente reciente: *Matsyendra, Kabir, Kapila, Mahavira, Shankara, Goraksha*… o incluso el mismo *Sidharta Gautama.* Además de la extensa lista de nombres propios de peso que aún hoy mantienen su autoridad y carisma devocional para millones de personas, existen muchos otros anónimos, llamados *jivanmukta*, que también alcanzaron ese estado primordial humano. Si se estudia a toda esta interesantísima gente a través de los registros textuales (tratados, crónicas…) que podemos encontrar, se comprobará que aunque todos ostenten el mismo título (a saber, "vencedores de la muerte", es decir, "inmortales"), entre ellos acostumbran a diferir en acaloradas polémicas doctrinales, conceptos metafísicos, y rivalidades sectarias. Claro está: no es lo mismo el *nirvana* del *Buddha*, que el *moksa* de *ShankaraCharya* ; no es lo mismo la liberación entendida por los *kapalikas* que por los *bhaktas vaisnavas*, no es lo mismo el *kaivalpa* jaina que el *samadhi* tántrico; no es lo mismo la

junción erótica de *Gorakshanath*, que la unión lírica que expresó *Kabir*. Por lo tanto, estamos hablando de un grupo muy heterogéneo de seres humanos, que rivalizaban, polemizaban y dejaban explícitas sus diferencias. Y aun no queriéndose parecer los unos con los otros, se parecen: todos los *sadhus*, *budas*, *viras*, *yoguins*, *bodhisatvas,* monjes célibes, magos lujuriosos, alquimistas mercuriales, ascetas renunciantes… disponen de unos mismos rasgos que aparecen por añadidura al obtener la meta de su periplo. En palabras más claras: los diferentes grandes hombres de la India pueden rivalizar a través de sus diferencias escolásticas o sectarias, pero siempre todos ellos son recordados con las mismas leyendas y los mismos milagros atribuidos: volar, flotar en el aire, andar sobre las aguas, hacerse inmóvil, hacerse invisible, estar en dos lugares al mismo tiempo, desplazarse de lugar instantáneamente, curar con las manos, prescindir de comer, leer el pensamiento… ¿increíble? Bien es sabido por los orientalistas occidentales que el pueblo indio parece muy dado a la fantasía… Y sin embargo, los mismos orientalistas tendrán que reconocer que esas mismas historietas increíbles aparecen en China, en Tibet, en Persia, en Sumeria, e incluso en el santoral cristiano e islámico. ¿De nuevo se puede atribuir falta de creatividad en las fantasías? Por supuesto que no. Aunque la expresión puede contener deformaciones legendarias, resulta obvio que todos esos hombres tuvieron unas facultades sobrenaturales, coincidentes con las atribuidas a los hombres de la Edad de Oro antes esbozados. Los textos yóguicos[63] refieren estas facultades como "*siddhis*", y nos apoyaremos en ellos para identificarlos. Por otro lado, muchos lectores se sorprenderían al encontrar las mismas facultades milagrosas en tratados taoístas, alquímicos, cabalísticos, o sufíes.

En las fuentes puránicas[68], se habla de los cinco *siddhis* primarios, adjudicados tanto a los *rishis* (es decir, los hombres del *satya-yuga,* Edad de Oro, Ciclo del Norte…), como a los *yoguins* contemporáneos capaces de conquistar su propia naturaleza, tal y como ya se dijo anteriormente. Las historias populares de la India están repletas de referencias a estos hombres y mujeres, y a las obras milagrosas con las que se demostró el dominio sobre esos *siddhis*. Según el *Bhagavata Purana*, los cinco *siddhis* mayores serían el conocimiento del flujo temporal[69] (es decir, saber el pasado y el futuro), el control de las dualidades[70] (es decir, soportar el frío y el calor…), el poder de conocer los pensamientos[71] (algo parecido a lo que algunos llaman telepatía), el control de los elementos[72] (principalmente, el fuego), y una inquebrantable y poderosísima fuerza de voluntad[73]. Todas estas facultades propias del hombre del Ciclo del Norte según la unanimidad de todas las tradiciones de las que restan expresiones, se hacen aún más increíbles cuando se ven sus aplicaciones concretas. Sin rodeos: por muy maravillosos y fascinantes que sean los milagros de los sabios taoístas, los *yoguins* indios, los magos tántricos, los santos sufíes, o el Jesús evangélico… todos ellos no son ni un poco originales, pues el repertorio milagrero siempre es el mismo, un poco en todas partes. Siempre se repite lo mismo, que a fuerza de repetirse, incluso ya no parece tan increíble: hacerse invisible, caminar por las aguas, volar, flotar, anticiparse a los hechos, transformar o multiplicar objetos, estar en dos lugares al mismo tiempo, conocer el pensamiento ajeno, curar a través de la bendición, o incluso, dañar por medio de su terrible poder de maldición.

Para documentar y enunciar estas facultades primordiales de la humanidad, se pueden encontrar en los tratados yóguicos[74] , textos tántricos[75] ,y en la literatura mahayánica búdica, detalladas descripciones

coincidentes con todas las crónicas de los héroes, los sabios, los magos, los budas, los mesías, los salvadores, los profetas, los guías, y toda la panda de personajes centrales de textos sagrados. Así, las aplicaciones secundarias de los *siddhis*, son tradicionalmente ocho, expresadas en sánscrito: *anima* / *mahima* (es decir, el control sobre el propio tamaño. Esto supone poder manifestar un tamaño descomunal tal y como ya se vio con los diferentes hombres primordiales, o incluso hacerse infinitesimalmente pequeño, como la ocultación misteriosa propia de los hombres de la Edad de Oro, o la invisibilidad de los *Ben-Elohim* hebreos), *garima* / *laghima* (es decir, el control sobre el peso. El hombre con estas facultades dispone de potestad de dominar el peso, por lo tanto, manifestar exteriormente un fuerza sobrehumana. Además, el típico ejemplo milagroso de *laghima* es el poder caminar sobre las aguas, que la cristiandad conoce tan bien[76]), *prapti* (es decir, el poder de estar en dos lugares al mismo tiempo), y *prakamya* / *istva* / *vastha* (finalmente, el asimilarse a *ishwara* mismo, y el poder de subyugar todo a su propia voluntad).

Todas estas facultades asombrosas resultan cotidianas y comunes no sólo a los hombres excepcionales ya citados, sino a todos los habitantes del Ciclo del Norte. El hombre apareció en la tierra con esos atributos que, aunque actualmente no lo parezca y no se crea, resultan ser humanos. ¿Increíble para algunos lectores? Sin duda. *Hesiodo* atribuye a los hombres de la Edad de Oro, “rasgos divinos” que de nuevo están presentes en memorias de aquí y de allí: los seres humanos primordiales tendrían facultades sobrenaturales que en la época actual corresponde no creer. Sin embargo, por mucho que creamos o descreamos, así es.

Y más aún: si con la creencia no se puede ni imaginar lo que supusieron ser los hombres primordiales habitantes del Ciclo del Norte, muchísimo menos se podrá hacer a través de la ciencia moderna. En la modernidad, la creencia y lo que llaman ciencia se dan la mano en la compartida ineficacia para abordar la verdadera naturaleza del ser humano. Hoy en día, creer que el hombre es una especie de híbrido extraterrestre venido de otro planeta resulta tan absurdo como saber, a ciencia cierta, que una variedad de homínido evolucionó a través de un penoso periplo, hasta desarrollar el lenguaje, para posteriormente aprender a mentir, tal y como se hace en la actualidad de forma casi sistemática.

El problema del origen del hombre, desde cualquier punto de vista contenido en el prisma occidental, supone estar mal planteado. Se trata de un problema que no debería haber existido nunca, a no ser que con su enunciación se tengan intenciones muchísimo más oscuras de lo que se podría exponer en un libro como éste. "Problema", en la modernidad, ha devenido significar "trampa". Y las diferentes antropogénesis de los neoespiritualismos, las mal llamadas religiones, la masonería… son trampas que, incluso se atreven a conciliarse con la trampa mejor tendida, más vendida, y que peor daño ya ha hecho al ser humano: el evolucionismo científico. Un origen del hombre como ser evolucionado desde el simio, es una idea tan extendida, consciente e inconscientemente, que aquí requiere algunas consideraciones, aunque sean limitadas al aspecto tratado en este capítulo. No sin motivo, todos los datos aquí expuestos habrán irritado a los entusiastas evolucionistas hasta tal punto, que a estas alturas, su lectura no tendrá más objetivo que la destrucción posterior de alguien identificado como enemigo. Un lector así estaría en lo cierto: no hay inconveniente en declarar que si este libro tiene algún contenido válido, éste supone ser un serio enemigo para la

ciencia moderna. Si este libro contiene alguna efectividad, ésta es la mayor amenaza al proyecto secularizador moderno: la verdad.

Algunas consideraciones a la inevitable polémica con la ciencia moderna

Tras este esbozo de lo que fueron nuestros antepasados humanos, los crédulos e incrédulos no sólo calificarán dichos datos de "fantasiosos" (a pesar de que ya se dijo que no lo son; son datos extraídos de la memoria y la revelación tradicional), sino que algunos lectores despreciarán dicho esbozo al carecer todo ello de lo que llaman "fundamento científico". Es cierto: si lo que busca en exclusiva el científico son "hechos", le va a resultar complicado encontrarlos en un pasado que data aproximadamente de hace 65.000 años. Claro está que, al evitar el engorro de aceptar que los hechos por sí solos son mudos y ciegos, la ciencia hace tiempo se propuso hacer una modalidad histórica de aquello de lo que no se dispone de nada registrado como historia. A ese tiempo sin registro de tiempo, y a esa historia sin nada de historia, le llaman prehistoria, y una variedad de especializaciones académicas convergen en ella con unos resultados terribles por todos sus frentes.

Al carecer de "hechos" (es decir, lo único que valoran los historiadores), el estudio prehistórico se apoyará en los "restos", cuya extracción entretendrá a unos nuevos paleontólogos que construirán la prehistoria desde la perspectiva inevitable de la historia académica que encarnan. Paleontólogos, etnólogos, antropólogos… se encargarán profesionalmente de contar, a través de la divulgación científica, la historieta para antes de dormir, sobre lo que fue todo antes de que

fuéramos. No vamos a hacer una crítica ni una exposición del contexto particular de donde salieron todas estas ramas del podrido árbol de la ciencia moderna, pues a este libro no le ocupa[77]. Simplemente responderemos a algunas de las inevitables preguntas que -nos consta- los lectores más entusiastas de la doctrina científica moderna se harán al haber leído todos estos datos sobre el origen del ser humano.. Como comprenderán, es fácil anticiparse a unas mismas objeciones repetidas al mismo modo que un loro repite el nombre de su dueño. Se demuestra así una consideración que parecerá muchísimo mayor que la que en verdad sentimos por los científicos. Se deja aquí claro: no tendríamos reparo en no plasmar consideración alguna para con una versión (la oficial, la llamada "científica") que no merece ningún respeto, y si aquí se hace una excepción, se debe exclusivamente a pretender romper unos cuantos hechizos científicos más o menos presentes (y siempre, nefastos) en todos los hombres modernos. La verdad no necesita defenderse, porque en esencia jamás puede ser atacada. Simplemente, tras sacudir a los creyentes de su vicio (la credulidad), digamos unas pocas consideraciones sobre el origen evolucionista del hombre, para delatar el arrogante escepticismo reinante de los que profesionalmente se dedican a decir saber, en otras palabras, se dedican a "hacer ciencia". Vayamos a ello.

Si no tenemos inconveniente en declarar que, según las revelaciones tradicionales, el ser humano se manifestó en la tierra súbitamente, en su dimensión primordial, les habrá quienes se pregunten a quién pertenecen todos los huesos que la paleoantropología colecciona y clasifica dentro del orden taxonómico de *homo*. Buena pregunta. Además, si tampoco tenemos inconveniente en declarar apoyándonos en cálculos astrológicos de diferentes tradiciones, que dicha manifestación súbita de la

humanidad sucedió aproximadamente hace 65.000 años, los mismos lectores se preguntarán cómo la ciencia moderna asegura haber encontrado restos de seres humanos que datan de muchísimo antes. ¿Cómo es todo eso posible? Pues deduciendo los "hechos" de los "restos", y atribuyendo a dichos restos una cualidad humana tan ambigua que ni tan si quiera la propia antropología que la enuncia la identifica con consenso. Aquí una pregunta que resultaría de perogrullo si no fuera por la malintencionada confusión científica al respecto: ¿Qué es un ser humano? La comunidad científica moderna no responde ni en consenso ni con convicción, y cuantos más restos encuentra, más de espaldas se encuentran al incontestable hecho humano.

Por ejemplo, la biología moderna identifica lo humano con un género de primates homínidos, es decir, un grupo de más de doce especies diferenciadas que se extienden en un tiempo de más de dos millones y medio de años. Piense en esto el lector: dos millones y medio de años. Piense otra vez: ¡dos millones y medio de años! Pues bien, en todo ese inmenso tiempo, especies animales identificadas por la paleoantropología como *homo*, coexistieron en un ritmo evolutivo normal comparado con el resto de especies. Es decir, pocas diferencias esenciales van a encontrar entre lo que llaman *homo ergaster* y un *homo heidelbergensis* (pues las mismas que van a encontrar entre un perrito, un lobo, un zorro, y otros animales que han clasificado como *canis*) Ya no sólo los rasgos físicos que los restos óseos arrojan difieren poca cosa, sino que las capacidades técnicas que les atribuyen (tan valoradas por los antropólogos en general), no progresaron mucho en ese par de millones de años que la ciencia adjudica como edad del género autotitulado *homo*. Incluso para la propia teoría darwinista es natural que así sea: una "mutación evolutiva" no surge de la noche a la mañana, y mucho menos, la que se argumenta

como causa de la diferencia abismal entre un ser humano y un chimpancé. En fin, de todas las especies catalogadas como *homo*, precisamente sólo una no está extinta. ¿Adivinan cual? La que supone ser la nuestra: *homo sapiens*. Lo más curioso será ya no sólo que se dirá que existen (o existieron) varias especies de un supuesto orden *homo,* sino que, a partir de los restos encontrados, se identifican al menos dos "líneas evolutivas": una que desemboca en *homo heidelbergensis* (y posteriormente en el *neanderthalensis*), y otra en el *homo rhodesiensis* (por cierto, no está de más decirlo, nombre colocado en homenaje al infame *Cecil Rhodes*). Si existen esas dos líneas evolutivas, ¿cuál es el origen del *homo erectus* del que han encontrado restos de más de dos millones de años? Misterio científico. Y más importante aún: ¿Cómo de la línea evolutiva del *homo rhodesiensis*, aparece como por arte de magia y de manera abrupta y reciente, alguien capaz de escribir o leer este libro? Otro misterio, mayor aún, liquidado y silenciado con chascarrillos científicos como aquel del "eslabón perdido".

Por supuesto, estos estudios los comenzaron a organizar zoólogos decimonónicos británicos, y por lo tanto, es de animales de lo que están tratando. El género *homo* es todo ello una artificiosa clasificación (toda taxonomía de las especies lo es) sobre una convención de algunas semejanzas anatómicas de un grupo de animales. En cualquier caso, los antropólogos, aún sin saberlo, están hablando de animales: no hay restos humanos en los catálogos óseos del género *homo,* ni tan siquiera en los *homo sapiens* más antiguos, muy diferentes al ser humano que somos. Curioso observar que los restos de los animales que la biología clasifica como *homo habilis* y como *homo erectus,* no varíen mucho en un periodo de tiempo de más de un millón de años. Es decir, más de un millón de años con el mismo cráneo, la misma masa, la misma altura… Sin embargo,

precisa y casualmente la última especie *homo* (es decir, el presunto nosotros), tiene una riquísima variedad y diferencias registrables en un breve lapso de 200.000 años. Los paleoantropólogos hablan de un mismo *homo sapiens* ante restos bien diferentes (diferentes capacidades craneales, diferencias óseas importantes, la talla…): no el lo mismo el hombre de *Kibish* que el hombre de *Idaltu.* No es lo mismo, y aún así los dos son clasificados como *homo sapiens*. Y ante todo, el lector (o sea, usted) no es lo mismo que el hombre de *Kibish*, o el hombre de *Idaltu*… y no es lo mismo porque estos "hombres" no fueron hombres.

Utilizando sus tecnicismos anatómicos, se puede decir que existen restos de cráneos de *homo sapiens* que se parecen más a los de un chimpancé joven, que al de cualquiera de nosotros. Existen *homo sapiens* con torus supraorbitario presente, mientras nosotros no tenemos ni rastro. Se sabe de *homo sapiens* adultos con una capacidad craneal de 1000 cm^3 (la inferior a un *homo neanderthalensis*), mientras nosotros podemos llegar a tener una capacidad de 1500 cm^3. Hay restos óseos de *homo sapiens* de ejemplares adultos que no medían más de 130 centímetros, mientras que la media de altura de un ser humano es de 160 a 190 centímetros. En fin, estamos hablando de los varemos y medidas que tanto les gusta a los antropólogos, tanto los monogenistas como los poligenistas (unos y otros, nos merecen el mismo desprecio). De esta manera, según sus propios datos científicos, nunca una especie del reino animal habría albergado tanta variedad de formas, registros y diferencias sustanciales en un tiempo tan breve, como el *homo sapiens*. Con los datos paleoantropológicos en la mano, ¿nos podemos identificar los seres humanos actuales con la totalidad de la especie *homo sapiens*? No.

Hasta la paleoantropología más actual tiene que reconocer que para encontrar restos óseos de *homo sapiens* idénticos a los cráneos que tenemos nosotros humanos, no se puede ir más atrás que hace 60.000 años. Los *homo sapiens* datados antes son sustancialmente diferentes: "*homo sapiens* arcaicos", les llaman, como por ejemplo, el ya citado, *homo idaltu*. Existen contundentes diferencias entre las mandíbulas de lo que identifican como los primeros *homo sapiens* y nosotros, así como variaciones claras del ortognatismo, y la presencia o ausencia de diastema para los caninos.

En cualquier caso, para demostrar el error de hominización evolucionista, existen pruebas más contundentes que los restos óseos que la misma ciencia recoge. Aceptando para el caso que exista en realidad un género *homo* que se extiende durante más de 2 millones de años y una especie (*homo sapiens*) que tiene 250.000 años de edad, ¿por qué no es hasta anteayer (es decir, sólo 40.000 años) que el ser humano se comporta como tal? La expresión simbólica (o artística, si se quiere) del presunto *homo sapiens* explota en un lapso muy postrero, de forma abrupta, y no antes de aproximadamente 40.000 años. Es decir, que una presunta especie animal que se asegura igual a nosotros (misma "cerebración", misma capacidad intelectual…), no comienza a usar dicha capacidad hasta un momento recentísimo en esta escala temporal prehistórica. Extraño… ¿no les parece? Y además, una "mutación evolutiva" tan compleja como la que permitiría a un primate dar el salto para convertirse en artista, se lleva a cabo de manera brusca, repentina, al unísono, y en todas partes del globo. Piensen en ello: ustedes están leyendo un libro; coloque este mismo libro en manos de un bonobo, a ver qué pasa. El ser humano no proviene del mono; va hacia al mono a

través de un proceso de degeneración, en el que interviene el animal que la biología moderna clasifica como *homo sapiens*.

Y ahora piensen en esto otro: mantenemos que el ser humano se manifestó en su primordialidad hace aproximadamente 65.000 años, en la zona norte del globo, en una alta civilización (la ya citada hiperbórea), de forma súbita, sin proceso evolutivo o estadio primitivo. De estos seres humanos, la paleoantropología no encuentra ni encontrará ni rastro (luego se dirá por qué). También se dijo que en el Critias platónico, en el *Enoch* hebreo, en las fuentes sumerias, persas, védicas, y un poco en todas partes, se hace referencia a una "mezcla" posterior de la humanidad con una forma animalesca que proviene del sur. Así, los científicos parecen sólo ponerse en consenso para determinar que la especie conocida como *homo sapiens,* nació y vivió en África (sólo en África) por más de 150.000 años. Sin embargo, no fue hasta hace aproximadamente 45.000 años, que los científicos identifican a esta especie en América, Oceanía, y en Europa, por lo demás, completamente transformada (véase *Cro-Magnon*), y con un gran fervor creativo. ¿Cómo puede ser? Porque, tal y como indican las fuentes tradicionales, la humanidad se mezcló con un animal en un momento, hecho que sirve de barrera entre el fin del Ciclo del Norte y comienzo del Ciclo del Sur. Este gran cambio de ciclo no sólo corresponde a dicha mezcla, sino también a una serie de cataclismos, cambios climáticos, la extinción del animal que la biología identifica como *homo neanderthalensis,* y –sobre todo- procesos metafísicos que se intentarán abordar más tarde.

Por lo tanto, el *homo sapiens* no es el ser humano. El *homo sapiens* supuso ser el soporte substancial de la degeneración posterior a la inauguración humana primordial. Como es únicamente dicho aspecto substancial del

homo sapiens, el que tiene rastro en nosotros, la ciencia se apoya en la genética molecular para sostener que todos los seres humanos provienen de una misma "Eva Mitocondrial" (*sic*; así la llaman). Estos datos no dicen ni demuestran nada, pues de la misma forma que la genética identifica el mismo contenido entre nosotros y un animal de hace más de 200.000 años, el mapeo del genoma de un ser humano actual y un chimpancé actual, también sería (es, pues ya lo han hecho) 99% coincidente. Y como ya hemos dicho, aún existen diferencias asombrosas (al menos, para nosotros) entre el ser humano y el chimpancé, por mucho que la biotecnología genética lo niegue. Es decir, que la genética, al no ver más que el polo substancial, y deducir lo superior que desconoce y niega, de lo inferior que manipula y eleva a la causa primera, ya hoy identifica el ser humano con el animal mono, sólo diferente por un desdeñable uno por ciento del mapeo del genoma. Así, reflexionando sobre todas estas materias, se vislumbra la malvada estrategia deshumanizadora de la ciencia moderna en general, y de la paleoantropología en particular: al adjudicar el origen de lo humano a los primates, se acelera la trayectoria degenerativa humana hacia lo animal, la bestia, lo infrahumano.

No obstante, recuérdese que todo esto se dice a modo de consideración con el error moderno, y en ningún caso intentando hacer coincidir los datos tradicionales con la ciencia moderna, cosa por lo demás tan imposible como hacer concordar la verdad con una mentira. Basta decir que la investigación antropológica está toda ella malvadamente invertida, de tal forma que lo que se conviene en llamar la "certeza científica" del origen del ser humano, es un pérfida treta para que éste se encamine por su propio paso, hacia su fin.

Además, para una ciencia que exige "evidencias" a la realidad, como si ésta tuviera que adaptarse a lo que un ciego llama "visible" o un estúpido llama "comprensible", todo se limitará a remover los huesos de la tierra, inconsciente de lo que acarrea esto último. El escéptico pregunta: ¿dónde están los restos de esos hombres primordiales del Ciclo del Norte? Se trata de una pregunta que enuncia el materialismo en su variante más extrema: la máxima de que algo que no deja rastros materiales, jamás existió. Un ciego de nacimiento exclama: "¡Si no lo veo no lo creo!". Y un calamar gigante le dice a otro en el fondo del mar: "Yo tengo certeza absoluta de que la cordillera de Los Andes es una invención fantasiosa". ¿Dónde están los restos de los hombres del Ciclo del Norte que convencerían al hombre moderno de su existencia? En ninguna parte. No hay; y no es nuestra intención convencer a nadie.

Ya se vio en la morfología y el simbolismo del propio hombre del Ciclo del Norte, que sus formas difieren mucho de lo que el ser humano ha devenido ser hoy en día. Reconocimos la incapacidad para concebir una forma de vida así, y también se indicó el peligro de pretenderlo hacer a través de la fantasía o referencias exteriores modernas como el cine, la literatura, o la llamada ufología. Nada hay de inverosímil en que hombres en ese estado del ser, no dejen rastro tras una supuesta o aparente muerte. Además, si ya se relacionaron los hombres del ciclo primordial con ciertos hombres excepcionales de ciclos posteriores (*siddhas*, santos, budas…), en las crónicas de estos últimos se verá otro rasgo común: la muerte física como súbita y misteriosa desaparición. En todo el mundo tradicional, aparece el tema del santo o héroe que muere sin dejar rastro, cuyo cuerpo no se encuentra, o que sencillamente desaparece llegado su momento. Para alguien con estas facultades primordialmente humanas, no estaría entre sus prioridades dejar rastros de sus esqueletos para que

posteriormente algunos se busquen la vida con un trabajo tan repugnante como lo es el de burócrata buscador de calaveras. Además, si son huesos y restos lo que a algunos les interesa, pueden comprobar que muchas tradiciones (especial y explícitamente, la china), definen a los hombres de la Edad de Oro, como los hombres "sin huesos", de "huesos invisibles", o "huesos de cristal". Lo que un científico puede considerar bizarro puede resultar algo completamente factible fuera del limitado y encorsetado contexto donde alguien como un moderno contempla las posibilidades. *Lao Tsé* se refiere a los "hombres trascendentales" como "hombres de huesos débiles", y este epíteto simbólico sin duda encierra un misterioso contenido iniciático que al desvelarlo llevaría actualmente a una espantosa e indeseable estupefacción.

Además, se sabe que los pueblos de descendencia más directa con la tradición primordial, jamás enterraron cadáveres, siendo ésta una costumbre propia de animales (existen muchas especies que se entierran con hojarasca, arena, tierra…) o civilizaciones del Ciclo del Sur y posteriores (como la actual) que exhuman a sus muertos. Los pueblos nórdicos y descendientes incineraban a sus difuntos, y si resulta técnicamente imposible hallar cráneos de un brahmán de la época del *RgVeda,* o de un rey persa considerado "mítico"… ¡imagine el lector lo difícil que lo tiene el paleoantropólogo para hallar el esqueleto de un habitante del Ciclo del Norte! Mientras tanto, a éste le pagan para dar clase en la universidad y escribir libros.

De la misma forma, ya se indicó por qué tampoco se encontrarán restos de la Civilización Hiperbórea propia del Ciclo del Norte, que se localizó en lo que hoy llamamos Círculo Polar Ártico, y cuya expresión civilizadora es tan incomprensible para el estudioso moderno, como la

misma corporeidad del hombre de dicha edad. Se ve así la incompatibilidad del método científico empírico con la materia aquí tratada. Considerar todo lo dicho, aun con esta brevedad, ya supone ser mucho más de lo que los aludidos merecen, y mucho más de lo que estos, en su arrogancia y ocupación diaria, pueden llegar a leer por una cuestión, ya no sólo de capacidad de comprensión, sino de tiempo material para intentarlo. Nos congratularía que un científico moderno haya ofrecido parte de su valioso tiempo para llegar hasta este punto de la lectura. Si existiera alguno, aquí le preguntamos: ¿Va a seguir perdiendo el tiempo?. Continúese con esta exposición nada científica, nada empírica.

El cataclísmico fin del Ciclo del Norte

Tras este considerado paréntesis, conviene echar la vista atrás para ver el camino recorrido en esta trepidante aventura; una síntesis de lo expuesto hasta el momento: la humanidad que aún somos se manifestó primordialmente en la tierra hace aproximadamente unos 65.000 años. El origen "celeste" del ser humano hizo que éste se manifestara bajo una condición excepcional e incomparable a otros seres que poblaban la tierra. Esta condición divina permitió que durante un amplio lapso de tiempo (aproximadamente, unos 25.000 años), el ser humano viviera su verdadera dimensión, en perfecta armonía no sólo con la "tierra" que lo acogió, sino con el "cielo" que lo creó. Así, el ser humano se manifestó primordialmente a través de una alta y sutil civilización localizada en el Polo Norte, gracias a una situación planetaria que permitía que esa parte del globo tuviera un clima privilegiado en extremo. Los verdaderos seres humanos (los primeros, los "primordiales") inauguraron su paso por la

tierra como pobladores de excepción, como receptores de la tradición primordial (se repiten los temas: de origen "no humano", "entregada por el sol", *surya-vidya…*) y como descendientes directos de lo divino sobre la tierra. Estos habitantes del ciclo inaugural de la humanidad tuvieron unos rasgos, atributos y facultades extremadamente raros para la concepción de humanidad que corresponde a los tiempos modernos, y en todo caso, por completo diferentes a los rasgos, atributos y facultades de los animales que poblaban la tierra por aquel entonces. Este Ciclo del Norte (Edad de Oro) se desarrolla hasta hace aproximadamente 41.000 años, época en donde suceden una serie de acontecimientos que precipitan el ciclo siguiente.

Ya se citó esa "mezcla" de los seres humanos primordiales con especies del sur[78], dando lugar a humanos híbridos y degradados de su cualidad primordial. Sin embargo, ésta no es ni mucho menos la causa del fin del Ciclo del Norte, sino tan sólo un evento circunstancial de una serie de sucesos de orden mayor. Un cataclismo de innumerables y desastrosas consecuencias transformó la tierra y la vida de los que eran hasta entonces sus privilegiados habitantes, los seres humanos. Y aun con todo, ni tan siquiera semejante cataclismo sería la explicación causal última del cambio de ciclo. Este cataclismo quedaría subordinado a una causa de orden metafísico imposible de expresar en un libro como éste. En todas las tradiciones se encuentra el tema de una contienda sobrecogedora entre potencias divinas, seres sobrenaturales, dioses. En India se la habla de la guerra entre *devas* y *asuras*, en la tradición nórdica se habla de la batalla entre *ases* y *elementarwessen,* en la Grecia antigua se habla de olímpicos y gigantes… Sin duda, todas estas batallas míticas difieren entre sí a través de expresiones adaptadas a un proceso civilizador particular. Por ejemplo, los *devas* que luchan contra los *asuras,*

a un nivel -digamos- histórico, expresaría la arianización de los pueblos drávidas. Sin embargo, no sólo eso expresa., pues ya se ha dicho que toda expresión tradicional tiene como raíz, un evento en el dominio metafísico. La gran guerra de los dioses repetida un poco en todas partes, alude a la batalla de potencias metafísicas que desembocó en la crisis que supuso una degradación del ser humano (en palabras muy familiares, "la caída" judeocristiana). Además de esta degradación de lo primordialmente humano, esta crisis modificó la jerarquía de los estados del ser, y desencadenó una revolución climática en la tierra que acabó con la civilización hiperbórea. Esta "guerra metafísica" acarreó una situación catastrófica en lo físico, una serie de cataclismos que transformaron drásticamente las circunstancias de la vida en este planeta.

Es casi imposible determinar con precisión qué cataclismo concreto sufrió la tierra en aquella ocasión, pues las crónicas tradicionales recogen este primer gran cataclismo de la humanidad, con interferencias y confusiones de posteriores cataclismos que abrieron otros ciclos (especialmente, el Ciclo del Oeste, y el recurrente tema del "diluvio"). A fin y al cabo, a todo cambio de ciclo lo acompaña algún gran evento de estas características, y en este caso particular, es muy probable (ateniéndose a los puntos comunes de las fuentes tradicionales), que no se tratara sólo de un cataclismo, sino de una serie de cataclismos. En crónicas indígenas de los cinco continentes, textos sagrados, fuentes tradicionales de aquí y allá, aparecen las mismas imágenes, dispares entre sí, pero todas ellas igual de dramáticas: "El sol se oscureció", "las montañas vomitaron fuego", "lluvia durante meses", "invierno perpétuo", "lluvia de sangre", "el cielo se cayó", "las estrellas cambiaron su curso", "lluvias de rocas"… Es muy probable que esto sucediera a lo largo de una extensión de tiempo más o menos amplia ¿Qué evento fue

ése? Reconocemos no saber cuál en concreto. En cualquier caso, hizo que se modificara el grado de inclinación del eje terrestre, e incluso (según algunos datos arrojados por la astrología védica[79]), cambiara su trayectoria orbital. Se evitará aquí relacionar este dato tradicional con ciertas teorías científicas que lo respaldarían, pues de la misma manera que existen teorías científicas que concuerdan con ciertos datos tradicionales, existen otras teorías tan científicas como aquellas, que niegan esos mismos datos. No hay que sorprenderse de la total falta de consenso y desorientación general de la investigación científica moderna. En definitiva, no interesa aquí, por lo tanto, qué meteorito, qué volcán, qué maremoto golpeó a la armonía terrestre en la que se manifestó el ser humano primordial. Basta saber que lo que sucediera exteriormente, fue consecuencia de la operación de ciertos principios completamente ignorados por el espíritu moderno.

Esa gran modificación de la situación terrestre causó un endurecimiento del clima en la región hiperbórea. El tema mítico del "invierno perpétuo" es recogido por fuentes iranias (el reino de *Yima* acaba con un "terrible invierno" que se mantiene "hasta el día de hoy"), y también por fuentes americanas, grecolatinas e indoarias. Por lo tanto, un cambio del ambiente de la región donde vivían los seres humanos primordiales modificó la condición existencial de éstos. Se trataba de la crisis que cerraba el ciclo primordial y abría el segundo. Ante esta situación crítica, los habitantes del Ciclo del Norte se vieron obligados a emigrar hacia al sur, buscando climas menos hostiles, en diversas oleadas, asentándose en lo que hoy es el norte de Europa, la estepa de Siberia, y Norteamérica. De estas primeras migraciones de los hiperbóreos surgirán muchísimo más tarde, pueblos ya degenerados como los svekos, los mongoles, o los algonquinos, razas que permanecerán en estado latente durante milenios,

y que reaparecerán con protagonismo en el Ciclo del Este y sus belicosas civilizaciones.

Sin embargo, una corriente migratoria posterior, quizás no muy numerosa, pero sí altamente eficiente, se extendió por toda Europa, desde la Península Ibérica hasta el Mar Egeo, incluso llegando a la costa mediterránea africana, asentándose también en lo que hoy sería Argelia, Libia, Egipto, Palestina, Siria… Esta migración fue acompañada por la ya citada "mezcla" de los descendientes hiperbóreos con especies que, como ya se ha dicho, la ciencia moderna catalogaría como *homo sapiens*. De hecho, Europa será poblada por un extrañísimo y maravilloso ser humano ya no primordial, el que los paleontólogos llaman el hombre de *Cro-Magnon*, capaz de desarrollar una impresionante civilización presente en casi toda Europa, ya secundaria, postrera, degradada como tradición, que formará parte del Ciclo del Sur, la segunda gran etapa de la manifestación humana. Esta mezcla de los hiperbóreos con especies del sur, será referida en fuentes tradicionales como la "raza roja"[80], propia del Ciclo del Sur, que dará lugar a pueblos que tendrán protagonismo en su ciclo, y que conformarían posteriormente a los drávidas, a los cretoegeos, los pelasgos, los licios, los eteikretas… Se verá en el segundo capítulo.

Recapitulando: el Ciclo del Norte se interrumpe con una profunda crisis metafísica que tiene como consecuencia un endurecimiento ambiental de la que entonces era la región humana, la región hiperbórea. Por otro lado, durante un tiempo que puede extenderse a varios milenios, el habitante del Ciclo del Norte va mutando su condición existencial, y mezclándose con los seres del sur, dando lugar a una forma humana actualizada al segundo ciclo de manifestación. Sin embargo, habrá

corrientes migratorias que permanecerán más o menos puras, y todo parece indicar que una de esas corrientes será la que se asentará en Asia central, y también entorno al Caúcaso, que será la cuna de la raza indoeuropea que mucho más tarde será tan importante en el transcurso posterior de la humanidad.

Pero, mientras la luz del Norte se apaga, se manifiesta un nuevo paradigma civilizador, caracterizado por la pérdida paulatina de la condición primordial humana, y la mezcla y degeneración de un ser humano que se manifestará de forma completamente diferente al pasado nórdico. Se trata del hombre del Ciclo del Sur.

Antes de adentrarse en dicho ciclo, el segundo, la Edad de Plata, habría que preguntarse: si el Ciclo del Norte llega a su fin, ¿será también el fin de la tradición primordial propia de dicho ciclo? En cierto modo, el centro tradicional único que conformaba Hiperbórea desaparecerá. Sin embargo, en el Ciclo del Sur, se expresarán múltiples tradiciones en forma de proyección devaluada de la primordialidad, y que tendrán como referencia espiritual no ya el Norte, sino Occidente, a donde misteriosamente se desplazará la autoridad espiritual de la manifestación humana primordial.

El desplazamiento misterioso a Occidente de la tradición primordial

En muchas lenguas de orígenes diferentes y aún habladas en la actualidad, se dice que alguien "pierde el norte" cuando se queda sin referencia, sin ubicación consciente, sin guía. La tradición primordial se

situaba en el norte, y este "Norte" no es sólo una referencia simbólica aislada en el mundo ideal, sino que, en efecto, existió un centro tradicional real y verdadero situado en el norte, en el Polo Norte. Durante este ciclo, no existió otro centro espiritual para la humanidad, y la tradición primordial emanó de dicho centro, en su forma más excelsa, y también, más incomprensible para el hombre moderno.

Quizás aún más incomprensible para él, sea lo que ocurrió con el final del Ciclo del Norte, y la consecuente desaparición de la civilización primordial. Se sabe y está ampliamente registrado por fuentes tan diversas como de apariencia heterogénea, que el centro espiritual concreto y visible del Ciclo del Norte, se desplazó misteriosamente hacia Occidente, en una forma "oculta" y difícilmente explicable con las palabras que aquí se manejan. El tema del desplazamiento misterioso a Occidente de la tradición primordial, está en estrecha relación con el ocultamiento de los hombres primordiales ya citado, y este misterio resulta ser uno de los contenidos centrales de algunas cadenas iniciáticas, tanto del mundo mistérico-mediterráneo, como de Persia, India o China. A fin de cuentas, el mismo *Hesiodo* afirma que los hombres de la Edad de Oro continúan existiendo como guardianes de los hombres[81], y esta extraña residencia invisible se sitúa en Occidente.

¿Es posible que el centro espiritual ártico del Ciclo del Norte se desplazara efectiva y físicamente hacia algún lugar concreto de Occidente? Es posible. Sin embargo, desde un punto de vista tradicional, el carácter concreto y tangible del centro occidental resulta una cuestión secundaria, casi irrelevante. Para las tradiciones posteriores a la primordial, el centro espiritual de Occidente "existe", y esa existencia no se cuestiona por el hecho de permanecer invisible, oculto o inaccesible.

Píndaro declara que la vía que permite alcanzar a los hiperbóreos no puede ser encontrada "ni por mar ni por tierra"[82], y no por ello se pone en duda la existencia de dicha vía. Se trata del *devayana* indio, la comunicación directa entre nosotros y los hombres primordiales, que todas las tradiciones recogen con asombrosos puntos en común en sus formas. El centro espiritual perdido típico del que será el Ciclo del Sur, se sitúa en Occidente, como proyección misteriosa de la tradición primordial. Este centro de Occidente permanecerá inaccesible por medios físicos, pues como se puede encontrar en los textos de *Lao-Tsé* , "no se puede alcanzar ni con barcos, ni con carros, solamente con el vuelo del espíritu."

Aquí nos encontramos con un tema tan presente en las diferentes expresiones tradicionales, que las interferencias y variaciones en detalles y formas abundan hasta el punto de confundir y amenazar con pasar por alto lo esencial: tras su colapso, la tradición primordial se encuentra oculta en un invisible "Occidente". Se repiten los temas de la "Isla de Occidente", con interpretaciones y mixtificaciones de "paraíso" *post-mortem,* la "Isla de los Muertos", la "residencia uraniana", la "residencia saturnal", la "morada de los antepasados"… todas ellas sitúan una autoridad espiritual situada en Occidente, con la cual se entra en contacto a través de una modificación del estado de ser, a través de una mutación de la conciencia[83].

Esa sede occidental e insular se deja ver en la célebre *Avalon* irlandesa donde nace el héroe *Oggmagrianainech*, el cual sería análogo al blanco mexicano *Quetzalcoatl,* que provendría de la misma latitud que su homónimo irlandés. *Avalon* se confunde en el ciclo del Grial, con *Magmell,* la "Isla de los Muertos", que no sería otra que la *Walhalla*

nórdica donde residen los héroes en un estado de inmortalidad, la *melior esper* latina a través de la cual se rinde culto a los antepasados heroicos. Poco importan las nomenclaturas, las interferencias, y las variaciones con las que se haga referencia a esta "isla", pues ésta siempre tendrá un carácter noroccidental[84]: al norte y al occidente, se situará el jardín olímpico de *Zeus,* también el jardín de las Hespérides, así como la residencia de *Urano, Atlas, Saturno*, y el mexicano *Huemac*[85].

En la tradición hebrea, todos estos rasgos se encuentran en el misterioso viaje volador que *Enoch* hace a Occidente, donde encuentra un jardín con árboles custodiados por el arcángel *Mikael*[86]. En la cristiandad, la leyenda de *San Albano* y *San Matías,* hablan de una ciudad occidental "dorada", así como la reciente y misteriosísima literatura baconiana[87].

Sin duda, las interferencias y las degradaciones de expresión son inevitables en una cuestión tan remota como ésta. Al permanecer tan lejos en el tiempo, el hecho de que unánimemente las tradiciones hablen de un mismo centro espiritual oculto e invisible situado en un misterioso Occidente, hace pensar que esto fue así, incluso a un nivel más concreto y tangible del que a los más escépticos les gustaría creer. En última instancia, poco importa que la llamen *Thule*[88], o *Avalon*[89], o *Tula*, o *Tullan*, o *Atlántida*[90], o *Sveta-dwipa*[91], pues la idea simbólica es la misma: el centro espiritual de un ciclo en que se ha perdido algo, en el que la comunicación con la autoridad espiritual ya no es directa, en el que el ser humano ya no es el que fue en su comienzo. En este punto comenzaría el Ciclo del Sur, y esta misteriosa "isla" occidental será el origen oculto de los centros tradicionales subordinados y diferenciados ya los unos de los otros. La humanidad se comenzará a manifestar en su diversidad, es decir, en la riqueza inherente a cada individuo manifestado, pero también

con los inevitables problemas de convivencia. Una nueva luz alumbrará la vida del hombre, ayer dorada, ahora de plata: el reflejo de la luz solar en la femenina luna cambiante que regirá un nuevo ciclo humano, el Ciclo del Sur.

CAPÍTULO 2

El Ciclo del Sur

Al abordar el segundo ciclo humano, nos topamos con las mismas dificultades que con el Ciclo del Norte, a saber, la ausencia absoluta de fuentes directamente extraídas de ese tiempo, y una prevaricadora "versión oficial" desarrollada e impuesta por la ciencia moderna, de forma muchísimo más malintencionada de lo que se prefiere pensar. De nuevo, ante el segundo ciclo, explicitamos la necesidad de hacer un trabajo de síntesis riguroso y escueto, apoyándose en las unanimidades tradicionales al respecto.

Pero, en este caso, hay otra dificultad. Se dijo que el centro espiritual de este ciclo se encontraba en "occidente" (o en "oriente", en las fuentes americanas), y según todas las expresiones tradicionales, se encontraba "oculto" de una forma tan misteriosa, que conviene reconocer no poder hacerse una idea adecuada de la misma. Se trata, con todo rigor, del "ciclo atlántico", y ahí reside el problema. Las confusiones modernas entre una supuesta Atlántida y la tradición primordial están generalizadas, y poquísimos autores recientes han sabido discernir entre un ciclo polar y primero, y las disparatadas teorías sobre un segundo ciclo secundario, subordinado y relativamente decadente, que conforma el ciclo atlántico. Y peor aún: existe una biblioteca, tan vasta como paupérrima, escrita por modernísimos "místicos", "psíquicos", "visionarios", que se interesaron por una fabulosa Atlántida, que han inventado como proyección de fantasías personales que se atreven a calificar con grotescas palabras como "canalizaciones", "psicografismos", y otras estupideces que tampoco conviene citar aquí. Basta decir que como existen arqueólogos,

antropólogos o mitólogos… existen también "atlantólogos" (*sic*), y resulta interesante comprobar como estos últimos hacen esfuerzos enormes para poder adaptar sus teorías personales con las teorías de los científicos. A los unos y a los otros, se les llena la boca con la misma palabra: "evolución". ¿Quiénes son estos "atlantólogos"? Nos referimos a los autotitulados "ocultistas", "teosofistas", "antroposofistas"… y demás gentes que escribieron tanto sobre una chistosa Atlántida, contaminando así, quizás para siempre, una posible visión integral y límpida de la manifestación humana. Esta contaminación moderna alrededor de lo "Atlántico", conforma una dificultad aún mayor que las dos ya citadas.

Nada de lo que vulgarmente se ha dicho de la "Atlántida " interesa aquí, más allá de para identificar las confusiones que limitan una penetración verdaderamente iniciática de la materia. Resúmase cuanto antes: la "mística" no es la esfera de este trabajo. De hecho, se trata de su antípoda: la vaguedad y confusión de la mística alrededor de la Atlántida, será aquí aniquilada con una luz, seguramente pequeña, decepcionante para muchos, nada fantástica, poco esperanzadora, y rigurosamente expresada por tradiciones completamente ajenas a esos indeseables contextos contemporáneos y europeos. Para identificar el ámbito de esta obra, entiéndase qué es un contexto iniciático; y si no se puede entender lo que es ese medio, entiéndase lo que no es: sépase con certeza que nada está más lejos de la iniciación que la llamada "mística". Nada místico nos interesa; nada místico se argumentará como fuente de valor. Algunas experiencias místicas pueden tener cierto interés, sin duda; pero las experiencias de los "teosofistas", "esoteristas" y "ocultistas" norteamericanos y europeos, no están entre ellas.

Ante todo cabe distinguir bien lo que puede llamarse "ciclo atlántico". Tras el final del ciclo primordial humano (documentado con la Edad de Oro hesiódica e irania, el *satya-yuga* indoario, la Hiperbórea grecolatina…), se abre el segundo ciclo caracterizado por una pérdida del contacto directo con la autoridad espiritual, concretizada y presente en el "Norte". A partir de ese momento, la autoridad espiritual se encuentra alejada, y desplazada simbólicamente, al occidente. Se insiste en que resulta irrelevante qué forma concreta tenía (si es que tenía alguna), ese "centro", pues una de las unánimes características de dicho centro es su "inaccesibilidad física" ("no accesible ni por tierra ni por mar", aparece como referencia de ese "centro" en autores como *Lao-Tsé, Platón, Píndaro, Plutarco*, y en fuentes védicas, iranias y hebreas). Si la Atlántida fue o no fue un continente, una isla geográfica, una tierra sumergida, si fue o no fue Groelandia, las Islas Canarias, las Azores, Gran Bretaña, Cuba, Creta, Doñana, Las Islas Feroe… son cuestiones tan inútiles e irrelevantes, como mal planteadas y ridículas desde el punto de vista que aquí se quiere señalar. Todas las hipótesis modernas sobre la Atlántida se apoyan necesariamente en el Critias y en el Timeo platónico, y cabe recordar que el mismo *Platón* recoge que *Critias,* discípulo como él de *Sócrates*, cuenta la historia que escuchó de labios de su abuelo, y éste la escuchó a su vez de *Solón*, que la había escuchado a los sacerdotes egipcios de Saris[92]. Por lo tanto, la Atlántida platónica sólo puede resultar una deformación de una verdad tradicional, inevitablemente distorsionada por su transmisión intercultural. El rasgo tradicional principal de la Atlántida, incluso la platónica, resulta ser precisamente su "misterio". Se recuerda que si hay algo que el espíritu moderno no soporta, no tolera, no respeta, eso es el misterio, el secreto. Al no poder acceder a la percepción física de algo, el moderno encuentra dos opciones: negar la existencia de ese algo categóricamente (la más común), o intentar ver lo invisible a través de

fantasmagóricas fantasías que se adapten al prejuicio convencional. Queriendo situar la Atlántida en un lugar físico y geográfico, ésta ha sido objeto de grotescas expediciones nazis en 1938, ha sido icono propagandístico del socialismo internacional, y ha sido bandera del prestigio nacionalista de los centros universitarios británicos de principios del siglo XX. Fíjese el lector qué grado de confusión, ignorancia, y ceguera. Los que al menos reconocieron todo el sinsentido de dar importancia a pretender adjudicar a la Atlántida una situación geográfico-histórica, limitaron la existencia del "mito" a un pobre carácter metafórico (incluso, moralizante), propio de toda interpretación psicoanalítica de las fuentes tradicionales. ¿Tanto cuesta reconocer que el carácter central de la Atlántida es el "misterio", y que los que pretenden desvelar dicho misterio (sin ningún éxito, por cierto) aniquilan el verdadero valor existencial de ese centro? ¿La Atlántida existió? Al menos, como centro espiritual de un ciclo, sí, existió. Fuera de esta existencia, poco importa qué entiendan en su pobreza unos y otros. Lo importante es que la Atlántida fue el centro espiritual de un inmenso ciclo temporal de manifestación humana, que puede llamarse con rigor, "ciclo atlántico", pero que por unos motivos que a continuación se darán, llamaremos Ciclo del Sur.

Rasgos morfo-simbólicos del Ciclo del Sur

Como se verá, existen importantes diferencias entre el Ciclo del Norte y el siguiente ciclo que aquí ocupa. Una de las principales es que si bien el primero se localizó geográficamente en un área reducida (a saber, el Polo Norte), las migraciones de los "árticos" primordiales hacia el sur extenderá la manifestación humana a lo que hoy llamamos Europa,

América del Norte y Central, África y Asia toda ella. Por este motivo, a este gran ciclo humano, se le llamará Ciclo del Sur. Además, la consecuente degradación de lo humano no sólo se debió a la ya citada "hibridación" con razas del sur[93], sino también a un alejamiento de las fuerzas metafísicas propias de la Edad de Oro/Hiperbórea/*satya-yuga*, simbolizadas unánimemente por el "Polo Norte". Por lo tanto, se trata de un desplazamiento meridional en todos los ámbitos, no sólo el histórico-geográfico (con las migraciones hacia el sur), sino metafísico (de la luz del norte primordial a la luz del sur secundaria, refleja, simbolizada en unanimidad con la "luna", tal y como se verá).

En todo caso, el Ciclo del Sur se expresa como un tiempo de "caída"[94], de lo elevado hacia una situación inferior, fracturada, carente de comunicación directa con lo sobrenatural. Esta comunicación quedará reducida a un medio no-físico, entre los descendientes hiperbóreos que conformarán la casta sacerdotal del ciclo, y el centro espiritual "invisible" de la "Isla de Occidente", confundida posteriormente con el "Inframundo", la "Isla de los Muertos", o el lugar hacia el cual se dirige el culto a los ancestros y antepasados. Entendiendo esto, que el paso de ciclo se ilustra simbólicamente a través de una caída desde la altura celeste, resulta comprensible que el primer rasgo morfo-simbólico del Ciclo del Sur unánime en todas las tradiciones, sea la "tierra", simbolizando el principio metafísico substancial que a partir de ahora tendrá un papel central.

La "tierra" simboliza el polo inferior de toda manifestación, la *prakrti* en terminología samkhya[96], la *generatrix* cósmica, la matriz donde la paternidad celeste insufla vida a través del símbolo aéreo. Es precisamente el "viento" (y no un viento cualquiera, sino el viento del

norte, *Boreas*) quien fecunda a la Gran Diosa pelasga, *Eurídome*[97], y también es el viento de *Javhé-Elohim* (*ruh* semítico, *pneuma* griego) quien da vida al ser "surgido de la tierra" (*adoma*). Esta "tierra" como rasgo morfológico central del Ciclo del Sur, estará asociado a la maternidad con relación a la ya citada paternidad celeste, y por lo tanto asociado a la "mujer" en general y a la "madre" en particular. El tema de la maternidad autosuficiente (*Gaia*), virginal en algunos casos, lúbrica y prostituta en otros, con fecundación angélica (*María*), aérea (*Eurídome*), o directamente llevada a cabo por su propio hijo (*Rhea*), se puede rastrear desde las expresiones tradicionales históricas hasta el tiempo remoto en el que histórica y geográficamente se desarrolló este gran ciclo, aproximadamente hace 40.000 años, en un transcurso de tiempo de unos veinte milenios. Incluso lo que los arqueólogos llaman "arte paleolítico" (por cierto, este "arte paleolítico" se limita al reciente "paleolítico superior", pues antes de ese escaso y reciente periodo de años, no hay ningún arte), se puede ver el mismo símbolo que se verá en subciclos muy posteriores, indiscutiblemente herederos del Ciclo del Sur y las civilizaciones de la Gran Madre. La letra "V" o el triángulo invertido (*fig. 17*) simbolizarán ese principio metafísico materno-terrestre, trazado éste de "rojo", símbolo cromático de la "tierra" por excelencia, y color omnipresente en las expresiones del Ciclo del Sur, valoradas académicamente por la modernidad como "artísticas". Sin duda, esta nueva perspectiva del principio metafísico, tiene una correspondencia con la alimentación de origen vegetal, que sería la propia de esta manifestación humana, mucho antes de lo que los profanos han identificado como el "origen de la agricultura", académicamente adjudicado a lo que llaman "neolítico". ¿Qué es la agricultura? Resulta obvio que los seres humanos cultivan y recolectan la tierra desde hace mucho más tiempo que el que los historiadores osan admitir, y si en

tiempos posteriores se da una "revolución agrícola neolítica", se debe a la necesidad de expandir la producción de alimentos para defenderse de unas fuerzas metafísicas no presentes en el Ciclo del Sur. Si "cultivar la tierra" supone ser, en definitiva, la agricultura, el ser humano es agricultor desde hace, al menos, cuarenta milenios, si bien no de la manera que posteriormente desarrollará a través de una revolución técnica. Los pueblos del Ciclo del Sur son, por lo tanto, eminentemente agrícolas, y la caza que se les atribuye por sus "pinturas rupestres", no tiene que ver tanto con la alimentación profana y desacralizada, tal y como se interpreta actualmente, sino con especiales actos rituales, completamente incomprensibles para los contemporáneos. La "tierra" como sustrato de la manifestación, concentrará las energías de los hombres de este ciclo, volcadas éstas en lo que supone ser la forma (*rupa*) de un mismo y único principio, de enunciación dual. La *prakrti* será por lo tanto el polo manifestado del ciclo, pues el otro aspecto primordial (*purusha*), permanecerá alejado, oculto, e inaccesible bajo el común tema del "misterio de Occidente".

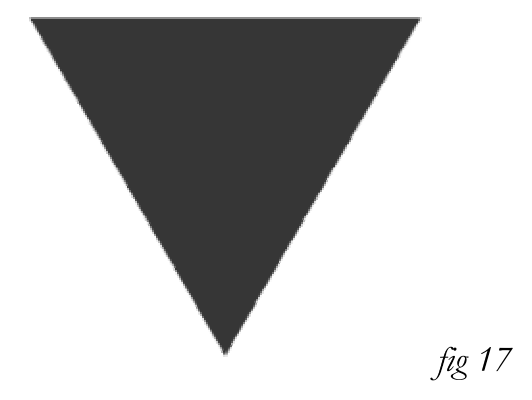


fig 17

Otro rasgo simbólico del Ciclo del Sur, estrechamente relacionado con la "tierra", será el de las "aguas", complejísimo símbolo que no se aspira a desarrollar aquí. Entre otras cosas, las "aguas" siempre van a expresar la potencialidad (las "aguas" primordiales de las diferentes cosmologías), y

esa preponderancia de la potencia frente al acto, supone ser también una expresión del mismo tema, la supremacía de la forma substancial (*prakrti*) sobre el *purusha* como principio esencial. Las "aguas" expresan lo informe, lo pasivo, lo receptivo, el sustrato hyliaco de la manifestación, y junto con la "tierra", serían los dos elementos atribuidos como "femeninos" tanto en China, como en la teoría india de los *tattvas*[98], como de forma desdibujada, en la física aristotélica y la alquimia medieval.

Además, si ya se indicó el carácter agrario del Ciclo del Sur, es comprensible que las "aguas" estén estrechamente relacionadas con la "tierra" como sustrato cosmológico y símbolo del principio metafísico, pues la humedad será siempre necesaria para que se dé la germinación. La "tierra" como símbolo central del Ciclo del Sur, no es una tierra seca y árida, sino una tierra fértil, húmeda, empapada, y las "aguas" se convierten así en uno de los rasgos morfo-simbólicos típicos del Ciclo del Sur. Al carecer de fuentes directas de esta edad (salvo descontextualizados restos de las llamadas "pinturas rupestres" que, por lo demás, demostrarían esta morfología), estos rasgos se ven con más claridad en tradiciones históricas posteriores bajo la influencia de temas y civilizaciones matriarcales y meridionales. Basta recordar que, según *Platón*, la Atlántida estaba consagrada a *Poseidón*[99] , "señor de las aguas"; y las diferentes "reinas de los mares" mediterráneas siempre van a ilustrar este mismo tema, a saber, la preponderancia del principio acuático-generatriz del ciclo de la Gran Diosa. *Afrodita* nace de "la espuma de las aguas". *Hera* recupera su femenina fuerza a través de un "baño ritual", y ese mismo baño, que "limpia toda mancha", es el mismo que se dan, aún hoy en día, los hindúes en la diosa *Ganga,* epifanía antiquísima del sustrato metafísico, anterior sin duda a la arianización del Indostán, y

vinculada por lo tanto, al Ciclo del Sur en su vertiente oriental o drávida. En las fuentes iranias, tras su caída, el rey de la Edad de Oro, es sustituido por un rey con apariencia acuática, y asimilable al *Varuna* indoario, en ocasiones éste bajo formas femeninas o andróginas (*Varuni*), y relacionado con *Ardhvi*, manifestación femenina de las "aguas" de *Ahura Mazda*. Estos rasgos comunes acuático-varúnicos, se ven en el Rgveda[100] , y aunque se trata de una fuente típica de la Edad de Bronce, hay que recordar que *Varuna* no es sólo el "dios de las aguas" con paralelismos extendidos al *Poseidón* atlántico, sino que su situación en el templo védico es precisamente el "Oeste". Él mismo es "Rey de Occidente"[101], de "las aguas", y de "los muertos", y reina asimismo las mansiones lunares (en sánscrito, *naksatras*).

De hecho, el otro rasgo morfo-simbólico del Ciclo del Sur, en relación directa con todo lo dicho hasta ahora, sería la "luna". La humedad que fertiliza la tierra, se enlaza con el "rocío", y éste con la "noche", y ésta con el astro femenino que la rige, la "luna". Esta "luna" del Sur, sustituirá a aquel "sol inmóvil" del Norte que nunca se ponía, nunca descendía, nunca moría. Con el Ciclo del Sur, el sol pasa a convertirse en una luminaria inestable, que nace cada mañana para morir en el crepúsculo, ocultándose en la "tierra" o las "aguas" del Occidente donde se sitúa la misteriosa autoridad espiritual del ciclo. El sol, como divinidad, pierde así su condición inmortal, y así como le sucediera al hombre, su vida se extenderá sólo a través de una necesaria e inevitable muerte (y su consecuente y posterior renacimiento). El "sol", en cuanto "rey", queda subordinado a unas leyes cósmicas en las cuales el número "siete" y su "luna" serán sus claves simbólicas. El sol moría cada año en la séptima luna después del día más corto, y siete eran los días de cada fase lunar. El ciclo lunar supone ser así el núcleo de la ordenación

cósmica de las civilizaciones del Sur, y la “luna” se alzará como el símbolo astrológico central de un excelso tiempo diluido en la continua y paciente labor agraria y recolectora. El año se divide de esta forma en periodos de lunas, de veintiocho lunas, coincidentes también con los ciclos menstruales de la mujer y los ciclos de crecimiento de ciertos vegetales. Esta división temporal en periodos de veintiocho días, precisa de una división anual en trece meses (13 X 28 =364). Se puede asegurar que ese calendario (13 X 28 + 1 día litúrgico) fue el propio de las civilizaciones típicas del Ciclo del Sur, pues éste se extendió en lo que conocemos que se ha convenido en llamar “druidismo”, y fue usado por agricultores europeos hasta hace muy poco tiempo, sólo hace mil años después de la instauración del calendario juliano[102]. Las recientes formas divinas de la “luna”, bajo diferentes nombres tales como la *Semele* griega, la *Isis* pre-dinástica egipcia, la *Al-Uzzas* semítica-arábiga, la *Chandra* indoaria… resultan ser expresiones de un poder femenino ya devaluado y degenerado, propio de la Edad del Bronce o Ciclo del Este. Sin embargo, la “luna” fue la lustrosa manifestación de una divinidad femenina de luz que rigió un ciclo de más de diecinueve milenios. Después se dirá algo sobre esta degeneración postrera de la autoridad femenina, pero basta citar aquí que las expresiones tardías del principio lunar, siempre van a mostrar a una “luna” con una debilidad propia de ciclos posteriores, e ilustrada con la amenaza de un monstruo cabezudo[103], un lobo, o un perro (a veces doble o bicéfalo). El lobo *Fenhir* de la belicosa y masculina tradición nórdica de la Edad del Bronce, devoró a la luna, y el mismo tema aparecerá en el tarot marsellés atribuido, a nuestro parecer con razón, a la Orden del Temple de la cristiandad medieval *(fig. 18)*



fig. 18

La morfología lunar del Ciclo del Sur está íntimamente relacionada con el simbolismo metálico del ciclo, presente en fuentes grecolatinas, iranias, egipcias, semíticas e indoarias: la "plata". Es la Edad de Plata, la segunda edad de *Hesiodo*. Una vez más, este dualismo simbólico apoyado en los metales (Oro / Plata) expresa los dos principios metafísicos de los dos primeros ciclos, el del Norte y el del Sur, ilustrados con el "cielo" y con la "tierra", en su sentido eminente y trascendental. Según fuentes de la cosmología védica[104], "el huevo del mundo se partió en dos mitades, una de plata y otra de oro. La parte de plata se convirtió en la tierra; la de oro, en el cielo." La esfera terrestre tendría como límite superior a la "luna", vestida ella misma de la plata que simboliza su reino. En el Atharva-veda (el veda más relacionado con las raíces étnicas drávidas, del sur de la India, y por lo tanto, herederas del ciclo tratado), la "luna" se identifica con el "*soma*", el liquido oblativo utilizado en el ritual védico. En las mismas fuentes, se indica que el *soma* es de "color de plata", y este licor "dulce", se asimila a *amrit*, el elixir de la eterna juventud, el equivalente a la ambrosía divina occidental, que en el Atharva-veda y en

algunos *agamas* tántricos[105], se presenta como el "semen", libación lunar plateada que cae de un centro sutil del ser humano, identificado simbólicamente con el "cielo".

La "luna" y la "plata" ilustran una luminosidad reflejada del "sol" y del "oro" respectivamente, y esa cualidad de reflejar un brillo de una fuente luminosa perdida, supone ser el condicionante capital del Ciclo del Sur. Ahora, el ser humano ya no estará regido por una luz directa de la fuente polar, sino que será la inestable "luna" (la mente individual, la "plata", el *manas* de cada ser humano) la que reflejará a la autoridad espiritual en un inevitable declive. Los métodos para alzarse, a través de la "mente", hacia el reflejo prístino de esa autoridad (es decir, la sabiduría), comenzarían a desarrollarse en este ciclo. En el Ciclo del Norte no era necesario, pero ahora, en el Sur, el ser humano necesita un camino de elevación después de su caída. Este proceso se ilustra en todas las tradiciones con la "purificación", a través de un líquido simbólico (*soma*, agua, *amrit*, ambrosía, sangre, vino, néctar, semen…), del órgano que es capaz de "reflejar" aquella luz primordial. Se trata de la sabiduría, la *gnosis*, el *jñana* propiamente dichos, siempre otorgado ese mismo don a través de una potencia femenina, una "mujer", que será nombrada de múltiples formas dependiendo de la expresión (La *Isis* mistérica egipcia, la *Afrodita* hesperidal, la *Sophía* gnóstica, la *Saraswati* hindú… poco importa aquí el nombre.) En el Ciclo del Sur de la manifestación humana, la epifanía, la sabiduría y el sacerdocio le corresponde a una misma figura, a saber, la mujer.

Tabla 7.- Rasgos unánimes morfo-simbólicos del Ciclo del Sur

Imagen simbólica	*Rasgo morfológico*
Tierra	Sustancia, sustrato
Aguas	Potencialidad / Dinamismo
Luna	Mutabilidad cíclica
Plata	Reflejo
	Sabiduría/Inteligencia reflejada

La mujer del Ciclo del Sur y la función sacerdotal

Bien es sabido y aquí se ha dicho, que la organización de la humanidad primordial no precisó de una jerarquía bajo un sistema de castas. Así lo recogen las diversas fuentes ya citadas, explícitamente en la casta única "*hamsa*" de los textos védicos. No hay que sorprenderse, por lo tanto, que el origen del régimen de castas se encuentre en las civilizaciones del Ciclo del Sur, pues éstas surgieron tras sucesivas mezclas de los hombres primordiales dominadores con otras razas, que pasarían a ser dominadas. Así, aunque resulta imposible remitirse al tiempo remoto del ciclo atlántico, se puede constatar que expresiones civilizadoras muy posteriores influenciadas por la claridad de la luz del Sur, tales como el Egipto pre-dinástico, Sumeria, Harappa, o Creta, disponían de formas sociales jerarquizadas bajo castas. Por supuesto, habría que profundizar en ese principio jerárquico y esa noción de "casta" para comprobar que nada de esto se puede adaptar a los generalizados prejuicios modernos al respecto. En civilizaciones que irrumpen como una proyección secundaria y subordinada de un centro espiritual ahora situado en el "misterioso Occidente", resulta comprensible que la casta superior dominante fuera aquella que, por su origen, mantuviera un contacto y

relación con dicho centro. Esa función capital en la civilización es la "sacerdotal", que llamaremos así a falta de una palabra más adecuada y menos contaminada por los prejuicios actuales. Otra palabra quizá más adecuada pero no perteneciente a la lengua aquí manejada, sería la sánscrita *brahman*, pero incluso ésta se ceñiría a un contexto muy posterior al original de esta función, ya devaluado, y perteneciente al Ciclo del Este. Bien es cierto que, en los tiempos modernos, la degeneración (se diría más, la perversión, la inversión) de la función sacerdotal dificulta en exceso la comprensión del legítimo y necesario papel de la autoridad espiritual en su sentido eminente, verdadero y tradicional. La definición de la función sacerdotal es aquella que mantiene un contacto con un centro espiritual subordinado a aquel primordial, que en última instancia, hace posible la manifestación humana, y que, por ello, ocupa la posición más elevada en la jerarquía civilizadora. Ése es el papel, a fin de cuentas, de la necesaria función sacerdotal en la estructura normal y tradicional de toda manifestación humana posterior al ciclo primordial.

Pero aun siendo "capital" y superior en la jerarquía, la función sacerdotal es tan necesaria como las otras funciones. La estructura social por castas, propia del Ciclo del Sur, era cuaternaria. En esa organización civilizadora, la función administrativa era la segunda en la jerarquía, subordinada a la función sacerdotal. La casta real desempeñaba la función de representar el poder temporal, y esta subordinación del "rey" al "sacerdote" (o en lenguaje simbólico más apropiado, del "hombre" a la "mujer"), es uno de los rasgos más característicos del Ciclo del Sur, asegurando por nuestra parte que, a falta de una palabra mejor, su estructura social era ginecocrática. Sorprendente resultará comprobar, por lo tanto, que la establecida idea de "rey" como cúspide de una jerarquía, no se presentó

efectivamente hasta la entrada del Ciclo del Este (hace sólo dieciocho milenios), tras una rebelión del poder temporal sobre la decadente autoridad espiritual. Así, por mucho que sorprenda, el "rey" del Ciclo del Sur (así como toda su casta) era una pieza subordinada y secundaria en la jerarquía humana. De hecho, la insubordinación completa del poder guerrero sobre el espiritual, no se mostró en toda su expresión hasta hace aproximadamente seis milenios. Es decir, que en la escala temporal de la manifestación humana, los reyes gobiernan a los seres humanos sólo recientemente, dentro de la relatividad suprahistórica. Ésta es la situación de fin de ciclo que más tarde se verá.

La organización social del Ciclo del Sur se completaba con dos castas de origen meridional. Si las castas de origen nórdico se podían dividir en dos (una femenina sacerdotal, otra masculina administrativa), las dos castas de origen meridional también se podían dividir en dos (una masculina comerciante, y otra femenina artesanal). La diferenciación entre estas dos castas meridionales no necesariamente se limitaban a los rasgos raciales, al modo que lo entiende la biología y la antropología modernas. La raza en su sentido eminente, la casta como diferencia inteligente y necesaria de la naturaleza de los individuos, se apoyaba en cualidades completamente desconocidas en el ciclo actual, y, por lo demás, invertidas en los tiempos modernos. La organización tradicional por castas instaurada en la Edad de Plata no resulta ser un "régimen racista", al modo que hoy entusiasmaría a un fascista europeo y escandalizaría a un igualitarista moderno. No; y que nadie se lleve a engaño, ni por candidez, ni por malicia. La organización por castas propia del Ciclo del Sur era un modo adecuado y natural de estructura civilizadora, que observaba las diferencias entre los seres y sus formas de realización.

Se tiene constancia de una organización por castas diferente a la que caracterizará el Ciclo del Este, en civilizaciones posteriores que sirven de única referencia histórica de la Luz del Sur, en el Egipto pre-dinástico, en Sumeria, y en Harappa. En todas ellas, el poder político real parece estar subordinado a la función sacerdotal, simbólica y efectivamente desempeñada por la mujer. Cuanto más antigua es una expresión tradicional, más clara es la identificación de la autoridad espiritual a la mujer. Sacerdotisas aparecen en la Libia prehistórica, en la Creta minoica, en el Egipto pre-dinástico, en pelasgos, fenicios, dorios, e incluso en fuentes grecolatinas recientes. En estos casos, si la función sacerdotal no aparece siempre vinculada a la mujer, el sacerdote se mostrará afeminado, bajo formas travestidas, o incluso emasculado o eunuco, como en los templos de *Artemisa* o de *Astarté*. Ese carácter femenino de la función sacerdotal se puede ver en su forma más degenerada y aberrante, en la absoluta perversión del sacerdocio de la cristiandad, en donde el sacerdote católico aparecerá irremediablemente unido a la homosexualidad. Todos estos datos, aun los más recientes y lamentables bajo la forma de horror e inversión modernos, ilustran una misma verdad: la función sacerdotal (es decir, el contacto con la autoridad espiritual que ejerce de cabeza de una tradición particular y su correspondiente civilización), le corresponde a lo femenino, a lo lunar, o en otras palabras, a la mujer.

Esa correspondencia fue un hecho durante todo el Ciclo del Sur. Para nosotros, se puede asegurar la veracidad de este hecho a través de una autoridad ajena a las credenciales que una obra como ésta puede presentar. Sin embargo, también *Hesiodo* habla de la Edad de Plata como "un largo periodo bajo la tutela materna"[106] , y esta tutoría materna no

sería una vaga imagen de una infancia individual cualquiera, tal y como han llegado a enunciar los psicoanalistas modernos con sus "complejos", sino que efectivamente, hubo una época de la gran manifestación humana que la autoridad le correspondió a la mujer, en lo concreto y en lo ideal, en lo histórico y en lo suprahistórico, física y metafísicamente. Por lo tanto, el ciclo atlántico, la Edad de Plata, el Ciclo del Sur… (son todos nombres para designar el mismo tiempo), fue el ciclo femenino por antonomasia, y la epifanía de esa autoridad oculta, reflejada en la "luna", corporificada en la "tierra", concentrada en la naturaleza cósmica, potenciada en el sustrato de la *prakṛti*, fue durante veinte milenios, una hembra, una mujer, una diosa.

Epifanía central del Ciclo del Sur: la Gran Diosa

Se ha declarado que el paso del Ciclo del Norte al Ciclo del Sur supuso, ante todo, un alejamiento del origen "celeste", tras el cual éste permanecerá "oculto en Occidente" , difícilmente accesible. Así, después de todo lo que se ha dicho, si el alejamiento del cielo marca el ciclo, el principio metafísico se manifestará bajo la forma del sustrato, de la potencia, de la sustancia. Todas esas expresiones simbólicas de la *prakṛti* cosmológica, convergen en una misma epifanía, la Gran Diosa, que reinará el ciclo bajo diferentes nombres, vestimentas y atributos. La multiplicidad de imágenes será una de sus características; la abundancia y la indigencia, la exuberancia y la muerte, la belleza y la fealdad, la ambivalencia, el contradictorio y mareante polimorfismo de las innumerables imágenes de la Gran Diosa no distraen de la paradójica unidad del principio metafísico primordial representado a través del misterio de la mujer. Se puede hablar con propiedad de una Gran Diosa,

guía espiritual del segundo ciclo, y epifanía de todos los vestigios de la Luz del Sur presentes en civilizaciones posteriores que la vindicarán bajo la inevitable degradación: Creta, Harappa, Sumeria, Egipto…

Pero si queremos remitirnos a los tiempos ancestrales del Ciclo del Sur, nos encontramos con la dificultad insondable de la obvia y remota lejanía de un tiempo que no puede sino referirse como "prehistórico". Así es, y aquel cuyo conocimiento diga apoyarse en "pruebas", tendrá que conformarse con un puñado de prejuicios desgajados extraídos de unos cuantos "restos" y otros pocos "dichos" de arqueólogos, paleontólogos, antropólogos, psicólogos y la panda ya citada en el capítulo anterior. Incluso esta gente habla de un ciclo bajo la regencia de la divinidad femenina, si bien de manera completamente desenfocada, errónea, grotesca en ocasiones. Basta decir que, amoldando lo que es superior a su pequeñez particular, los restos que han encontrado de representaciones materializadas de la Gran Diosa del ciclo, los han acordado en llamar "*Venus*" (*sic;* como la deidad romana). Este sería un claro ejemplo de pretender limitar lo superior a través de la inferior perspectiva moderna, asir lo grande trampeando el conocimiento por medio de la pequeñez más etnocéntrica, hacer comprensible lo que no pueden comprender a través de desnaturalizaciones, prevaricaciones y robos. Nunca es tarde para decir que las llamadas "*Venus* del Paleolítico" no son de ninguna forma, *Venus*, ni tan siquiera a modo de hacerse entender. La convención de la misma nomenclatura académica ya muestra lo inapropiado de la investigación prehistórica, paleontológica y antropológica. Y no sólo inapropiada, sino también peligrosa en extremo en dominios que el investigador profano ni ve.

Sin referirse a estas representaciones como "*Venus*", y a sabiendas de que sólo suponen ser restos fragmentarios de una fuerza civilizadora (por lo demás, usurpados), todas estas representaciones remiten a una misma morfología, que es la propia del Ciclo del Sur ya indicada. La representación calcárea encontrada en Willendorf *(fig. 19)*, nos muestra un vigoroso *sacrum* que mana, en efecto, del simbolismo sexual femenino. Esto no quiere decir que ésta represente una epifanía afrodítica, o incluso "erótica" en su sentido más vulgar y pobre, tal y como han interpretado algunos paleontólogos e historiadores. Bastaría con reconocer que el contenido sacro de estas representaciones –aún como restos- resulta inaprensible para el contemporáneo, no sólo por la pobrísima relación de éste con lo sagrado, sino también por la generalizada obsesión de querer ver erotismo, pulsiones y sublimaciones (al estilo psicoanalítico), allí donde hay algo que el profano ni puede ni debe ver. La epifanía resulta evidente y potente, en este caso. Sin duda, ésta sería una representación de la Gran Diosa del Ciclo del Sur. La mujer como símbolo del principio metafísico, se ve completada con un rasgo ya citado, el "siete", presente en los siete círculos concéntricos de su misteriosa cabeza. El "siete" como simbolismo numérico del principio bajo su aspecto femenino o lunar (ya se hizo referencia al ciclo lunar y al año del Derecho Consuetudinario), está presente no sólo en las representaciones del Ciclo del Sur, sino también se encuentra en la misma ritualística del ciclo, pudiéndose seguir el rastro de estos ritos, en registros de ciclos muy posteriores, donde la hierogamia ritual, la rítmica y la danza, tenían un papel de primer orden. Al seguir este rastro, el moderno puede encontrarse como asombrosa curiosidad, una "danza de los siete velos" propia de algunos países islámicos, la cual, aunque algunas bailarinas contemporáneas y prácticamente todos sus espectadores no lo sepan, aun hoy sería más el vestigio de la ritualística

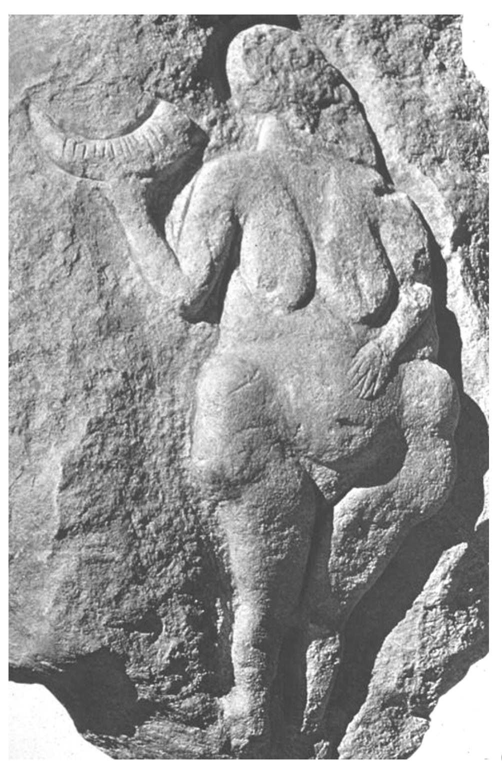
hierogámica del lejano Ciclo del Sur, que un simple espectáculo cabaretero dirigido a caballeros.



(fig. 19)

Otra representación usurpada como patrimonio del llamado "arte paleolítico", es la que encontraron a principios de siglo XX en el abrigo de una cueva de Dordogne *(fig.20)*, donde también vemos claros rasgos morfológicos del ciclo, aun siendo posterior. En esta ocasión , la Gran Diosa porta un cuerno en forma de "luna". Si bien es cierto que el "cuerno de la abundancia" supone ser un tema de gran interés, cuyo origen se encuentra en contextos iniciáticos antiquísimos, este "cuerno de la abundancia" sería posterior y estaría subordinado al simbolismo directo y propio del Ciclo del Sur que esta representación muestra. Basta señalar estas dos representaciones para ilustrar la morfología propia del

ciclo, y reconocer con humildad, que nada más en claro se puede extraer por esta vía.



(fig. 20)

Por suerte para nuestra tarea, el Ciclo del Sur deja ver su influencia en expresiones posteriores, históricas, incluso recentísimas, a través de un *sacrum* femenino latente que está dispuesto a reaparecer periódicamente en todas las tradiciones, con la inevitable y paulatina degradación de expresión. La Gran Diosa del Ciclo del Sur sobrevivió a la muerte de su tiempo bajo formas que requieren ser identificadas dentro de una ingente colección de historias y mitos con rasgos unánimes en todos los pueblos de la tierra. Sin duda, Creta es un buen ejemplo de un centro bajo esta influencia, el cual influirá después a su vez a todo el ciclo griego. También lo es el Egipto pre-dinástico, y los centros del Monhenjo Daro y Harappa pakistaníes. Sin embargo, de todos estos centros conocemos poco (poco, aun siendo muchísimo más de lo que la ciencia académica

cree saber al respecto). No obstante, por suerte como dijimos, existe una fuente del Sur en los ciclos históricos, con más vigor que las ya citadas, que vive aún hoy, con claridad, esplendor y exuberante plasticidad: la tradición *shakta*.

Los contenidos del Ciclo del Sur siempre permanecieron latentes tras el fin del ciclo, y muy especialmente, en las capas sociales menos privilegiadas, es decir, los pueblos con origen en las razas que configuraron las castas inferiores. Así, las castas bajas de algunas civilizaciones, guardarían conocimientos de un pasado remoto que serán salvaguardados en círculos cerrados, inaccesibles, y en la medida de lo posibles, secretos. El motivo de tanto celo será precisamente que las fuerzas civilizadoras de los Ciclos del Este y -sobre todo- del Oeste, verán en estos conocimientos, una amenaza para su supremacía y ordenación política. Esto hace que estas cadenas iniciáticas de carácter femenino-meridional siempre hayan estado perseguidas por el orden establecido, tanto en la Grecia antigua como en la Europa cristiana, tanto en antiguas civilizaciones africanas como en las campañas coloniales del Gran Imperio británico en China. Todo esto se ve con mayor claridad en la arianización de la India, poblada por entonces, por pueblos drávidas, unos de los últimos portadores legítimos de la Luz del Sur. Así, aunque la arianización de India pudo parecer un rotundo éxito espiritual, social y político, tal y como se puede creer si se leen las exaltaciones del panteón masculino y guerrero del RgVeda, la verdad es que los cultos aborígenes a la Gran Diosa pre-aria se mantendrán, bien latentes en las capas más populares, bien reducidos a áreas rurales, bien salvaguardados por cerradas cadenas iniciáticas. Tras la arianización que abre el Ciclo del Oeste, la India expresará periódicas actualizaciones de una epifanía siempre presente y nunca olvidada por el pueblo. A la más reciente

actualización de esa luz meridional jamás apagada por completo ni aun en el tiempo de las tinieblas, se le llama de forma general y un poco vaga, "tantrismo", o simplemente, *tantra.*

No es fácil, por lo tanto, definir el tantrismo. A fin y al cabo, esta voz no deja de ser una etiqueta más que se amolda a la limitadísima capacidad de comprensión del hombre moderno en general, y del europeo en particular. Lo que comúnmente se llama tantrismo no sería otra cosa que una inmensa corriente espiritual que impregna de feminidad toda la historia de la India, y que pertenece a las raíces más arcaicas y ancestrales de la tierra de la Gran Diosa del ciclo aquí tratado. Se comprobará en diferentes fuentes que, como ocurre con Creta o la Atlántida platónica, la India nunca ha sido considerada como una patria, sino como una "matria", y ese carácter femenino de la India como centro espiritual se deja ver tanto en el jainismo como el shivaísmo primitivo, tanto en el budismo mahayánico como finalmente en los textos de la gran codificación en sánscrito de los *agamas* de la época medieval india, los textos rigurosamente referidos como *tantras*. Toda esta inmensa corriente se circunscribe a la desconocidísima tradición *shakta*; y precisamente por ese desconocimiento general (incluso, desprecio oficial en ocasiones), ella ha sobrevivido con cierta integridad por más de cuarenta milenios, como una fuente indirecta pero fidedigna del Ciclo del Sur.

Para la tradición *shakta*, el principio metafísico es representado por la Gran Diosa (*Mahadevi, Mahalaksmi, Mahakali*… depende de la escuela). Así, el infinito, la inmensidad, el absoluto que no tiene ni forma ni nombre, y que sólo puede ser definido negativamente[107], es simbolizado por una mujer. Ella es, por lo tanto, "la forma de la informe inmensidad"[108] , y ella será el símbolo del principio al que,

necesariamente, irán dirigidos todos los cultos, rituales y estudios. Así, el centro de la atención del *shakta*, se vuelve hacia el mundo y la naturaleza, hacia la sustancia cosmológica, hacia la "energía" (*shakti*) que hace posible la manifestación. Esta manifestación, aun pudiendo ser aparente, engañosa o incluso ilusoria, es el único punto de partida que el ser humano encuentra para reintegrarse en su principio. La "potencia" de las cosas, del mundo o hasta de sí mismo, es lo que importa desde esta perspectiva. El ser humano, como cualquier criatura, se encuentra en un estado de dependencia total hacia ese principio femenino, del que ha surgido a través de una misteriosa paradoja para regresar a él (o mejor, a Ella) tras el breve lapso que llama "vida". Así, la Gran Diosa *shakta* (y la Gran Diosa del Ciclo del Sur también, pues resulta ser la misma) hace posible la manifestación de los seres, al regir, en última instancia, la vida y la muerte. Recubriendo su más alta epifanía, *Mahadevi* se muestra como el "arte" de la manifestación cósmica (*Maya*), y por lo tanto, como maga que configura la dualidad de todo cosmos. Vida y muerte, belleza y horror, protección y crueldad, se ilustrarán en los múltiples y siempre ambivalentes aspectos de la Gran Diosa. Y he aquí algo desconcertante: si la Gran Diosa simboliza el principio último, ésta integrará los contrarios, bajo sus múltiples manifestaciones agrupadas por parejas de opuestos. Si la Gran Diosa se presenta bajo un aspecto, necesariamente también existirá el contrario integrado en el mismo principio. Si *Mahadevi* es diosa de la vida tras su forma de *Lakshmi* o *Parvati*, será también diosa de la muerte, tras las espantosas figuras de *Kali* o *Durga*.

Por lo tanto, si se representa al principio primordial como diosa, como poder de manifestación, o como imagen de armonía, el rigor intelectual del adepto *shakta* tendrá que concebir dicho principio también como malévola demonia, como poder de destrucción, y como imagen del caos.

En las corrientes devocionales y exotéricas de la tradición *shakta,* la plegaria es una petición de prórroga a la inevitable y espantosa disolución que la Gran Diosa reserva para su criatura. Así, la devoción amorosa hacia la Gran Diosa estará irremediablemente vinculada al terror reverencial a la muerte: la diosa de vida (*Sarasvati, Laksmi, Parvati*…) es bajo otro aspecto, la diosa de la muerte (*Durga, Kali, Bhairavi*…). La diosa de la muerte se alzará no sólo en la tradición *shakta* en la que aquí nos apoyamos, sino en la *Tara* búdica, y también en lenguajes más próximos y legibles para el moderno, como la *Isthar* babilónica, la *Isis* egipcia o la *Afrodita/Libitina* grecolatina. Esta dualidad de apariencia irreconciliable, se muestra bajo opuestas representaciones que desconcertarán al profano. De esta manera, la Gran Diosa se presenta bella en extremo como la luminosa *Uma*[109], u horripilante como *Kali*[110]. La misma Gran Diosa procura la abundancia y los bienes (como *Laksmi*[111]), y al mismo tiempo, atrae el infortunio (como *Alaksmi* o *Jyestha*). Ella se muestra blanca (*gauri*), joven (*avara*) y pacífica (*shanti*), y también en embriagante contradicción, aparece negra (*kali*), decrépita (*dhumavati*) y violenta (*rajasi*). Esta ambivalencia de la Gran Diosa utiliza una lista inagotable de símbolos, sin duda, siendo uno de los principales (y estrechamente vinculado a la ritualística hierogámica del Sur), el de la "virgen prostituta".

Este símbolo, por lo demás, trasciende los límites de la tradición *shakta* en particular, y está presente en todas las tradiciones. No se duda aquí en señalar a la "virgen prostituta" como un contenido simbólico propio y legítimo del Ciclo del Sur, unánime a todas las tradiciones herederas de esta influencia, incluso las históricas y recientes. No sólo la Gran Diosa *shakta* es virgen (*kanya*) y prostituta (*mrda*), tal y como muestran, por poner un ejemplo, las manifestaciones menores de las *apsaras* épicas[112].

La diosa virgen china *Sing-Moo* es, incluso actualmente, la patrona de las prostitutas. *Isthar* es virgen y también prostituta, con hieródulas en su templo que la rinden culto activo. Virgen y puta también aparecen las *Mylitta, Astarté, Tamit, Ashera, Anaitis*… y muchísimas de las diosas mediterráneas descendientes del Ciclo del Sur, no completamente degradadas con la belicosidad amazónica que desnaturalizará a la diosa en ciclos posteriores. Si se permite decirlo, pues no sobra en absoluto, el mismo tema aparece en la deformación bicefálica de la *María* evangélica del cristianismo, como "*Virgen*" y como "*Magdalena*". Todas estas convergencias, una vez más, no suponen ser casuales, sino la comprobación de la existencia de un símbolo tradicional apoyado en la unanimidad de todos los pueblos humanos.

Este simbolismo de la Gran Diosa como prostituta virginal, no resulta ser una abstracción sin efectividad ni correlación física. Cabe recordar que, con la "caída" y el advenimiento del Ciclo del Sur, aparece la *gnosis*, la iniciación, el *yoga*, las técnicas de reintegración, y con todo esto, también el rito. El simbolismo del ciclo está al servicio de una ritualística que garantiza ese contacto con el lejano, oculto y misterioso centro espiritual. Después se dirá algo sobre esa ritualística propia del ser humano del Ciclo del Sur. Por ahora, basta con declarar que ella le corresponde a la función sacerdotal, y por lo tanto, a la mujer, epifanía superior de la divinidad del ciclo.

Pero si se habla de una superioridad de la mujer en diferentes dominios (espiritual, simbólico, pero también social y político), es obvio que el varón permanecerá en un nivel inferior. Habrá que puntualizar de qué forma. En última instancia, la feminidad sacra de la Gran Diosa necesitará la existencia de un arquetipo masculino para definirse. Es

decir, aun situado a un nivel inferior en la jerarquía metafísica, lo masculino resulta necesario. Es cierto que aparecerán epifanías de feminidad única, como por ejemplo, *Gaia,* que concebirá hijos sin esposo y que conformará la pareja primordial a través de la unión con su hijo, en una incestuosa cosmogonía. Es posible que en algún momento de la gran manifestación de la humanidad, se hayan dado bajo esta forma de fundamentalismo femenino, extremas ginecocracias, incluso regímenes tribales y sociales que el contemporáneo sólo podría calificar de increíbles. Sin embargo, esta posibilidad se reduce a excepcionales casos de desarmonía con función desintegradora en el propio ciclo, en lo que después llamaremos la "degradación de la diosa". Sin tener en cuenta estas excepciones, bajo las circunstancias normales del ciclo, la supremacía de la epifanía femenina sobre la masculina, no niega la existencia de la segunda, sólo que ésta aparecerá dependiente, subordinada, encerrada en el principio femenino. Así, apoyándonos en el arte tradicional *shakta,* el *yoni* encierra al *linga (fig. 21),* o en otras palabras, lo masculino está "dentro" de lo femenino, la "diosa" contiene al "dios", el cual permanecerá subordinado como un mero fecundador, un zángano de la realeza, como un semental en su sentido eminente. Todo esto introduce el papel secundario pero necesario de lo masculino en el Ciclo del Sur.



(fig. 21)

Subordinación de lo masculino: el dios mortal y el rey-toro

En las mismas representaciones propias del Ciclo del Sur, algunas de ellas catalogadas por los modernos como "arte paleolítico" o "arte neolítico", aparece la figura de la Gran Diosa del ciclo con su hijo varón en el regazo, en sus brazos, o debajo de ella. Todas estas representaciones aluden a una misma dependencia de lo masculino hacia lo femenino, una subordinación que no sólo será metafísica. En el ámbito social, esta subordinación se materializa en la supremacía de la casta sacerdotal sobre la casta real. La "sacerdotisa" encarna a la autoridad principal, mientras que el "rey" sólo supone ser un administrador del poder temporal, por lo demás prescindible, reemplazable, y completamente subordinado a la autoridad femenina. Esta subordinación integral de lo masculino a lo femenino, se simboliza con el ya citado *yoni* abrazando y rodeando el *linga,* y en la tradición *shakta* ya referida como fuente de confianza, con la representación hierogámica simbólica de la pareja divina unida en un coito en el que la mujer está sobre el varón. La diosa del Ciclo del Sur lleva las riendas del acto cosmológico-sexual, mostrándose activa sobre un dios cadavérico, inmóvil y en posición supina. Esta imagen antiquísima *(fig. 22)* está presente en todas las representaciones tántricas, búdico-mahayánicas, y muy especialmente en las corrientes espirituales *kaula.* La unión sexual en la que la mujer permanece sobre el varón (*viparita*), es un símbolo no sólo presente en India, sino en todas las tradiciones con vestigios de la Luz meridional del ciclo humano en este capítulo tratado. El coito de la Gran Diosa sobre el cadáver real es un contenido iniciático presente un poco en todas partes (incluso bajo formas degeneradas posteriores), además de un pretexto polémico para corrientes civilizadoras misóginas del Ciclo

del Oeste. Esperemos que esto no sorprenda a los eruditos europeos y al hombre moderno común, pues si creen que todo esto pertenece en exclusiva a lo que ellos valoran como indios salvajes, se equivocan. El tema simbólico de la rebeldía de la mujer que se niega a copular bajo el varón, es importantísimo para libios, egipcios, cananeos, sumerios, griegos[113]… y aparece en la tradición hebrea[114], donde el divorcio primordial entre *Adán* y su primera compañera, *Lilith*, se debe a que ésta quiere permanecer sobre *Adán* en la unión sexual, y éste no lo acepta. Además, *Lilith* era, según esa misma fuente, cananea, y era ampliamente sabido y temido por los levitas, el carácter matriarcal de ese pueblo, así como el furor sexual de sus mujeres. Así, incluso la tradición hebrea, recoge de la forma degradada, distorsionada y prevaricadora propia de su tiempo, un tema antiquísimo: la subordinación de lo masculino hacia la autoridad femenina del Ciclo del Sur.


(fig. 22)

Este principio masculino subordinado es simbolizado en lo social con el "rey", "rey del sur", identificado al "sol móvil" ya referido, astro subordinado a su vez a los inmutables ciclos lunares regentes que ya se indicaron al hablar de la morfología del ciclo. En el Ciclo del Sur, el

"dios rey" masculino es mortal; muere fundiéndose en el seno de la Gran Diosa (la tierra), para renacer posteriormente de ese mismo seno. A partir del Ciclo del Sur, la mortalidad es compartida por todos los hijos de la Gran Diosa, incluidos los seres humanos, los reyes, y hasta los dioses. Nada ni nadie se zafa del poder del tiempo (*kala*) simbolizado por su terrible señora (*Kali*). El papel de toda criatura está determinado por el gozo que la Gran Diosa obtiene con lo que para ella no es más que un "juego". El símbolo del "juego" como una manifestación cósmica al servicio gozoso del principio metafísico bajo su aspecto femenino, sobrevivirá a su tiempo y se podrá rastrear en las fuentes védicas, iranias, nórdicas, célticas, y en todas partes. Una vez más, con más claridad, aparecerá en la tradición *shakta,* bajo la forma de *Lalita*, "la jugadora enamorada", y también en *Sodashi*, la juguetona epifanía de la Gran Diosa como "muchacha de dieciséis años" que tiene como juguete al universo. En este divertimento, los dioses, los hombres y los animales son reducidos todos a meras piezas de ese juego cósmico (en sánscrito, *lila*), y son igualados por su dependencia y subordinación.

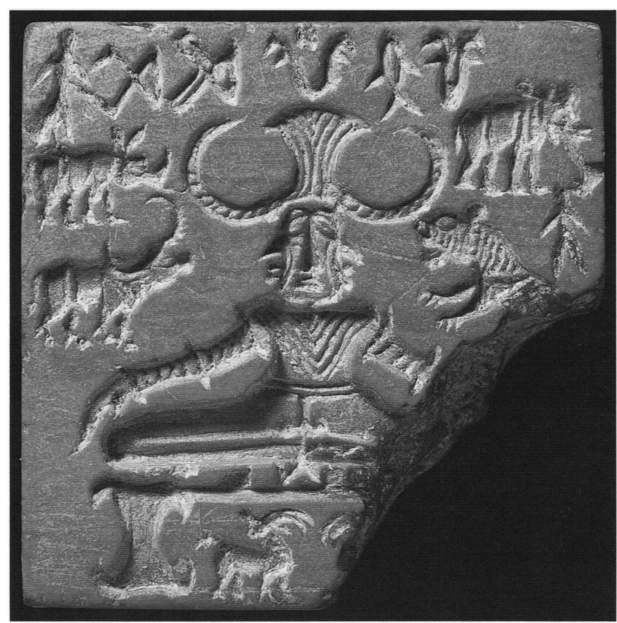
Así, si desde el punto de vista de la manifestación, del juego divino, de la comedia cósmica, los seres se diferencian en estados, categorías y formas variadas, desde el punto de vista del principio metafísico, los dioses, los reyes, los hombres, los animales… se asemejan entre sí por su completa subordinación. De tal forma, las diferencias entre castas, entre razas, entre seres, quedan abolidas en lo respecta a la perspectiva última de la Gran Diosa. Para ella, hasta un dios o un rey es una cabeza de ganado bajo su yugo. El dios masculino se presenta así como un animal domesticado, con ninguna función especial más que la de fecundar a la "matriz" como si de un mero semental se tratase. El dios masculino del Ciclo del Sur se presentará bajo la epifanía del "toro", representación de

la subordinación de lo masculino ante el plateado y lunar *sacrum* del gran ciclo meridional.

Este símbolo, el "toro", pertenece al Ciclo del Sur en su significado puro y eminente, y basta con decir que la otra figura, además de la femenina, representada en los restos que los prehistoriadotes modernos valoran académicamente como "arte paleolítico" es precisamente, el toro. Se encuentran toros con potente valor sacro en Altamira, Lascaux (*fig. 23*), y la mayoría de los centros donde los arqueólogos se buscan la vida en Europa. Más aún, en numerosas lenguas africanas, semíticas e indoeuropeas, la palabra para "dios" es la misma que para "toro", incluyendo al "*god*" inglés de las incontables traducciones bíblicas del protestantismo, que provendría de la voz indoeuropea "*gott*", la cual se utiliza aún hoy en día en algunas lenguas para referirse al animal "toro". Estas extrañas concordancias etimológicas están lejos de ser casuales; son signos olvidados y desnaturalizados de una identidad simbólica que fue efectiva en un tiempo tan desconocido como remoto, a saber, el "toro" como epifanía del subordinado consorte masculino del ciclo de la Gran Diosa.


(fig. 23)

El toro semental es la cabeza de ganado que fecunda a las vacas. Él es único y privilegiado en el sentido de que sólo un único toro es necesario para un amplio número de vacas; sin embargo, él mismo es ganado, y completamente dependiente del rebaño, ya que, en última instancia, sin vacas que fecundar, él resulta prescindible y sacrificable. Este símbolo se amolda a la función real del Ciclo del Sur, hasta tal punto que la osamenta del toro fue el atributo de la realeza, no sólo en su ciclo legítimo, sino en civilizaciones posteriores, en plena Edad de Bronce, y aún más recientemente. Se trata del "rey-toro", paradigma real del ciclo meridional, presente de una forma o de otra en las expresiones tradicionales posteriores que cargan con algún contenido propio de la Gran Diosa. Por ejemplo, se tiene constancia de que en el centro de Mohenjo Daro, existía este rey-toro *(fig.24)*, bajo una forma bien reconocible en lugares lejanos en el tiempo y en el espacio. Rodeado de animales, en una postura propia de ciertas técnicas de *yoga*, coronado con astas de toro, y con el falo en erección, el rey-toro de Mohenjo Daro muestra el mismo simbolismo que más tarde resurgirá en la adopción de ciertos cultos aborígenes por parte del brahmanismo tardío, en lo que se puede llamar con propiedad, el shivaísmo. Una de las corrientes de ese shivaísmo más o menos integrado en la India arianizada, tiene precisamente como símbolo central, al "señor del ganado" (*pashupati*)[115].


(fig. 24)

La complejísima epifanía de *Shiva* tiene un rasgo representativo común a corrientes pre-védicas, brahmánicas, tántricas, *shaktas:* el toro. El estandarte de *Shiva* es el toro (*vrsa*), y su vehículo es el alegre *Nandi*[116], en ocasiones asimilado al propio *Shiva.* Si bien es cierto que las fuentes shaivas sánscritas pertenecen a un intento de la corriente aria para integrar en el brahmanismo el poderoso flujo espiritual drávida, se tienen datos más que suficientes como para asegurar que los cultos shivaístas relacionados con este *pashupati*-toro pertenecen a tiempos antiquísimos, con seguridad pre-brahmánicos, y muy probablemente con origen directo en el Ciclo del Sur.

El "toro" como epifanía de lo viril inmerso en el misterio de la muerte y el renacimiento, se puede seguir desde Mohenjo Daro hasta todos los rincones del mundo, en el *Mitra* persa, en el *Apis* egipcio, en el *Minotauro* cretense, en el *Dionisos* mediterráneo, en el *torito de Iria Flavia*, en el *berraco de Guisando* celtíbero… y la lista se extiende. Es muy probable que los ritos del Ciclo del Sur integraran esta figura simbólica, tal y como se

puede intuir con representaciones legítimas de aquel tiempo. Sin embargo, esto último no es más que una posibilidad, pues no está de más insistir en que los restos fragmentarios de estas representaciones no son interpretables, mucho menos por profanos modernos que quieren ver "escenas de caza" allí donde sólo hay símbolos sacros de los que ignoran absolutamente todo. La integración del "toro" en la ritualística hierogámica (y otras) sólo se puede constatar muchos milenios después, en el misterio minoico, en las bailarinas del toro del fresco de *Knossos,* y de manera distorsionada a través del tiempo, en la tauromaquia ibérica. Por supuesto que esta última sólo resulta ser un resquicio degradado de un lejano acto ritual del que, tanto los seguidores como los detractores de las "corridas de toros", no saben ni de su existencia. El hecho de que una costumbre se haya convertido en una inercia brutal desnaturalizada, y sin otro valor que el de una mera "fiesta" (atractiva para unos, repugnante para otros), no niega el origen sacro de ese hecho, por mucho que se ignore dicho origen, por mucho que a casi nadie le interesen estas materias. En efecto, el Ciclo del Sur tuvo una ritualística que le fue propia, y bien diferenciada de ciclos posteriores: la hierogamia.

Ritualística del Ciclo del Sur: la hierogamia

El Ciclo del Sur se inicia y define a través de un alejamiento del centro espiritual, un ocultamiento de su autoridad, y una preponderancia de la "potencia" cosmológica (*prakrti*). Si esto es así, a partir de este ciclo, el ser humano necesitará medios para unirse a ese centro lejano, formas de hacer presente aquella autoridad, técnicas para actualizar la influencia de la epifanía femenina. En otras palabras, el hombre del Ciclo del Sur necesitará un ritual. Ocurre que los ritos de este tiempo remoto tenían

una naturaleza muy diferente de los ritos tal y como el contemporáneo los entiende históricamente, generalmente a través de las fuentes grecolatinas y las diferentes expresiones judeocristianas. Nada resulta entonces más difícil que recrear unos actos rituales de los que no se tiene ningún dato, y recomendamos no intentar imaginar cómo sucedió un hecho sin tener plena conciencia de que es la imaginación con sus limitaciones la que está actuando, y no un "poder visionario", ni un "conocimiento místico", ni una "canalización", ni otra invención del estilo. Se dice esto último porque nos consta de la existencia de tipos que, profesionalmente, se dedican a estas supercherías.

Sin embargo, aunque no se pueden recrear estos actos rituales (ni recomendamos intentarlo), si se puede definir su ritualística a través de los rasgos morfológicos del ciclo, además de identificar el que era el centro simbólico de esos rituales, fuesen los que fuesen. En el caso particular del Ciclo del Sur, resulta obvio que la naturaleza de su ritualística estará de alguna forma presente en las luces de tradiciones ya históricas en las que se puede constatar la influencia meridional. De esta manera, existieron unos "misterios de la Gran Diosa" tanto en el Mediterráneo, como en Levante, Oriente Próximo, India y China; y se puede comprobar cada uno de estos casos con facilidad. Hasta bien entrado el Ciclo del Oeste, por supuesto en Egipto, en Babilonia, en la Grecia antigua, pero también en la Palestina proto-cristiana, e incluso en el cristianismo gnóstico, existe una diferenciación acusada, abismal se diría, entre los ritos oficiales/reales/masculinos, y otros ritos ministrados por mujeres, por sacerdotisas, dentro de contextos no oficiales, alternativos, incluso marginales o hasta subversivos. Parece que siempre existieron estos ritos, tan escondidos como siempre presentes, tan perseguidos como practicados por gentes de diferentes razas, castas,

raleas y condiciones. Estos misterios de sacerdotisa subsistieron en Occidente hasta prácticamente anteayer, como vestigios de una ritualística de carácter propio y bien diferente de la ritualística sacrificial propia del Ciclo del Este y la ritualística teófaga del Ciclo del Oeste. En esta ritualística, el interés recae en la emulación del proceso cosmológico, de la unión sagrada de los dos principios metafísicos de los que surge el "tres", el "hijo", el "mundo". El rito del Sur sería, por lo tanto, la hierogamia; y su vehículo simbólico sería, a todos los efectos, el sexo.

El misterio de la manifestación cósmica se evoca y renueva con un acto humano que participa de dicho misterio, a saber: la unión sexual. Cabe subrayar que el *leitmotiv* de esta unión sexual en todo caso, no es la "fecundidad", ni "tener descendencia", ni "hacer hijos", tal y como la monstruosa inversión doctrinal del Ciclo del Oeste ha impuesto en los recientes tiempos históricos. Según todas las fuentes tradicionales que se apoyan en la Luz del Sur, el móvil de la hierogamia cosmológica es el amor (el *agape* alejandrino), el deseo (el *eros* afrodítico), el éxtasis (la *mania* dionisiaca), el gozo (el *ananda* védico), el placer (el *bhoga* tántrico). La unión sagrada se basta a sí misma para llevarse a cabo, y lo que surge entre los dos principios, no es sino el placer en su sentido eminente, del que en ocasiones pueden surgir otros seres a modo accidental y de ninguna forma obligatoria. Fíjese bien el lector que el vehículo simbólico del Ciclo del Sur, nada tiene que ver con el "sexo" al modo que éste es interpretado en los finales tiempos modernos. En el mundo moderno, cuando el sexo no se muestra como un producto comercializado de masturbación usado como reclamo publicitario, se presenta como un mero medio para tener hijos. Véase así que la Iglesia Católica, la biología darwinista, el psicoanálisis freudiano, el libre mercado y el socialismo colectivista, se dan la mano a la hora de devaluar el misterio sexual al

nivel de un biológico medio para tener descendencia. Ante esta unanimidad moderna, quizás nadie diga que una unión sexual motivada por la "perpetuación de la especie" es una monstruosidad antagónica al principio ritual aquí abordado. ¿Quiere comprobarlo el lector con facilidad? Observe en su entorno, que si bien todas las uniones sexuales libres arrojan placer (aunque sea mínimo, escaso, o mal interpretado), sólo unas pocas de esas uniones arrojan embarazos. Seamos aún más directos: ¿Qué le mueve al lector para unirse sexualmente a su pareja? Un maravilloso deseo por completo desvinculado de los mecanismos biológicos reproductivos. ¿Cuántas veces se ha unido a su pareja con la única finalidad de "hacer un hijo"? Nosotros reconocemos que ninguna; y dudamos con fundamento que esa unión sea posible, incluso biológicamente.

En fin, todo esto se dice para hacer comprender que el vehículo de la ritualística hierogámica es el "sexo", utilizando esta palabra a falta de otra menos contaminada por los horrores a los que los contemporáneos se han tenido que acostumbrar. Para actualizar la presencia e influencia de cierta entidad suprasensible, el ser humano se sirvió primeramente de la unión ritual simbólica del hombre-dios con la mujer-diosa, siendo ésta última la ministradora iniciática. La identificación de la Gran Diosa con las diferentes sacerdotisas es demasiado común en tradiciones bien conocidas como para insistir en este punto. Nadie puede diferenciar en representaciones sumerias, babilónicas, pelasgas… a la Gran Diosa central de las sacerdotisas oficiantes. Lo mismo ocurre con los monumentos egeos. Todo hace indicar, no sólo que la función sacerdotal le correspondía a la mujer en el Ciclo del Sur, sino que el acto ritual mistérico, era en esencia, un acto sexual.

Este acto sexual no se quedaba en ser una alegoría, un lenguaje de lo metafísico sin correspondencia material. La hierogamia está presente en aquellas civilizaciones que se han indicado con alguna influencia del Ciclo del Sur. En Babilonia, cada tres meses, una hieródula ascendía los siete planos del *zigurat,* para después unirse sexualmente a un hombre. Lo mismo sabemos de Patura, donde una sacerdotisa de *Apolo* pasaba la noche unida a su "dios", de manera menos alegórica de lo que puede parecer. También se tiene registros históricos indios del templo de Jaipur, donde se unían ritualmente sacerdotisas con hombres jóvenes. Todos estos temas están presentes en todo el tantrismo y la tradición *shakta,* y se sabe más allá de las fuentes, que todas estas hierogamias no se quedaban simplemente en un sentido figurado, especialmente en las corrientes de la "mano izquierda" (*vama-marga*).

Y es que hay que puntualizar una cosa: aún en civilizaciones recientes, se tiene constancia de concordancias etimológicas entre las palabras para hacer referencia al templo, y las palabras que después designarían al burdel. Se tiene constancia de sacerdotisas consagradas en los templos de *Isthar, Mylitta, Anantis, Afrodita*… que ejercían su devoción con una actividad que el profano sólo puede calificar como "prostitución". Las "prostitutas sagradas" (*heraites*) han estado presente, no sólo en el campo simbólico, sino activa y físicamente en Sumeria, Babilonia, Persia, Grecia, Egipto, India, China… y en todas partes donde resten vestigios de esa ritualística hierogámica. Más aún, en India se tiene una vigorosísima fuente que habla de un "arte" de saber sacerdotal transmitido iniciáticamente por las *devadasi* (literalmente, "esposas del dios", y voz que posteriormente ha devenido designar a las prostitutas en general). La relación entre la prostitución y el saber iniciático (incluso, mágico) es incontestable. Por poner un ejemplo: los requisitos de una prostituta de

alta casta, una *ganika* india*,* eran, entre otros, "tener dominio de las artes mágicas, saber construir diagramas rituales (*mandalas*), y saber hacer encantamientos"[117]. En China y en Japón, se tiene constancia de lo mismo: prostitutas con una alta iniciación y un profundo conocimiento de las leyes sutiles del cuerpo humano (la circulación del *prana* en India, o del *qui* en China). Lo mismo se puede encontrar incluso en la recentísima tradición islámica donde estos temas han cristalizado doctrinalmente en las *huríes* del paraíso musulmán. Todo esto hace indicar que, tal y como se dice popularmente en algunas lenguas europeas, "la prostitución es la profesión más antigua del mundo", siempre y cuando se entienda que con esa antigüedad, la actividad heráitica era de una naturaleza ya incomprendida, sólo presente bien bajo forma de ritos simbólicos simulados de los que ya nadie se cuestiona ni su origen, bien bajo el vulgar concepto moderno de la prostitución en su sentido estrictamente mercantil, y en no pocas ocasiones, esclavista. Incluso lo que los contemporáneos llaman *ars amatoria,* no es sino un saber degradado y utilitarista de una lejana tradición hierogámica. Incluso las actuales *escorts*, "modelos", señoritas de compañía, no son sino una forma comercializada y secular (en ocasiones, sacrílega) de la legítima función sacerdotal del ser humano. Incluso la noción contemporánea de burdel (aquél que en Delfos decía la leyenda tener un cartel en la entrada con el mensaje "Aquí está toda felicidad"), estaría más cerca de lo sagrado, que muchos sepulcros blanqueados, catedrales, y templos restaurados por entidades bancarias.

La ritualística hierogámica es, ante todo, una emulación del proceso cosmológico. Toda cosmología tradicional se apoya en un soporte sonoro (*logos* mediterráneo[118], *vac* védico[119], *sabda* tántrico[120]…) del cual surge la manifestación cósmica. Por lo tanto, es el sonido la esencia

elemental (el *tanmatra* en cosmología *samkhya*) más sutil, y por lo tanto, primera en el despliegue cósmico. Si el sonido supone ser el soporte primordial de la manifestación, el oído es, de nuestros cinco sentidos, el más adecuado para acercarse al misterio cosmológico. Por lo tanto, en un plano ritual que emule el proceso cosmológico, aparecerá siempre con protagonismo, el "sonido". Este sonido como elemento ritual de la hierogamia es el origen de toda música. Compruébese que toda música (la griega, la india, la europea, la que sea) está compuesta por la misteriosa unión de dos variables, al modo dual de la cosmología tradicional, lo que en la música clásica india se llama *raga* y *tala,* y que en palabras más familiares en occidente identificaríamos como "melodía" y "ritmo". La música es, en sí misma, un símbolo hierogámico, y por ello, ella está presente en la ritualística aquí tratada. En el Ciclo del Sur, la actualización de la presencia espiritual necesitaba una invocación, una "nota", un "color", un "sabor" del nombre de la entidad suprasensible (lo que sería, *raga*), y una rítmica, una secuencia temporal (*tala*). Entendiéndose eso, se entiende que todo rito hierogámico tiene una estructura musical, y en efecto, se servirá en la mayoría de las veces, de una música. Esta música ritual no es sólo escuchada, sino que al participar en una ritualística que toma como vehículo la corporeidad y el sexo, esta misma música acostumbra a ser danzada. Hasta los arqueólogos han admitido ver danzas en representaciones pictóricas de lo que llaman "arte paleolítico" o "neolítico". Así, por poner un ejemplo, una pintura rupestre de *Cogull (fig. 25)* ha sido motivo de las más chistosas especulaciones, y tras un erudito debate al respecto, algunos eminentes académicos han convenido referirse a la escena como "la danza del falo" (*sic*). Nunca está de más recordar que hay tipos que se ganan la vida así.


(fig. 25)

Más allá de las estrecheces de los investigadores modernos, lo cierto es que se tiene constancia de muchos datos que dan a la música una importancia de primer orden en la ritualística ya esbozada. Las sacerdotisas indias ya citadas (las *devadasi*), también las de Sumeria, de Egipto… al parecer dominaban el arte musical, y todas ellas son representadas como danzarinas. Las *ganikas* hindúes tardías debían ser diestras en danza[121], y lo mismo las *geishas* japonesas, las hieródulas afrodíticas, y las taurómacas cretenses. En la manifestación tardía y degradada de los misterios de la Gran Diosa bajo la forma de dionisionismo, aparece la importancia del ditirambo, danzado por las adoradoras del dios. En la misma línea de degradación, se sabe por múltiples autores, que en las bacanales orgiásticas romanas había música. Y ya hemos citado a las "bailarinas del vientre" y su "danza de los siete velos", y esas dotes como bailarinas también los comparten las adivinas alejandrinas, las hechiceras cananeas, y las pitonisas gitanas.

En fin, además, en todos los inertes vestigios modernos que tienen como origen este paradigma ritual, aparece la música (en burdeles, en la *ars amatoria,* en el cabaret…), y en ocasiones de manera muy desagradable.

No en vano, la desnaturalización de la danza ritual hierogámica que la modernidad ha comercializado, se hace llamar *strip-tease*, un vacío y pobre espectáculo en donde una chica se desnuda a ritmo de música *pop.* ¿Incluso esta grotesca parodia tiene valor ritual? Para responder a esta pregunta, obsérvese que en muchos locales de *strip-tease,* los "clientes" colocan sucios billetes en la ropa interior de unas chicas que bailan en una plataforma elevada (en su etimología, un altar). ¿Es esto una secularizadora inversión de culto al satanismo inconsciente del poder monetario? Sí, eso mismo es con exactitud.

Lo cierto es que, al dar unas directrices morfológicas de la ritualística hierogámica propia del Sur, se deben indicar como elementos el sexo y la música, con independencia de lo que en la actualidad se haya llegado a entender con estas dos palabras. No se va a intentar aquí contar la larga historia de cómo un elemento ritual (en este caso, la música, toda ella) ha sido invertida, desacralizada, y vendida en bandeja bajo la forma de "música moderna", pues además, ya se dijo alguna cosa al respecto en otra obra.[122] Se evitará lo mismo sobre lo que gira alrededor de la palabra "sexo". Si les hay a quienes no les basta con los vestigios muertos de su entorno ruinoso, ni con los datos tradicionales aquí expuestos, se puede decir que aun hoy existen expresiones tradicionales vivas con ritualística hierogámica de cierta integridad. Aún hoy, existen comunidades en la India más arcaica (corrientes *kaula, kapalika, trika*…) que mantienen viva una luz inaccesible e invisible para el mundo moderno en su totalidad.

Principio del fin del Ciclo del Sur: la degradación simbólica de la diosa

Al hablar del abrupto cambio que cerró el Ciclo del Norte, se hizo referencia a un cataclismo (o a una serie de ellos) que se recogen en las fuentes tradicionales de una forma confusa y mezclada con las memorias del último gran cataclismo, es decir, el que abrió el Ciclo del Oeste o Edad de Hierro, a saber, el complejísimo tema del "diluvio universal". Al parecer, lo que desde nuestra perspectiva son grandes desastres apocalípticos, desde una perspectiva más amplia, sólo supone ser el rutinario día a día de nuestro planeta. Todo parece indicar que los cataclismos universales son más habituales de lo que puede parecer, sobre todo porque la noción de "universal" no es tan absoluta y rigurosa en este caso, ya que un evento puede suponer un auténtico "fin del mundo" para toda una corriente civilizadora con una concepción de universo ceñida a su particular mundo conocido. Por lo tanto, las dificultades son todas para determinar cuándo y qué desastres cerraron o abrieron civilizaciones, subciclos, o incluso grandes ciclos como lo fue el Ciclo del Norte ya visto, y también el Ciclo del Este, como se verá.

No obstante, en lo que respecta al fin del Ciclo del Sur, no encontramos datos concluyentes para asegurar que el cambio de era se determinó por un gran evento planetario. Pudo haber desastres naturales que cerraron el ciclo, pues eventos más o menos desastrosos siempre los ha habido. El caso es que, a diferencia del brusco final del Ciclo del Norte, la transición hacia el Ciclo del Este fue prolongada en el tiempo, a través de múltiples etapas superpuestas en diferentes lugares del mundo, de manera no uniforme, y más relacionadas con las nuevas circunstancia vitales de los seres humanos, que con una calamidad natural. Lo cierto es que hubo un

largo proceso de decadencia del ciclo de la Gran Diosa; y si bien con rigor el final del Ciclo del Sur acabaría con el tema del "hundimiento de la Atlántida"[123], la influencia de su luz se prolongará hasta un tiempo muy reciente (si no incluso hasta el presente, si se valoran las escasísimas tradiciones tántricas ya citadas como integrales en su conjunto). En cuanto al "hundimiento de la Atlántida", es preferible determinar su valor al simbólico-metafísico, el cual es muchísimo más importante que la posibilidad del hundimiento de un continente físico, al modo que lo interpretan los modernos. El "hundimiento de la Atlántida" supone, nada más y nada menos, que el colapso de la autoridad espiritual primordial, presente en el Norte, y lejana en el Sur pero accesible a través del sacerdocio mistérico de la Gran Diosa. Este colapso dejará los centros tradicionales secundarios como únicos depositarios de la tradición primordial, y por lo tanto, completamente abiertos a un proceso de decadencia que se acelerará a partir de ese momento. Estos "centros" subsistirán en una situación de conflicto con la nueva gobernación del ser humano, basada en la guerra y la conquista. Todo esto se verá en el siguiente capítulo: cómo la armoniosa comunidad humana del Ciclo del Sur será sometida a través de la violencia y la fuerza de una entidad suprasensible hasta ese momento desconocida. Sin embargo, para que esta situación se dé, la propia autoridad del Sur sufrirá una paulatina degeneración, ilustrada como no podía ser de otra manera, con el simbolismo tradicional.

La epifanía legítima y pura del Ciclo del Sur es la Gran Diosa en su sentido eminente, y exenta de las formas degradadas de los ciclos posteriores en las que, necesariamente, nos hemos tenido que apoyar para expresar el simbolismo del ciclo. Sin embargo, la forma de la Gran Diosa se mantiene con cierta pureza en Occidente en ciertas corrientes

pelasgas, como en los misterios de *Deméter*. La Gran Diosa del Sur es, ante todo, la "autoridad oculta de Occidente", y nos resulta imposible determinar hasta cuándo esta forma se mantuvo estrictamente pura, si bien con certeza hasta tiempos de ninguna manera históricos. Por lo tanto, la Gran Diosa como símbolo de la autoridad del Sur sufrió un proceso de decadencia complejo y prolongado, que preparó el terreno para el final del ciclo ilustrado platónicamente con el tema del "hundimiento de la Atlántida".

Pero, al menos, examinemos lo poco que se puede dilucidar de esa degeneración. Si bien debió existir un culto a la Gran Diosa en su sentido primordial y eminente, lo cierto es que las formas que han llegado a nosotros a través de la historia poseen casi siempre una tendencia a la perspectiva totémica, si no directamente a cierto demonismo. Este demonismo del Sur tardío favorece el culto a los antepasados (lo que en sánscrito se llama *prtiyana*), que tarde o temprano acaba degenerando en una concepción naturalista del espíritu, y finalmente en una exaltación a la magia negra ("negra", en el sentido de contraposición a aquello que en Occidente se determinó en llamar "teurgia"). En palabras más claras al paradigma cristiano, la "caída" no se detiene en una petrificación del Ciclo del Sur en la tierra, sino que esta "caída" continúa su descenso más allá de la superficie terrestre, bajo tierra, hacia lo que en el Mediterráneo se hizo llamar "inframundo" y teológicamente correspondería a los "infiernos". La Gran Diosa pasa de su forma pura e integral ya expuesta en el apartado anterior, a una forma exclusivamente nefasta, de muerte y oscuridad. Alga ya se ha dicho de *Durga, Kali, Tara…* en India, y si bien todas esas formas pueden ser legítimas manifestaciones de la ambivalencia de la Gran Diosa primordial, el caso es que en los tiempos históricos, algunas corrientes totémicas y mágicas en su sentido inferior,

han vindicado estos aspectos siniestros en exclusiva. Todo esto ilustra, sin duda, un proceso de degeneración simbólica presente por lo demás en todo el mundo. Por ejemplo, en el continente africano, del cual la ciencia moderna no sabe ni quiere saber verdaderamente nada, sufrió un fenómeno parecido al indio. Al adjudicar las civilizaciones de la Gran Diosa a lo que corresponde a Europa, se demuestra esa miopía etnocéntrica que infecta toda concepción científica de la modernidad. Existieron civilizaciones bajo formas increíbles e irreconocibles para los contemporáneos, no sólo en la Europa del incomprendido Cro-Magnon, sino también y especialmente, en África toda ella. De la misma manera que en el ciclo minoico se puede ver la herencia del Ciclo de Sur en Europa, o en el ciclo harappiense se ve la misma herencia en India, en África se sabe que existió un remoto pasado hermosísimo gracias a los ecos postreros de Ashanti, Ifé, Benín, Shongai, Nupe, Sokoto, Mossi, Bushongo y muchísimos otros que tanto el erudito moderno como el ciudadano común, parecen estar interesados en ignorar o acallar. África es muchísimo más que lo que el imperialismo europeo ha dicho que es a través de sus malditas ramas académicas y su criminal misionerismo cristanoide. África es muchísimo más que el vertedero, el laboratorio y la mina del proyecto eugenésico de la modernidad. África es muchísimo más que un continente devastado por unas fuerzas antagónicas a las que hicieron posibles bellas, pacíficas y dignas manifestaciones humanas. La verdad de que África fue algo completamente diferente a lo que es hoy, rechina en los oídos progresistas de los gobernantes del fin de los tiempos. ¿Acaso está de más decirlo, aunque sea probable que nadie quiera escuchar? Se dice: En el Ciclo del Sur, África reflejó una luz maravillosa. África fue un continente vivo. África fue otra cosa.

Y se sabe que fue otra cosa por la herencia que aún guarda en la actualidad. Tras más de doscientos años de dominio extranjero (después se verá en qué sentido es "extranjero" ese dominio), África es un inmenso campo de exterminio en manos de los grupos de poder occidentales, que impusieron a los pueblos africanos, concepciones políticas, educacionales, militares y religiosas, a medida del proyecto global moderno.[124] Y aún así, aun sufriendo esa vejatoria imposición, África presenta vestigios meridionales incontestables incluso en el siglo XXI de la llamada era cristiana. Existe una fuerte e imborrable fuerza matriarcal desde el Sahara hasta Madagascar, una paciente y femenina sabiduría que ha soportado durante milenios el estúpido ardor guerrero de los líderes tribales, una corriente espiritual lunar vinculada a un profundo saber sacerdotal, en ocasiones, chamánico.

Y lo que interesa en este caso es precisamente eso: la espiritualidad legítima de África (la legítima; no las impuestas mixtificaciones de católicos y protestantes) se muestra bajo un fuerte aspecto totémico y de culto a los antepasados, como un reflejo debilitado y degradado de la Luz del Sur. El gran ciclo al que pertenecen los temas comunes de las múltiples y desgajadas tradiciones africanas, sufrió una decadencia simbolizada por la perversión de la Gran Diosa. No sólo en África, sino en el Mediterráneo, en Oriente Medio, en India, y en el Extremo Oriente, se escucha una misma historia: un comunidad (una tribu, una ciudad, un pueblo…) gobernada por mujeres, que se pierde así misma a través del relajo moral, la lujuria y la total ausencia de defensa militar ante agresiones extranjeras. Los registros sumerios hablan de las cananeas, los egipcios de las libias, la dinastía china *Ming* de los "pueblos de la ribera del sur", los hebreos de los cainitas[124]… En fin, todos estos temas transcienden la dimensión histórica y concreta que puedan tener, y

expresan una misma verdad: las civilizaciones de la Gran Madre degeneraron en la confusión de las castas, el exceso sexual, y un reblandecimiento social en forma de confuso igualitarismo. La autoridad espiritual del Sur se debilitó a través de unas circunstancias que se fueron desarrollando posiblemente a lo largo de varios milenios, y la ritualística hierogámica derivó en este proceso, mera promiscuidad. El *maithuna* ritual del Ciclo del Sur se echó a perder bajo formas orgiásticas, y de algún modo decadentes, tal y como se puede constatar en el relato semita de Sodoma, en el dionisianismo tardío, y en los cultos báquicos de las fuentes latinas. Simbólicamente, la Gran Diosa se mostrará limitada en su aspecto exclusivamente libertino, como la *Venus* romana, la *Agrat* cananea, o la *Sing-Moo* china. La Gran Diosa hierogámica se devaluará hasta la forma de una mera personificación de la circunstancia del ocaso del ciclo, a saber: la desintegración social por causa de una corrupción de las costumbres. En otros términos más adaptados al contexto actual, la epifanía del Ciclo del Sur es degradada hasta el punto final cíclico, convirtiéndose en lo que los investigadores modernos se empeñan que sea con sus tecnicismos científicos, es decir, una burda "*venus*".

Pero quedémonos con ese término, "*venus*", porque la degradación simbólica de la Gran Diosa no se queda ahí. Es harto conocido a través de fuentes grecolatinas[125], que *Venus* fue amante de la personificación del principio bélico, es decir, *Marte*. Este importantísimo pasaje mitológico está relacionado con el hecho de que la gran epifanía meridional se fuera convirtiendo al final de su ciclo (y por supuesto, en posteriores) en "señora de la guerra". No se había dicho hasta este momento, pero los seres humanos del Ciclo del Norte y del Ciclo del Sur, desconocían la guerra. Existe esa unanimidad en fuentes grecolatinas, semitas, védicas, persas y chinas, y no es inverosímil que así fuese. La guerra es algo más

reciente de lo que puede parecer en la gran manifestación de la humanidad. Incluso los paleoantropólogos modernos tienen que reconocer la inexistencia de la guerra en lo que ellos llaman "paleolítico", argumentando con simpleza infantil que "el número de seres humanos era muy escaso por aquel entonces". Sabemos a través de medios inaccesibles a la ciencia profana, que los seres humanos no eran tal escasos por aquel entonces; pero fuera como fuese, aquí lo que interesa es interiorizar la importante y reveladora cuestión de que el ser humano vivió sin guerras por más de cuarenta y cinco milenios. Si hubo guerras en el Ciclo del Sur, se produjeron precisamente al final del ciclo, clausurando ellas mismas aquella edad. La fuerza real del Ciclo del Este, que debió estar conspirando durante varios milenios en la era precedente, acogió a las divinidades femeninas, y las transformó en deidades de la guerra. Véase que no sólo se corrompió la feminidad eminente, sino que se utilizó adaptándola al nuevo paradigma civilizador: la guerra. Diosas guerreras serán las ya citadas *Isthar* babilónica, la *Ardvi* irania, y la *Durga* hindú; también lo fueron la *Atenea* griega, la *Stella Maris* egea o la *Feronia* itálica. El nuevo paradigma guerrero del Este adoptó a las sensuales y danzarinas cortesanas del mortal Rey-toro (recordemos a las *devanasi* o las *apsaras*), y las transformaron en terribles fuerzas guerreras sedientas de sangre humana como las *walkyrias* nórdicas, las *fravashis* iranias o las *erinias* dionisiacas[126]. Todas estas imágenes entrañan un mismo poder de degeneración simbólica de la Gran Diosa, que se puede definir de forma general como amazonismo. Sobre si hubo o no hubo una correspondencia histórica del amazonismo, es una cuestión complejísima que aquí no se va a desarrollar, por el motivo principal de que el tema resulta más secundario de lo que puede parecer. Es muy probable que las civilizaciones meridionales de la Gran Diosa hicieran frente a la rebelión o invasión de la casta real/titánica durante un relativo

tiempo, y es muy probable que las formas simbólicas de estas civilizaciones se modificaran bruscamente y su organización social se adaptara a la exigencia de tener que guerrear para defenderse. Si todo esto es muy probable, también es cierto que esa resistencia no pudo durar por mucho tiempo, y no se puede hablar de un ciclo amazónico del Sur con propiedad, salvo como una posibilidad de valor anecdótico. No obstante, epifanías femeninas de la guerra abundaron en el Ciclo del Este, ya irremediablemente unidas a la brujería, la violencia y la magia negra tan propia del paradigma titánico. La siniestra sombra de las amazonas como símbolo de las nupcias ilícitas entre el ya corrupto símbolo de la Gran Diosa y el preponderante poder guerrero (*Afrodita* y *Ares*, *Venus* y *Marte*…), subsistirá también en el Ciclo del Oeste, en el postrero *Kali-Yuga,* en pueblos guerreros arios y sus espectrales "señoras" que aparecen en medio del campo de batalla. También en el imperio sasánida, en el ciclo imperial mongol del eunuco *Genghis Khan*, y en estado de constante latencia, en la cristiandad bajo las formas tan dispares de la *Juana de Arco* de los Francos, la *Brígida* de los pueblos irlandeses, o la siniestra *Virgen del Pilar* de las casas reales castellano-aragonesas. Incluso si nos vamos a la putrefacta ciénaga donde el proyecto de la modernidad adopta su triunfal forma (es decir, el romántico siglo diecinueve), se verán irreflexivas invocaciones a las mismas entidades amazónicas en manifestaciones artísticas tan diversas como la ópera alemana, la escultura francesa, la literatura romántica o la poesía simbolista. Como se comprobará, la corrupción se ha servido del símbolo femenino hasta la culminación de su obra[127]. Sin embargo, todo esto último se sale del marco temporal de este apartado, que no es otro que el Ciclo del Sur.

Por lo tanto, a forma de síntesis, un resumen de lo dicho a tener en cuenta en lo venidero sería lo siguiente: el orden matriarcal y la expresión tradicional correspondiente (la "de Plata", la secundaria, con respecto a la primordial) acaba debilitándose a través de la laxitud moral y el afeminamiento institucional de todas las castas, y muy especialmente, la alta. Esa debilidad acaba alentando a otra fuerza a dar el golpe de poder, y cerrar el gran ciclo atlántico. Como siempre que se habla de los grandes cambios de la manifestación humana, las fuerzas que en última instancia operan sobre ellos, pertenecen a un dominio metafísico, que no conviene intentar explicar en un libro de estas características. Bajo estas leyes metafísicas, los seres humanos parecen seguir un guión escrito por una inteligencia que les transciende. El golpe de poder que precipita la transición entre ciclos, lo da la casta real, bajo la forma simbólica del titán, del gigante, del guerrero. En cierto modo, sería la rebelión de una virilidad (ciertamente inferior a la primordial del Norte), que se alza sobre la corrupción moral del paradigma femenino. Luego se comprobará que esa misma fuerza titánica se corromperá ella misma rapidamente, llevando a la humanidad a una barbarie inédita en su manifestación[128]. Todo esto marcará el comienzo del Ciclo del Este, hace aproximadamente diecinueve milenios, que acelerará el proceso de decadencia humana, a través de una conflictiva luz espiritual referida en las fuentes griegas como *Prometeo*, en fuentes hebreas con *Lucifer*, en fuentes iranias con *Mithra*, en fuentes védicas con *Skanda*, y que en términos generales bien podría llamarse heroísmo, basado en la conquista y el valor, pero también en la violencia y el derramamiento de sangre. Tras la "caída" humana y el alejamiento del centro espiritual primordial, una nueva fuerza osa encender una imitación de aquella Luz del Norte, y esa osadía pasa por subyugar a la fuerza sacerdotal que se situaba en lo alto de la jerarquía tradicional. El sacerdocio sobrevivirá si

muestra sumisión a la casta guerrera, y las mujeres pasarán de lo alto de la función sacerdotal, al sometimiento bajo un nuevo orden patriarcal. Algunas pocas mujeres resistirán adoptando formas amazónicas castradoras como *Antianira*, otras guardarán sus secretos sacerdotales en grupos iniciáticos al margen del poder político, y otras simplemente sucumbirán bajo el "hacha" de la fuerza guerrera. Se trata de una auténtica rebelión de la casta real, que derrumbará el orden jerárquico hasta entonces vigente para la humanidad.

Fin del Ciclo del Sur: la rebelión del poder real

En todas las tradiciones de las que restan expresiones, existe un conflicto ancestral, aún operativo, y que se puede encontrar acusado o latente, mas siempre presente. Siempre se encontrará una oposición conflictiva entre la autoridad espiritual representada por la casta sacerdotal, y el poder político representado por la casta real. En ocasiones este conflicto se presentará en la historia como pugna o como guerra, y la épica india, la China confunciana, o la cristiandad de la Orden del Temple son ejemplos de ello. Lo cierto es que todos esos repetidos episodios históricos son reflejos de un mismo problema que hunde sus raíces en la crítica transición entre la Edad de Plata y la Edad de Bronce. Hasta ese momento, la casta real (la segunda) estaba subordinada a la función sacerdotal que garantizaba el contacto con la tradición. Así, al comprobar la casta real que la función sacerdotal había degenerado en formas débiles y anquilosadas, se animó a dar un golpe de poder que, si bien nunca podrá hacerse completamente efectivo (pues eso es metafísicamente imposible), permanecerá en estado latente a lo largo de la historia, desequilibrando a la humanidad periódicamente. Recordemos

el paradigma real del Ciclo del Sur: el "toro" como cabeza de ganado, rey mortal, subordinado a través del "yugo" de la Gran Diosa. Este paradigma de rey sumiso a la autoridad llegará a su fin: el "toro" será sacrificado por *Mithra (fig 26)* , el guerrero y judicial *yazata* de los textos zoroastrianos. Un nuevo paradigma de realeza inaugurará el Ciclo del Este, simbolizado esta vez con poderosos animales salvajes: el "jabalí" céltico-europeo, el "león" persa-oriental, y, sobre todo, el "águila". En el capítulo siguiente se examinarán estas figuras netas del Ciclo del Este.


(fig. 26)

Lo que aquí se subraya como frontera entre un ciclo y otro, es la rebelión de la fuerza política que, percibiendo la función sacerdotal como secundaria si no prescindible, quiere ahora alzarse como cúspide jerárquica a través de la guerra. La "magia", antes saber tradicional secundario, está ahora en manos de unas fuerzas guerreras que se servirán de ella para sus fines políticos. Simbólicamente, esto se repite al ver que todos los aspectos de estas fuerzas del nuevo paradigma civilizador (los *Titanes* griegos, los *Gibborim* etiopes, los *Nefilim* hebreos, los *Annunaki* babilónicos…) se mostrarán instruidos en una "magia

negra" con la que llevarán a cabo increíbles proezas con consecuencias siempre desastrosas para el género humano. No hemos encontrado datos para poder negar la posibilidad de que estos tipos no hayan existido efectivamente con la forma que unánimemente todas las tradiciones le dan, es decir, grandes, grandísimos, gigantescos.

Que la nueva fuerza guerrera se manifestara materialmente en seres más o menos gigantescos, no nos resulta inverosímil. Al hablar de la morfología del ser humano primordial, ya se señaló que sus formas corporales espantarían a los más aferrados al cómodo materialismo que la ciencia moderna se ha empeñado en construir. No hay que sorprenderse si se postula la posibilidad de que, en efecto, los hombres que golpearon el orden establecido abriendo una nueva era basada en la autoridad real y el poder guerrero, fueran de una raza extraordinariamente grande, si no gigante. Sin embargo, como siempre que se trate de los detalles fenoménicos que tanto acostumbran a fascinar a nuestros lectores más curiosos y menos serios, esta cuestión de la existencia o no de la raza gigante, resulta irrelevante en sí misma. Lo que sí resulta interesante es comprobar la exigencia de algunos en querer encontrar "restos óseos de gigantes" al modo paleontológico, como si tal hallazgo modificara automáticamente una perspectiva en exceso viciada, a saber: la que necesita evidencias para "creer" lo que todos los seres humanos (todos, menos el moderno) siempre han sabido. Encontrar restos así, resulta tan irrelevante como poco probable debido al paradigma corporal del ser humano de aquella era. Por ello, todas las supuestas pruebas de ese tipo que nos han enviado, las calificamos como fragantes fraudes, que no hacen sino entorpecer un estudio serio sobre la materia, y cerrar, quizá para siempre, el acceso al contenido iniciático que

nada tiene que ver con leyendas fantásticas ni con arqueólogos intrépidos.

Pues lo esencial de esta cuestión, es la aparición en la manifestación humana de una fuerza que inaugurará la guerra, que dará un vuelco a la jerarquía tradicional, y que exigirá de los seres humanos, un nuevo arquetipo ritualístico: el sacrifico. Es la casta real la que se alza en forma de rebelión en algunas civilizaciones meridionales, y en forma de invasión, en el resto de comunidades humanas. Estos "jueces-reyes" serán referidos en las propias fuentes de sus -ahora sí- diversificadas formas tradicionales como "enviados" ,y así se seguirán autotitulando en el despliegue de este linaje de reyes y emperadores obsesionados por su pureza de sangre. Será la "sangre", su carta de credenciales; y será también la sangre -la humana- la que comenzará a ser derramada sobre la tierra, en nombre de su noble causa. Comienza la guerra; comienza el Ciclo del Este.

CAPÍTULO 3

El Ciclo del Este

Aún hoy, tanto en textos del mundo antiguo como en tradiciones orales de pueblos acorralados por la modernidad, se puede identificar un grupo de historias con una estructura común: unos aguerridos “enviados” que aparecen para restaurar una comunidad corrompida por la promiscuidad y el vicio. Se trata del arquetipo heroico tan conocido a través de la mitología griega, por la lucha de los “héroes” (en muchas ocasiones, “hijos de los dioses”) que luchan contra encarnaciones femeninas demoníacas, hechiceras o amazónicas (por ejemplo, los típicos casos de *Hércules* contra *Asteria*, *Aquiles* contra *Aninia*, o *Ulises* y *Circe*). La misma estructura arquetípica se encontrará en *Bala-Rama* de India, y en algunos avatares visnuistas. También, “hijos de los dioses” (o con más rigor, nietos, pues serían hijos de hijos de los dioses[129]) son los *Nefilim* del ciclo hebreo, que serán “enviados” para enseñar a la humanidad la verdad y la justicia[130], misión compartida por los *mahavira*s jainas (literalmente, “grandes héroes”), los *buddhas* del budismo, los *avatara* vaisnava… todos ellos, restauradores y caudillos de casta guerrera. Una y otra vez, aquí y allí, se escucha sobre la misión restauradora que una casta real encabezada por un intrépido varón, lleva a cabo en una tierra corrompida por una afeminada y débil casta sacerdotal, que en ocasiones está acusada de practicar las más terribles perversiones sexuales.

Pero, ironías de la suprahistoria, estos “enviados” presentes en múltiples y dispares fuentes tradicionales, acostumbrarán ellos mismos a corromperse rápidamente, hasta tal punto que superan con creces la malevolencia que pretendían erradicar. Las fuentes más explícitas que

encontramos al respecto, son las que giran entorno a los *Nefilim*, donde *Enoch* denuncia la corrupción de los gigantes después de ser instruido por ellos[131]. La cuestión de la "corrupción de los enviados" no sólo está presente en el ciclo judeocristiano[132], sino también en la Grecia antigua, donde la violencia y la injusticia se atribuye a la "degeneración de los titanes" , y lo mismo aparece en la mitología nórdica con los *Ases,* y en Babilonia con los reyes-dioses *Annunaki*. Todos estos temas se repliegan ante un mismo hecho suprahistórico que abre el Ciclo del Este: el alzamiento de la casta guerrera, y la imposición de un nuevo paradigma civilizador, a partir de ahora, definitivamente violento y sangriento. Si al final del Ciclo del Sur, la humanidad enfermó, el remedio que vendría sería aún peor que la enfermedad. Ese remedio, santo remedio, maldito remedio, será la guerra.

El linaje real y la casta guerrera

Alrededor del tema simbólico de los "corruptores gigantescos" que bajo una u otra forma tradicional, son "enviados" para instaurar una nueva luz para los hombres, siempre aparece la irrupción de un linaje que, a partir de ahora, ostentará el poder temporal bajo la institución de la realeza. La línea sanguínea se convierte así en el valor simbólico (en muchas ocasiones, pretextual, y en otras tantas, fraudulento) de una jerarquía estrictamente política, donde la autoridad espiritual quedará relegada a un segundo plano a través de un sumiso colaboracionismo, o incluso también pisoteada con el apropiamiento de la potencia femenina a través de la institución del matrimonio. Son, en definitiva, los "reyes" que fundarán dinastías de gran esplendor mítico, y que rápidamente serán delatadas como corruptas, trayendo a la humanidad periódicas

oleadas de sufrimiento y desgracia. Todo esto se constatará también con los tiempos históricos, y con las diversas monarquías alejadas entre sí, tanto en el tiempo como en el espacio. Quizá ante esta aparente diversidad, al moderno le cueste plantearse seriamente esta pregunta: ¿Quiénes son verdaderamente los reyes?

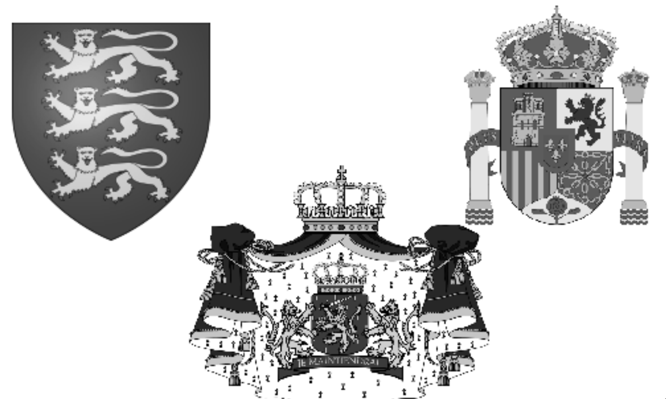
Si parece una pregunta de difícil respuesta, quizá sea porque no se ha comprendido que toda realeza (importante esto: toda realeza; poco importa que sea de Oriente o de Occidente, de la América precolombina, de la antigüedad, de la cristiandad, o de las "monarquías parlamentarias" actuales), se sirve de una justificación de descendencia sanguínea expresada a través de los mismos contendidos simbólicos. Y es que poco importa que se estudien las dinastías egipcias, que las babilónicas, que los césares romanos, que los reyes godos, que los *maharajas* indios, que los aztecas, que los *Merovingios*, que los *Windsor*… poco importa desde el punto de vista de que toda monarquía se legitima a través de su parentesco con un contenido guerrero arquetípico. Ser descendiente de este heroico arquetipo (o al menos, asegurar serlo), da cobertura a la fundación de dinastías reales a lo largo de toda la historia de la humanidad: en Egipto, en Sumeria, Babilonia, Grecia, Roma, Francia, España, Inglaterra… y también en los tiempos modernos con los *Bonaparte,* las familias banqueras, o las dinastías del comunismo dictatorial. Subráyese algo que el ciudadano común no suele advertir en su importancia: la justificación dinástica de toda realeza es la "sangre" de un linaje guerrero. Por supuesto que en muchas ocasiones (sobre todo en tiempos recientes), cualquier persona mínimamente atenta reconoce sin problemas que ese origen dinástico es una invención, o una fantasía, o al menos algo que no se corresponde con nada ni nadie que haya existido históricamente. Así es. En otras palabras, toda realeza tiene como

legitimación un "mito". Es cierto. Eso es lo que todo "rey" es: el descendiente familiar de un mito. ¿Qué mito es ese?

Recréese una escena simbólica que los lectores que en su vida hayan pasado una noche al raso, no tendrán dificultad en comprender. Imaginemos estar acostados en la tierra mirando al cielo estrellado, en el instante anterior al alba. La noche ha sido larga, húmeda y fría, sin más iluminación que una pálida luna, y sin más protección que nuestros sueños. Poco a poco, los sonidos propios de la noche van apagándose, y los animales que ponen música a la oscuridad, tales como la lechuza, el lobo, las ranas… desaparecen súbitamente. En un silencio absoluto, comienza a clarear la línea del horizonte, y bajo un tono purpúreo, se deja ver la silueta del "lucero del alba" que anuncia un nuevo amanecer. La penumbra de la aurora se rompe con los primeros rayos de sol que asoman tras las montañas del horizonte. El silencio del instante crítico del alba se interrumpe con el canto rápido y agudo de pájaros, y el misterioso y amorfo entorno de lo que durante la noche había sido nuestro lecho, comienza a mostrar sus formas diferenciadas. Un nuevo día se muestra ante nuestros ojos, tras el nacimiento de la luz del Este.

Este pasaje cotidiano (tan cotidiano como el amanecer diario) resultará ser el contenido simbólico de toda realeza: una fuerza ígnea y masculina que cierra un largo periodo regido por la potencia lunar; la irrupción de una luz cálida que acaba con el misterio de la noche; la manifestación de un dios que seca la tierra empapada de rocío. Es el "rey" de Oriente, figura simbólica que se va a presentar neta en la tradición extremoriental (*xya*), con un origen dinástico solar (como el *suryavamsha* de los reyes indoarios), y materializado en un nuevo paradigma civilizador: la guerra, simbolizada por un arma que originalmente será un "hacha", y que

después devendrá "espada", y posteriormente complejísimos "escudos de armas" al servicio ritual del gran sacrificio en el campo de batalla. Si quien anunciaba la llegada del sol era el canto de los pájaros, el arquetipo real se replegará al simbolismo animal de las "aves", siendo el "águila", la más adecuada por su carácter superior en la jerarquía simbólica de este tipo animal. Se encontrarán "águilas" en los estandartes imperiales de todas las fuerzas civilizadoras del Ciclo del Este, que subsistieron en los tiempos históricos, y hasta en los modernos, con los fascismos y el federalismo norteamericano. Pero si hay un simbolismo animal que presentará unánime a toda fuerza real del Ciclo del Este, será el "león". La morfología solar de un león con melena dorada es clara, y además, esta morfología coincidirá mágicamente con correspondencias astrológicas zodiacales y siderales de *leo*. Se verá al "rey-león" en China, Persia, Caldea, India, Egipto, Macedonia, Roma… allá donde la guerrera luz del Este se muestre, y allá donde el arquetipo real se presente como cúspide de la nueva jerarquía espiritual donde lo lunar, lo femenino y lo sacerdotal es relegado o subyugado. La realeza seguirá apoyándose simbólicamente en el "león", incluso bajo aspectos postreros degenerados muy alejados del Ciclo del Este, como el ciclo gibelino, y hasta en reinos donde sus súbditos jamás vieron un león. La realeza europea mantendrá a sus "leones" con ciudades (La León española, la Lyon francesa, la argentina, la nicaragüense, la tejana…), y seguirá siendo el estandarte de las formas inertes de ese linaje real, lo que vulgarmente se llama hoy en día, "monarquías", como la inglesa, la holandesa o la española. (*fig. 27*) Compruebe el lector que, tras la conflictiva diversidad histórica de los diferentes "reyes", existe una unidad espiritual y simbólica en todos los autotitulados descendientes de esta raza real.



(fig. 27)

Pero ciñéndonos al Ciclo del Este como realidad temporal, se puede hacer una pregunta en extremo interesante: si la fuerza real surge de un linaje único, ¿quiénes eran estos guerreros primordiales? Es decir, si todas las realezas del mundo histórico se apoyan en una misma estructura simbólica y un mismo pretexto de descendencia sanguínea, los reyes primordiales tuvieron una correspondencia concreta y material con una raza o pueblo que existió en el Ciclo del Este, y del que -claro está- no se tienen registros históricos directos. Esto parece incontestable. De nuevo, nos encontramos con la imperiosa necesidad de tener que encontrar convergencias simbólicas en las fuentes tradicionales de las que se dispone. Y tras un estudio detallado, tras discernir entre tantas diferencias de expresión, laberintos filológicos, trampas etimológicas, prevaricaciones teológicas y prejuicios religiosos, parece que un central dato inequívoco se puede extraer sobre aquella raza de guerreros restauradores y posteriormente corruptos hasta el extremo: eran "gigantes". ¿Gigantes? Sí, gigantes. Poco debe importar la correspondencia material y concreta de esta fuerza civilizadora del Este, pero los guerreros que aparecen en el Ciclo del Este y provocan con su maldad el ciclo postrero y último, son retratados como extraordinariamente altos, grandes, siempre fuertes, o en otras palabras, como "gigantes".

“Había gigantes en la tierra en aquellos días”[132]

Éste es un versículo del Génesis bíblico, que por si sólo no debería tener más valor que otros, y que no conviene leer desde el literalismo histórico, como por lo demás, no conviene leer el Génesis en su conjunto, tal y como parte de la ortodoxia judaica y la exégesis bíblica del catolicismo llegaron a hacer sin ningún tipo de complejo. Sin embargo, si bien es cierto que desde una perspectiva histórica no conviene tomarse muy en serio el Tanaj, ni la Biblia cristiana toda ella, el hecho incontestable es que la apertura del capítulo sexto del Génesis, hace referencia a un tiempo en el que la tierra estaba habitada por “gigantes”. Convergencia rabínica y católica al respecto: pueden discutir si eran hijos de “ángeles”, de “jueces”, de “hombres”, de “dioses”… y demás estériles polémicas, pero la raza referida como *Nefilim* era -nadie lo duda- una raza de “gigantes”.

Y aún sin dudarlo, parece que nadie en la actualidad se ha atrevido a enfrentar lo que eso supone. Porque si una fuente hebrea tradicional puede desdeñarse como cualquier otra, tampoco por ello se puede despreciar algo que aparece en fuentes diversas, demasiado distantes, y de procesos civilizadores diferentes, si no rivales. Los “gigantes” no sólo aparecen en el Génesis, en la ortodoxia judaica y católica, sino también en las fuentes etíopes, egipcias, cananeas, asirias, babilónicas, persas, y en todo oriente próximo y medio, en toda época y en toda raza. La existencia de un linaje “gigante” se interpreta como un hecho en todo el gran ciclo semita. Pero es que además, los mismos “gigantes” aparecerán en la corriente rival aquea, en fuentes pelasgas del Sur, en posteriores

fuerzas nórdicas arias, y también en Irán, en África, y hasta en la lejana China.

Tradicionalmente, se refiere como "gigantes" a una raza descendiente de los "hombres primordiales" que, en su misión de restaurar la humanidad a través del reino de su noble linaje, fracasan estrepitosamente a través de una corrupción máxima que provoca el fin del Ciclo del Este, y la consecuente apertura del ciclo crepuscular, y el unánime tema tradicional del "diluvio universal". Lo cierto es que estos temas interrelacionados son menos hebreos que lo que vulgarmente se cree, pues estos "gigantes" como fundadores de dinastías reales que llevan a la humanidad al abismo de su crisis final, están presentes bajo otras formas a los *Nefilim,* en el *Enkidu* de fuentes sumerio babilónicas[133], y también en el *Jentilak* vasco, el *Nosjthej* de los pueblos tehuelches, o en los *Jotuns* y los *Loki* ario-nórdicos[134]. El mito unánime tradicional del "gigante" que pretende restaurar la humanidad y fracasa debido a su orgullo, estupidez, o torpeza, es la misma raíz también del célebre *Prometeo*[135], titán que otorga al hombre precisamente el "fuego", símbolo central de este bélico gran ciclo.

Sea cual fuese el origen histórico-geográfico de esta realidad tradicional (a saber, la existencia de un linaje de gigantes que gobernaron con violencia a los hombres a lo largo de trece milenios), en nuestra precaria situación, sólo podemos limitarnos a estudiar las fuentes del gran ciclo semita, pues en él este tema se encuentra de una manera mucho más explícita de lo que los galvanizados "creyentes" bíblicos acostumbran a interpretar. El linaje "gigante" se presenta en toda fuente tradicional, como un linaje "real", incluso en tiempos postdiluvianos, como muestra el rey *Og de Basan*[136] y el célebre *Goliath de Filistea*[137]. Tanto fuentes

rabínicas ortodoxas, apócrifas, egipcias y etíopes, aseguran que este linaje de "reyes gigantes" aparecieron mucho tiempo atrás antes del "diluvio", y que eran "expertos guerreros"[138] . Estos "primeros gigantes" serán "enviados" (en el ciclo hebreo, claro está, por *Yahvé-Elohim*) para enseñar a la humanidad, "la verdad y la justicia"[139], pero se corrompieron completamente trayendo la desgracia a los seres humanos[140]. La opinión ortodoxa rabínica (sin ninguna divergencia polémica) es que la violencia impuesta por los *Nefilim* se convirtió en una seria amenaza para los seres humanos, ante lo cual el Dios hebreo lanzó una virulenta purga en forma de "diluvio universal"[141].

Sin embargo, dicha purificación catastrófica fue un poquito chapucera, porque después del "diluvio", se encontrarán reyes del mismo linaje, tal y como narra el Libro de los Números, cuando los observadores que *Moisés* envía a Canaán, regresan con la noticia de que "allí aún había gigantes".[142] Por lo tanto, en el gran ciclo semita, nos encontramos con "gigantes" guerreros y reyes, tanto antes como después del cataclismo que abre el ciclo crepuscular donde se fundará el centro de lo que será la fuerza espiritual judeocristiana. Siendo así, y ya que nos apoyamos en sus fuentes para arrojar alguna luz sobre este importante tema, preguntamos a la ortodoxia (o quizás sería más adecuado decir, "ortodoxias"): ¿Quiénes eran estos terribles reyes gigantescos?

No pretenda el lector encontrar una respuesta ortodoxa única a esta pregunta, porque no la encontrará. Dentro de la ortodoxia judaica, así como en la ortodoxia católica, no se ponen de acuerdo en dar una respuesta a esta importante cuestión. De hecho, quizás no haya existido tema más polémico en la elaboración doctrinal rabínica que el origen de los *Nefilim*. Explícitamente, en el Génesis, se dice que los *Nefilim* son los

hijos de los ya referidos *Ben-Elohim*, y las hijas de los hombres.[143] Y ahí comienzan los problemas doctrinales: ¿hijos de los *Ben Elohim*? En una expresión idiomática de la lengua española, se compara un debate estéril con "una discusión sobre el sexo de los ángeles"; y ése fue precisamente el tema de moda de los rabinos judíos post-cristianos y los padres de la Iglesia Católica. Por muchas licencias de traducción y piruetas filológicas que la prevaricación levita se haya permitido, resulta obvio que los *Ben-Elohim* disponen de unos atributos diferentes a los de la humanidad actual, y no sin motivo la interpretación más habitual es identificar a los *Ben-Elohim* con los "hombres primordiales" (tal y como lo hicimos nosotros en el capítulo primero). Sin embargo, identificar a los *Ben-Elohim* como humanos, sonó siempre blasfemo a los padres del catolicismo, que querían recalcar la diferencia abismal entre lo sobrenatural y la criatura humana. Es por ello, por lo que los teólogos de los primeros siglos del cristianismo, tradujeron a los *Ben-Elohim* como "ángeles", y ésa es la opinión de *Eusebio de Cesarea, Clemente de Alejandría, Orígenes, Ireneo de Lyon* (el obispo "anti-gnóstico")… y otros contemporáneos. ¿Qué ocurre entonces? El Génesis y otras fuentes ortodoxas explicitan que la raza *Nefilim* surgió del apareamiento de los *Ben-Elohim* con las mujeres humanas. De ser así, la ortodoxia católica de los autores ya citados se vio forzada a admitir una sexualidad angélica, lo que enfadó mucho tanto a teólogos católicos posteriores, como a rabinos literalistas. *Simón bar-Yojal* llegó a "maldecir" públicamente a todo aquel que viera "ángeles" en los *Ben-Elohim.* Si un rabino se cabreó hasta el punto de maldecir, el lector puede hacerse una idea de que éste no es un tema tan trivial como puede parecer en la actualidad. A partir de esa maldición, la ortodoxia judía es clara al respecto: los *Nefilim* son hombres descendientes de otros hombres, y así lo deja claro, por ejemplo, un *Nagmánides*. En el catolicismo, la cuestión quedó zanjada a través de *San*

Agustín de Hipona, que determinará con su hábil estilo, que los *Nefilim*, no eran sino los descendientes de los "hijos de *Set*", por lo tanto, humanos, muy virtuosos, muy justos, "nietos" directos del *Adán* primordial, pero humanos al fin y al cabo[144]. La teología católica dio un carpetazo en este polémico caso, y después de todo, ¿quién se iba a ocupar de tan enrevesado y absurdo debate? Pensaron: ¿quién se va a interesar por todo esto? Los *Nefilim* suponen ser el eslabón entre lo sobrenatural y el ser humano crepuscular del último ciclo, y sólo siendo así, se comprende que las fuerzas disolventes judeocristianas se hallan tomado tantas molestias en destruir dicho eslabón, quizás para siempre.

Pero si dentro de la tradición hebrea, la paternidad de los *Nefilim* parece no tener solución (¿hijos de "dioses"?, ¿de "ángeles", ¿de "hombres"?, ¿de "jueces?...) su maternidad no merece discusión: las madres de los *Nefilim* son "hijas de los hombres", que diferentes fuentes midráshicas identifican a las promiscuas agricultoras cananeas, adoradoras del Dios-Toro, *El*.[145] Es decir, ¿atractivas mujeres con gran apetito sexual que rinden un extraño culto a la tierra, a la agricultura, y a una potencia masculina bajo el símbolo del "toro"? Incluso las fuentes hebreas lo dejan claro: la madre del linaje real del Este es la estuprada y degradada mujer del Ciclo del Sur.

Y así se presenta la raza gigante real, incluso los *Nefilim* de fuentes rabínicas: como violadores, corruptores y sanguinarios. Uno de los pocos nombres propios que se encuentra como progenitor *Nefilim* es *Shemhazai*[146], que tenía una dieta diaria de varios cientos de caballos, bueyes y toros.[147] Porque los "gigantes" (y no sólo los hebreos, sino todos los gigantes, en una asombrosa unanimidad tradicional) necesitan cantidades ingentes de carne cruda, de animales, y también de otros seres

humanos en ciclos más recientes. Los *Nefilim* comían carne cruda por una viciosa y desbocada gula, a pesar de que el "Dios que los envío" se lo hubiera prohibido expresamente[148]. En este tema, se puede ver la introducción de la dieta carnívora en un ser humano que durante todo el Ciclo del Sur se mostró como eminentemente recolector y agricultor. En el Ciclo del Este, el nuevo paradigma ritualístico del "sacrificio" estará presente, y se dejará ver en el ciclo crepuscular, en prácticamente toda expresión tradicional ulterior, como por ejemplo, en el *Islam,* con la carne permitida (*halal*) de animales debidamente sacrificados por degüello. Todo esto y las fuentes de las que se dispone, nos hablan de que, en sus orígenes, el linaje real guerrero necesitaba comer mucha carne, y su crueldad llegará a mostrarse extrema para alimentar dicha necesidad. Así, se puede leer en el Libro de *Enoch*[149] *,* que la corrupción de los *Nefilim* trajo la desgracia a la humanidad. La paradoja es que *Enoch* fue instruido por los *Nefilim* originales, y posteriormente, él mismo presenció y denunció la corrupción absoluta de los descendientes de los que fueron sus maestros.[150] Sus "instructores" fueron los "reyes enviados", los mismos que arrastraron a los seres humanos hacia el acantilado del fin del ciclo antediluviano. Y esto es lo crucial: estos *Nefilim,* como expresión simbólica tradicional, tienen una correspondencia histórica concreta con el linaje que sería el origen de toda realeza, incluso las del Ciclo del Oeste. ¿Increíble? ¡Así es! Nadie dijo que la verdad tuviera que ser creíble.

Porque el heroico "linaje gigante" estará presente (bien como credencial sanguínea, bien como pretexto fraudulento) en todas las dinastías reales de los tiempos históricos. Incluso quedará algún que otro "gigante" que será rey en tiempos postdiluvianos, tales como *Og de Basan*, *Goliat de Filistea*, o en *Asterio de Anactoria.* Si bien parece que los "gigantes"

históricos ya no parecían tan gigantes, a ningún "rey" del Ciclo del Oeste se le negará su condición de "grande", de "alto", de "largo". La casta real es, ante todo, la casta de los altos. Y así se expresa en la filología de numerosas dinastías reales de todos los tiempos conocidos. Pero ciñéndonos a la expresión tradicional que aquí se ha manejado (es decir, el gran ciclo semita), se encontrarán registros (algunos ya históricos) de pueblos guerreros que se aseguraban descendientes directos del linaje *Nefilim*. Es decir, pueblos guerreros cuyo "rey" decía ser un hijo de los hijos de los hijos de *Elohim* (sea lo que quieran que sea *Elohim:* "Dios" según la traducción veterotestamentaria más habitual, "dioses" según una traducción más rigurosa con el plural, "ángeles" como aseguraba *Ireneo de Lyon* y sus amigos, o simplemente "hombres" como siguió la corriente judía de *Rashi*). En otras palabras, estos reyes serían según esta genealogía vindicada, bisnietos de *Elohim*, y el rasgo principal de ese noble linaje, será siempre, la "altura".

Uno de esos reyes gigantes fue *Anax,* que se correspondería en las fuentes griegas con el rey de los *Anakim,* que también aparecen en fuentes talmúdicas. Parece ser que la raíz *anak*, hace referencia en diferentes lenguas a la altura y a la longitud (algunos, con razón, han querido ver también una referencia al "cuello"). Sea como fuese, los anakitas de fuentes hebreas y griegas eran muy altos, y también lo serán sus homónimos de fuentes sumerio-babilónicas, los *Annunaki*. Los *Annunaki* se presentarán como los "reyes" que fundarán dinastías que los investigadores modernos tendrán que calificar como "míticas". En estos casos, en Babilonia, como en Egipto, en Persia… cuando los historiadores se refieren a alguna dinastía como "mítica", el lector puede tener certeza de que esa dinastía tuvo una correspondencia concreta antes del final del Ciclo del Este, es decir, antes de hace

aproximadamente seis o siete milenios, época en la que precisamente los historiadores fijan los orígenes de lo que ellos consideras las primeras civilizaciones, principalmente Sumeria y Egipto.

¿Qué locura es ésa?, pensarán algunos. No creemos que ésta sea una idea descabellada: el linaje real del Ciclo del Este corresponde a una realidad bien conocida y localizada, expresada en las fuentes sumerias como los reyes *Annunaki*. Algo debió suceder entre los míticos *Annunakis* altos y de apariencia humana que recogen las primeras fuentes cuneiformes sumerias, y los reyes ya históricos sumerio-babilónicos completamente transformados, bajo la apariencia reptil de los reyes crepusculares del Ciclo del Oeste. Sea lo que sea, sucedió lo mismo en Egipto, y también en el Valle del Indo. ¿Qué sucedió? Pues nada más y nada menos que el evento que tradicionalmente se refiere como "diluvio universal". Luego afrontaremos este complejo e importante tema. Pero ahora basta con extraer una tesis sencilla, pero ciertamente difícil de asimilar en los tiempos modernos debido a sus serias y transformadoras implicaciones: la fuerza real y guerrera que da un golpe subversivo al orden jerárquico tradicional, fue un mismo linaje de "gigantes" que a partir de este momento, sumirá a la humanidad en divisiones, guerras y pugnas de poder siempre violentas, siempre sangrientas, siempre indeseables para la causa humana.

Rasgos morfo-simbólicos del Ciclo del Este

Porque muchísimo más interesante y constructivo que elucubrar fantasías alrededor de lo que fue (tarea sin ningún valor y más gratuita de lo que puede parecer a ciertos consumidores editoriales), será mostrar los

rasgos morfo-simbólicos de la fuerza civilizadora del Ciclo del Este, apoyándose como no podría ser de otra manera, en datos tradicionales unánimes. Porque el Ciclo del Este no es sino la Edad de Bronce de *Hesiodo*, y bien en sabido que en ocasiones, a las "cuatro edades del hombre" clásicas, se le añadía la "Edad Heroica", entre la tercera y la cuarta. El "bronce" es un metal que, en su brillo, emula al "oro", y la tradición heroica toda ella no será sino un intento de restaurar la tradición primordial, por lo demás, de forma desesperada, y finalmente dirigida al fracaso. El linaje guerrero se alza como un "restaurador" del *satya-yuga*, y una de las mayores dificultades para el iniciado, será discernir entre rasgos primordiales originales, y rasgos imitativos, mucho más recientes y devaluados de lo que parece. Porque las dinastías solares se apoyarán en el símbolo primordial, el "sol", pero con matices que el iniciado conviene conocer. En el primer capítulo, se vio que el símbolo astral de la tradición primordial era la luminaria inmóvil, siendo la "estrella polar" la idónea por su carácter de estabilidad e inmutabilidad. Ése símbolo astral también podría ser el "sol", siempre y cuando se trate de un "sol inmóvil", símbolo que no se duda pudo tener algún tipo de correspondencia física en el Ciclo del Norte. La ruptura de la tradición primordial, conlleva una mutabilidad solar (un devenir, una muerte del sol), tal y como ya se indicó en la morfología del Ciclo del Sur. En el tercer ciclo, ese "sol", como símbolo, será, ante todo, un "sol naciente", un "alba", un "amanecer", como fuerza caliente que irrumpe desde Oriente para acabar con la larga tiniebla lunar de la noche. Y es que las dinastías reales guerreras que abren el Ciclo del Este, se autotitularán "solares"; lo que es cierto, con la puntualización de que existen diferentes "soles" simbólicos, y que el "sol inmóvil" primordial no es el "sol-toro" que ya hemos visto en el Ciclo del Sur, no es el "sol naciente"

(o "sol-niño") del Ciclo del Este, y por supuesto, tampoco será el "sol negro" del Ciclo del Oeste o *kali-yuga*.

Esa fuerza ígnea que irrumpe súbitamente, estará también simbolizada por el "rayo", y ése será el atributo del dios central de las civilizaciones del Ciclo del Este. El "rayo" es el denominador común de los atributos de los dioses guerreros centrales de Persia, India, Grecia, y las corrientes ario-nórdicas que tomarán la antorcha guerrera en ciclos posteriores. Y es que la "antorcha", será la imagen del "rayo" en la tierra, o en otra palabras, del "fuego" que, de manos del rayo celeste, el hombre recibirá para instaurar un orden a imagen del arquetipo masculino-celestial. Sin duda, exponer las diferentes tradiciones sobre el "fuego" divino entregado a los hombres, sería una tarea que requiere una monografía. (Aprovechamos desde aquí para animar a algunos autores que -nos consta- leen nuestras obras, a que osen lanzarse a la elaboración de obras que nadie ha escrito, y que -nos consta también- ellos serían capaces de realizar con brillantez) No podemos extendernos demasiado en este tema: ya se ha citado y se conoce al *Prometeo* grecolatino, también al *Mithra* iranio, y también merecería decir aquí unas cuantas cosas sobre el *Quetzalcoatl* azteca. Sin embargo, si hay que apoyarse en un mito del fuego arquetípico, potente, íntegro, bien conservado, y mejor expresado, ése sería -a nuestro parecer- el *Agni* indoario. *(fig. 28)*



(fig. 28)

El "fuego" es, por excelencia, el centro simbólico elemental de la nueva fuerza del Este, y estará expuesto al detalle en el *Agni* védico. Lo cierto es que los *vedas* (especialmente, el *Rg*) dedica más himnos a *Agni* que a cualquier otra deidad. Él es el "mediador"[151] entre los hombres y los principios celestes referidos como los *devas*. Él es el "presidente" de todo acto ritual propio del Este[152], lo que se verá más tarde en este libro como la ritualística sacrificial. *Agni* es, como "enviado", "hijo mayor del Ser Inmenso, la Persona Cósmica (*virat-purusha*)[153]". Como todo principio metafísico expresado en los vedas[154], *Agni* tiene dos naturalezas (*dvarupa*), una es simbolizada por el "rayo" bajo el nombre de *Indra,* la otra como "sol" bajo el nombre de *Surya.* Su aspecto epifánico es "rojo", con "ropas doradas", monta un cabrón (*chagaratha*), y en sus manos, entre otros objetos, porta un hacha de guerrero.[155] Este "fuego" tiene una

importancia crucial en todo ritual védico (*yajña*), incluso en el ritual fúnebre védico, interpretado éste a su vez, como un sacrificio más regido por el "fuego" bajo su forma de *kravyada-agni*. *Agni* gobierna la esfera intermedia, y en lo sutil del ser humano, reside en una "ciudad resplandeciente" (*manipura*), localizada en lo que la anatomía profana sería el plexo solar. Lo significativo de *Agni* en el enorme corpus védico, es que éste siempre está presente en los diversos cultos, en todo sacrificio, en todo himno. Aunque un rito se dirija a *Surya, Indra, Vayu, Brahman, Rudra*… o cualquiera de los *devas* del masculino panteón rgvédico, el "fuego" está necesariamente presente. Este dato significativo del *Agni* védico, lo comparte toda fuerza civilizadora con vestigios del Ciclo del Este, como Persia, Grecia, Roma, o incluso en el ulterior y desesperado intento de restauración imperial de la romanidad católica, en el *Sacrum Romanum Imperium*. En toda civilización con este bronceado carácter bélico, el "fuego" tendrá un lugar central no sólo en su morfología, sino también en la ritualística que más tarde veremos.

Porque ese "fuego" será el medio a través del cual se desarrollará el ideal guerrero propio del ciclo, y será el "fuego" también, la potencia que forjará las armas simbólicas del linaje real.

El arma simbólica de esa guerra primordial (primordial del ciclo que le es propio, es decir, el del Este) es el "hacha", y éste aparecerá no sólo en vestigios tradicionales del arte de civilizaciones orientales, sino también en restos de su tiempo legítimo. Así, algunos de nuestros queridos arqueólogos han hablado de unos supuestos "pueblos del hacha", que no serían sino los pueblos guerreros primordiales que guardan dentro de sí el paradigma gigante. Este "hacha" acostumbrará a ser "doble" en Sumeria, Babilonia, Persia, e India, y ese carácter doble del "hacha"

esconde uno de los contenidos iniciáticos principales sobre la ambivalencia que, a partir de aquel momento, confundirá la vida de los seres humanos. El "hacha doble" se convertirá posteriormente en "espada" de doble filo, que lo sustituirá simbólica y ritualmente en los desarrollos postreros de la fuerza guerrera como *Imperium*. Si la "espada" sobrevive en las expresiones tradicionales crepusculares, es como una imagen siempre unida al poder político temporal, y más concretamente al arquetipo de "justicia", tal y como se puede ver en múltiples ejemplos de la cristiandad medieval, como el arcano octavo del tarot marsellés. *(fig. 29)*



(fig. 29)

Ya hemos citado aquí que el simbolismo animal que comenzará con el Ciclo del Sur y su "cabeza de ganado" regente (toro, caballo…), se desarrollará en la Edad del Bronce con animales salvajes de carácter solar. Se destacó al "león", presente en toda fuerza heroica, pero también

aparecerán otros, como el "jabalí" en las corrientes célticas, el "cabrón" en prácticamente todo el mediterráneo, el "puma" en las civilizaciones americanas… Muchos de estos animales simbólicos del Este, aparecerán en múltiples ocasiones, como albinos, blancos, remarcando su carácter solar y masculino que subyuga a fuerzas telúricas que siempre aparecerán referidas en su etimología como "oscuras", "pardas", o "negras". Toda esta luminosidad se repliega ante el símbolo del "bronce", que aludirá también al "rojo", y así es como se mostrarán algunas razas guerreras de origen gigante, así como ciertas epifanías centrales de esta fuerza, como el *Agni* védico, el *Mithra* iranio, o el mismo *Prometeo*, titán de "raza roja". Del color del bronce será este ciclo ya muy alejado del primordial, que pretenderá imitar el brillo dorado de la Edad de Oro, sin éxito, manifestando sólo una gloria bronceada, terciaria, relegada. Ésa resulta ser en definitiva, la morfología del Ciclo del Este, esquematizada con ciertos símbolos compartidos por toda expresión tradicional, y resumida con el siguiente cuadro.

Tabla 8.- Rasgos unánimes morfo-simbólicos del Ciclo del Este

Imagen simbólica	*Rasgo morfológico*
Sol naciente	Restauración
Rayo / Fuego	Masculinidad, aspecto ígneo
Hacha	Paradigma guerrero
Bronce	Carácter rojizo de la luz
	Devaluación del oro
	Gloria imitativa de la primordial

El hombre del Ciclo del Este y el "Dios del Rayo"

En el dominio simbólico, se ha visto que la transición entre el Ciclo del Sur y el Ciclo del Este supone una reivindicación de la virilidad, del carácter aguerrido, del ideal heroico. No hay duda que este giro simbólico conllevó un cambio de paradigma histórico, marcado por lo masculino y lo celeste. El ser humano del Ciclo del Este es, ante todo, un hombre, un varón, un macho. Si el principio metafísico primordial disolvió su androginia a favor del principio femenino del Ciclo del Sur, ahora será el turno de lo masculino. Ya se vio la ambivalencia de la Gran Diosa del Sur, y esa dualidad también será compartida por la deidad masculina y guerrera del "rayo", del "hacha", del "fuego", aunque de maneras diferentes. El valor del hombre del ciclo también tendrá un carácter doble. En primer lugar, la restauración heroica mostrará su virilidad, su honor, su lealtad, su vigor, su entusiasmo, su seguridad, su furia, su gloria; finalmente, en la disolución de su tiempo, se verá el aspecto negativo de la fuerza del Este, a saber, la cerrazón, la violencia, la crueldad, la injusticia, y en definitiva, el crimen.

Frente al "hombre del Este" estamos, por tanto, ante un símbolo metafísico, si no primordial, sí subordinado directamente a lo primordial: el principio masculino puro. Una virilidad reivindicada por pueblos del norte que se presentarán como descendientes de los "hombres primordiales" de la Edad de Oro. Éste es el contenido del tema mítico de la llamada "raza aria". Lo cierto es que existe tanta confusión y tan generalizada alrededor de estos dos términos ("raza" y "aria"), que preferimos no pretender desentrañar aquí semejante maraña de despropósitos divulgados. Basta con decir que la "raza", en su sentido

tradicional y eminente, no es nada relacionado con la raza de la biología o antropología moderna, y por lo tanto, nada relacionado con los paradigmas evolucionista, eugenésico y transhumanista de los siglos XIX, XX, y XXI respectivamente. Tampoco con las "teorías racistas" que todos los europeos (es importante recalcar esto: todos los europeos) han elucubrado como pretexto de instauración de políticas con trasfondo muy distinto a lo humano. Poco más diremos de esta conflictiva palabra, "raza".

Y sobre lo "ario", aún más claro y conciso. *Arya* no es nada más que una voz sánscrita con un significado mucho más concreto y limitado que el que los modernos han querido darle. Como adjetivo, en el sentido rgvédico, *arya* puede traducirse como "honorable", también quizás como "puro", y de forma más simbólica que literal, como "blanco". Lo cierto es que nunca existió una "raza aria" al modo que los modernos entendieron durante todo el siglo XX. El mismo artificio de hablar de una "pureza aria" ya muestra una estúpida redundancia que delata el absurdo "racista" de los modernos. Quizás la locura europea jamás comprenda que la *varna* tradicional no significa raza biológica; ni el *arya* sánscrito quiere decir "piel blanca". Si se quiere encontrar, con estricto rigor, a un "hombre ario", tenemos que buscar al *Aryaman* de las fuentes védicas, que como es sabido, simboliza el principio del honor, del patrimonio, y de la familia[156]. Él es el dios védico que protege la herencia familiar y vela por un nivel de vida decente[157]. Comprenda el lector así, que si *Aryaman* es el principio del honor, la dignidad, y la decencia, no resulta una exageración decir que, en los tiempos modernos, nadie es "ario", independientemente del color de su piel.

Pero quedémonos con las fuentes védicas y con la lengua sagrada sánscrita, porque el arquetipo de la virilidad del Ciclo del Este tendrá una expresión integralmente conservada en el ciclo védico y sus *devas* masculinos, guerreros y aristocráticos. Los nobles dioses védicos son todos ellos, una expresión escrita arquetípica de las divinidades masculinas que estarán presentes en los subciclos históricos recientes que conservan vestigios de la Luz del Este, como por ejemplo, la Grecia de *Zeus* o la Roma de *Júpiter*. Por lo tanto, se tiene en los vedas un valiosísimo testimonio de la epifanía central del Ciclo del Este, que podríamos definir como "Dios del Rayo", y que en los vedas primeros, aparece expresado por todo su panteón regente sacrificial, y muy especialmente, bajo el aspecto arquetípico del *Indra* del Rgveda.

Indra es –-junto a *Agni* y a *Surya*- la deidad predilecta de los himnos rgvédicos, y representa al principio ígneo bajo su aspecto de "rayo". Es, ante todo, un "dios celeste". Compañero de *Vayu*, el "aire", rige la esfera del cielo y del espacio (en sánscrito, *akasha*) Su epifanía muestra ejemplarmente la morfología del Ciclo del Este ya vista: *Indra* es "altísimo", "aleonado", y porta los atributos del paradigma guerrero, en la mano derecha lleva un "rayo", y en la izquierda un "arco"[158]. No sólo eso, la situación de *Indra* en el templo védico es el "este", y es llamado en numerosas fuentes védicas, el "Rey del Este".[159]

En su trayectoria mítica aparecen los típicos temas de restauración a través de la guerra, de levantamiento contra el orden sacerdotal, y de subyugación de todo rastro de ginecocracia. Por ejemplo, hay que destacar que un importante pasaje puránico, es en que *Indra* asesina a *Vrtra,* sacerdote brahman[160], y este crimen siempre acompañará a *Indra* hasta el punto de sufrir terribles remordimientos que lo turbarán y lo

perseguirán durante toda su vida. Porque -esto es importante- *Indra* (Como *Zeus*, como *Odín/Wotan*, como otros equivalentes) es un dios engendrado. Como "hijo celeste" siempre se mostrará joven, intrépido, heroico; y no en pocas ocasiones, un tanto pendenciero, vicioso y promiscuo.[161] Sus enemigos son seres telúricos, terrestres, oscuros, vinculados siempre al simbolismo femenino.[162] Uno de sus enemigos mortales será *Namuci*, un genio que controla el flujo de las aguas. Este carácter anti-terrestre, anti-acuático, anti-femenino, se ilustra a la perfección con la forma con la que esposa a su mujer, *Indrani.* Para casarse con su mujer, *Indra* secuestra y viola a la hija del sacerdote telúrico *Puloman,* al que previamente asesina[163]. Esta tendencia al crimen, siempre descargada sobre fuerzas sacerdotales, elementos femeninos, y símbolos terrestres, impregna todo el Ciclo del Este para dejarse ver en todo ciclo posterior imperial; en los babilonios, en los asirios, en los aqueos, en los macedonios, e incluso en los romanos. De hecho, *Estrabón* el griego, registra en sus crónicas que los indios adoraban a *Júpiter Plunius.* Por supuesto, este *Júpiter* indio que vio *Estrabón,* no era otro que *Indra;* y ambos (*Júpiter* e *Indra*), son nombres diferentes para un mismo principio metafísico, a saber, la Luz del Este, que de forma rigurosa puede simbolizarse con el unánime tema tradicional del "Dios del Rayo".

Porque si *Indra e*s una expresión pura del "Dios del Rayo" (al menos, lo más pura que nos es posible encontrar), el simbolismo del Este estará presente de forma mestiza, confusa y mezclada, en los dioses únicos de las grandes religiones monoteístas del ciclo crepuscular. Es sabido que al *Yavhé* bíblico le gustaba manifestarse a través de rayos, lenguas de fuego, y matorrales en llamas, todas ellas figuras simbólicas ígneo-celestes, todas ellas características de la fuerza del Este. Aun con la mezcla y la degeneración propias de su ciclo, estas expresiones tradicionales son

legítimas, válidas, y siempre respetables, y nunca se nos escuchará decir otra cosa. Es más, la última expresión tradicional de la actual manifestación humana -el *Islam*-, guarda dignos y lustrosos vestigios de la Luz del Este, en su tendencia a la acción, al arrojo y al honor. Existe una palabra hermosa que encierra este contenido, *yihad*, y que actualmente está siendo usada, violada e invertida para la causa moderna, incluso por individuos que exaltan decir ser musulmanes. Por supuesto que este libro no es el medio para abordar tan complejo término doctrinal (ni nuestra competencia suficiente para intentarlo), sólo basta con decir que *yihad* en su sentido eminente y tradicional, nada tiene que ver con el término periodístico moderno *"yihad"*, que utilizan sin medida, tanto profesionales mediáticos como políticos, y tanto controlados y desalmados terroristas, como los también controlados ciudadanos aterrorizados. No sólo la *yihad* verdadera no es la que aparece en el *massmedia* moderno, sino que el *Islam* verdadero tampoco es el que aparece en esos medios. De hecho, a estas alturas de la historia, se puede asegurar que nada que aparece en el *massmedia*, es verdadero.

Pero no cometamos el error de desviarnos al intentar explicar absurdos contemporáneos inexplicables. Además de los vestigios heroicos del gran ciclo semita, existe otra fuente de temas epifánicos del Ciclo del Este, fragmentada (es cierto), pero reveladora al coincidir con todo el simbolismo que aquí se ha expuesto. Esta tradición es la que comúnmente se llama "nórdica", y a falta de otra palabra que encierre con más rigor su radio efectivo, así será llamada también por nos. Decimos que las fuentes nórdicas se encuentran fragmentadas porque, al igual que ocurrió con el druidismo, la transmisión fue tradicionalmente oral, y los restos exotéricos que se han conservado, fueron registrados por eruditos cristianos, mucho más recientes de lo que parece, y con un

inevitable carácter sincrético. Y es que lo que se suele llamar "mitología nórdica", supone ser en verdad, la mitología islandesa compilada por la figura de *Snorri Sturluson*, y siglos después identificada a fragmentos ciertamente coincidentes en Alemania, Noruega, Dinamarca, y Suecia – como la piedra de *Rök* (*fig. 30*)-. En este proceso, hay que decir que la Islandia de *Sturluson*[164] llevaba ya varios siglos cristianizada, y los países nórdicos que posteriormente hicieron suyo todo este legado, lo estaban bastante tiempo más.



(fig. 30)

Aún con todo, esta fuente conserva un vigor legítimo del Ciclo del Este, como los vedas o las fuentes aqueas. La epifanía central de la asamblea de los *Ases* (equivalente a los dioses olímpicos, a los *devas* indoarios) es *Wotan/Odín*, deidad portadora del "rayo", y muy parecida al *Indra* védico ya visto. Seguidamente, se encuentra *Thor* , principio heroico exterminador, que porta un martillo doble (*mjölnir*), con evidente equivalente simbólico con el "hacha doble" de la guerra de los gigantes. Porque si los *Ases* no son propiamente "gigantes", sí que son "descendientes de gigantes" (los *Jotuns*), y *Ases* y *Jotuns* llegan a hacer

matrimonios entre ellos, hasta el punto de que es difícil discernir en muchas ocasiones, quiénes son los *Ases* y quiénes son los *Jotuns.* De nuevo, nos encontramos en la tradición nórdica a "héroes" engendrados por un "dios" y una mujer, como por ejemplo, en el celebérrimo *Sigmund,* que portará la "sangre" de los *Wölsunger,* linaje que se perpetuará en el periplo nórdico como la "sangre real". Vemos de nuevo la misma estructura simbólica: dioses heroicos engendrados, razas gigantes, y una importancia de la "sangre" como credencial de nobleza. Incluso se verán asombrosos paralelismos simbólicos con los aspectos del gran ciclo hebreo que ya hemos visto. Por ejemplo, al igual que algunos *Nefilim*, los *Jotuns* nórdicos también serán "bellos" (como muestra *Gerör*), y su raza será la responsable de las fuerzas de destrucción del final del ciclo, con la llegada del "diluvio universal" en la Biblia, y de *Surt* y *Hrymr*, según las fuentes nórdicas[165].

La tradición nórdica (al igual que los *devas* rgvédicos, también el Olimpo griego) exalta a una guerra del dominio metafísico, en la cual participan divinidades masculinas, aguerridas, honorables, valientes, y ciertamente terribles. Las divinidades femeninas tienen un papel secundario como consortes, y es fácil ver en ellas adaptaciones de antiguas epifanías femeninas de tipo sacerdotal del Ciclo del Sur. Así, *Eir* es el principio femenino de la sanación, *Frigg* representa el don de visión profética, o *Sjöfn* es la siempre presente "diosa del amor". Mención especial merecen las *valquirias,* hijas vírgenes de *Odín*, furiosas guerreras del tipo amazónico ya visto, que tienen la misión de llevar a los héroes caídos al paradisíaco *Valhalla.* Resulta significativo observar que este mismo elemento femenino al servicio de la protección y el descanso del guerrero, no sólo está en la Europa nórdica, sino que estará allí donde haya una corriente

civilizadora que sacraliza la guerra, como en las *fravartis* persas, y ciertamente las *huríes* musulmanas[166].

Ritualística del Ciclo del Este: el sacrificio

El advenimiento del paradigma guerrero transforma la percepción del ser humano sobre el universo, sobre sí mismo, y también sobre lo sobrenatural. Recuérdese que durante el largo Ciclo del Sur, el contacto de lo sobrenatural se llevaba a cabo a través de una unión ritual de los dos principios metafísicos, es decir, a través de la hierogamia. La desaparición simbólica y física del centro espiritual atlántico, y la irrupción de la nueva imperiosa fuerza que obligaba al ser humano a guerrear, modificaron el rito que actualizaba la relación del hombre con una autoridad espiritual cada vez más alejada. Si en el Ciclo del Sur, el rito era una "unión" de principios; en el Ciclo del Este, el rito se convirtió en la depravación de un principio por el otro. El mundo parecía de esta forma, un inmenso ritual de sacrificio en donde los seres desempeñaban los dos roles: ser el devorador y ser lo devorado. La totalidad dejaba así de disociarse (macho y hembra; *purusha* y *prakrti*) para recrear la gozosa unión hierogámica, y se transformaba -a la fuerza- en un dualismo basado en los dos elementos sacrificiales, el devorador y lo devorado, o en términos simbólicos, el "fuego" y la "oblación".

Y es que el "fuego" no sólo es el rasgo morfológico arquetípico del Ciclo del Este, no sólo es la epifanía central de esa edad (como ya se vio con el *Agni* védico), sino que el "fuego" es el elemento ritual capital de la nueva comunicación entre los hombres y lo divino. El dominio del fuego no conlleva primeramente las aplicaciones metálicas, sino que éstas están

subordinadas al verdadero don adquirido con la conquista ígnea: "una nueva comunicación con los dioses"[167] . Ésa es la nueva relación del hombre con lo sobrenatural: el sacrificio ritual. Esta relación ritual estará paradigmáticamente expresada en los himnos sacrificiales rgvédicos[168] de los pueblos indoarios.

En toda expresión tradicional bajo la Luz del Este (y sin duda en los vedas de la forma más clara que se puede encontrar actualmente), aparece de manera insistente, el concepto de sacrificio ritual. El ritual siempre expresa una emulación del proceso cosmológico, y si la ritualística varía en una era u otra, se debe a que el paradigma cosmológico también cambia. Para el hombre del Este, "todo el cosmos no es sino el devorador y lo devorado"[169]; y sólo entendiéndolo así, se comprende qué valor tenía el sacrificio ritual para el hombre de la Edad de Bronce. Por ejemplo, en el capítulo dedicado al Ciclo del Sur, se comprobó que toda hierogamia tenía como elemento universal, el "deseo", el "amor", o si se prefiere, una "atracción". Sin embargo, en el Ciclo del Este, el móvil cosmológico es la necesidad de depredación. El universo deja de ser un acto de unión, para convertirse en un proceso de inmolación, repetido hasta la saciedad, evocado cada día cósmico, actualizado periódicamente a través del ritual. Porque para el hombre del Este, "todo este universo, consciente o inconsciente, está hecho de fuego y oblación."[170] Este dualismo ("fuego" y "oblación") será la fórmula de la ritualística de este ciclo, a saber, el sacrificio.

En este ritual sacrificial, estos dos principios se complementan en una perfecta simbiosis: todo ser vivo es "fuego" y "oblación" al mismo tiempo; "fuego" porque para vivir necesita devorar; y "oblación" porque él mismo será devorado. Ni los hombres ni incluso los *devas* están

eximidos de esta máxima. Ésa es la ley que se repite incansablemente en las fuentes védicas.[171] En esta polaridad sacrificial, el "fuego" se expande, mientras la "oblación" se contrae, y esta dinámica ritual sería equivalente a los dos ritmos de la cosmología de toda expresión tradicional, de toda época: *yin* y *yang* en China, *shiva* y *shakti* en el tantrismo, *solve et coagula* en la alquimia medieval, "flujo" y "reflujo" en la tassawuf islámica, etc. En el "fuego-oblación" del ritual védico encontramos la expresión del Ciclo del Este, compartida por toda corriente indoeuropea de civilización, obsesionada siempre con el sacrificio.

Gracias a la monumental integridad de las fuentes védicas, conocemos bastantes detalles del sacrificio ritual védico. El primer veda, el Rgveda, está todo ello dedicado a himnos sacrificiales. El sacrificio (en sánscrito, *yajña*) es el elemento central del ritual brahmánico, y por los textos sagrados (pero también por registros históricos), se sabe que el *yajña* era de una fuerza, elaboración y complejidad, que al contemporáneo le costará asimilar, mucho menos creer. Se sabe que en ciertos sacrificios védicos se inmolaban los recursos de grandes reinos, algunos sacrificios duraban varios años, y en ellos participaban miles de brahmanes, en una complejidad ritual incomprensible para todos nosotros. El poder del ritual sacrificial se exalta en diferentes himnos como "ilimitado", y la negligencia en su ejecución podía acarrear sequías, terremotos, inundaciones, y cataclismos de todo tipo. En la Mundaka Upanisad se advierte que un error en un sacrificio ritual puede "destruir los siete mundos".[172] Ante semejantes peligros, un colectivo de iniciados profesionales del sacrificio (los brahmanes), velaban por la correcta ejecución del ritual.

¿Pero qué se sacrificaba en el ritual védico? La "oblación" era referida en los textos védicos como "*Soma*"[173]. Mucho se ha especulado recientemente sobre *Soma,* y de manera vil y tendenciosa. Algunos modernos han querido ver en el *Soma* védico, un antecedente (y una justificación sacra) de las drogas profanísimas que ellos mismos acostumbran a consumir. No está de más delatar la ignominia y el ridículo de estas gentes, que quieren encontrar identificaciones entre sus miserias modernas y el mundo tradicional que desconocen por completo. Existe un abismo entre el brahmanismo tradicional (incluso el más degenerado y ulterior), y los consumidores de drogas modernos, de la misma manera que existe un abismo entre el *Soma* védico y lo que quisieron ver en él drogadictos, químicos europeos, e infames biólogos con pretensiones literarias. El *Soma* védico es, ante todo, el principio oblativo del ritual sacrificial védico. Pocos modernos saben que, como el fuego (*Agni*), el *Soma* es también una deidad cuya epifanía muestra datos de sumo interés. Obsérvese este simbolismo: *Soma* es "hijo del cielo", otorgado a los hombres "a través del rayo", y custodiado en un "castillo de bronce". Estos pocos datos son muchísimo más valiosos y reveladores que los estúpidos usos modernos que se han hecho de la palabra *Soma.* Es cierto que como elemento ritual concreto, el *Soma* se manifestaba en ocasiones a través de una bebida embriagante libada a partir de una planta de la que mucho y sin base se ha especulado recientemente. Por nuestra parte, tenemos motivos para pensar que la planta conocida en la botánica moderna como *sarcostemma viminale*, fue utilizada en los rituales védicos más antiguos. No obstante, esto no deja de ser una opinión, completamente desdeñable como todas ellas. Lo cierto es que también hay datos que indican que recientemente se usó una bebida a base de cáñamo índico. Sin embargo, todo esto debe valorarse como circunstancial e irrelevante, pues a muchos orientalistas

les sorprendería comprobar que el *Soma* ritual fue en muchas ocasiones, el "semen", y no sólo de manera simbólica, sino concreta y literalmente. Sea como fuese, el *Soma* es lo que se sacrifica, la oblación; y se sabe que en rituales védicos ortodoxos se ha utilizado como *Soma* elementos tan variados como trigo, flores, arroz, aceite, fruta, cabrones, vino, manteca, toros, quesos, antílopes, panes, y hasta caballos. El célebre "sacrificio del caballo" era un ritual tan complejo y grandioso, que la última vez que se llevó a cabo fue en el siglo XI de la era cristiana (y dudamos con base que pueda realizarse otra vez dentro de la historia moderna de India). También es importante tener en cuenta que existieron sacrificios védicos en los que las oblaciones eran seres humanos, y aunque las leyes modernas han prohibido este tipo de rituales, lo cierto es que aún hoy se siguen practicando estos rituales en ciertos contextos iniciáticos, en los que intervienen elementos más recientes y aún menos comprensibles. No finja sorpresa el lector, pues el sacrificio humano ha estado presente no sólo en la India védica, como en corrientes heterodoxas vinculadas al tantrismo, y también en todo el Mediterráneo (y con "todo", decimos en cada rincón y en todas las épocas), así como en civilizaciones distantes y aparentemente inconexas de África, de América toda ella (desde los aztecas, hasta los mayas, y posiblemente también los incas), y también en la Oceanía más aborigen.

Además, si hablamos de una fuerza civilizadora que exalta el ideal guerrero: ¿qué es la "guerra" para este paradigma, sino un inmenso ritual de sacrificio humano? Costará encontrar, incluso actualmente, a un solo ser humano que le guste vivir una guerra. Y sin embargo, el ser humano las vive (muchas; innumerables), no tanto como artífice, sino como elemento pasivo, como víctima, o en otras palabras, como "oblación" de

unas fuerzas que en los tiempos modernos no se conocen, ni se tiene interés alguno en conocer.

A los ojos de la Luz del Este y de todas las tradiciones cuyas expresiones se apoyan en ella, "toda la vida entera no es sino un inmenso ritual de sacrificio".[174] Este cambio de concepción ritualístico (de la hierogamia al sacrificio), marca también un giro en la misma concepción de la manifestación humana. Aun de origen lejano en el tiempo (a nuestros ojos), la ritualística sacrificial abre las puertas a la decadencia de la humanidad, a través de la llamada "magia negra" (adjudicada tradicionalmente a los titanes, gigantes, *Jotuns*… es decir, a la misma raza del Este). A partir de ese instante, comienza la pendiente, y ésta se acusará en el Ciclo del Oeste y su ritualística teófaga. Esa acusada pendiente derivará acantilado en los tiempos modernos; y finalmente, abismo, en este futuro inmediato.

El fin del Ciclo del Este y el tema unánime del "diluvio universal"

Cuando vimos el fin del Ciclo del Norte, aseguramos (hasta donde se puede asegurar en una materia como ésta), que hubo un gran cataclismo (o serie de cataclismos) que cerraron el primer gran ciclo de la manifestación humana. No tuvimos inconveniente en reconocer la imposibilidad para determinar qué cataclismos concretos sufrió el planeta, pero, fuese lo que fuese, tuvo un efecto en su armonía orbital, y particularmente, en el grado de inclinación de la Tierra.

También se dijo que, en las memorias y revelaciones tradicionales, existe una confusión generalizada entre los diversos y numerosísimos

cataclismos que ha sufrido la humanidad. Así, es difícil discernir qué crónica se refiere al gran cataclismo que abre el Ciclo del Sur, y cuál se refiere a otro tipo de cataclismo, menor en dimensiones planetarias, y que abrirá el ciclo crepuscular o *kali-yuga*. Este último cataclismo sería el que cierra el Ciclo del Este, y de él, quizás por su relativa cercanía en el tiempo, se tienen datos más detallados.

Por ejemplo, existe una asombrosa unanimidad por parte de todas las fuentes tradicionales, a la hora de hablar de un "diluvio" que abre la era en la que la expresión civilizadora particular se encuentra. Poco importa en India, en Asia menor, en el Mediterráneo, o incluso en la América de mapuches, mayas, aztecas, incas, uros o alacalufes, pues la barrera entre este tiempo y el anterior, la levanta un devastador aguacero. En todas las fuentes, esta "lluvia" siempre es enviada por un ser divino que quiere acabar con la humanidad (o parte de la humanidad: los *Nefilim*, los Titanes, "gigantes" en definitiva), y en esta situación, un "hombre" es informado providencialmente, y salva las semillas que harán posible la vida en el ciclo postdiluviano. En los vedas, el lector puede indagar en una interesantísima interpretación del tema del "diluvio", a través de la figura de *Matsya-avatara* (por ejemplo, citamos aquí el Matsya-purana y el Varaha-purana). La expresión tradicional del diluvio védico, de *Satyavrata* y *Matysa-avatara*, merecen una obra monográfica, y sólo podemos invitar al lector desde aquí, a un estudio detallado del tema, que en esta obra nuestra no se va a poder hacer.

Porque para centrarnos en una misma expresión tradicional y en una delimitación geográfica clave en el ciclo que se va a abrir, preferimos remitirnos al gran ciclo semita y a las fuentes mediterráneas para explicar este "diluvio". Porque si expusimos a los *Nefilim* como modelo de

"gigante" del Este (equiparable a los titanes griegos y a los *jotuns* nórdicos), será precisamente el abuso de poder de esta "raza", la que provoca el último gran cataclismo, según el Libro de *Enoch* y numerosísimas fuentes de origen sumerio-semita. En el levante, en el Mediterráneo, también en toda Europa, aparece la situación de depravación máxima por parte del ser humano, y el correspondiente "diluvio" purgativo (y en cierta medida también, punitivo) que transforma esa situación. El capítulo séptimo del Génesis es la fuente más conocida de este tema, aunque ni mucho menos la más directa, porque por sus paralelismos con la historia sumeria de *Utanapistim* y la acadia de *Atrahasis*, se tiene certeza de que este relato es más antiguo que la tradición yavista que registró el "diluvio de *Noé*". Este tema se puede rastrear en diferentes tradiciones mediterráneas, como la griega de *Prometeo* y *Deucalión,* y su relativa cercanía en el tiempo, permite afinar en ciertos detalles, por otro lado irrelevantes para comprender la dimensión trascendental del "diluvio universal", a saber, el cierre del Ciclo del Este, y el advenimiento del ciclo crepuscular que abrirá las grandes civilizaciones levantino-mediterráneas, Egipto y Sumeria, principalmente.

Algunos de esos detalles: el evento que tradicionalmente se refiere como "diluvio universal", no fue una típica lluvia más o menos prolongada. No sólo porque en numerosas fuentes se explicite que "no fue una lluvia común", sino porque las propias fuentes semitas y grecolatinas hablan de "muros de agua" y "nubes del inframundo". La lluvia diluviana viene asociada simbólicamente al "viento", a las "olas", al movimiento horizontal. Si tenemos que asociar el diluvio a un fenómeno natural conocido, vemos más los efectos de un maremoto, que los de una lluvia fuerte. Y así pensamos que fue: un furioso maremoto golpeó lo que hoy en día es el Mediterráneo, hace aproximadamente seis mil años. Las

consecuencias devastadoras de ese cataclismo configuran la costa mediterránea tal y como hoy se conoce, y podemos comprobar por Atlit Yam y otros emplazamientos, que su poder destructivo fue inmenso. El epicentro del maremoto pudo situarse en cualquier punto del Mediterráneo. Algunos respetados investigadores han señalado con fundamento el papel que el volcán Etna pudo tener en este "diluvio", y aunque la hipótesis no nos parece ni mucho menos inverosímil, preferimos plantear este dato como una mera hipótesis. Porque bien de origen volcánico u otro, bien con un único epicentro o con múltiples temblores dispersos, el hecho incontestable y crucial es que un terrible cataclismo arrasó el Mediterráneo hace algo más de seis milenios, de tal forma que semejante destrucción cerró la era que expresa el Génesis hebreo, el Libro de *Enoch* etiope, el Poema de *Gilgamesh* babilónico, y otros textos.

Unánimemente en todas las fuentes, aparece un "hombre" que es informado de la purga diluviana, y que será la semilla del hombre crepuscular, tal y como se le conoce hoy en día al ser humano. Algunos de esos "hombres" fueron el *Noé* hebreo, *Utanapistim* mesopotámico, *Ziusudra* acadio, *Svayambhuva* ario, *Deucalión* griego, *Manco Capac* inca, etc Estas individualidades -claro está- no se corresponden históricamente con ningún individuo, sino que simbolizan a principios civilizadores del Ciclo del Oeste, del ciclo final. Y ése es el evento: El Ciclo del Este degenera en la corrupción del linaje real "gigante", y, por ello, el "diluvio universal" barre con furia toda manifestación humana. ¿Toda? No. Se abrirá un nuevo y último ciclo –el del Oeste, la Edad de Hierro, el *kali-yuga*-, con un hombre prácticamente en el olvido completo de su propia naturaleza. Por primera vez en esta larga manifestación, ese ser humano que inaugura el "hombre justo" diluviano (*Noé, Deucalión*…), se parece al

ser humano contemporáneo que somos. Se abre así, la era de la penumbra.

Sin embargo, aunque, con todo rigor, el Ciclo del Este acaba aquí, su luz sobrevivirá decaída en prácticamente todo el Ciclo del Oeste, incluso en los tiempos históricos, bajo la forma de reinos e imperios. Aunque éstos forman parte histórica del último capítulo, sus modelos evocan (aún con su decadencia) símbolos y formas propias del Ciclo del Este, y aquí serán señalados, por lo tanto.

Extensión histórica del paradigma guerrero: *Imperium*

El paradigma del Este (y la guerra que siempre le acompaña) se extiende más allá de su tiempo, bajo la forma de los múltiples imperios del Ciclo del Oeste, muchos de ellos ya históricos, y estudiables también bajo esas mismas coordenadas históricas. Se puede decir que todos los imperios conocidos -aun con sus grandezas y esplendores- no son sino cristalizaciones ulteriores de una fuerza que pertenece a un tiempo pasado, desvigorizada ella misma por medio de las fuerzas disolventes que operan en el Ciclo del Oeste y que finalmente "reinan" en los tiempos modernos. Recuérdese que el paradigma heroico resulta ser un intento titánico de restauración de la tradición primordial. (Recuérdese también el valor imitativo y fraudulento del "bronce" con respecto al "oro"). Por lo tanto, todo imperio (incluso el más impresionante) sólo es el resquicio degenerado de una pretensión ineficaz de imitar el Ciclo del Norte, como organización política y social. Los resultados de estos intentos los conocemos todos nosotros; y los medios para llevar a cabo este ideal, también: la guerra.

Porque si ya se vio que un rasgo morfológico del Ciclo del Norte era la "estabilidad", nada resultará menos estable que un imperio, a pesar de lo estable y "eterno" que las fuerzas que lo levantan lo quieran presentar. No hay imperio eterno, no hay imperio perpetuo, no hay imperio estable; es por ello por lo que al *sacrum* imperial lo consideramos cuanto menos sospechoso de cierta impostura: ¿dónde está el centro de un fenómeno que es todo agitación, espirales de poder, depredación y depravación continua? Poco importa de qué imperio estemos hablando, pues en todos ellos, sus esplendores coinciden con sus decadencias, y nadie con rigor (ni si quiera histórico) puede separar la grandeza de un imperio, de los gérmenes caóticos que, con certeza casi matemática, lo precipitan tarde o temprano al horror y al desastre. Vemos en todo *Imperium* -no lo negamos- poca cosa sagrada. En muchas ocasiones vemos tan sólo la inercia espectral de la ancestral fuerza "gigante" movilizada al antojo de un linaje, la mayoría de las veces fraudulento. Porque la noción histórica de *Imperium* (poco importa el dónde y el cuándo) tiene un solo principio: el dominio. Esa estructura de dominio requiere una minoría dominante, que puede manifestarse legítimamente como una verdadera aristocracia (pocas veces), o que puede alzarse sin ninguna autoridad verdadera, por capricho demoníaco (las más numerosas y recientes de las veces). La piedra angular donde se levanta la idea de *Imperium* (es decir, el dominio) descansa, por necesidad, en el binomio de "dominadores" y "dominados", o "devoradores" y "devorados", tal y como expresa el *Dharma-sastra* del arte militar hindú y su "ley de los peces"[175]. Descendidos a ese nivel, los seres humanos sólo conocen y respetan la ley que exige al pez grande a comer al pez chico, con la certeza asumida de que siempre aparecerá un pez mayor, y de que, así, la barbarie entre los seres humanos se perpetuará indefinidamente hasta su aniquilación

total. Ésa es la repetidísima secuencia del histórico paradigma imperial, y como al lector no le costará reconocer, coincide a modo de calco, con el ciclo titánico-gigante que ya se ha visto con el ideal guerrero. No resulta casual; el holocausto espiral de todo imperio histórico tiene un único arquetipo simbólico: una minoría acreditada por su sangre que, bajo pretexto de restauración, conduce con violencia al ser humano, hacia su propio desastre.

Habrá quienes argumenten que la estructura basada en esta "ley de los peces", supone ser "natural", y así dirán legitimarla. No tenemos nada que decir a estos "naturalistas", sólo que si una institución basada en el dominio tiene como justificación, "lo natural", ¿por qué entonces los diferentes imperios siempre esgrimen un carácter "sobrenatural", "divino" y "sacro"? Es decir, que lo sobrenatural se encuentra alejado en los tiempos históricos supone ser un hecho que conviene reconocer; ante tal vacío, todo imperio se adjudica un origen del que ignora absolutamente todo, y -no contento con ello- impone dicha ignorancia a sus súbditos a través de la violencia. ¿Se puede decir con palabras más claras? Sí: el poder de un imperio puede justificarse por una ley natural de dominio (que a efectos prácticos, se traduce por la capacidad de machacar al enemigo más y mejor), pero jamás ese poder se identifica verdaderamente a una autoridad espiritual, que en todo el *kali-yuga* estará perdida, si no sustituida fraudulentamente por invertidas fuerzas subversivas. Se puede temer a un poder temporal político, se le puede apoyar, se le puede acatar… pero al poder político no se le puede respetar. El respeto en su sentido eminente queda reservado a la autoridad espiritual, y ésta no tiene presencia en ningún imperio, engendro político ulterior de la casta guerrera degenerada a través de la historia.

Porque si todo imperio se basa en el dominio, y ya se sabe quiénes son los "dominadores", habrá que ver quiénes serán los "dominados" a los que tanto debe el ideal imperial. Tal y como se vio en la morfología de la ritualística sacrificial del Ciclo del Este (y su "fuego" y "oblación"), el "devorador" y lo "devorado" se precisan mutuamente para poder ser lo que son. En el imperio, dependiente de este simbolismo, tan necesario como el "dominador" resultarán ser los "dominados", y sin estos últimos, todo emperador se mostraría como un estúpido gigante que se aburre. Esta violenta armonía exige que los dominadores sean escasos (una élite; unos pocos), y que los dominados sean muchos, y cuantos más, mejor para la causa (siempre y cuando esa masa dominada se pueda controlar, y su potencial subversivo neutralizar). Dentro de este paradigma guerrero, el mayor absurdo enunciable es una estructura política que tenga muchos dominadores y unos pocos dominados; y ni se contempla la posibilidad de una organización estatal no apoyada en el dominio del poder político, y fundamentada por la autoridad espiritual. Así, el poder real es, también, "realista", pues sabe de la incapacidad de los seres humanos para gobernarse a sí mismos, y actúa en consecuencia.

¿Y quiénes son esos "dominados"? Obsérvese algo en absoluto anecdótico: todo poder político temporal pertenece a un "linaje" que conviene -ya se dijo- valorar como simbólico, a pesar de que éste diga justificarse con una "sangre" no sólo simbólica, sino también literal. Si ese linaje configuraría, con todo rigor, a la casta de los "dominadores", los "dominados" serán -desde esta perspectiva- todo aquel que carece de ese linaje. Si los "dominadores" siempre se presentan como descendientes de los "hombres primordiales" (los *Nefilim* hijos de *Ben-Elohim*, el parentesco de *Ases* con *Jotuns,* la raza aria nórdica

descendientes de los hiperbóreos…), los "dominados" serán los pueblos derivados del paradigma meridional de las civilizaciones de la Gran Diosa, que tras el periplo de mestizaje de la gran manifestación humana, se presentan en los tiempos históricos simplemente como "humanos", en su sentido devaluado e incluso vulgar de lo que hoy en día se puede entender por humano. Los "dominados" no son sino los pueblos que, generación tras generación, han sobrevivido a todo lo que les han impuesto las circunstancias del despliegue de su manifestación: el cataclismo primordial, el ocaso atlántico, la restauración guerrera, la violencia gigante, la degeneración de los reyes, el advenimiento de la edad sombría, y finalmente, el caótico estado de ignorancia absoluta que precipitará su fin (si una fuerza de orden superior no lo evita providencialmente).

Otra paradoja de todo imperio como eco del paradigma guerrero es que, precisamente los "dominados", tan necesarios en el equilibrio imperial, encerrarán en su seno las fuerzas disolventes de dicha armonía. Es el *demos*, la pulsión que todo ideal imperial pretenderá dominar, de una u otra forma, pero siempre en última instancia, sin ningún tipo de éxito. Este dualismo de dependencia mutua y debilísimo equilibrio es el que se puede rastrear en toda expresión imperial histórica, como sístole y diástole de un mismo complejo político, y que en este trabajo, serán referidos con los términos mediterráneos de *Imperator* y *demos*.

El subciclo romano: simbolismo del Este como ideal imperial histórico

Porque será Roma el modelo que aquí se expondrá como arquetipo de los ritmos de la extensión histórica del paradigma guerrero en el ciclo

crepuscular. Aun existiendo muchos otros imperios, el *Imperium* romano resulta modélico por un doble y potente motivo. En primer lugar porque está insertado en una historia ya muy accesible para el contemporáneo, y, además, la putrefacción romana será el sustrato en donde se manifestará finalmente la llamada "Civilización Occidental", que desbocará las pulsiones disolventes del ciclo crepuscular, y por lo tanto, de la presente humanidad. En otras palabras: en el dominio histórico, el *Imperium* será el puente que une la Luz del Este con la penumbra del ciclo final. El otro motivo que nos lleva a señalar a Roma como ejemplo del ideal imperial, es porque, como eco del paradigma heroico-guerrero del Ciclo del Este, el *Imperium* resulta ser la última de sus manifestaciones, extendida de forma sorprendente incluso en la cristiandad, a través del *Sacrum Romanum Imperium*. Les habrá quienes puedan replicar, sin duda con cierta razón, que habría que tener muy en cuenta las posteriores manifestaciones imperiales del Islam. Esto es correcto, y esta réplica estaría preñada de interesantísimas observaciones que aquí no se van a poder abordar. No obstante, si nos ceñimos a cierto origen simbólico y a una pureza heroica, que aun en su inercia y máxima decadencia, están presentes en forma de ecos y fragmentos, resulta obligado mentar a Roma.

Porque Roma supuso ser la más importante reacción de la fuerza guerrera del Este ante las pulsiones disolventes y fantasmales desbocadas en el Ciclo del Oeste, Edad de Hierro para Hesiodo, *kali-yuga* para los puranas. Fue un intento (frustrado, como no podía ser de otra manera) de restauración heroica, al más puro estilo "gigante", con la exaltación de la magnificencia, el honor, y la gloria de la figura simbólica del *Imperator* . Y como reacción, como revuelta de lo ya casi inexistente, como último coletazo de un pez que hace tiempo fue sacado del mar donde

únicamente puede vivir, Roma puede ser valorada en su belleza y misterio.

Y parte de ese misterio es algo que nadie ha conseguido explicar: el origen de Roma. Porque bien es sabido que todo el Mediterráneo, y muy especialmente la Península Itálica, era en tiempos prerromanos, un conglomerado de pueblos de influencia meridional, estructuras sociales ginecocráticas, con cultos telúrico-femeninos, y gobernados no ya por una impostora casta sacerdotal, sino ya directamente por los mercaderes. Esto es especialmente claro en los fenicios, pueblo que jugará un papel importante en esta historia. Y así, en un escenario de pueblos blandos y afeminados, irrumpe algo de otra naturaleza. El matriarcado decadente propio de un Ciclo del Oeste ya desarrollado a lo largo de varios milenios, la complejidad étnica y debilidad espiritual de etruscos, sacanios, sabinos, sículos, oscos, fenicios, sabelios, samitas, volscos… es barrida e integrada en la unidad sobrenatural romana. Nadie actualmente se atreve a dar una explicación a esto. Este silencio se debe a que en Roma intervino un elemento no-humano, y este hecho conviene tenerlo en cuenta si se quiere valorar a Roma como lo que es, y no como lo que los libros de historia dicen que fue. Hay que reconocer que este mismo misterio (un sustrato meridional-crepuscular en donde irrumpe una luz oriental heroica) se encuentra también en el Egipto faraónico, en Babilonia, y en cierta medida, en el Imperio Macedonio de Alejandro. Sin embargo, en Roma, alcanza un valor original que, aun perdiéndose rápidamente en su decadencia, hay que saber identificar en su importancia y alcance ulterior.

Este hecho misterioso (la irrupción del ideal romano) necesita el dualismo imperial ya citado: una minoría dominadora (alrededor de la

figura del *Imperator*) encarará a una mayoría dominada (bajo la informe masa de la plebe, del *demos* romano). Y esta polaridad de equilibrio imperial, se articulará con los conceptos de "patricio" y "plebeyo". Roma, como el resto de estructuras imperiales crepusculares que le siguen, es un "águila bicefálica": una fuerza minoritaria dominadora junto a una enorme masa por dominar. De la armonía (siempre violenta) entre estas dos fuerzas, dependerá la estabilidad imperial que, como se comprenderá, resultará frágil en extremo. Porque en el *Imperium,* existirán dos Romas: la Roma del cerrado patriciado que gobierna, y la Roma de la plebe.

En la actualidad, en las fuentes que encuentra el contemporáneo aparecerá una Roma descrita al antojo de la élite gobernante. Es normal que así sea; como normal es que lo mismo ocurra hoy en día con respecto al mundo contemporáneo: toda historia es falsa en la medida en la que está irremediablemente insertada en un marco institucional civilizador. Poco se sabe de la Roma verdadera. Aun con todo, se encuentran interesantes y reveladoras expresiones simbólicas en las mismas fuentes de la génesis romana.

El tema central del simbolismo original romano lo encarna la pareja de hermanos *Rómulo* y *Remo*. La pareja de hermanos antagónicos configura el mito central genésico de muchas civilizaciones, y basta con citar aquí al *Osiris* y al *Seth* egipcios. En el caso particular de *Rómulo* y *Remo*, de nuevo se encuentran en su historia, los mismos rasgos de paternidad divina; no sólo eso, pues es *Marte* (dios bélico romano) quien se une a una "virgen" humana. Esta madre humana tiene un papel secundario, porque en el caso de *Rómulo* y *Remo,* las funciones de nodriza las desempeñará enseguida una "loba". Por si fuera poco tener como "padre" a la

potencia divina de la guerra (*Marte*), la madrastra de los fundadores de Roma es un "lobo" hembra, animal terrible, espantoso, furioso, que evoca en todas las culturas a las fuerzas elementales más peligrosas. De hecho, en las fuentes de la tradición nórdica, el Ciclo del Oeste (la Edad del Hierro) en donde el *Imperium* mismo está históricamente insertado, es llamado "La Edad del Lobo". Si la paternidad de *Rómulo* y *Remo* ya indican unas cuantas cosas de lo que Roma iba a ser, la mala relación entre hermanos ilustrará el medio para alcanzar ese ideal. Se trata de la misma polaridad (pueblos meridionales/pueblo romano dominador) que sirve a la manifestación del *Imperium*, y que posteriormente se expresará en el ámbito social como "plebeyos/patricios". El mismo antagonismo radical entre *Rómulo* y *Remo* se expresa en todos los aspectos de la idiosincrasia romana. Por ejemplo, el espíritu patricio exaltará la línea patriarcal de descendencia, mientras los plebeyos se mostrarán siempre con cierta simpatía hacia la maternidad, si no directamente matriarcales. Esto se deja ver es sus cultos: los patricios tendrán a un específico y poderoso *Júpiter*, dios celeste, masculino, del "rayo"; mientras los cultos plebeyos se desperdigarán en un mosaico de deidades telúricas y potencias femeninas cada vez más naturalizadas, como *Flora*, *Juno*, *Diana*, o *Mater Matuta*. La ética patricia se fundamentará en la fidelidad y el honor; mientras la ética del plebeyo se limitará a aceptar el fatalismo mientras divaga en una concepción hedonista de la experiencia. El rito patricio permanecerá reducido y cerrado, como medio de sacralización institucional, del ejército y de la justicia; los diversos rituales plebeyos estarán abiertos a las muchedumbres, hasta el punto de degenerar en bacanales y orgías extáticas. El patricio odiará todo esto y lo perseguirá; el plebeyo se limitará a la mística y a la devoción, y basará su contraataque en el subterfugio de la masa, de la cantidad, y de las fuerzas disolventes y subversivas encerradas en el *demos*. Este antagonismo se

manifiesta como violenta lucha desde el mismo origen de Roma, y se perpetúa rítmicamente en todo el desarrollo del Alto Imperio hasta su fin, y no ya sólo hasta su cristianización, sino incluso más allá.

Históricamente, esta continua "guerra civil" (valga la expresión) que articula y hace posible al *Imperium*, se manifiesta primeramente con la expulsión de los tarquinos. Roma como "reino" deja (como hizo *Rómulo*) bien claras sus intenciones. Dominio. Privilegio. Honor. Y guerra sin tregua. La aniquilación completa de Tarquinia y Lucumonia abre lo que fue, en un sentido metafísico, el verdadero esplendor de Roma. Hablar del esplendor de Roma es hablar del esplendor del *Imperator*, figura suprahistórica encarnada por diferentes y múltiples seres humanos, al modo también único que fue el faraón egipcio, o los reyes chinos y persas. Independiente al hombre con nombre propio y fecha de nacimiento que encarne al *Imperator*, éste se presenta como un principio impersonal, no-humano, y trascendente. En Roma, este nombre eminente de *Imperator* fue *Quirino* (identificado a *Rómulo* mismo), y todo rey, emperador, césar, será eso mismo en la medida en la que esté a la altura de representar dicho principio. Pocos lo estuvieron, ciertamente. Uno de esos hombres fue *Tulio Hostilio*. Con él, el *Imperium* se manifiesta suprahistóricamente como un ideal heroico, puramente masculino, donde el privilegio patricio se simboliza, de nuevo, con el "fuego", y se alza al César como *divi parentes*, exaltado líricamente por el mismo *Virgilio* como una "nueva generación celeste"[176]. El componente nuclear simbólico de Roma -*Imperator*- muestra la morfología que en este capítulo se señala como propia del Ciclo del Este (aun situándose Roma en la extensión del ciclo crepuscular). No sólo el *Imperator* , también su *Júpiter*, alejado, celeste, tormentoso y fogoso hablan de un mismo *sacrum*. También las "águilas" como estandarte de sus legiones; los doce

"halcones" que dan derecho a su fundador, la misteriosa piedra de *Rómulo*, la universalidad de su *pax*, la ausencia de devoción en los patricios, la solemne exaltación ritual, la sacralización militar… Roma -toda ella- es un símbolo (quizás, el último) de una misma luz que, aun declinando en la historia, tiene como foco el remoto tiempo aquí abordado.

Pero una cosa es el simbolismo, y otra bien diferente, la historia. Roma se levanta pisoteando todo centro o manifestación precedente, principalmente etrusca. En otras palabras: el ciclo romano ilustra históricamente, el mismo tema central del advenimiento heroico de la restauración guerrera. En este caso, una honorable y masculina fuerza "gigante" (el *Magnus* atribuido al *Imperator*), aniquila los múltiples centros de pueblos meridionales de organización matriarcal. Así es como se levanta el *Imperium*: dominando a los débiles pueblos del sur. Cinco siglos antes de la era cristiana, la revuelta patricia explicita una ambición de dominio que no conocerá límites. Esa ambición precisaba de elementos que pudieran ejercer el rol de "dominadores" (pueblos vecinos, ciudades pacíficas, cultos femeninos, cadenas iniciáticas, líneas sacerdotales… en definitiva, cualquier vestigio del Ciclo del Sur). Como no podía ser de otra manera, no hubo clemencia. Lo que quizás no tuvo en cuenta la élite romana fue que, anidando en lo más profundo de la plebe, estaban los gérmenes de la venganza que destruirían el *Imperium* desde el sigilo. Esos gérmenes pronto contagiarán al mismo patriciado, y la decadencia del ideal romano se mostrará imparable. El *Imperium* romano se muestra esplendoroso exteriormente, mientras en el interior son alimentados los parásitos del crepúsculo. No sólo en la plebe, también en la élite dirigente, la deslealtad, la promiscuidad, el engaño, la conspiración, y la pasión, van carcomiendo la columna vertebral del *Imperium*. Cultos

asiáticos de origen mistérico completamente degradados, se extienden en todo el Imperio, incluso en la propia urbe. Un conglomerado de deidades extranjeras satisfacen la devoción de unos ciudadanos romanos ya sin privilegios o distinciones. Ya todo el mundo era "ciudadano romano", y en este caldo de cultivo devocional en el que "todos los hombres son iguales", se abrirá paso una explícita pretensión de "hacer universal" (del griego, *katholikós*, es decir, universal), una misma fraternidad basada en la pobreza.

Cristianismo y Catolicismo

Esa oleada de cultos asiáticos que amenazaba la integridad del ideal imperial, acaba concentrándose en una fuerza única, antagónica en forma y contenido al paradigma heroico del Este, del cual Roma suponía ser el último bastión. Estamos, por lo tanto, ante un fenómeno netamente occidental, propio del Ciclo del Oeste, paradigmático de la Edad de Hierro, y suprahistóricamente capital en el flujo disolvente del *kali-yuga,* a saber, la cristianización de Roma y la empresa católica. Sin embargo, a pesar de ser un tema propio del cuarto capítulo (El Ciclo del Oeste), lo abordaremos aquí, en el Ciclo del Este, pues supone ser el puente que une la proyección histórica del paradigma del Este (*Imperium*), a la bien llamada "Civilización Occidental", que ejerce de punto final de la actual manifestación humana. Desde un punto de vista histórico, es un complejo proceso que abarca con rigor más de tres siglos y que tiene como colofón el Concilio de Nicea. Desde un punto de vista suprahistórico, es aún más complejo que todo eso, aún más misterioso, aún más revelador: el fin del último vestigio heroico, y su mutación fantasmal en la institución que anidará en su seno las pulsiones que

guiarán al último y más sombríos de los ciclos humanos. Esta institución será la Iglesia Católica.

Pero para llegar al catolicismo, hay que partir ciertamente de un cristianismo, llamémosle original, a sabiendas de que nada originalmente cristiano (salvo quizás algunas pocas formas exteriores) se conservan en la institución católica. La enorme dificultad con la que se encuentra actualmente un iniciado que quiere conocer el cristianismo, es insalvable. Se sabe poco con certeza de ese cristianismo verdadero y original. Esa ignorancia que todo honesto buscador de la verdad tiene que reconocer, se debe a dos motivos.

El primero: todo registro o crónica sobre los orígenes del cristianismo a los que se puede acceder actualmente, está firmado bien por los llamados "padres de la Iglesia" (es decir, la línea que adoptará la ortodoxia católica), bien por apologistas católicos que son, cuanto menos, tendenciosos. Por ejemplo, si un contemporáneo quiere conocer las múltiples escuelas y corrientes de la expansión cristiana, lo tendrá que hacer a través de un *Ireneo de Lyon*, que fue precisamente un detractor de esa diversidad de escuelas y corrientes. Es decir, que lo poco que actualmente se puede leer sobre el cristianismo original, lo han escrito sus censores y perseguidores. ¡Esta dificultad desanima a cualquiera! Se dé cuenta el lector y reconozca que los que menos pueden acercarse a lo que fue el cristianismo, son precisamente los que hoy en día se hacen llamar "cristianos".

El segundo motivo que nos lleva a reconocer una ignorancia "universal" sobre lo que verdaderamente fue el cristianismo, tampoco es desdeñable, y está relacionado con el primero. Saliéndose de la perspectiva católica,

por ejemplo a través del Islam, se comprueba que el cristianismo original fue una *tariqa* (así es considerado aún hoy en día por los musulmanes). Es decir, el cristianismo original fue una organización iniciática, cerrada y reducida, como no puede ser de otra manera si se trata de una organización iniciática. También así lo sabe y lo siente el hebraísmo tradicional, del cual el cristianismo surge como una secta rigurosamente "herética", que rompe con la "Ley". Porque, aceptando que el cristianismo fuera consciente de la función que después desempeñaría, lo cierto es que el cristianismo no puede ser considerada una expresión tradicional completa, y no creemos que reconocerlo tenga que ofender a nadie.

En primer lugar, el cristianismo sería la única tradición que carece originalmente de cuerpo jurídico. No existe *Sharia* cristiana; el derecho cristiano no existe, y en la catolización, se copiará el Derecho Romano, y se presentará como Derecho Canónigo[177]. Así, con el derecho, se comprueba que lo que hay de tradicional en el catolicismo ni tan si quiera es cristiano. Y eso sucede con múltiples elementos institucionales, la estructura eclesiástica, y hasta ciertos puntos doctrinales. De hecho, esto ocurre con el vehículo de expresión doctrinal. De ser considerada una tradición completa, el cristianismo (incluso bajo su forma final de catolicismo) sería la primera y única tradición que carece de "lengua sagrada". Creemos que es importante que el contemporáneo medite en esto: no existen "textos sagrados" católicos, porque no existe la lengua sagrada que los exprese, como ocurre en la Shurti en sánscrito, la Tanaj en hebreo, el canon búdico pali, o el Corán en árabe. Lo más parecido a unos "textos sagrados" de los que el catolicismo dispone, son traducciones (principalmente, griegas) de traducciones de traducciones de textos de los que es difícil saber su lengua de expresión original. En el

caso del Nuevo Testamento, la literatura apocalíptica y evangélica era un género tan prolífico y extendido en el Mediterráneo oriental, que el trabajo de fijación bíblica llevó casi cuatro siglos, no pudiéndose hablar de unos "evangelios católicos" hasta el Tercer Concilio de Cartago en 397. Porque, a diferencia de lo que vulgarmente se cree, ni el cristianismo ni el catolicismo fueron ni son "una religión del libro" (como puede ser considerada, por ejemplo, al Islam y a su *Quram Al-Karim*). El cristianismo sería, en todo caso, una "religión de los libros" (pues *Biblia* es el plural del griego *biblion*), y no está de más recordar que esos libros forman una colección en extremo inconexa, polilingüística y heterogénea.

Como con el derecho, el cristianismo pide prestada la lengua a Roma: el latín. El latín será, no la "lengua sagrada" del catolicismo (pues éste carecerá de toda "lengua sagrada"), sino tan sólo la lengua litúrgica, que tendrá en la Vulgata (importante fijarse en el nombre de la traducción más influyente del canon católico escrito), su débil soporte doctrinal. Porque el catolicismo será, en términos tradicionales y sacros, mudo. Quizás carecer de lengua de expresión, facilitó también la expansión en gentes dispares que no tenían nada que comprender.

Ése es el gran misterio de la transmutación del cristianismo original en el catolicismo romano: cómo un escasísimo grupo iniciático hebreo del Mediterráneo oriental, se convierte en el pretexto de adaptación tradicional de una cadavérica Roma, que consigue gracias a la asimilación de quien fue su enemigo, una breve resurrección anímica en forma de indigna agonía.

Apoyándose en sus diferentes simbolismos, cualquier lector atento verá en el paradigma cristiano una antítesis del ideal imperial romano, prolongación histórica de la luz heroica de Este. Ante el orgulloso *Imperator* como figura de un sacro organismo estatal, el cristianismo coloca en frente a un humilde y ácrata *Jesús,* a la cabeza de un atajo de descastados. Ante la guerra continua, la expansión militar y el dominio patricio, el cristianismo pone "la otra mejilla"[178] con su expansión catacúmbica y su epidémico martirio. Ante un César militar, terrible y regio, caudillo de todos los ejércitos, el cristianismo pone su particular Mesías "coronado con espinos"[179] y su sacrificio predestinado que expía la culpa de un gran pecado. Ante la valentía y el honor de un patricio, el cristianismo responde con la buenaventura de la pobreza[180] y su "temor a Dios". Ante el activo culto de la "victoria" del romano, el cristianismo contrapone un difuso anhelo de "salvación", sin más fuerza motriz que lo que él llama "fe". Incluso si nos fijamos en el simbolismo animal, resulta revelador que mientras Roma muestra orgullosa sus águilas y halcones, el evangelio evoca a fuerzas simbólicas opuestas, como el "cordero" u "oveja"[181] (asociado al importante concepto cristiano de "rebaño", imagen de colectividad. Si alguno de nuestros lectores tiene ovejas o corderos, sabrá que lo que define a estas bestias de otras es, precisamente, su estupidez), y también el "burro" ("burro" junto al que *Jesús* nace[182], y "burro" con el que entra en Jerusalén[183]. ¿Es necesario explicar el simbolismo del "burro" común a todas las tradiciones?)

Todo el simbolismo cristiano es contrario al ideal romano. Incluso resulta comprensible que algunos autores romanos valoraran ciertos aspectos formales del cristianismo como incomprensibles, o incluso como repugnantes. También resulta lógico que, ante semejante concentración de fuerzas subversivas, el procurador romano prefiriera

"lavarse las manos"[184] ante el conflicto de *Jesucristo*. Porque, para el espíritu romano, todo *Jesucristo* es, desde todos los puntos de vista, sinónimo de conflicto. Y decimos "todo *Jesucristo*" porque Roma, con todo rigor, tuvo que hacer frente a varios Jesucristos diferentes, de diferentes escuelas y corrientes, en ocasiones incompatibles entre sí, irreconocibles los unos con los otros, sin otra cosa en común que su poder destructivo para con la romanidad. Y ésa es otra cuestión importante.

Hay una auténtica obsesión entre los modernos por la historicidad de *Jesucristo*: un absurdo y estéril debate sobre si, como ellos dicen, *Jesucristo* "existió o no existió", limitando la existencia a la historicidad y dando a este hecho un valor que toda perspectiva iniciática identifica como completamente irrelevante. Nada de ese debate nos interesa ni un poco. Por supuesto que *Jesucristo* existe. Más aún: lo cierto es que existen varios Jesucristos, y sólo uno de ellos se hizo pretexto simbólico de la pretensión católica. Ni a católicos ni a anticatólicos (y lo decimos en tercera persona porque nosotros no somos ni lo uno ni lo otro) les costará admitir que el *Jesucristo* de *San Marcos*, no es el mismo que el *Jesucristo* de *Tomás*[185], el *Jesucristo* de *San Lucas* no es el mismo que el *Jesucristo* del *Evangelio de la Verdad*[186], el *Jesucristo* de *San Mateo*, no es el mismo que el *Jesucristo* de *Felipe*[187], el *Jesucristo* de *San Pablo* no es el mismo que el *Jesucristo* de *Judas*[188], e incluso el *Jesucristo* joanita guarda notables diferencias con el *Jesucristo* de los otros tres evangelios canónicos. Actualmente se tiene constancia (en parte gracias a manuscritos coptos), que existió un amplio abanico de sensibilidades cristológicas. Y decimos "cristológicas" por algo: existieron corrientes gnósticas que defendieron un *Jesucristo* iniciático, como principio sapiencial, como "filósofo del corazón"[189]. Ni rastro de esa interesante variedad de Jesucristos se verá

en el *Jesucristo* de la ortodoxia católica, imagen volcada a la devoción, al espanto de una "pasión" glorificadora, a la pulsión difusa de una plebe que, desesperada, busca la "salvación". ¿Quién es ese *Jesucristo*? Su origen es bien identificable: *Saulo de Tarso*, alguien que fue llamado posteriormente *San Pablo Apóstol,* sin haber pertenecido de forma alguna al círculo de los apóstoles.

El paulismo es el puente entre el cristianismo original (iniciático, gnóstico y reducido a pocos) y el catolicismo (sentimental, universalista, y abierto a todos sin importar raza, pueblo o tradición). La obra paulina perfila con precisión de delineante, quién fue su particular *Jesucristo,* y a la postre, el del ecumene católico, es decir, el de todo el universo (al menos, como pretensión). El resultado es el que aún hoy se puede evaluar: la formalización y desvigorización de todo elemento iniciático existente en el cristianismo original. Porque si es cierto que existen rasgos morfológicos mistéricos en la liturgia y los ritos católicos, también es cierto que ellos carecen de cualquier contenido verdaderamente iniciático.

Por ejemplo: los sacramentos. De los siete sacramentos católicos, tan sólo dos (el bautismo y la eucaristía) tienen rasgos iniciático-mistéricos claros, y además, sólo esos dos, tendrían legitimación evangélica, pues sólo esos dos aparecen en los evangelios. ¿Son el bautismo y la eucaristía católica ritos iniciáticos? Por supuesto que no. No sólo no lo son, sino que no lo pueden ser. El bautismo fue (y es) el sacramento que recibían indistintamente todos los miembros del "rebaño" católico, justo después de nacer, y con finalidades más burocráticas y de censo, que de una posible influencia espiritual. Por lo tanto, el bautismo católico es algo abierto a todo el mundo, practicado la mayoría de las veces sin ninguna

conciencia del bautizado, y registrado administrativamente en el censo burocrático de un estado: he aquí una buena definición de algo que no es sino opuesto a lo iniciático. Casi lo mismo se puede decir de la eucaristía, y sin duda las pocas diferencias que se pueden encontrar entre el uno y la otra, hablarían en contra de la última, la eucaristía, más cercana sin duda, a una posibilidad de "contra-iniciación".

Todo esto demuestra, y aquí se subraya, una misma tesis: la herencia iniciático-mistérica del catolicismo se reduce a formas exteriores desespiritualizadas, y lo poco tradicional e iniciático que alguna vez en el catolicismo pudo haber estado vivo, se lo debe precisamente a Roma. Del choque entre estas fuerzas antagónicas (la Roma imperial y el cristianismo paulino) surgirá una expresión tradicional un tanto *sui generis.*

Constantino sabía lo que se traía entre manos. Preferimos extraer de la historia lo valioso y bello que en ella pueda haber, y en la figura de *Constantino I* , al menos se puede ver a un modélico agonizante, el primer gran vitalista de Occidente, afirmándose en seguir con vida a cualquier precio, incluso la traición al mismo ideal romano, al honor del *Imperator,* y a su propia estirpe. *Constantino* acabó firmando, junto a su archienemigo *Licinio,* el edicto de tolerancia a los cristianos, abriendo una etapa que la jerarquía eclesiástica llamará más tarde, la "Paz de la Iglesia" (aquí ya se empieza a ver la ironía diabólica de los términos católicos). *Licinio* firmó el Edicto de Milán[190] después de haber propiciado masacres de cristianos, como la de Sevaste. Posteriormente, su camarada *Constantino,* tras Adrianópolis y Crisópolis, se alza con el contradictorio epíteto del *Imperator* amigo del cristianismo. La suerte ya estaba echada.

Las consecuencias de este proceso tienen un alcance difícil de evaluar, inédito en la historia. Algunos han querido comparar *Constantino* con el rey *Asoka* indio, y el fenómeno mediterráneo del cristianismo con el fenómeno budista. No nos parece apropiado este paralelismo, salvo en su aspecto exterior, y no en lo que supone una y otra figura. Basta comprobar que tras el imperio de *Asoka,* el budismo fue declinando en India poco a poco, y en la actualidad, prácticamente no hay budismo en India, y su presencia se reduce a anecdóticas manifestaciones más relacionadas con las agitaciones occidentales. En cambio, tras *Constantino,* Europa (y con ella, América entera) será cristiana, y de una u otra forma, lo seguirá siendo hasta el día de hoy, y con mucha probabilidad lo seguirá siendo -a su manera- hasta el último de sus días.

La empresa católica-constantiniana necesitaba conciliar objetivos y purgar la incómoda diversidad de pareceres teológicos (sobre todo alrededor de la figura del "Hijo"). Trescientos veinticinco años después del nacimiento de *Cristo*, *Constantino* convoca en Nicea (Iznik), el concilio del que saldrá el "credo" católico, que no era sino una formulación de la cristología paulina, adaptada al capricho de *Constantino*, el cual, dicho sea de paso, no se hizo cristiano hasta su lecho de muerte. El concilio hizo a trescientos obispos divagar alrededor de la jerarquía y relación entre el "Padre", el "Hijo", y por allí comenzó a aparecer teológicamente, "El Espíritu Santo". Tras este debate teológico (estéril e ineficaz, salvo para los arrianos, que a partir de entonces serán perseguidos y exterminados), *Constantino* fija lo que la empresa que tenía en mente precisaba: un símbolo. Se trataba del "Símbolo Niceno". Más allá de la generación o no generación del Cristo, su creación o no creación, su unigenitalidad, etc, lo que verdaderamente le interesaba a *Constantino* de su símbolo, era aquello de *"et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesian."*[191] A partir de

Nicena, el sustrato plebeyo que arrasó la romanidad, memorizó esta frase en latín, sin comprenderla, sin conocer su sentido, sin saber qué contenía. El *Imperium* se transmutó en catolicismo, y éste echo a andar como movido por una fuerza hambrienta de subversión, persecución y muerte.

La empresa católica institucionalizaba la pretensión de disolución de la humanidad bajo su objetivo universalista. Las herramientas adoctrinantes del catolicismo serán la amenaza, la coacción, y el miedo al castigo (bien al "divino", bien al de las autoridades eclesiásticas). El "pontífice" ejercerá en su etimología de "constructor de puentes" entre dos entidades: una masa de seres humanos ya rotos, y "algo" alejado que nadie dirá conocer. ¿Alguien sabe qué es ese "algo" con lo que el pontífice (y sólo el pontífice) puede contactar? Un reducido cuerpo de teólogos lo definirá, a su interés particular, concilio a concilio, bula a bula, encíclica a encíclica. Otro cuerpo institucional (La Santa Inquisición) velará por la integridad ortodoxa del "rebaño" (la palabra no es nuestra; así será llamado: "rebaño"). Y otro cuerpo sacerdotal, más amplio, ejecutarán las diferentes "misiones" sobre la población, hincando sus colmillos con más virulencia en la plebe (los "pobres", los "humildes", los "afligidos", los "derrotados"…) a la que iba dirigida la buena nueva, el evangelio, la novedad testamentaria.

El subciclo caballeresco y el Sacrum Imperium Romanum

Sin embargo, aunque cueste creer que así fue, dentro de la cristiandad se puede encontrar un reducto minoritario de espiritualidad heroica de gran belleza. No resulta tan extraño: por muy compacta que se encontrara la

institución católica, ciertos resquicios individuales de grandeza, honor y sabiduría sobrevivieron en Europa y se organizaron hasta mediados del siglo XIV. Así fue; y no tenemos inconveniente en referirnos a estos últimos vestigios tradicionales de Occidente como "los últimos héroes". A nivel institucional, la cristiandad se presenta con una conflictiva bicefalia: un pontífice como autoridad espiritual fraudulenta, y una serie de reyes, degradados ellos mismos, generalmente corruptos, y supervivientes de un paradigma muerto y enterrado. Ante este panorama, nadie podrá determinar quién gobierna sobre quién. Entre todos ellos habrá un absurdo y violento conflicto sin fin, que muy posteriormente se enquistará como mundo moderno. Mientras tanto, dentro de este ámbito de instituciones crepusculares, habrá personalidades de un valor e interés que remiten a una Luz de la cual el Ciclo del Oeste carece. Estos "grandes hombres" estarán no sólo dentro del engranaje guerrero-político, sino también en el ámbito sapiencial que aún conservará la institución católica. No tenemos ningún problema en señalar como uno de esos grandes hombres a Santo Tomás de Aquino. No obstante, el fenómeno más interesante de la cristiandad, sobre todo porque evoca ciertos símbolos y potencias primordiales, será el subciclo caballeresco.

Porque si no nos dejamos engañar con los títulos nominativos, nada cristiano se encontrará en el ideal caballeresco. Exaltar al héroe, antes que al mártir. Aniquilar al rival antes de "poner la otra mejilla". Odiar al enemigo con la misma fuerza con la que el cristiano finge amar al prójimo. Luchar siempre con orgullo y valorar la humillación como el peor de los males. Carecer de todo tipo de devoción, a no ser hacia la única idea fija presente en el caballero: la victoria. Nada en la caballería es cristiano, y esta antítesis queda reflejada en los conflictos entre las órdenes de caballería y la curia. La relación entre pontificado y realeza era

conflictiva en extremo y respondía a intereses particulares. Entre ellos, aparecieron los caballeros que, entre dos aguas podridas, daban sus vidas por lo poco verdadero que en su mundo restaba, dejándose utilizar por las fuerzas políticas, mientras guardaban en su seno interno, el último reflejo tradicional de Occidente. Esos fueron los caballeros.

Es obvio que la Orden del Temple fue, al menos en sus inicios, una comunidad iniciática que se extendía a dominios ajenos a lo que el Temple fue oficialmente. Preferimos no cometer la imprudencia de aventurarnos en su origen (creemos que mucho y mal se ha especulado recientemente al respecto), pero basta con asegurar categóricamente que las raíces de los templarios no son cristianas. Eso resulta incontestable. Su relación estrecha con otras órdenes homólogas no cristianas es innegable, y sólo así se comprende que el primer cuartel templario (veinte años antes de su reconocimiento oficial católico) fue la mezquita de Al-Aqsa, a la que se le atribuye haber sido construida sobre el mismísimo templo salomónico. Reducir las "cruzadas" a meras luchas entre musulmanes y cristianos, es de una simpleza de la que los historiadores nunca han tenido vergüenza en mostrar. Lo mismo se puede decir de la "protección de Tierra Santa", contenido iniciático que va más allá de una guarda militar sobre una tierra o una ciudad. "Tierra Santa" era mucho más de lo que los contemporáneos creen que fue, y resulta conveniente reconocer la incapacidad para comprender este concepto eminentemente tradicional. Esa "protección de Tierra Santa" fue, con todo rigor y valor iniciático, la función original y legítima de la Orden del Temple.



(fig. 31)

Así, el Concilio de Troyes no deja otra opción para los intereses católicos que reconocer a los templarios *(fig. 31)* como *Pauperes Commilitones Christi Templique Solomonici* (véase que eso de *pauperes* -pobres- durará poco tiempo). En ese concilio, también se redacta su regla, que no será otra que la cisterciense. Militarmente se le designa la protección del desfiladero de Athlit, como vía a Cesarea. A partir de ahí, la influencia de la Orden del Temple se expande hasta límites difícilmente explicables. En Europa, las meteóricas ganancias templarias -pensamos- se debieron a la intención de la realeza y el clero por tener una buena relación con la orden, tenerlos a su lado, incluso recibir sus servicios. Los templarios, que no eran tontos, supieron aprovecharse de esta guerra de intereses, y las intenciones del clero y la nobleza (en especial, la francesa), se vieron frustradas. Sólo así se explica que la expansión y enriquecimiento de la Orden del Temple, coinciden históricamente con la sucesión de sus desastres militares: *Saladino* toma Jerusalén en 1187, y golpea a los templarios en Qurun-Hattun. *Federico II* pierde toda opción de recuperar Jerusalén cincuenta y siete años después. Mientras la riqueza del Temple se expande, se suceden los fracasos de las cruzadas, y en la séptima (1248), *Luis IX* es derrotado en Mansura, y hecho prisionero. Tal era la influencia y poder de los templarios, que es la misma orden la que

negocia la vida del rey directamente con los musulmanes, que en teoría, eran sus enemigos. Éstos acceden a liberar a *Luis IX*, con el pago de un rescate que hará frente la Orden del Temple. Lo que parece un hermosísimo acto de caridad cristiana no lo era: con el pago del rescate de *Luis IX,* la Orden del Temple se aseguraba la condición y la subordinación de la corona francesa a través de una deuda eterna. Y decimos "eterna", porque esa deuda jamás se pagará.

Ésta fue la gota que colmó el paciente vaso de los infames reyes europeos. Los templarios debían ser exterminados. *Felipe IV* "El Hermoso" presionó para que el Papa tomara cuentas en el asunto. Las presiones vinieron también de otros reinos, como Hungría, Aragón, Castilla, Portugal… y finalmente, el pontífice *Clemente V* inicia un proceso inquisicional acusando al Temple de ritos heréticos, blasfemia, homosexualidad y demonismo. Es probabilísimo que muchas de esas acusaciones fueran falsas (pues la Iglesia Católica solía hacer ese tipo de acusaciones con total descaro y falta de fundamento), como también es más que probable que algunos ritos templarios resultaran heréticos a los ojos de la ortodoxia católica. ¿Por qué? Pues porque esos ritos nunca fueron ni cristianos ni católicos. Sea como fuese, las persecuciones y torturas se extendieron por toda Europa, y los saqueos y botines fueron repartidos entre las diversas coronas (y sospechamos con fundamento que la jerarquía eclesiástica también sacó provecho de este robo)

El último maestro templario, *Jacques de Molay,* fue torturado, y la Orden del Temple fue desmantelada a través de un proceso de varios años que se puede seguir con la sucesión de bulas firmadas por *Clemente V*: *Fascinas Misericordiam*, *Vox In Excelso*, y *Ad Providam*, aniquilando al Temple en 1312. La cobardía y la bajeza de este Santo Padre queda expuesta con

más repugnancia, en el Pergamino de Chinon, recientemente descatalogado por el Vaticano. La crisis de conciencia del Papa hace más abyecto su servil colaboracionismo con *Felipe* "El Hermoso". Si tenemos que definirlo con términos propios de su contexto, diremos que *Clemente V* fue uno de los mejores secretarios del Anticristo (lo que ya es difícil -ser uno de los mejores- cuando en los diferentes papados de la historia anidan tan dignos competidores)

Por otro lado, tampoco conviene llevarse a engaño con la Orden del Temple, y conviene valorarlos en su justa medida: no como una simple división militar, pero tampoco con las fantasías propias de los novelistas históricos de la industria literaria. Los templarios fueron (importante: fueron; ya no lo son) la última expresión colectiva viva del misterio heroico dentro de Occidente, y por lo tanto, el último reflejo de la Luz del Este en Europa. Que la Orden del Temple fue una verdadera organización iniciática con conexiones sutiles y efectivas con árabes, drusos, iranios e indios, lo consideramos indiscutible. También valoramos como un hecho, la intervención, en el origen del Temple, del elemento no-humano que hace toda organización iniciática posible. Sin embargo, también es un hecho indiscutible que, en la expansión y el desarrollo de la Orden del Temple, intervinieron otras fuerzas no tan iniciáticas ni mistéricas, muchos más terrenales. Porque si los primeros templarios de *Balduino I* era un reducido grupo cerrado que no superaba la decena de miembros, el gran número de los llamados templarios, a finales del S. XIII, demuestra una rápida corrupción de la organización. Así es: existió una vulgarización del templarismo a lo largo del desarrollo de la orden. También se sabe que establecieron un lucrativísimo negocio alrededor de reliquias falsas, y que fueron los responsables de que por Europa hubiera tantos fragmentos del *Lignum Crucis* (tantos trozos de la

Santa Cruz había desperdigados por la Europa medieval, que de reunir todos ellos, podrían haber reconstruido la mismísima cruz… ¡y aún sobraría madera para alguna que otra más!)

Los templarios también fueron financistas de diversos reyes. De hecho, ése fue el motivo principal para que la Iglesia (*Clemente V*) tardara tanto en iniciar su persecución. Los templarios dibujaron una estructura financiera que el Vaticano posteriormente adoptará, y que finalmente en los siglos XVIII y XIX, se desarrollará bajo la forma de tiranía bancaria que ya hoy en día se muestra como inexpugnable. Es decir, que la Orden del Temple fue la última organización iniciática de Occidente, pero también fue el primer prototipo de mafia europea. Todo eso fueron los templarios.

Y eso es importante en extremo: fueron. La Orden del Temple no sólo dejó de existir en 1312, sino que sus miembros fueron todos perseguidos, torturados y asesinados. Algunos salvaron su vida porque repudiaron su afiliación templaria ante la Santa Inquisición y porque seguramente estarían poco o nada involucrados en el núcleo esotérico templario. Además, veinte años antes de su disolución, el Temple cayó en Acre definitivamente, de tal manera que ninguna "Tierra Santa" tenían ya que proteger. El vínculo que unía el Temple a la autoridad espiritual se rompió completamente mucho antes de *Ad providam*. Enunciar esto es importante en extremo: no existe Orden del Temple después del primer cuarto del siglo XIV. Ése es el fin de lo que aquí tratamos.

Importante este punto -se empera- porque la reivindicación templaria será la coartada de fenómenos de una naturaleza muy diferente. Es

posible que resquicios del espíritu templario sobrevivieran en ciertas individualidades escasas, y muy probablemente, anónimas. Sin embargo, las múltiples organizaciones que dirán portar la antorcha del Temple carecerán de todo tipo de vinculación real y efectiva. Y ahí tenemos otra importante estafa de la historia: independientemente de quiénes fueron en su origen los rosacruz (pensamos que nadie lo sabe actualmente), lo cierto es que las innumerables organizaciones autotituladas "Rosacruz" de siglos posteriores (y sobre todo de la modernidad), carecen todas ellas de una filiación real y efectiva con la Orden del Temple. No tenemos inconveniente en enunciarlo: son todos ellos unos farsantes. Otra cuestión: que miembros templarios exotéricos de segunda fila pudieron refugiarse en Escocia y ciertos condados franceses, es una posibilidad. Que de esta posibilidad se extraiga el origen de la Masonería escocesa, también es una posibilidad. Que las artimañas financieras que ciertos miembros de la Orden del Temple realizaban, fueron transmitidas a algunas líneas nobiliarias a través de la Masonería, también es probable (nosotros pensamos que mucho). Ahora bien, estas posibilidades no invitan a dar rienda suelta a las fantasías neorrosacrucianas y masónicas modernas. La Orden del Temple desapareció, y con ella, todo vínculo real con cualquier autoridad espiritual. A partir de ese momento, con el oscurecimiento de Occidente, la humanidad se irá sumergiendo en una penumbra que irá convirtiéndose, poco a poco, en completa oscuridad. A partir de ese momento, nada unirá el ser humano occidental con lo sagrado. A partir de ese momento, comienza el fin.

CAPÍTULO 4

El Ciclo del Oeste

Y llegamos a la última décima parte de la manifestación de la humanidad, ciclo que, con apoyo en una rotunda unanimidad tradicional, referimos como el último y, por necesidad, el más corto.

A diferencia de los anteriores, éste (y sólo éste) tiene correspondencias históricas directas, y éste (y sólo éste) sirve de junta entre el gran despliegue del *manvantara* y la historicidad. Paradójicamente, esto va a suponer más trabas e inconvenientes, puesto que los dos planos (el suprahistórico y el histórico) responden a dominios diferentes, aun estando el segundo subordinado al primero. Y no sólo eso: cronológicamente, lo que el moderno llama "historia" casi coincide con el aquí llamado Ciclo del Oeste, y esto genera en el espíritu contemporáneo una perplejidad que pocos están dispuestos a superar. ¿Todo lo que sabemos a través de la historia supone ser tan sólo el último y el más corto ciclo de la humanidad? Sí, exactamente eso.

Todo esto -nos consta- supone ser problemático en extremo para alguien que, como el moderno, prefiere ante todo una posición cómoda. Todo lo que los registros históricos testimonian, se circunscribe, con todo rigor, a *kali-yuga*, a la Edad del Hierro de *Hesiodo,* al Ciclo del Oeste. A fin de cuentas, ¿Qué es esto que hace arrancar la historia? El lenguaje escrito. ¿Y qué es el lenguaje escrito? Lo que los modernos interpretan como la última y más asombrosa gran adquisición del periplo evolutivo del ser humano, la perspectiva tradicional lo valora como una materialización

degenerada de una comunicación de conocimiento que da cualidad al ser humano en su sentido eminente. Así, los seres humanos ancestrales de ciclos anteriores no tenían nada que envidiar (mucho menos, la palabra escrita) al hombre contemporáneo. En su enorme y majestuoso despliegue, el ser humano no ha comenzado a escribir anteayer porque no pudo hacerlo antes, sino que ha comenzado a escribir anteayer porque sólo anteayer tuvo necesidad. Antes de esa necesidad, el conocimiento se transmitió "oralmente" (y se pone esta palabra entre comillas porque, en su sentido primordial, este carácter oral de la tradición fue de una sutileza y naturaleza, difícilmente comprensibles en la actualidad). En palabras claras: el lenguaje escrito no es, como todo el mundo moderno piensa, la vanguardia evolutiva del *homo sapiens*; para nosotros, el lenguaje escrito es la firma de un ser humano roto, degradado del principio de le corresponde, e irremediablemente alejado de una naturaleza de la que, en el mejor de los casos, sólo resta el recuerdo.

Eso, en definitiva, es el ser humano último, el que habla a través de la historia, y el que se impone inmóvil como principio falaz de algo que alguien hizo llamar "humanismo". Y aunque pocos espíritus se atrevan a encarar el dinamismo tradicional de la humanidad que en esta obra se intenta exponer, no por ello vamos a dejar de enunciar la verdad: el ser humano es una realidad situada por encima de la historia, y su estadio de manifestación último y final, es aquel al que la perspectiva histórica refiere familiarmente como "hombre". Ese "hombre histórico" es un ser degradado con respecto a su principio inaugurado por el hombre primordial del Ciclo del Norte, y en ningún caso, un producto evolutivo, ni un tránsito hacia un "post-humanismo", ni un simio *sui generis* surgido de una caprichosa "selección natural". Se comprende la dificultad de

asumir esto, siendo uno mismo, uno de de esos hombres históricos. No obstante, los hay quienes aún siéndolo, lo enuncian claro: el ser humano es muchísimo más de los que la ciencia moderna evolucionista asegura que es, y muchísimo menos que lo que la viciada concepción antropocéntrica prefiere creer. Nos consta que el diálogo entre tradición y modernidad no resulta posible de ninguna forma, pero al menos, por nuestra parte, con este trabajo esperamos dejar un estímulo inspirador para escuchar a un interlocutor que en breve callará, quizás para siempre.

Sin embargo, este ser humano delimitado, aun corto en el tiempo, aun escaso en cualidad, aun último en su serie, pertenece a un ciclo que le corresponde en propiedad, y que se puede estudiar como se han estudiado los anteriores. El Ciclo del Oeste comienza, simbólicamente, con el final del evento diluviano; por lo tanto, con el ocaso de la raza real gigante, y con el alejamiento definitivo de la autoridad espiritual con respecto al ser humano. El simbolismo unánime de este tema tradicional es el "oscurecimiento" o "crepúsculo", tal y como expresa el concepto ya citado del *ragna-rökkr* nórdico. Por su parte, el *kali-yuga* indio hará referencia filológica no sólo a "oscuridad", sino también a "conflicto" y "confusión", y de hecho, se encontrará en las fuentes indias[192], un detallado retrato simbólico de este Ciclo del Oeste.

***Kali-yuga*, la edad del la penumbra y el conflicto**

En la literatura puránica se pueden encontrar múltiples y detallados retratos del ciclo crepuscular, referido en sánscrito como *kali-yuga*. Por ejemplo, por apoyarnos en una fuente de vinculación efectiva a nuestro

contexto iniciático, señalaremos aquí Linga Purana, en el que se describe el Ciclo del Oeste o *kali-yuga* de la siguiente manera:

"En el *kali-yuga*, los hombres vivirán atormentados por la envidia, irritados, sectarios, indiferentes a las consecuencias de sus actos. Estarán amenazados por la enfermedad, el hambre, el miedo y terribles calamidades. Sus deseos estarán mal orientados, su saber será utilizado con fines malvados. Serán deshonestos. Muchos perecerán con crueldad. La nobleza declinará, y los esclavos pretenderán gobernar y compartir con los sabios, el conocimiento, las comidas, los sitiales, y los lechos. Los gobernantes serán, en su mayoría, de bajísima cuna. Serán tiránicos dictadores. Se matará a los fetos y a los héroes. Los artesanos querrán desempeñar el papel de los sabios, los sabios el de los artesanos. Los ladrones se convertirán en reyes, y los reyes en ladrones. Raras serán las mujeres hermosas. Se extenderá la promiscuidad. La armonía social desaparecerá por todas partes. La tierra no producirá casi nada en algunos lugares y producirá mucho en otros. Los gobernantes se apoderarán de los bienes, y dejarán de proteger al pueblo. Mercaderes de baja cuna serán honrados como si fueran sacerdotes, y entregarán a gente que no es digna de ello, los peligrosos secretos de las ciencias tradicionales. Los maestros se envilecerán vendiendo su saber. Los pocos maestros puros se refugiarán en una anónima vida errante. Al final del *kali-yuga*, aumentará el número de las mujeres, y disminuirá el de los hombres, que carecerán de toda virilidad.(…) Nadie dejará de emplear un lenguaje grosero, nadie cumplirá con su palabra, todos serán envidiosos. (…) Gente sin principios predicará a los demás la virtud. Reinará la censura, y en las ciudades se formarán asociaciones de criminales que gobernarán. (…). Los hombres se matarán entre sí, y

matarán también a los niños, a las mujeres, y a las vacas. Los sabios serán condenados a muerte.”[193]

Pasajes como este se multiplican en puranas de diferentes líneas y ramas védicas.[194] Y no sólo eso: los mismos temas simbólicos (vida corta del hombre, gobierno de los corruptos, la confusión de las castas, el afeminamiento de los varones, etc) coinciden simétricamente con las fuentes griegas que hablan de la Edad del Hierro[195]. ¿Por qué esas coincidencias? Pues porque los vedas en sánscrito y *Hesiodo* en griego están hablando de una misma realidad: la Edad del Hierro o *kali-yuga*.

La raíz sánscrita *kal* haría referencia al “color negro”, a la “oscuridad”, y de cierta forma, al “ocultamiento”, y de hecho, consideramos adecuada la relación del *kal* sánscrito con el *kaluptein* griego o el *caelare* en latín (ambos, refiriéndose a “cubierto” o “velado”) El *kali-yuga* es, en efecto, la edad en la que la penumbra reina, y no porque la luz haya dejado de existir, sino porque ésta se encuentra cubierta y escondida, en el centro misterioso que, en esta era, estará simbolizado con el “mundo subterráneo”. El “conflicto” entre los seres humanos es el denominador común de una época que, según múltiples fuentes védicas, dura una décima parte de toda la extensión del *manvantara*, y que, comprendiendo las correspondencias numérico-temporales que se expusieron en el prólogo de esta obra, y fundamentándolas con datos de la *jyotish* védica, la astrología caldea-persa y el Timeo platónico, aseguramos comenzó hace aproximadamente seis milenios.

Según la tradición vaisnava, el *kali-yuga* comenzó inmediatamente después de la gran batalla que la Mahabharata y su Bhagavad-Gita narran con detalle.[196] Por supuesto, este dato tradicional responde, ante todo, a

una correspondencia simbólica, pero incluso si se quiere ver en la gran batalla de los Pandavas un hecho histórico, también así los mismos datos remitirían a un mismo tiempo, una misma aproximación temporal de seis milenios atrás, en un periodo crítico no sólo en la tierra de Bharata, sino en diferentes y lejanos lugares en el mundo, en Asia central, en África, en América, y como ya se vio en el capítulo anterior, también en el Mediterráneo.

Por lo tanto, en lo que respecta a India, el inicio del *kali-yuga* corresponde al momento inmediatamente posterior a la arianización del Valle del Indo; o en otras palabras: el *kali-yuga* se corresponde con la India histórica en su totalidad. No hay que sorprenderse con ello: los lectores que conocen y aman esta tierra, saben que ella ha sido la testigo de un largísimo y complejo periplo cuyo origen se remonta muchos milenios antes de la llegada de la fuerza guerrera aria, perteneciente ésta al Ciclo del Este. El desprecio que aún hoy siente el espíritu hindú por la historia, demuestran la posesión de un patrimonio espiritual que siempre resultará embarazoso datar. Muchos de los temas simbólicos de lo que los contemporáneos llaman "hinduismo" no son de origen ario, y son obviamente anteriores, arcaicos, munda o drávida. Estas raíces espirituales se encuentran en el Ciclo del Sur, y han sobrevivido degeneradas, mezcladas y materializadas, en los cultos más populares e indígenas de la India profunda del Ciclo del Oeste o *kali-yuga*.

Y esto es importante: si el Veda es el conocimiento tradicional que, según la ortodoxia brahmánica, se expresa de forma cuaternaria (Rg, Yagur, Sama, Atharva), ese mismo brahmanismo reconocerá también que la expresión del veda necesitará una adaptación actualizada a los poco propicios tiempos actuales. Ése es el papel del *tantra*[197] , y no sin

motivo, algunos han querido ver en el *tantra-sastra,* al "quinto veda", lo que puede aceptarse si se tienen en cuenta ciertas consideraciones.

Es un tema polémico en extremo: ¿Los tantras forman parte de los vedas? Pues dependiendo de lo que se entienda por "veda". En su sentido eminente y primordial, Veda es el conocimiento tradicional, y el *tantra* sería la adaptación del Veda al ciclo crepuscular o *kali-yuga*. En este caso, el *tantra* forma parte (la última) del Veda. Ahora bien: es cierto que existen corrientes tántricas en feroz conflicto con la ortodoxia védica, y no reconocen la autoridad brahmánica. También es cierto que, en ocasiones, ese conflicto se convierte en violenta enemistad, y esto se puede comprobar con la infinidad de leyendas sobre luchas y venganzas entre brahmanes cabezas de familia y ascetas renunciantes, o en términos raciales, entre arios y drávidas. Estas leyendas ilustran la rivalidad bipolar que configura la India histórica, y la bellísima complejidad del *tantra* como fenómeno indefinible de una espiritualidad netamente india.

Una de esas figuras arcaicas, prearias, vinculadas al *tantra*, y adecuada al *kali-yuga*, es *Kali*, la deidad femenina terrible que conforma el centro de una expresión tradicional aún viva, la *kaula*. Esta *Kali* -recordamos- no tendría relación etimológica directa con el *kali-yuga*, pues las raíces son diferentes. Por lo tanto, dentro la calidoscópica tradición india, existen diferencias filológicas y metafísicas que conviene tener en cuenta entre la diosa *Kali* (dos vocales largas; mejor transcrito: *"Kaalii"*), el demonio apocalíptico *Kali*, y el avatar último de la tradición vaisnava, *Kalki*. Y aún con esas diferencias, todas estas figuras remiten a un mismo ciclo crepuscular caracterizado por el conflicto y la oscuridad. De hecho, *Kali* (*fig. 32*) encarna la epifanía arquetípica del ciclo crepuscular, y no sin

motivo las múltiples corrientes tántricas que la rinden culto, la exaltan como la única vía de liberación en la era actual.[198]



fig. 32

En *Kali,* encontramos una epifanía de la Gran Diosa en su aspecto terrible, dentro de lo que se puede referir como tradición shakta. Ahora bien, el shaktismo de las corrientes de *Kali* tienen ciertas peculiaridades. La primera de ellas es que su objeto meditativo es "la negra"[199] (*kaalii*, "negra", literalmente traducido), explicitando así la negación de todo atributo luminoso. Se trata de la Gran Diosa negra del tiempo negro (*kaala*, "tiempo", literalmente traducido), y su apariencia terrible, violenta, y sanguinaria, remite a un estado de degradación de la Gran Diosa que vimos en el capítulo dedicado al Ciclo del Sur. *Kali* se presenta asociada a los "campos de cremación", a los "campos de batalla", y a la "tierra quemada"; y su carácter telúrico se muestra con todos estos símbolos. Además de presentarse como una "diosa de la tierra" un tanto peculiar, *Kali* aparece devorando carne humana, despedazando cadáveres,

y cortando cabezas. Este aspecto macabro, hasta antropófago si se permite, junto a la tendencia telúrica o metafísicamente sustancial, remite al rito crepuscular del Ciclo del Oeste, lo que a falta de un nombre mejor, llamaremos en este trabajo, "teofagia".

Relacionado filológicamente y dentro de la tradición védica ortodoxa a la que se circunscribe el *kali-yuga* puránico, es obligado citar también el simbolismo del *Kalki-avatara*[200] *(fig. 33).* La tradición vaisnava se atreve a ilustrar simbólicamente lo que será el fin del Ciclo del Oeste. Según los puranas[201] , el décimo y último *avatar* será *Kalki,* que descenderá (cómo no, del cielo) montando un "caballo blanco" resplandeciente. Destruirá con su "espada" el mundo, y sobre una tierra en ruinas se inaugurará el próximo ciclo humano, o *satya-yuga* del siguiente *manvantara.*[201]


fig. 33

Quien ante semejante imagen del fin del mundo sólo pueda encogerse de hombros con escepticismo, puede plantearse quizás por qué las diferentes tradiciones son tan poco originales entre ellas para describir el panorama apocalíptico: caballos voladores, jinetes justicieros, espadas, castigo a los perversos, sosiego a los virtuosos… y después destrucción.

Ése es el fin del mundo tanto para los cristianos, como para los hebreos, los mazdeos o los visnuistas.

Pero mientras finaliza este fin, el Ciclo del Oeste puede ser estudiado también a través del simbolismo tradicional, tal y como se hizo con los ciclos anteriores, pero sabiendo que ahora la historia distorsionará la percepción integral y trascendente de este tiempo. Por lo tanto, con este ciclo, ciñámonos, aún más si cabe, al simbolismo.

Rasgos morfo-simbólicos del Ciclo del Oeste

Sabemos que todos los simbolismos alrededor de la "luz", hacen siempre referencia a la tradición, al conocimiento tradicional. Cuanto más inmóvil, perpetua y luminosa esa "luz", más vinculada y mejor expresa el lejanísimo centro primordial del Ciclo del Norte (ejemplo: la "estrella polar"). También se ha visto en esta obra, que esa "luz" decae, y se hace intermitente ("sol mortal", del Ciclo del Sur), y fugaz en ciclos ("rayo" del Ciclo del Este). Finalmente, en el Ciclo del Oeste, el simbolismo tradicional de la "luz" desemboca en la ausencia de luz, en definitiva, en la "penumbra". Y es conveniente tener esto en cuenta: esta "penumbra", como símbolo del Ciclo del Oeste, aun expresando la "ausencia de luz", es un símbolo tradicional, válido, sacro, y cargado de contenidos que hablan de un mismo conocimiento (si se sabe escuchar). Por lo tanto, es crucial contar con que el simbolismo del Ciclo del Oeste expresa una situación degradada, pero eso no hace que dicho simbolismo esté degradado; el símbolo se adapta a las contingencias, pero las contingencias no afectan al símbolo, al menos en situaciones normales. En palabras claras: el Ciclo del Oeste tiene un simbolismo válido que le

es propio, y no será hasta la anómala postergación de la humanidad como modernidad, donde se verá la inversión simbólica (signo del fin de los tiempos)[203].

Dentro de ese simbolismo propio del Ciclo del Oeste, nos encontramos al "sol negro", complejísimo contenido iniciático presente en prácticamente todas las expresiones tradicionales crepusculares, y también en los restos iniciáticos que sobrevivieron en la Civilización Occidental, a través del paganismo, la caballería, o incluso la Iglesia Católica. Sin pretender acercarse contenidos imposibles de exponer hoy en día y por escrito, la correspondencia física de este "sol negro" no sería tanto el sol como astro, sino un punto cósmico no terrestre (tampoco solar) que estaría simbolizado astralmente, tampoco con el sol como centro de un sistema planetario, sino con un centro que ejerce de emisor del pulso universal. Estas correspondencias simbólicas están lejos de cualquier teoría astronómica moderna, y lo que pueden decir las publicaciones modernas de astrofísica al respecto, es desdeñable en su conjunto para la perspectiva tradicional. De la misma manera y con el mismo desprecio, denunciamos toda superchería moderna que bajo el nombre de neoespiritualismos, ufologías, "nuevas eras" y otras chorradas, quieren aprovecharse de la ignorancia generalizada en estas materias.

En un dominio astrológico, el "sol negro" también se corresponde con el eclipse solar, y en las fuentes védicas, éste se asocia a la figura de *Rahu.*[205] Además de un misterioso astro de la astrología india, el mito de *Rahu,* como figura demoníaca, tenebrosa y cabezuda, habla de un mismo simbolismo crepuscular.

Y estrechamente relacionado con todo esto, con el simbolismo de la "tiniebla", el Ciclo del Oeste se remitirá a un centro espiritual propio, extraño, diferente a los otros, y sin duda, paradójico a nuestros ojos. Si el centro del Ciclo del Norte era el "Polo" y su Hiperbórea, si el centro del Ciclo del Sur era la lejana "Isla de Occidente" y su Atlántida, si el centro del Ciclo del Este eran las diferentes proyecciones reales del linaje "gigante" (*Nefilim, Annunaki, Ases, Olímpicos…*), el centro espiritual del Ciclo del Oeste remitirá siempre a un lugar misterioso, paralelo a cualquier localización terrestre, y ciertamente tenebroso: el "mundo subterráneo".

El Ciclo del Oeste hablará siempre, bajo sus diferentes formas (*kali,* Hierro, Arcilla, Lobo…), de un centro espiritual lejano pero no proyectado en un punto cardinal, sino oculto "bajo tierra". Éste es el simbolismo del *Agartha* indio, el *Olmolungring* tibetano, el *Shambhala* tántrico[205]. Este centro (se trataría de diferentes nombres para un mismo centro) corresponde a tradiciones aún vivas, completamente inaccesibles para todo moderno, por mucho que teosofistas y ocultistas del siglo XIX, XX y XXI hayan levantado sus malintencionadas fantasías tomando como pretexto algunas de estas voces. De nuevo, es necesario marcar con propiedad los límites: basta que un contemporáneo quiera compartir sus "experiencias", "visiones", y "canalizaciones" de *Shambhala*, para delatar a un farsante y/o a un enfermo mental.

Porque más allá de la fenomenología y la auténtica pasión que los europeos sienten hacia ella, el "mundo subterráneo" habla de un simbolismo importante propio del Ciclo del Oeste (a saber, el ocultamiento último de la autoridad espiritual), y aunque todo símbolo tiene una correspondencia física, esto no quiere decir que tenga que ser

tan grosera, tan vulgar, y tan torpe como la que dibujan los charlatanes neoespiritualistas.

El símbolo crepuscular del "mundo subterráneo" está relacionado a su vez con el simbolismo animal del ciclo (también actualmente distorsionado por los mismos sujetos). El simbolismo solar-animal del Este (águilas, leones…) deja paso al simbolismo telúrico-subterráneo del crepúsculo (serpientes, lagartos, reptiles…). El Rey del Este (El Rey León), simbolizado históricamente con el *Guesar* tibetano o el *Quetzalcóatl* azteca-tolteca, se convierte en el Rey del Oeste (el Rey Lagarto), representado figurativamente en Sumeria, Babilonia y Egipto, principalmente. Y conviene ver esta correspondencia real-animal circunscrita al dominio simbólico, y no a fantasías genéticas, biológicas o raciales (¡como algunos tipos están interpretando en estos últimos compases occidentales! ¡existen -no es broma- hasta "movimientos de liberación anti-reptilianos"! ¡Eso es aún más increíble que cualquier disparatada teoría!) El caso es que en la actualidad hay europeos –¡británicos, principalmente!- convenciendo a los ciudadanos de mente más perdida y pusilánime, de la existencia de "corrientes reptil" (*sic.*) presentes en el género humano respaldada a través de una pseudo-genética y una "multidimensionalidad" (*sic.*) del ser, que nadie consigue explicar con claridad y mínima seriedad. Esto sería sólo una lucrativa mamarrachada y una indigna forma de ganarse la vida, si no fuera por los efectos somníferos y embrutecedores que tienen estas malintencionadas teorías en la población europea. ¿Será que cuando los europeos se queden sin gitanos, sin judíos… u otras minorías que ejerzan de chivo expiatorio de sus miserias, se pondrán a perseguir "reptiles"? Aunque lo parezca -y mucho-, hacer esta pregunta no es una estupidez.

Porque, ante todo, el simbolismo del "reptil" remite a la tendencia telúrica del Ciclo del Oeste. Si el Ciclo del Este es un reflejo del Ciclo del Norte, el Ciclo del Sur se refleja en el último ciclo, con sus divinidades femeninas tenebrosas (ya se dijo algo de *Kali*), con su centro "escondido", y con una tendencia de culto telúrico que, no pocas veces, derivará en cierto demonismo. La actual importancia que en la India tienen los cultos a los *Nagas* y a los *Uragas*[206], la devoción contemporánea en toda África a fuerzas elementales de forma monstruosa, también la degradación renacentista de la Qabbalah hebrea y su asmodeismo (que finalmente derivará en los tiempos modernos en los espiritismos y satanismos…)… todo ello, hablan de un culto a "lo bajo", simbolizado esto último con figuras animales reptiles.

Por otro lado, el dominio de estas fuerzas se ilustrarán epifánicamente con la potente imagen del *Shiva* en India (acompañado siempre por serpientes dominadas[207]), también con el *Imhotep* en Egipto, y, de alguna forma, también con el *Asclepio* griego. El control de la potencia "serpiente" aparece simbólicamente en toda ciencia tradicional, y posteriormente, en la medicina (aún entendida ésta como una ciencia tradicional secundaria de naturaleza sacerdotal, y no -claro está- como la medicina moderna y su farmacología que, por lo demás, utilizará el mismo simbolismo ya invertido.)

El dominio de esas fuerzas inferiores en beneficio de la vida a través del conocimiento es, a nivel efectivo, lo que en sánscrito es llamado *ayurveda*, y la decodificación de este saber coincide históricamente con una adaptación tradicional en Asia y Europa hace aproximadamente seis milenios, que a falta de otra manera de referirlo, llamaremos la "decodificación shivaísta" (entendiendo que este *Shiva* es muchísimo

anterior al *Shiva/Rudra* indoario). Pues *Shiva* es, desde todos los puntos de vista, el adaptador tradicional en los tiempos crepusculares, en el *kali-yuga*, en la Edad del Hierro, en el Ciclo del Oeste.

El "hierro" será también el metal simbólico del ciclo, como metal de la degradación y de la "oscuridad", aludiendo a la falta de nobleza, a la falta de dureza, y de alguna forma, al proceso de oxidación. Siendo todo esto cierto, el "hierro" tiene otras correspondencias simbólicas más profundas. Recuérdese que, en *kali-yuga,* la naturaleza que era inherente a los hombres primordiales, se encuentra sólo accesible a través de un "jugo", o "licor", o "vino", o "resina", o "sangre", o "carne", o "libación"… en cualquier caso, una comida o bebida, un alimento. Los nombres de este alimento difieren dependiendo de la expresión tradicional: *soma, amrit,* ambrosía, sangre, *jubs, graal…* Sin duda, existen diferencias interesantísimas entre todas estos conceptos de restauración primordial, pero hay que destacar que todos ellos son "alimentos", que entran en el cuerpo reconstituyéndolo, y dando al ser humano lo que le corresponde y nunca en verdad perdió: la inmortalidad. Este alimento tiene un sabor, que simbólicamente se define como "dulzura", como por ejemplo en el "vino" de la *tassawuf* o la "ambrosía" grecolatina. Sin embargo, este sabor dulce del alimento sacro del Ciclo del Oeste tiene otros matices. El *amrit* tántrico se expresa como un líquido que cae de un punto sutil del cráneo del ser humano (*bindu-visarga*)[208]. Este líquido es de sabor "dulce" y "ferroso", como puede leerse en tratados hathayóguicos; y sorprenderá comprobar que ese "sabor a hierro", es lo que destacan los adeptos de diferentes y dispares líneas iniciáticas del África negra o de la América indígena, cuando prueban "la carne del dios" de sus correspondientes misterios. Esto nos lleva directamente a la ritualística teófaga del ciclo de la oscuridad, tema en extremo complejo, y sólo

expuesto a modo introductorio y general, por lo demás, como la morfología expresada en el siguiente cuadro:

Tabla 9.- Rasgos unánimes morfo-simbólicos del Ciclo del Oeste

Imagen simbólica	*Rasgo morfológico*
Sol negro	Penumbra
Mundo subterráneo	Inaccesibilidad y ocultamiento
Reptil	Fuerzas telúricas y "bajas"
Hierro	Corruptibilidad
	Falta de dureza y pureza

Ritualística del Ciclo del Oeste: la teofagia

Existe una máxima en todas las expresiones tradicionales aún vivas, conocida por grupos iniciáticos sudafricanos, americanos, australianos, indios, y todo el mundo indígena: "todo dios que muere, tiene que ser comido." Y así es, aún hoy.

Ciertos modernos se pueden extrañar -o hasta espantar- con ello, pero lo cierto es que toda ritualística propia del ciclo crepuscular se basa en esa máxima, y por supuesto, la eucaristía católica[209].

Se puede expresar con claridad de la siguiente manera: en el Ciclo del Norte el ser humano es divino; en el Ciclo del Sur el ser humano se une a lo divino; en el Ciclo del Este el ser humano ofrece lo divino; y en el Ciclo del Oeste se come lo divino. La finalidad ritual es asimilar las

potencias divinas a través de la función alimenticia, y esto es con exactitud lo que expresan múltiples citas neotestamentarias, como aquella joanita de "quien coma mi carne y beba mi sangre, estará en mí y yo estaré en él"[210]. Los católicos no propusieron nada nuevo, simplemente adaptaron como sacramento, la ritualística propia del tipo humano roto del fin de los tiempos: el "dios" como alimento.

Partiendo de la concepción sacrificial del universo (la ritualística del Ciclo del Este ya citada[211]), el hombre crepuscular llega a alimentarse del remanente de la oblación sacrificada, es decir, del "cuerpo". Porque el ser humano de la edad del conflicto, asume una vida en la que necesita matar para seguir viviendo[212], y proyecta un acto ritual que busca equilibrar esta necesidad de crueldad. Ya que el hombre necesita matar y comer, que este acto sea, al menos, en armonía con los ritmos cósmicos. Ésa es la intención de la ritualística teófaga: actualizar y asimilar lo divino a través de los actos de corrupción humanos, como quitar la vida o alimentarse. Independientemente de la latitud y expresión tradicional del pueblo, en esta ritualística, la víctima es sacrificada según un acto que sólo puede resultar cruel (matar), y su carne es sacralizada y comida cruda. La cocción del alimento ritual está prohibida tanto en los cultos primitivos africanos, como en el shivaísmo original indio, como en los misterios mediterráneos[213], y es la omofagia, el denominador común de todos estos ritos crepusculares. Pero si el hombre del Ciclo del Oeste come carne cruda que es sagrada, ¿de qué o de quién tiene que ser esa carne?

Pues de cualquier ser vivo que haya sido sacralizado con un asesinato ritual; y este ser vivo puede ser una planta, un animal, o incluso, un ser humano. El animal sacro comido crudo puede ser un "toro" (por ejemplo, en la *bouphonia* dionisiaca o en el *shula-gava* indio[214]), puede ser

un “carnero” (por ejemplo, en todo sacrificio de ámbito ígneo, pues el “carnero” es el vehículo de *Agni*), o en ocasiones puede ser un “gallo” (por ejemplo, en los cultos a *Skanda* y sus derivados mediterráneos). La víctima inmolada y devorada debe de ser hermosa y sin taras físicas. En la mayoría de las ocasiones, la víctima es macho[215], y muy pocas veces, la oblación devorada es un animal hembra (este tipo de omofagia ritual sería un rasgo de degradación tradicional postrera). El sacrificio ritual (tanto el que se vio en el Ciclo del Este, como el del Oeste dirigido a la teofagia) no debe de ser jamás un acto pasional o vengativo. De hecho, todas las fuentes tradicionales señalan que la victima sacrificial debe de ser inocente, bella y virtuosa. Por todo ello, la ritualística teófaga del Ciclo del Oeste tiene a una víctima como la más alta y la más adecuada para el sacrificio: el hombre.

Es el hombre la mejor víctima sacrificial del ritual de alimentación teófago, y es por ello por lo que, incontestablemente, el homicidio ritual y la antropofagia están presentes en todo el Ciclo del Oeste, bajo múltiples formas y diferentes expresiones. Y aunque en la actualidad las leyes modernas prohíban este tipo de ritos y los ciudadanos prefieran no verlos, el sacrificio ritual humano ha estado (y está) presente en América (toda ella), en África, en el Mediterráneo, en la Europa druídica, en el Levante, en el Caúcaso, en India… en definitiva, en todo el mundo conocido, en toda altitud y latitud. Por ejemplo, incluso a través de registros históricos explícitos, encontramos sacrificios humanos en los escitas, los persas, los carmanos, los isedonios, los derbiscios, los caucásicos, los caspianos, fenicios, etruscos y griegos.[216] [217] [218] [219] También en los indoarios[220], y en los padei y kalati indios, tibetanos, birmanos, mayas, aztecas… en verdad, sería mucho más adecuado estudiar qué

pueblo no ha practicado sacrificios humanos y antropofagia, con la dificultad de que, posiblemente, no se encuentre ninguno.

Entiéndase que, en este contexto, comer carne cruda de animal o de un ser humano, no es un acto de alimentación al modo profano de los modernos. No estamos hablando de cuestiones dietéticas, ni nutricionales, ni de debates más recientes de lo que puede parecer, entre vegetarianos y carnívoros. No; ésa no es la perspectiva desde donde se puede comprender esta realidad: todo ritual del hombre crepuscular integra la alimentación como vía de "comunión", y es ahí donde el símbolo de la "carne" aparece como vehículo de asimilación de la naturaleza divina en el hombre. Si el lector quiere fuentes librescas que documenten esto, basta con que estudie la eucaristía católica que, a fin de cuentas, es un reciclaje, actualización y unificación de la gran cantidad de rituales teófagos mediterráneos integrados en los cultos a *Dionisos, Mithra, Bacco, Anat*… y toda la complejidad epifánica de los misterios iniciáticos de la época. Se sabe, por fuentes históricas, de rituales teófagos en pueblos etruscos, celtas, fenicios, griegos, romanos… y todo ese furor ritual cristalizó con pretensiones "universalistas" (en griego, no latín, ni arameo: *katholikós*) en el sacramento de la eucaristía católica.

Y ésta es la cuestión clave: la eucaristía católica es un sacramento con intención universalista cuyo simbolismo se extrae de rituales iniciáticos cerrados, reducidos, y en el sentido eminente del término, "esotéricos". En la pasión del Cristo confluyen todos los temas del rito teófago del ciclo crepuscular: sacrificio del varón, hijo, rey (o príncipe), joven, rememorado ritualmente al comer su "cuerpo" y beber su "sangre". La inmolación del varón sacrificado es dolorosa, sangrienta, e injusta; e incluso la causa de la muerte en la crucifixión es el mismo modo de

muerte del sacrificio crepuscular aquí perfilado: el desgarro hasta desangrarse. De ello se extrae una tesis que esperemos los modernos (católicos o no, cristianos conscientes o cristianos de trasfondo…) no tengan miedo a encarar: independientemente de lo que fue el cristianismo original (actualmente nadie puede decir nada cierto al respecto), el sacramento central católico no fue sino una imitación desvitalizada de los ritos teófagos ya existentes en diferentes expresiones tradicionales desgajadas e inevitablemente degeneradas. Nada hace el catolicismo de original, sino apagar el ya débil *sacrum* de la ritualística del Ciclo del Oeste, presentándoselo a las masas populares bajo formas superficiales e incomprendidas. Divulgar (y vulgarizar) un rito iniciático (algo en esencia cerrado) bajo la forma de una "religión católica" (es decir, un culto dirigido a todos los seres humanos del universo, por igual).

En palabras comprensibles, y sin ninguna posibilidad de dar pie a ambigüedades: el catolicismo, en el dominio iniciático, no supone nada; ni positivo ni negativo, nada. Adopta de lo iniciático sólo ciertas formas, para usarlas como máscara de una obra muy diferente, en absoluto iniciática, ni gnóstica, ni de ninguna manera "espiritual". Son otras fuerzas y otras intenciones las que operan detrás de la empresa católica. Recuérdese que, a comienzos de la era cristiana, la autoridad espiritual en su sentido verdadero y completo, llevaba más de treinta milenios oculta; y la función sacerdotal que deriva de ella llevaba más de dieciocho milenios degradándose hasta el paupérrimo estado en el que entonces se encontraba. Así mismo, la casta guerrera se encontraba en una crisis que no parecía tener solución en tiempos del Bajo Imperio Romano, sino muy por el contrario. Y he ahí un punto en absoluto secreto que conviene tener en cuenta en cada segundo de la era cristiana: el

catolicismo es, ante todo, (y nadie lo va a negar, ni siquiera *Constantino* y sus obispos asistentes a Nicea), una empresa política. La degenerada clase política europea (la realeza) se servirá de esa institución católica durante más de diecisiete siglos hasta hoy. No existe "autoridad espiritual" en la Iglesia Católica (tampoco en sus posteriores escisiones), y lo que comúnmente se llaman "sacerdotes" no serían tal cosa, sino la tercera casta (la mercader) usurpando la identidad sacerdotal (de ahí el papel del elemento judío en esta triste historia). Ése es el orden crepuscular que se reservará a los últimos seres humanos: una infame clase real que fingirá gobernar, bajo decreto de la tercera casta (la mercader) fingiendo ésta a su vez, desempeñar la función de la primera (sacerdotal). Un auténtico desorden: sin autoridades espirituales, unos reyes que no gobiernan, unos mercaderes que imponen su tiranía, y una inmensa masa esclava ilusa que anhela (sin derecho, ni poder, ni éxito) a alzarse sobre sus amos. Una gran mentira que se trenzará a través de la Edad Media; que irá haciéndose maraña a través del Renacimiento; y finalmente, nudo de horca, en los tiempos modernos.

Abriendo el camino hacia la gran disolución

No valoramos a la Civilización Occidental como culpable del fin de la actual humanidad, ni como culpable de la desgracia del ser humano, ni como culpable de nada. Valoramos a la Civilización Occidental como lo que es: una civilización (una; sólo una) que es "occidental" (es decir, que inaugura el crepúsculo y se sitúa donde se extingue la luz). Una fuerza civilizadora institucionalizada por primera vez con pretensiones "universalistas", y -también por primera vez- jerarquizada a través de nada verdaderamente espiritual. Esta institución tiene nombre y sede: La

Iglesia Católica Romana. No se olvide: se define a esta institución con la condición "católica" por delante de cualquier presunto "cristianismo"; *katholikós* es una palabra griega que significa "universal", "mundial", o "global" (si se prefiere). Recuérdese también que el presunto "centro" de la empresa católica es Roma, y ningún *Cristo* ni nació, ni predicó, ni murió en Roma. Roma es una sede tan ajena a cualquier cristianismo original como lo serán después Constantinopla, Aquisgrán, Paris, Londres, Avignón, o Peñíscola. Porque, desde todos los puntos de vista, el cristianismo de la institución católica se reduce al mero ámbito nominativo.

Y de todos esos puntos de vista, hay uno que interesa casi en exclusiva al llamado "pontificado" (recuérdese que *pontifex* es, literalmente, "el que construye puentes"). En Europa, la aparente y conflictiva lucha bicefálica entre Iglesia y Realeza (posteriormente, entre iglesias -plural- y estados -también plural-), se decantará finalmente a favor de la primera, a pesar de lo que puede parecer a través de una lectura convencional de la historia. No se trata de una pugna entre la autoridad espiritual y el poder temporal. No, no, y no. La estructura civilizadora de Occidente se puede expresar con sencillez: el poder temporal de la segunda casta (la nobleza), se defiende inútilmente de un proyecto de subversión de la casta mercader actuando en la institución católica primeramente, y después en todo el entramado industrial-bancario levantado en las etapas ulteriores de su "Obra". El dominio de la jerarquía de la occidentalidad no lo ostentará ninguna autoridad espiritual (hace milenios que Europa no sabe qué es eso), ni tampoco la realeza (salvo a un nivel aparente). El dominio de Occidente será exclusivamente económico, y eso puede comprobarse con facilidad hoy en día. El Vaticano será, más allá de cualquier coartada teológica, el vehículo de hegemonía de los usureros.

¿Quizás el lector lo quiere leer aún más claro? La Iglesia Católica es, y se concibió para que fuera un banco, el banco católico, la institución de control económico universal.

Y lo es, aún y especialmente hoy en día (en 2011 del calendario gregoriano). Nos hacemos cargo de que esto resulta increíble, y que el moderno va a tender a esquivar una realidad tan incómoda y escurridiza. No obstante, no necesitamos comodidad ni agarre para enunciar algo cierto: la Iglesia Católica fue (y es) la institución que la casta usurera utilizó para levantar el inexorable sistema financiero que hoy en día está estrangulando al ser humano con muchas posibilidades de ahogarlo. Por supuesto que en este proceso intervienen múltiples variables que hacen que en los tiempos modernos se vean escisiones, complejidades, y descentralizaciones que invitan a pensar aquello que algunos hoy pronuncian como si fuera una letanía: "La Iglesia no tiene tanto poder como lo tenía antes." Por supuesto que el sistema financiero internacional se articula con tal complejidad, que los economistas sólo podrán ver en él números y gráficos de una "ciencia social" desgajada (como las otras) de un centro tradicional normal que dé sentido a un conocimiento que, en esas condiciones, no pasa de una mera simulación que no tiene otra finalidad que la de garantizar el flujo de dinero. Por supuesto que el sistema monetario ha extendido sus tentáculos a un dominio global (de hecho, llaman a este grotesco estadio de éxito, "globalización"). Sin embargo, más allá de la escenificación de las escisiones luteranas y anglicanas, más allá de las financiadas revoluciones republicanas y nacionalistas, más allá de los dualistas circos del "Capitalismo" y el "Comunismo", Occidente aseguró la función que le da nombre sirviéndose del sistema bancario internacional, que antes de

ser internacional fue europeo, y que antes de ser europeo estaba bien localizado: la Roma Vaticana.

No obstante, sería un error reducir la gran confabulación para la destrucción de la humanidad, al mero sistema financiero. Vaticano-Paris-Londres supone ser el eje que articula el sistema de hegemonía burgués-mercader a través de algo que sólo varios siglos más tarde, se hará llamar "sistema bancario internacional". Compréndase que la economía es sólo una de las cabezas de un monstruo multicefálico. La tiranía de la usura llega cuando tiene que llegar, después de una preparación del terreno por medio de fuerzas subversivas y contraintelectuales que trabajan multidimensionalmente, en la filosofía, las artes, la música, y algo que a partir de un momento reciente, se hará llamar "ciencia moderna".

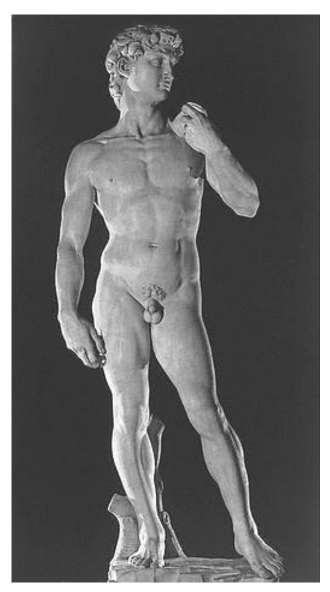
Pongamos como hito histórico finales del siglo XIII y comienzos del XIV, y la aniquilación del templarismo. Tras este siglo verdaderamente nefasto (el trece; he aquí una causa histórica del macabro contenido de este número en el sustrato simbólico de Occidente), se entra en una crisis poco comprendida por los occidentales. Enseguida llega el *Quattrocento* (expresado ya en italiano, derivado del latín utilizado por las élites romanas, florentinas, piamontesas…), y éste lleva consigo una acumulación de pulsiones que estallarán en un fenómeno que se hará llamar "Renacimiento". Antes de caer en la estereotipada y vulgar interpretación positiva de este "Renacimiento", conviene plantearse la siguiente pregunta:

¿Qué es lo que renace con el "Renacimiento"?

Ni tan siquiera los historiadores se ponen de acuerdo a la hora de responder a esa pregunta, a pesar de que a fin y al cabo, el término es de su cuño. Quizás la respuesta menos vaga y más escuchada sea que el Renacimiento, en su sentido habitual y vulgar, es un resurgir de los llamados "valores clásicos", y estos no son otros que los grecolatinos. Compruébese que esa "vuelta a lo clásico" se acusa en el ámbito artístico y estético. ¿Pues qué sería el Renacimiento sin sus *Miquelangelo, Botticelli, Rafael*, y compañía? Nada. ¿Y qué sería el Renacimiento sin las elitistas familias que financian la masturbación artística vaticana, veneciana, florentina…? Pues nada de nada.

Con el Renacimiento, por primera vez en la humanidad actual, el hombre reduce lo supremo a las formas exteriores. De alguna manera, con el Renacimiento nace un término nuevo: "arte". Pues hasta la fecha, esa facultad humana estuvo siempre ligada al conocimiento tradicional (bien como Revelación *"Shruti"*, bien como Memoria Tradicional, *"Smriti"*). En palabras claras: se si acepta el término "arte" como algo que existía antes del Renacimiento europeo, éste no era otra cosa que el lenguaje simbólico tradicional. Este lenguaje podía adaptar tantas formas como expresiones tradicionales y pueblos, pero en esencia, era "uno", en la medida en la que servía para expresar una misma realidad. A partir del Renacimiento, el "arte" expresará muchas cosas, reivindicará autorías, tendrá funciones desgajadas del núcleo metafísico que le da sentido. Por lo tanto, desde un punto de vista esencial, poco bello renace en el Renacimiento, sólo ciertas formas y tendencias de aquello que el europeo llama "mundo clásico", y que serán usadas como pretexto figurativo de expresión artística individual. Se desata al genio técnico (a fin y al cabo,

se busca eso) a través de una desvitalización completa del simbolismo grecolatino. Como articulará *Nicolás Maquiavelo* en ese mismo contexto renacentista, el fin justifica el medio, y éste no es otro que, a través de la perpetuación continua de poder, exhaustar el simbolismo tradicional, a favor de una expresión artística que abrirá el camino para una paulatina y completa desnaturalización del lenguaje humano. (¿No se entiende esto último? Ábranse los ojos a nuestro día a día: arte moderno, subastas millonarias, industria del arte, *pop-art*…) Renacimiento: la expresión simbólica tradicional muere en Europa para dar nacimiento a la expresión de los "genios" del arte. ¿Hay que recordar qué es un "genio"? ¿Cuál es la naturaleza de los llamados "genios", y sus equivalentes en otras tradiciones, como los *yinn* musulmanes o los *pretas* hindúes? Sépase entonces que, a partir del Renacimiento, el "arte" estará en manos de fuerzas elementales de orden inferior (genios) a sueldo de las élites mercaderes en donde anidaban los gérmenes de la contra-tradición. El hebraísmo tradicional no estará ya, de ninguna forma, ni en el catolicismo, ni tan siquiera en un perdido pueblo judío. El simbolismo hebreo, así como el grecolatino, se desvigorizará para reducirse en fusión a un estético lenguaje plástico al servicio del fin siniestro de la empresa europea contratradicional. Existen numerosas obras que servirían de ejemplo de este "Renacimiento", pero quizás de elegir una que ilustre todo esto, sería el mármol de *Miquelangelo* que dio forma renacida (y renacentista) a *David*, el rey de los judíos *(fig. 34)*.


(fig. 34)

Sin embargo, la descentralización del valor tradicional del arte no es lo único que se activará a través del Renacimiento. Este arte renacentista será sólo la expresión formal de una subversión de hondas raíces, y que se manifestará sólo un siglo después, en el terreno de las ideas y en algo que sólo a partir de entonces, se llamará con orgullo "Filosofía Europea".

Para que ese "siglo de las luces" irrumpa irónico como trompeta apocalíptica, previamente se fraguará una escisión en la empresa católica. Y para identificar los gérmenes de esta división, es preferible esquivar los pretextos teológicos que la historia oficial alega. Si, ante todo, definimos a la Iglesia Católica como el banco por excelencia (la empresa de la clase mercader con intención "universalista"), habrá que investigar en el ámbito financiero para conocer los verdaderos móviles del protestantismo. Centrándonos en el luteranismo, el anhelo reformista de un monje agustino (así como ese monje en sí mismo), sólo supone ser la cortina de humo de siniestras fuerzas que se agitan en la tercera casta. Pues al igual que toda la estética renacentista se desintegraría sin el

respaldo de las familias financieras itálicas, *Martin Lutero* se valoraría como lo que es (un frustrado agustino de corto entendimiento), sin los apoyos de las familias financieras germanas. Porque lo que parece un cisma cristiano, supone ser en verdad la expansión de la pretensión católica. No hay tal división; sólo la extensión de los tentáculos de la gran confabulación universal, en forma de franquicias bancarias en aparente pugna mutua.

A un nivel histórico, las relaciones entre Roma y Augsburgo no eran todo lo "sacras" que parecía, y las dinastías bancarias germanas (los *Welser* y, sobre todo, los *Fugger*) habían alcanzado un poder que precisaba expandirse y perpetuarse. Quizás *Jackob Fugger* no era consciente (quizás sí; quién sabe), pero al organizar la Dieta de Frankfurt, proyectó un centro de poder en estrecha colaboración con la empresa católica, Augsburgo. Pronto ese centro político y financiero exigiría una autonomía propia, y ese catolicismo desperdigado en baños de sangre será de suma utilidad en la empresa bancaria internacional. La nobleza germana (*Von Sickinger, Von Hutten*…), los usureros *Fugger*, así como muchas otras familias financieras y burguesas, así como príncipes y artistas (*Holbein, Durero, Cranach*…), apoyaron las propuestas luteranas. Faltaría saber si estos apoyos no nacieron antes de las propuestas. En otras palabras: falta saber si la necesidad de perpetuación de poder político y económico germano, dieron nacimiento a *Lutero* y a toda su doctrina.

Porque, en el luteranismo, el dominio teológico es, desde todo punto de vista, anecdótico; y desde el punto de vista político, útil. Y por ello se esgrime como pretexto. Porque las noventa y cinco tesis de 1517 son incitadas exclusivamente por una reacción a una medida económica, a

saber, las "indulgencias"; y fuera de esas razones económicas, ninguna otra causa se encontrará en la reforma luterana. La formulación luterana se reduce a reaccionar en contra del absurdo lógico de la Iglesia Católica, pero ¿qué se consigue al negar una necedad? Otra necedad: *sola fide, sola gratia, sola sriptura*. Es inútil buscar una vuelta al cristianismo original en la reforma luterana, porque en el catolicismo no existe cristianismo original al cual regresar. La revelación luterana estaría en una Biblia que, ya maltratada y traducida por el catolicismo, pasaría a ser objeto de múltiples versiones, libres traducciones, y perversas prevaricaciones (y aquí no tenemos inconveniente en mentar a *Francis Bacon*). La contratradición dio un paso más con el luteranismo: a través de una presunta tradición sin lengua sagrada y con una revelación *collage* traducida a un ecuménico y litúrgico latín, se convierte a ese extrañísimo libro en una "Palabra de Dios" que "cada uno interpreta libremente bajo la iluminación del Espíritu Santo" (*sic*; *Lutero* habla a través de estas comillas). Pronto se verá el rostro de esa libre interpretación: la sangre ya podía olerse en cada rincón de Europa, y no tanto por esta nueva lectura bíblica (pues a fin y al cabo, sólo una escasísima minoría sabía leer), sino porque toda esta mamarrachada teológica será muy útil para la perpetuación de la casta mercader, y lo que ya comienza a llamarse la "Gran Obra de Todas las Eras".

Se puede comprobar todo esto con la expansión reformista: los centros protestantes serán Estrasburgo (de mano de *Martin Bucero*) y Zurich (de mano de *Ulrico Zwinglio*). Observe el lector: Zurich y Estrasburgo. ¿Qué es actualmente Zurich y Suiza toda ella? Un banco, un enorme banco (incluso hoy en día, franquiciado por el Vaticano que protege con su "Guardia Suiza"). ¿Qué es actualmente Estrasburgo, el norte de Francia y Bélgica? El centro administrativo de la Unión Europea como entidad

económica. Ambos son centros de poder económico mundial, universal, o si se prefiere, "católicos". Y tras la reforma de Zurich y Estrasburgo (es decir, de la fundación de franquicias del dominio bancario internacional), se abrieron otras cuantas que aún hoy siguen abiertas (¡y de qué manera!) articulando una tiranía de la usura sólo comprensible para aquel que vive en el siglo XXI. *Enrique VIII* fue el títere que inauguró la franquicia bancaria británica y su Iglesia anglicana. *Calvino* desde Ginebra (otro banco), continuaría la labor de *Lutero*. *Beze* fundó la franquicia hugonota. *Guy de Bres* fundó la holandesa, e *Ignacio de Loyola* (como producto de la contrarreforma católica dentro del dominio vaticano) funda la franquicia bancaria española, con su Compañía de Jesús, recogida oficialmente en 1540 a través de *Pablo III* y su *Regimini Militante Ecclesiae*. Entiéndase: el siglo XVI culmina con la exposición de las facciones de poder que en poco más o menos de cinco siglos, conducirán al ser humano hacia su completa e inevitable aniquilación. Entiéndase: las pugnas entre estas facciones sólo existen a un nivel subordinado, pues en última instancia, se trata de un mismo proyecto bancario internacional. Entiéndase, lector: ya en el siglo XVI, Europa no era un continente (pues nunca lo fue); la Europa del siglo XVI ya se mostró sin máscara como lo que es: una trampa, un cepo, el desagüe de la humanidad.

El tenebroso "siglo de las luces": racionalismo y empirismo

Tras la escisión de la conciencia europea que acarreó las reformas y las contrarreformas, Occidente no estaría tan dividido como las violentas guerras religiosas así indicaban. Europa sólo había invocado a los diablos… y estos habían acudido.

Si algo se escinde de un todo, se tiene certeza de que ese algo ya estaba contenido en ese todo antes de separarse. Así ocurre con el cisma católico: el protestantismo ya estaba latente en la empresa católica, y sólo esperó su momento. Éste llegó después de que el pensamiento renacentista abriera camino hacia una bicefalia cognitiva que impregnará todo, y que se expresará racionalmente con el dualismo cartesiano. Véase que lo que el catolicismo había propuesto como expresión del conocimiento tradicional era una débil "Teología", que a finales del siglo XVI se veía abocada ella misma a otra escisión, entre la llamada "Filosofía" y la llamada "Ciencia".

Sobre esta última, el Occidente de principios del siglo XVII sólo podía ofrecer un degenerado compendio de Astrología (de origen griego), Alquimia (legado árabe), y la Magia (es decir, una adaptación europea de ciertas aplicaciones de la Qabbalah hebrea). En palabras claves: la Europa católica/protestante no tenía ninguna expresión científica tradicional propia. ¿Por qué? Pues porque la Europa católica/protestante ya no expresaba ninguna tradición a la que subordinar cualquier ciencia válida. Existía un interés por producir una ciencia nueva… aunque esto sólo fuera posible a través de un despropósito.

Exaltando ese interés, *Francis Bacon* escribe en 1620 su *Novum Organum Scientiarum*. Es cierto: las desgajadas ciencias tradicionales de Occidente (Magia, Astrología, Alquimia…) deberían morir para poder cultivar sobre sus cadáveres, un nuevo órgano científico, empírico, que se apoye en lo único en lo que el espíritu europeo podía apoyarse: la experiencia. Con *Novum Organum*, *Bacon* delata la inutilidad del aristotelismo para una visión del ser humano que alega querer expandirse. Ese ser humano

resulta él mismo separado, en dos realidades incompatibles y excluyentes, que *Pierre Bayle* llegará a enunciar como dos tipos de espíritu: los "racionales" y los "religionarios". Incluso el mismo *Francis Bacon* llegará a expresar con *De Dignitate et Augmentis Scientiarum,* una directriz de separación radical entre la "ciencia" y los "asuntos de fe". Ésa es la nueva ciencia de Occidente, la "ciencia empírica" de un *Francis Bacon* que, sin poder ver en vida la conclusión de la *Instauratio Magna,* fue continuado por la tarea de un *Thomas Hobbes* y un *John Locke*. Todo esto cristalizará después en la *Royal Society* como institución de la "ciencia moderna" (ya llamada así) al servicio de la fuerza británica.

El otro aquelarre de donde surgirá el soporte filosófico que el empirismo inglés precisa, será Francia, y es comprensible que así sea si se estudia el proceso que permite la fundación de la *Académie Royale des Sciences*. Un francés de cuna noble, de educación jesuita y formación militar (el trinomio moderno de siempre), será apoyado por la nobleza holandesa y sueca para llevar a cabo la postulación epistemológica de la "nueva ciencia" de Occidente. *René Descartes* establece en 1637 con su Discurso del Método, los fundamentos de lo que será la visión moderna del cosmos: un pensamiento lógico, del cual derivaría una física exclusivamente cuantitativa. *Descartes* identificó a ese nuevo hombre físico con lo que él consideraba la esencia humana: la "razón". El "espíritu" humano se reducía así a la "cosa pensante" (*res cogitas*), y ese dualismo humano dejaba abierta a la exploración, una naturaleza que podía conocerse como un mecanismo expresable por leyes matemáticas. Por lo tanto, tal y como soñaba *Bacon,* la naturaleza se vivía como algo "dominable", no por conocimientos cualitativos, sino por leyes matemáticas que los *Fermat, Blaise, Pascal, Napier, Burgi,* y finalmente, *Isaac Newton*, desarrollarán como lo que vulgarmente entendemos como

"Física". La creación por el "Verbo" de la teología, se convierte en producción cósmica controlada y expresada por leyes matemáticas; nació la "Física Moderna".

Tras esta abrupta revolución de modo de percibir el cosmos, toda forma de conocimiento institucionalizado quedó completamente desvinculado de cualquier centro legítimo. El racionalismo cartesiano derivó rápidamente en pretensiones enciclopedistas; y el empirismo inglés se manifestó finalmente en utilitarismo. A fin y al cabo, reducida toda capacidad gnoseológica a la mera experiencia, todo lo que el hombre crepuscular puede conocer, tiene alguna validez en la medida en la que aumenta la dimensión de esa experiencia. En palabras más claras: si el europeo conoce, es cómo método para dar utilidad a su experiencia. Sin embargo, si la nueva ciencia se va a legitimar a través de la utilidad, nadie (subrayamos: nadie; ni *Bacon*, ni *Locke*, ni *Newton*, ni *Spinoza*, ni *Bayle*…) determinarán con convicción para qué y para quién resulta "útil" esa ciencia que se estaba volcando en la técnica. A lo sumo, balbucearán una vagas razones "humanistas": para el "hombre", para el "bien del hombre", para la "felicidad del hombre"… Sin embargo, en una paradoja malévola que se mantiene enraizada hasta hoy en día, ese "hombre" del humanismo no es más que una abstracción sin correlación concreta, sin correspondencia real, sin relación alguna con unos seres humanos que, a partir de ese momento, incubarán una enfermedad mortal que después se expandirá en epidemia como modernidad.

Porque, por encima de las especulaciones de una filosofía lisiada y de una ciencia que germina en fatal desvío, lo que verdaderamente hace todo esto posible es el plan "católico" que, en el siglo XVII, tuvo que ser renombrado, aun estando en plena vigencia. A fin de cuentas, el

catolicismo es la empresa política de la casta mercader que permitía y financiaba todas estas revoluciones, no sólo del pensamiento, no sólo técnicas, sino -ante todo- bélicas. Para esta empresa, lo cristiano era una coartada, o si se prefiere en términos actuales, una mera estrategia publicitaria. Desbocar las pulsiones burguesas no amenazaría al éxito de esta empresa universalista, sino muy por el contrario: la división radical, absurda, y artificial entre "Iglesia" y "Estado", entre "Religión" y "Ciencia", también entre "teoría" y "práctica", será de una utilidad clave en un proceso que, a partir de ese momento, se acelerará con frenesí. El *Novus Ordo Seclorum* está cerca, y más allá de las incontables y sangrientas pugnas de poder entre múltiples facciones duales, Europa es, sobre todo, un proyecto: una intención explícita de ordenación universal.

Como primer apologista descarado de esa pretensión europea, nos encontramos a un alemán, *Gottfried Wilhelm Leibniz* que, entre otras cosas, confecciona el primer boceto de la Unión Europea. En 1670, *Leibniz* se apoyó en la situación histórica que se deja tras Westfalia, para proponer las transformación política que Europa adoptará en los siglos siguientes: concebir Europa como una unidad imperial en expansión exterior, y con un potencial de ordenación político universal. Incluso el filólogo y el jurista alemán, se atrevió a hacer explícito en pleno siglo XVII, el que iba a ser el reparto de poder territorial de los diferentes centros del proyecto europeo: Inglaterra dominaría América del Norte, España dominaría América del Sur, Holanda dominaría las Indias Orientales, Francia dominaría África toda ella. Como puede comprobarse ahora, *Leibniz* se equivocó muy poquito. Además, junto con *Bossuet*, *Leibniz* propuso "la unión de las iglesias" en defensa de una misma constitución europea como proyecto político. Nos podemos imaginar que el señor *Leibniz*

resucitaría muy contento si consiguiera ver la Europa de principios del siglo XXI.

¿Puede ahora responder el lector para qué resulta útil la inaugurada "ciencia moderna" y su tecnología bélica? Para el proyecto político universal: Europa como engendro arquitectónico de los usureros. No sólo la ciencia y sus instituciones, no sólo la técnica y sus artefactos, no sólo el racionalismo teórico… también el resquicio de algo que ha sobrevivido bajo el difuso nombre de "religión". Las instituciones religiosas (es decir, las "iglesias" -en plural-) desempeñarán las mismas funciones que desempeñó la Iglesia cuando ésta estaba bajo la forzada unidad papal: mutilar al ser humano, atenazarle a través del terror, y no dejarle manifestarse en su plenitud. Con el siglo XVII, la Iglesia de las reformas y contrarreformas sólo cambia en hacerse plural, y en poder ejecutar su infame actividad con aún mayor descaro. Esta infamia y sinvergüencería al servicio del proyecto político universalista, lo encarnará como nadie, la "Compañía de Jesús", brazo político de la Europa católica en el continente americano, donde llevaron a cabo una "misión" que actualmente se puede verificar que está bien "cumplida". Los jesuitas también llevaron a cabo una importante misión interna en Polonia, en Alemania, y en Francia; y fueron los que "formaron" a través de su *ratio studiorum* a las marionetas que el proyecto europeo precisaba, tales como emperadores como *Maximiliano I* o *Fernando II*, y también importantes pensadores como el mismísimo *Descartes*.

El protestantismo tuvo organismos de poder semejantes a la "Compañía de Jesús" católica. En la expansión colonial, América sufrió una mutilación social de los pueblos autóctonos, los cuales se vieron forzados a escoger para sobrevivir entre dos malas hierbas a cada cual

más venenosa: el jesuitismo católico o el puritanismo protestante. Estas plagas causaron en Europa la persecución y el exterminio de los últimos vestigios individualizados de los conocimientos tradicionales depositados en algunas pocas mujeres. Lo poco que restaba en Europa de verdadero y sabio lo guardaban con celo ciertos círculos cerrados de iniciadas. Las correspondientes "cazas de brujas", acabaron con este último bastión del conocimiento encarnado por una feminidad, que será brutalmente pisoteada con furia por organismos represivos patriarcales. Ésas son las dos tareas de la "religión" en el "siglo de las luces": exteriormente, en las colonias, establecer las condiciones sociales favorables para un golpe de poder global en siglos posteriores; en el interior de Europa, enloquecer a su pueblo en una ignorancia de apariencia ilustrada, crear un término hueco e impotente llamado "fe", y destruir todo poder femenino que pudiera suponer una oposición a lo que estaba por venir.

¿Qué estaba por venir? El fin con el que *Nicolás Maquiavelo* conseguía justificar todo: una perpetuación ilimitada de poder. Pero si para este fin, todo lo que Europa tiene como propio son meros medios (la "nueva ciencia", las "nuevas iglesias", las "nuevas filosofías", las "nuevas fes"…) ¿quién o qué verdaderamente articula este plan? En otras palabras: si *Lutero* y su reforma, si *Descartes* y su razón, si *Bacon* y su empirismo, si *Leibniz* y su mónada, si *Newton* y su manzana, si *Locke* y su parlamento, si *De Loyola* y su compañía… son sólo actores que hacen posible un proyecto. ¿quién o qué tiene en mente ese proyecto? Si a un nivel de superficie, la historia se agita con guerras y sufrimiento que se dirigen hacia una misma dirección, ¿qué persona proyectó esa dirección? Esa persona tiene varios nombres, y quiere ser el "Príncipe de Este Mundo" a cualquier precio. Esa persona tiene varios nombres y se camufla con éxito en facciones de apariencia opuesta. Esta persona tiene varios

nombres, y una monumental red de culto de una complejidad que la hacen difícil de estudiar y exponer. Nosotros hemos estudiado esa red, y la exponemos aquí con la síntesis que esta obra exige.

La Masonería y su "Gran Obra de Todas Las Eras"

La primera e insalvable dificultad que se encuentra al estudiar la Masonería como un todo, es la malintencionada diversidad de pareceres que hay con respecto a su origen, a su naturaleza, o incluso a su relación con la Iglesia Católica. Esta dificultad se acusa aún más cuando muchos de esos pareceres vienen de masones, y otros muchos de opositores anti-masónicos. Estos últimos desacreditan a los primeros en sus investigaciones porque, obviamente, consideran difícil que un masón publique sobre la Masonería, sin interés escondido y pretensión apologista. Los masones, por su parte, critican con razón los trabajos de los no masones, porque hablan de algo "desde afuera", y teniendo en cuenta el carácter cerrado de la Masonería, es cierto que poco de valor se puede escribir sobre ello. Todo esto hace de la Masonería un objeto de estudio obtuso, y a la literatura sobre el tema, tan extensa como yerma, confusa, y -si se nos permite- aburrida.

Porque partiendo de las numerosas mamarrachadas que se atribuyen como origen de la Masonería y que hacen imposible cualquier tipo de diáfana unanimidad al respecto, es preferible definir la Masonería a partir de lo que fue cuando comenzó a ser lo que es, y se tiene constancia clara de ello, es decir: el siglo XVIII. Antes de ese siglo, los unos y los otros atribuyen nobles o infames orígenes a un fenómeno que, independientemente de sus raíces, devino un instrumento de la

modernidad y una eficaz red de poder para la gran confabulación mundial. Quiénes fueron los primeros masones es algo que no sabemos, pero sabemos que quienes fueron los artífices del proyecto europeo moderno, tuvieron (todos ellos, en mayor o menor rango) una filiación masónica. Así es, y ni si quiera el "secreto masónico" evita que esto se sepa con certeza documentada.

Lo cierto es que existen tantas teorías del origen de la Masonería como multiplicidad de logias, y también existen motivos suficientes como para descartar en bloque todas ellas como superchería. Quizás la única teoría que pueda tener cierta credibilidad, es la que une la Masonería al templarismo, teniendo en cuenta -eso sí-, que su vínculo no puede ser en ningún caso una transmisión regular, sino ciertas descendencias familiares que no mantuvieron más que restos rituales desgajados y desnaturalizados con el pasar de los siglos. Aparte de esta teoría templaria de la Masonería, se pueden encontrar cientos de teorías de su origen (sin exagerar: cientos), a cada cual más absurda. Así, el investigador encontrará masones que aseguran descender directamente de los constructores del Templo de *Salomón*, de los faraones egipcios, de los magos persas, de los esenios, de los pitagóricos, de los maniqueos, de los socinianos, de los druidas, de los gimnosofistas indios, de los ismaelitas, de los primeros cristianos, de los luciferinos, de los judíos, de los fenicios, de los gnósticos alejandrinos… y la lista sigue, sigue y sigue, hasta disparates recientes como una isla inventada llamada Lemuria, un fantasioso Tibet, o planetas de otra galaxia. Todos nosotros sabemos que los modernos son estúpidos en grado sumo, y que no tienen otro modo de dar validez a sus actividades que remontar su justificación atrás en el tiempo y lejos en el espacio. Esa estupidez (así como la Masonería

moderna) es muchísimo más reciente y cercana de lo que cabe esperar dando crédito a los escritos masónicos: el siglo XVIII europeo.

Una precursora bien documentada de la Masonería fue la cháchara pseudo-rosacruciana, que, independientemente del origen de los legítimos Rosa-Cruz (si es que existieron; nosotros no tenemos datos para pensar lo contrario), deben su existencia a la astucia del Maestro del Priorato de Sión, *Juan Valentín Andrea*. El teólogo protestante publicó en 1616, *Die Chymische Hochzeit Rosenkreutz*, un extraño libro en donde el fundador "*Rose-Croix*" era iniciado en el hermetismo por un misterioso rey. Antes de ese libro, no se tenía registro de sociedades rosacruz en Europa, y sólo veinte años después, los rosacrucianos crecieron como setas, a pesar de las protestas del mismo *Andrea* alegando involuntariedad en la responsabilidad del movimiento. Los rosacrucianos de finales del siglo XVIII aseguraban estar interesados en la beneficencia, el establecimiento de la paz universal, y la confraternización de las religiones… es decir, en lo mismo en lo que después alegarían estar trabajando los masones del siglo XVIII, ¡y también los globalistas de la ONU del siglo XXI!

Alguna cosa sí que es cierta con respecto a la Masonería: los gremios de picapedreros y canteros de Estrasburgo y Centro-Europa fueron transformados en un instrumento de una serie de organizaciones secretas formadas no sólo por albañiles y mamposteros. Los picapedreros de "*los hermanos de San Juan"* en Estrasburgo, los albañiles *free-stone-mason* ingleses (¡del siglo XIV!), o los *gibles* de constructores germanos, se convirtieron (en poco más de un siglo) en complejas sociedades de poder con una influyente membresía, y con una ritualística propia. Tal era el éxito y la influencia de estos grupos de poder, que se puede decir sin riesgo a

exagerar, que la élite europea del siglo XVIII, antes de católica o protestante, antes de "racional" o "religiosa", antes de "monárquica" o "liberal", era masónica. El verdadero órgano de poder de la élite financiera mercader era la Masonería, y su influencia abrazaba todo credo, todo reino, toda iglesia. Por ello resulta absurdo (y difícil de evitar por parte de ciertos contemporáneos), el intentar insertar a la Masonería en las etiquetas ideológicas, políticas, o religiosas que la misma maquinaria europea producía. En palabras claras: es muy simplista querer ver en la Masonería un conglomerado de fuerzas anti-papales o anti-capetas, porque no es así de ningún modo. También lo es querer ver en la Masonería a un brazo exclusivamente protestante, o cristiano, o anti-cristiano, o liberal, o monárquico, o anti-monárquico, o inglés, o francés, o español, o alemán. No resulta así de sencillo. Ya antes de las Constituciones de *Anderson*, existían logias masónicas de todo tipo, porque en la cúspide de todas ellas, el "Amo" sabía que todo eso no eran sino medios para alcanzar el fin maquiavélico de la perpetuación universal del poder: algo que en los altos grados masónicos se llama "Gran Obra de Todas Las Eras".

¿Quién era ese "Gran Amo"? ¿Era el "Gran Arquitecto del Universo" masónico tan sólo un concepto? Y si lo era, ¿qué individuo, familia, linaje, logia, raza, o pueblo, representaba el "artífice" de la obra que todo arquitecto (grande o pequeño) necesita para materializar su proyecto? Es difícil responder estas preguntas con documentación.

Porque por muy nobles que argumentaran ser los orígenes y las intenciones de la Masonería "original", lo cierto es que, ya en la primera mitad del siglo XVIII, se tiene constancia de logias con tendencias oscuras y místicas, exclusivamente volcadas hacia fines políticos. Así, ya

hay una densa literatura anti-masónica en el siglo XVIII; y no sólo eso: hay una literatura masónica que denuncia lo que algunos "masones verdaderos" interpretan como "nefastas desviaciones" (por ejemplo, *Jeudi* y *Les Faux-Freres uo la verité dans un plus grand jour*). Si se acepta que esas tendencias eran desviaciones dentro de una honorable "Masonería auténtica", los masones tendrán que reconocer que esas tendencias desviadas triunfarán al dirigir la Masonería al hecho que se puede comprobar en todo el siglo XIX: convertirse en una intrincada red de sociedades secretas con diferentes fines políticos (al menos, en apariencia), y con un único medio de acción compartido, a saber: la artimaña.

Y es que los tintes ocultistas que arruinarán todo lo que la Masonería podía tener de noble en su origen, ya se ven en la Reforma Escocesa, en 1735. El Rito Escocés admitía grados elevados por encima de los tres grados clásicos, y estos "altos iniciados" aseguraban estar en contacto con unos tipos que el adepto llamaba "Superiores Desconocidos". ¿Quiénes eran estos señores? Pues ni el masón lo sabe, porque se explicita que los "Superiores Desconocidos" dirigen la logia sin que los dirigidos los vean. La teoría escocesa no sólo se conforma con eso: reivindican una descendencia directa de los Templarios, y hacen llamadas al "odio" para "vengar a *Jaques de Molay*". Si la teoría ya arroja estas tarambanas, el lector preferirá no acercarse a las peligrosas tonterías de la ritualística escocesa.

Esta reforma masónica es a la que se adhiere un dispar conglomerado de logias que comparten tres mismos ingredientes: la pasión por el ocultismo, la vaguedad teosófica, y -sobre todo- el placer por inmiscuirse en política. En este saco, nos encontraremos alguna que otra

manzana podrida: los "Hermetistas de Avignón", los "Escogidos Cohen" de Burdeos, los "Teósofos Iluminados" de París, la "Estricta Observancia" de Wisman, los "Rosa Cruz de Oro" de Viena, los "Verdaderos Masones" de Londres, los "Martinistas" de Lyon…

Para dar concilio a semejante confusión, se convocó un conciliábulo en Wilhelmsbad (1782), al que acudieron los "Amos" de las principales logias. El objetivo oficial y principal de la reunión era "dar unidad a la Masonería", y pronto se comprobará en base a qué se buscará esa unidad. Tras treinta y una sesiones, lo que sería la "Masonería racionalista" (representada por *Maestro Bode*) fue derrotada. Las tendencias místicas y oscuras de los "Martinistas", los "Teósofos Iluminados", y de los "Rosa-Cruz de Oro", triunfaron y se agruparon alrededor de una orden netamente revolucionaria y violenta: la Orden de los Iluminados de Baviera. *Adam Weishaupt* logró concentrar todas las fuerzas masónicas (con excepción de una Masonería "ortodoxa" que dejará de tener presencia en las décadas siguientes y que finalmente se extinguirá en el siglo XIX y XX). Por mucho que existieran opositores masones que lo combatieron hasta sus muertes, *Adam Weishaupt* consiguió dar a la Masonería la forma que, infelizmente, iba a tener en el siglo XIX, XX y XXI: un medio de perpetuación de poder europeo, una plataforma de propaganda de un proyecto de secularización, un instrumento de poder de construcción de una "Gran Obra de Todas Las Eras" que nada tenía de "divina", y sí mucho de "internacional".[221]

Hay una palabra que define la doctrina política de *Weishaupt*, y esa palabra acompañará a Europa desde entonces hasta el fin de sus días: "revolución". Conocemos las pretensiones de los Iluminados de Baviera a través de *Le Forestier*, que aseguró que, en la Europa de la Revolución

Francesa, la Orden tenía 650 "Iluminados" (pocos; si se considera la influencia que ya entonces tenían). Esa Revolución Francesa fue, sin duda, el primer fruto de la Masonería moderna concentrada en las intrigas políticas. Sabemos a través del jesuita masón, *Agustín Barruel*, que el pensamiento de *Weishaupt* era la "búsqueda de una sociedad ideal", en la que será preciso "destruir toda religión, toda sociedad civil, y acabar con la abolición de toda propiedad". ¿ Al lector le resulta familiar todo esto? En efecto: todo el siglo XIX y XX articulará el desarrollo de este pensamiento, a través de los liberalismos, los socialismos, los anarquismos, los ateísmos, y los comunismos. Y más allá del fracaso de la búsqueda de un fin (a saber, esa "sociedad ideal"), habrá un medio al que a partir de entonces, todo ser humano tendrá que acostumbrarse para sobrevivir: el derramamiento de sangre. Se abre así una "nueva era": revolución, revolución y revolución. ¿Cómo se traduce esta máxima en lenguaje humano? Así: guerras, crímenes, muertes, tortura, decapitaciones, ejecuciones, sangre, atentados, fusilamiento, abusos, ejércitos, levantamientos, armas, bombas, miedo, trincheras, refugios, aviones, torpedos, metralletas, granadas, misiles, hongos de humo… en definitiva, el fin del ser humano.

La revolución hecha siglo: *Novus Ordo Seclorum*

Y a partir de este momento, la historia se hace compleja en extremo, y su función suprahistórica clara y simple: destruir lo humano. Europa es una olla con venenos en constante ebullición. Tantos ingredientes tiene este cocido macabro, que ni tan si quiera nos detendremos aquí en ellos: revolucionismo, nacionalismo, liberalismo, tradicionalismo, internacionalismo, imperialismo, anarquismo, marxismo, socialismo,

maquinismo, sindicalismo, comunismo… No sólo un fantasma sobrevolaba la Europa del siglo XIX, sino varias hordas de ellos. Todos ellos matarán e inspirarán a matar al hombre crepuscular, movido éste por fuerzas mecánicas que lo harán actuar de modo infrahumano, como una peligrosa bestia. *Napoleón Bonaparte* abrirá una carrera imperialista, que buscará la "unidad europea" que ya anhelara *Leibniz*, y que será conseguida paradójicamente a través de las élites financieras apoyadas en el sistema bancario europeo, centralizado ya no tanto en Roma o Augsburgo, sino en Londres. De hecho, será Londres, el centro del Imperio clave -el británico- en la siguiente etapa del proyecto europeo. Junto con la ayuda de las fuerzas francesas, belgas, holandesas, españolas… el imperialismo europeo-británico extenderán sus dominios a todo el mundo, y buscarán la articulación territorial de esa "universalidad" que siempre ha definido su proyecto occidental. Para ello -claro está- la prioridad en la política exterior europea recaía en la destrucción de todas las expresiones tradicionales aún vivas. Esto fue relativamente fácil en América, donde el jesuitismo español ya había hecho un profundo y largo trabajo previo. Además, la débil organización social de los pueblos americanos no sólo facilitó su destrucción, sino también la imposición de los preceptos secularizadores europeos. En palabras claras: los pueblos americanos sobrevivieron en la medida en la que se sometieron a una lengua (inglés, portugués, o español), a una religión (católica o protestante), y a un nacionalismo (el propio o el de su "patria madre"). Además, si todos los estados americanos se independizan bajo las concepciones modernas y de manos de dirigentes europeos, uno de esos estados estará bajo control directo británico: los Estados Unidos. La proyección imperial británica en América tenía la forma de una federación dominada en su cúspide por el sistema bancario europeo, al que se le reservará un importante protagonismo en el siglo

XX tras la fundación de la Reserva Federal (1914). Mientras ese momento llega, se construye una América con un núcleo de poder centralizado en Washington, y con una frontera invisible que dividirá socialmente el norte puritano-británico y el sur jesuita-español. Más allá de esa división, artificial y administrativa, América había sido levantada como proyección occidental de Europa, en la cultura, la religión, la lengua, la política, la estética, el derecho… y todo lo que configura la "sociedad civil" moderna. En pocas décadas, América se haría clave en este proyecto.

También fácil fue la empresa imperialista en el continente africano, y también en Oceanía. Las expresiones tradicionales de la África negra (también las oceánicas) estaban desgajadas y ciertamente debilitadas, en un mosaico inconexo impregnado de reflejos del Ciclo del Sur, y articuladas socialmente por reinos débiles (Songhai, Malí, Ghana…) y confederaciones tribales en estructura patriarcal de dos clanes (heras e himas, hutus y tutsis…). Todo favoreció un trabajo fácil para el proyecto imperialista europeo, y a finales del siglo XIX, la élite financiera se repartirá territorialmente África en una "gran rebatiña", que permitirá en el futuro un sistema de dominación política, militar, económico y social, sin precedentes.

La historia del imperialismo sobre los países árabes y el ataque a la tradición islámica resulta una materia más compleja. Lo cierto es que también fue relativamente fácil adaptar las fuerzas políticas islámicas en el proyecto europeo. Creemos que el Islam, aún siendo la última expresión tradicional íntegra, fue utilizado como una fuerza política más en la gran confabulación mundial, incluso antes del contexto que aquí señalamos. Infelizmente, el Islam siempre tuvo un pie en Europa, y ese

pie era el de las élites turcas, que llevaban décadas en pugna con los estados europeos, que a su vez también se guerreaban entre ellos. Porque en última instancia, el Imperio Otomano era una fuerza europea más, y sus dominios mediterráneos meridionales, allanaron lo que posteriormente iba a ser la tarea secularizadora. A principios del siglo XIX, casi todo el Magreb dependía del Imperio Turco, bien directamente, bien a través de dinastías dirigentes de origen turco, como los culuglis argelinos o los pachás tunecinos. En cuanto a la excepción del Imperio Cherifiano, éste era, en esta época, el país menos islamizado del norte de África, y prácticamente pagano. Así, a la infame dinastía alawita, no le costó perpetuarse en el poder a través de un "Islam" que sólo resultó ser nominativo. Este conjunto de circunstancias permitieron una mutilación de la *Umma* musulmana, la ocupación militar de los países árabes (a través de fuerzas francesas e inglesas), y el contrato de corrupción entre el proyecto europeo y las diferentes realezas de pretexto ideológico y nominativo islámico. Por cierto: este contrato corrupto de colaboración entre ciertas élites islámicas y el proyecto secularizador europeo, está vigente hoy en día, y es conveniente que la maltrecha *Umma* musulmana lo tenga en cuenta. En una frase contundente que nos gustaría que llegara a nuestros queridos lectores musulmanes: recuérdese que, así como existe un Islam, la fuerza satánica del *Novus Ordo Seclorum* ha producido un invertido "islamismo". Por desgracia para los musulmanes y todos los seres humanos, este falso islam o "islamismo", tiene mucha importancia en la recta final de los tiempos. El Islam es puro; pero el islamismo que se ha proyectado como instrumento de confusión del *Din*, está tan podrido como los perros que lo hacen posible.

Un poco más desafiante resultó para la contratradición, destruir las expresiones hindú y extremoriental (quizás por dificultades logísticas, o quizás por la lejanía, o quizás por la firme oposición que mantuvieron autoridades espirituales aún vivas que tenían un amplio respaldo popular). El caso es que los europeos se tuvieron que emplear a fondo en India y en China. En esta última, tuvieron que introducir un potente elemento nuevo al servicio de la "Gran Obra": la destrucción social a través de las drogas. En las llamadas "Guerras del Opio", el "gran" y maldito Imperio Británico destruyó a la sociedad china doblegándola en una dependencia tanto comercial como psicológica. Con esta estrategia de dimensiones destructivas recién estrenadas, Europa se garantizaban una ruta comercial del opio que enriquecerá (aún más) a unos mercaderes que ya se estaban convirtiendo en "industriales". Las diversas *West Indian Company,* la creciente industria química, y el cártel bancario de Hong-Kong formaron parte de esta estrategia: se borraba la tradición china para siempre, y en poco más de cien años, la red de sociedades secretas políticas, conseguirán poner a uno de sus títeres como líder de una "revolución" contratradicional inédita en violencia y destrucción humana: *Mao-Tse-Tung.* Como dijimos con el "islamismo", esta "China" (como "República Popular"; sin ninguna relación con una tradición china ya aniquilada) será importante en el siglo XXI, y lo será aún más en la medida en la que nos acerquemos al precipicio.

Porque más allá del imperialismo y la fortificación de la hegemonía bancaria, el siglo XIX se cierra con la destrucción de las fuerzas tradicionales orientales, y con la propagación de un hedor secular por todos los rincones del mundo. Incluso de un desarraigado y perdido pueblo judío (en el que ya nada había de un hebraísmo tradicional), surgen los movimientos contra-tradicionales que sentarán las bases de la

"gran batalla final", a saber, el siglo XX todo ello. En el terreno económico, la familia *Rothschild* afianza el sistema bancario internacional en el que se apoyará una industrialización que llevará la capacidad destructiva del ser humano hasta límites jamás registrados. Los oficios tradicionales mueren en pro de la producción industrial. La "ciencia" (que quizás en algún momento del pasado fue legítima) se invierte y se desarrolla en una locura de Químicas, Físicas, Medicinas, Psicologías, Genéticas, Eugenesias… todas ellas volcadas en una técnica sufragada por familias inmiscuidas en la maquinaria militar. Compréndase de una vez por todas, que todo desarrollo tecnológico es, ante todo, bélico (y por supuesto, hoy en día, también). De ese mismo judaísmo surgen marionetas que dan fundamento teórico y práctico a útiles desvíos en el terreno filosófico o científico, como por ejemplo, *Karl Marx* o *Sigmund Freud*. Y también dentro de ese judaísmo sin nada verdaderamente hebreo, surge el movimiento político sionista de *Theodor Herzl*, que será otro elemento clave en el desenlace de la presente humanidad.

Toda la loca élite europea sueña con un "nuevo hombre" gestado con pasión, sudor, y sangre. Reducido todo ideal al oscuro campo de los anhelos, el ser humano se prepara para una guerra de dimensión mundial, global, universal. Las facciones ya estaban claras, y también lo estaban las funciones del hombre en esa contienda: guerrar, matar y morir. La pretensión europea se hace "guerra mundial", y en ella va a participar un hombre destinado a una contienda suicida por imposición de inercias infrahumanas. Porque, tal y como *Friedrich Nietzsche* afirmó en su "El Anticristo", "el hombre está hecho para la guerra; la mujer para descanso del guerrero. Todo lo demás son tonterías." Se proclama así, la primera guerra de dimensión mundial. ¿Qué derivará de ella? ¿Una paz mundial? Europa se sumergirá en un caos horripilante. Pero en esa

bajada a los infiernos, no se irá sola: arrastrará con ella a toda la humanidad. ¿Qué surgirá de ese caos? Un orden nuevo, el Nuevo Orden Mundial.

Guerra, guerra y guerra

El hombre crepuscular ve nacer un siglo roto en tres. Tres son las sociedades secretas principales que dividen a los estados europeos en bloques de tres. Tres son los centros financieros en donde se concentra la red bancaria-industrial internacional. Tres son las dinastías reales implicadas en la gran contienda que estaba por venir, y tres serán las guerras mundiales que culminarán "La Gran Obra de Todas Las Eras", que cerrarán la presente humanidad, y que repartirán la hegemonía mundial entre tres superpotencias hermanadas que desarrollarán los tres tiempos de este drama: Reino Unido, Estados Unidos, y –finalmente- el estado moderno de Israel.. La primera de esas guerras, se declara el año en el que se funda la Reserva Federal en Estados Unidos, y culminará como un completo éxito para los grupos financieros que la hicieron posible: más de nueve millones de muertos, veintiocho países socialmente destruidos, el desarrollo de toda una industria bélica a la cabeza de la investigación tecnológica, una total dependencia de Alemania que será muy útil en el futuro inmediato, el nacimiento de la primera institución de gobernación mundial internacional (Sociedad de las Naciones), y una revolución modélica que invierte -aún más- la naturaleza del gobierno de los hombres.

Éste último punto resultará clave: la élite industrial/capitalista (la verdadera responsable de la "Gran Guerra"), necesitaba una fuerza rival

que polarizara las últimas fases del proceso imperialista, y -a posteriori- el golpe de poder absoluto que permitiera la instauración de un Gobierno Mundial. Esa fuerza la iba a encarnar el aparato soviético que, bajo pretexto de trasfondo "internacionalista", se iba a servir de contradictorias alianzas que, oficialmente, servían como medio para una difusa causa que, ya antes de los años cuarenta, se llamaba "Comunismo Internacional". Así, la URSS dictatorial, comunista, y con pretensiones internacionalistas, no tendrá inconveniente en aliarse con élites industriales capitalistas, trabajar conjuntamente con estados parlamentarios europeos, y -al mismo tiempo- apoyar variados ideales nacionalistas. Una de esas astutas contradicciones estratégicas fue la alianza que *Stalin* firmó con la Alemania nacional-socialista en 1938, que finalmente fue rota por *Adolf Hitler* en 1941, lo que hará las funciones de la chispa que una Europa inflamable necesitaba para avanzar en la agenda contratradicional. El resultado de esa explosión fue la mayor batalla hasta entonces recordada por el ser humano, la cual fue usada en beneficio del movimiento sionista. A través de la Segunda Guerra Mundial, se consiguió el ansiado estado moderno de Israel, el cual resultará clave geopolíticamente en la tercera etapa de la "Obra" que se abría en 1948. Además del triunfo del proyecto sionista, la Segunda Guerra Mundial arroja un control bancario afianzado hasta límites inexpugnables, sesenta millones de muertos, más de cincuenta países destruidos y mutilados (muchos de ellos, por segunda vez en treinta años), el trauma sistemático de toda la población mundial, y la amenaza de una armamento nuclear a partir de entonces en constante desarrollo.

Otra consecuencia del segundo gran evento de un mundo en guerra permanente, fue la actualización de la Sociedad de las Naciones como Naciones Unidas. La sede de este organismo se ubicará en Estados

Unidos, en el terreno neoyorquino propiedad de una de las familias industriales responsables de la maquinaria bélica internacional, los grupos bancarios más influyentes, y el sufragio de la investigación química y eugenésica: *Rockefeller*. Las Naciones Unidas se presentarán como una ambiciosa plataforma burocrática al servicio de la centralización de poder global, que resultaría posible tras el éxito de la tercera etapa.

Esa tercera y última etapa llevaría gran parte de la segunda mitad del siglo XX. La "Guerra Mundial" permanente, adoptará una forma aún más espeluznante, aún más fría. Esa "guerra fría" divide al mundo en una útil polaridad, "Capitalismo" y "Comunismo", que permitirá el reparto territorial del globo, entre dos fuerzas en última instancia hermanadas. Permitirá también la concentración de la conciencia humana en la expresión económica de una realidad ya por completo desacralizada, y -sobre todo- una carrera de investigación tecnológica al servicio de un paradigma bélico inédito que tendrá como debut el primer cuarto del siglo XXI.

El poder de los servicios de "Inteligencia" de los estados de sendos bloques, llegan a extremos de los que el ciudadano medio ni tan si quiera puede dar crédito. Una carrera militar y armamentística en continuo desarrollo deja en la sociedad civil, una estela de revoluciones tecnológicas aplicables al control social y psicológico del ser humano. Las instituciones científicas (europeo-norteamericanas por un lado, ruso-comunistas por el otro) se apoyan en el complejo militar para dar nacimiento a una "carrera espacial". El mismo desarrollo meteórico de la industria militar arroja otra aplicación tecnológica de importancia capital en algo que ya se llama Nuevo Orden Mundial: la informática. Esta informática será la expresión del éxito definitivo de la técnica como arma

de destrucción de todo conocimiento tradicional, o en definitiva, del ser humano en cuanto tal. Mientras la escalada tecnológico-militar avanza exponencialmente, los dos polos de la misma fuerza contratradicional y antihumana, (Capitalismo y Comunismo) aplican las técnicas de control social y psicológico en una nueva e inédita ingeniería social. EEUU y el Reino Unido (en ese momento, ya no se sabe quién es satélite de quién) encuentran en la década de los sesenta, la plataforma perfecta para construir una sociedad diseñada y acomodada a sus planes. Se trata del *american way of life:* un indigno e inhumano *modus vivendi* en el que el ser humano se animaliza en un letargo burgués donde es mantenido con vida en la medida en la que consume los productos que él mismo produce. Aparece la televisión, el deporte y la cultura *pop*; se diseña con precisión una sociedad infantil y desvigorizada, mansa y violenta, puritana y obscena. Se trata del hombre moderno occidental: un ser humano nacido, por primera vez en su historia, bajo el control absoluto de una perfecta maquinaria de destrucción cultural financiada por los mismos cárteles bancarios e industriales que están detrás de los últimas fases del proyecto secularizador global.

Por supuesto, el bloque comunista hará esencialmente lo mismo con su población, bajo las diferencias formales que el adoctrinamiento revolucionario-proletario requería. El poder propagandístico soviético es superado a sí mismo a través de la Revolución Maoísta. La China de *Mao-Tse-Tung* se convierte en otra gran plataforma de perfeccionamiento de los sistemas de diseño social. Por un lado, EEUU y Europa irán destruyendo todo resquicio tradicional a través de una educación burgués-individualista-liberal; y por el otro lado, URSS y China, harán lo propio machacando a los pueblos que aún sobrevivían bajo su puño, con el adoctrinamiento obrero-colectivista-comunista. A un nivel profundo

que trasciende las formas que daban pretexto de confrontación, los dos bloques se daban la mano en su objetivo final: el Nuevo Orden Mundial. Para dirigirse a las circunstancias sociales, tecnológicas, ambientales, y geopolíticas que precisaba dicha asquerosa empresa, los dos bloques escenificaron horripilantes guerras en Extremo Oriente, África, América latina, Asia central… para mutilar los pueblos de todo el globo, someter a todos los estados soberanos bajo una u otra área de influencia (OTAN o Pacto de Varsovia), e introducir la siguiente etapa en un reparto imperialista apoyado en la dependencia económica y una destrucción social sin precedentes, por medio del tráfico de drogas, la violencia y la "contracultura".

Así, se llega a la década de los ochenta con un trabajo de veinte años tan profundo y exitoso, que permite hacer pública la pretensión de centralización absoluta del poder político: *New World Order*. La utilidad del organismo de gobernación mundial nacido con las "guerras mundiales", la ONU, será clave a partir de ahora. La década de los ochenta permite ver la vanguardia de una tecnología con un poder de destrucción impensable: armas nucleares actualizadas, satélites militares, fármacos psiquiátricos aplicables al control de la conducta, misiles de larga distancia tecnológicamente dirigidos, armas climáticas, tanques de infantería de alta tecnología inexpugnables para cualquier fuerza civil, ingeniería genética aplicable a la agricultura y a la ganadería, geoingeniería con fines eugenésicos… En 1989, todo permite escenificar el circense evento de "La Caída del Muro de Berlín", que muestra la unidad del fin de la perpetuación de poder que escondía la farsa de la "Guerra Fría". Literal y simbólicamente, en 1989, el Gobierno Mundial se permite incluso derribar el "muro" que ocultaba sus "vergüenzas" (así lo llamaron: "Muro de la Vergüenza"). A partir de ese momento, unos

sinvergüenzas criminales asesinos y enfermos, gobernarán a cara descubierta, a todos los seres humanos, desde la hipocresía y la demencia más abyecta.

Dos años después de ese pistoletazo de salida de la recta final, otro sinvergüenza, *George H. W. Bush*, presidente de los Estados Unidos, e hijo del industrial, criminal y traficante de armas y drogas internacional, *Prescott Bush,* anuncia el *New World Order*, en la sede central neoyorquina de la Organización de las Naciones Unidas. La continua implantación de ese orden secular mundial requiere el enquiste de los Balcanes como punto geoestratégico europeo (Guerra de Bosnia; 1992-1995), el control del Golfo Pérsico como extensión del contrato de colaboración árabe-saudí alrededor del petróleo (Guerra del Golfo, 1991; Operación Zorro del Desierto, 1998), la destrucción social y cultural de todo el continente africano (por ejemplo, Ruanda en 1994), de Asia Central (Afganistán, 1979-1989), y América del Sur (por ejemplo, Colombia), para garantizar, entre otras cosas, el control de recursos como petróleo, oro, heroína, cocaína, y minerales importantes en la meteórica revolución tecnológica-informática.

De hecho, también en la década de los noventa, presentarán a los ciudadanos, una aplicación militar que transformará los medios de comunicación, el mundo corporativista, y las relaciones interpersonales, para siempre: *internet.* De la misma manera, se comenzarán a integrar dispositivos tecnológicos en todo ciudadano global, ya tratado como una cabeza de ganado marcado con señales monstruosas: teléfonos móviles, tarjetas de crédito, dispositivos de video portátiles, computadores compactos, videojuegos, dispositivos de reproducción de música, chips biotecnológicos… un ciudadano-*ciborg* aplicado a su servilismo en la

maquinaria corporativista y el sistema bancario internacional, se prepara para la llegada del "nuevo milenio". Sus amos ya estaban preparados, y le habían reservado una agenda que se abre con un gran ataque de falsa bandera sobre la misma estructura corporativista comercial (*World Trade Center*) y político-militar (Pentágono), que el ciudadano global da cuerpo con su vida.

El once de Septiembre de 2001, el brazo saudita de la red de agentes de mente controlada de la CIA federal norteamericana y el Mossad israelí, perpetúa el evento que el avance final de la agenda globalista precisaba. Además de pretextos para proseguir en las operaciones militares sobre Afganistán e Irak, el Gobierno Mundial consigue un control absoluto a nivel interno, tanto en Estados Unidos como en una Europa (ya "unida", incluso política y administrativamente). De hecho, los ciudadanos europeos son científicamente traumatizados con la misma estrategia en Madrid (2004) y Londres (2005). En el exterior de Europa, se promulgan las mismas técnicas de destrucción social y control psicológico en todo el mundo. Paralelamente, las diseñadas crisis económicas petrifican toda iniciativa humana individual. Todo conduce a un sometimiento absoluto, a un paradigma ciudadano monstruoso, y a la aceptación de una destrucción de la humanidad presentada como suicidio colectivo.

Esta autoaniquilación se expresa científicamente con un "ambientalismo" de pretensiones globales: un deterioro ambiental desbocado se convierte en coartada perfecta para una diseñada reducción de la población, al modo que lo fueron las primeras y segundas "guerras mundiales", pero ahora de una forma paulatina y escrupulosamente controlada. En este contexto, la forma contratradicional universalista se sirve de armas climáticas que actúan encubiertas bajo la forma de

"desastres naturales" que, además de destruir social y económicamente los restos de las maltrechas y virtuales "soberanías nacionales", culpabilizan directamente al ser humano y a su actividad. El objeto de esta última fase del *Novus Ordo Seclorum* no es sólo aniquilar todo rasgo de lo humano, sino que sea el propio ser humano quien libremente elija esa autodestrucción. El "bien del planeta" es ahora la justificación para hacer avanzar la agenda globalista expresada -como siempre- en crímenes, asesinatos, y abusos contra toda la humanidad. Incluso una "ayuda humanitaria" bajo la piel de cordero de la ONU, encubre los programas de fortalecimiento del sistema bancario internacional, vacunaciones masivas con fines eugenésicos, y lucrativas reconstrucciones de países previamente destruidos por la fuerza global única, a través de armas climáticas, conflictos bélicos, y epidemias propagadas con alevosía. La tecnología se optimiza con vistas a la producción de un engendro que sustituya al ser humano. Los medios de control mental aspiran a arrojar un paradigma educativo donde el pensamiento único, la ausencia de posibilidad de disidencia, y la destrucción de la intelectualidad, se alcen de forma completa y triunfante. Siniestros y malévolos movimientos neoespiritualistas ejercerán de amortiguador del descontento de un hombre y una mujer con su espíritu dislocado y confundido. La posesión del ser humano moderno por parte de fantasmales pulsiones, se generaliza en todo el globo: consumismo, materialismo, satanismo, machismo, feminismo, movimiento gay… En política, el proyecto sionista avanza preparando el terreno para una batalla de dimensiones destructivas sin precedentes. Por primera vez en la manifestación humana, nacen en ciertos países, generaciones enteras sin pertenencia a ningún pueblo, ni a ninguna tradición, ni tan siquiera a ninguna "religión". Por primera vez en la manifestación humana, aparecen generaciones enteras de hombres sin ningún cimiento cultural, sin

ningún rasgo viril, sin ningún patrimonio llamado, con rigor, humano. Por primera vez en la manifestación humana, el corazón late tan sólo como una máquina manipulable y obsoleta, al servicio de unos monstruos despreciables.

En este tétrico panorama de demolición continua de lo humano, algunos supervivientes bajo los escombros, ven llegar lo que su memoria tradicional les anunció. Todo indica y dirige a una época o "reino" que las expresiones tradicionales siempre han detallado con asombroso consenso. Incluso los que se expresan a través de un lenguaje tradicional de raíz semita (judíos, musulmanes, todos los que se hacen llamar cristianos…) hablan de un mundo "gobernado por *Satán*" ¿Exageran estos individuos supervivientes al pronosticar esto? No; ni un poco.

Princeps huius mundi

Nos guste o no, debemos colocar aquí un punto a partir del cual todo sería lo que vulgarmente se llama "futuro". ¿Qué deparará esa vaga idea de un extraño tiempo venidero? Existen una serie de profecías, a cada cual más descontextualizada, que pretenden dar respuestas a esas inquietudes tan propias del espíritu moderno. Nos desvinculamos (ya lo hicimos en otras obras) de esas teorías y profecías. Conocemos de dichas "profecías" más que suficiente como para desinteresarnos de la lectura que de ellas se hace en la actualidad. Por lo tanto, en lo que se refiere al "futuro", nuestro trabajo no cae en ninguna profecía; ni mucho menos, en hacer ejercicios proféticos, lo cual sería un intento absurdo de pretender ser lo que uno no es (es decir, "profeta"), e incurrir en un ridículo que parece que a muchos contemporáneos no les importa

demasiado exhibir. Hoy es el día en el que se pueden encontrar legiones de autotitulados "profetas", y a pesar de la blasfemia generalizada que encierra esa denominación, nadie parece escandalizarse por ello. Sin embargo, nos parece conveniente dejarlo claro: nada publicado aquí es de inspiración profética, y nada escrito bajo la firma de *Ibn Asad* lo es.

Precisamente para combatir ese generalizado profetismo vicioso del fin de los tiempos, no vamos a dejar de señalar ciertas observaciones, no de un evanescente futuro, sino del riguroso presente y de procesos actuales inexorablemente ligados a lo que serán las décadas inmediatas. Porque, si hemos llegado hasta este punto en el que nos encontramos y del que nadie niega su carácter crítico, es para responder de manera resolutiva. ¿Qué diablo mundo es éste? Nosotros damos una respuesta:

No hace falta esperar más para comprobar un orden secular global que uniformiza a cada ser humano en patrones de pensamiento y conducta diseñados científicamente e impuestos por medios técnicos de comunicación, informativos, e informáticos. No hace falta esperar más para comprobar la erradicación de todo sustrato cultural genuino, y la estandarización de toda actividad humana volcada al colaboracionismo en un modelo de perpetuación de poder indefinida. No hace falta esperar más para comprobar un gobierno de los seres humanos por lo infrahumano, una falsa justicia impuesta desde el ultraje más abyecto, una misericordia circense fundamentada en la más completa hipocresía.

Por ello, comprendemos a todo aquel que habla de un profundo punto de no-retorno, que se encuentra cerca, visible, incluso tangible. Comprendemos también a aquel que intenta sublevarse contra un poder que lo ha engañado durante milenios para dirigirlo (y dirigirnos) a un

dantesco pozo de autodestrucción. Comprendemos -sin duda- a los que, apoyándose en expresiones judeocristianas, hablan de un "Reino de *Satán*"… Ahora bien: de aceptar esa expresión, digamos algo de aquél que, a fin de cuentas, pretende y aparenta reinarnos.

Mucho (y poco de valor) se ha escrito en las últimas décadas sobre satanismo. Evadiéndose de ciertos debates laberínticos y cuestiones filológicas, definimos en su momento a *Satán* como la fuerza que dirige al ser humano hacia su límite inferior, hacia lo bestial, o -en definitiva- hacia la infrahumano. Esta definición resulta parcialmente adecuada si se comprueba la inmensa trayectoria descendiente de los tiempos, y los siniestrísimos tintes que delatan las articulaciones políticas. En base a esta definición, no tenemos inconveniente en calificar a todos los poderes políticos de la modernidad como "satánicos"; y esta afirmación no le resultará nada exagerada a todo aquel que estudie honesta y mínimamente al Gobierno Federal norteamericano, al Gobierno Británico, a la Unión Europea, a la Alemania nazi, a la URSS, a la República Popular China, a la España monárquica, a la República Francesa, a Arabia Saudita, al Estado Serbio, a la Cuba castrista… ¡en fin! ¡A cualquier gobierno, cualquier república, cualquier estado moderno! Esta lista sólo podría completarse de la siguiente manera: toda fuerza política que articula la recta final de un ser humano pisoteado periódicamente para que firme la rendición de seguir viviendo bajo la condición que le corresponde, para que firme su autodestrucción, o en definitiva, para que firme su sentencia de muerte. Eso son las llamadas "fuerzas políticas" de la modernidad: instrumentos satánicos, y cualquier ser humano (poco importa en qué lugar de la tierra se encuentre), tendrá que reconocerlo: sin autoridad espiritual accesible a los hombres, *Satán* se

concentra en el “poder temporal”, o en otros términos, en la llamada “Política”.

Esto último no es sólo una evidencia del inaugurado “nuevo milenio”; así también lo predijeron todas las expresiones tradicionales: *Satán* (literalmente, “el enemigo”) se alzaría al final de los tiempos como ostentador del poder temporal, como “dictador”, como “gobernante”. Los cristianos se referirán a esa persona como el evangélico *Princeps Huius Mundi* [222], los musulmanes como el falso e impostor *Mahdi* (que se alzará previamente antes de la llegada del noble y verdadero *Mahdi*); los judíos como *Sar ha-olem Samael…* y quedémonos con esta expresión -*Samael*- pues si se quiere discernir con rigor y seriedad, sobre el complejo fenómeno satánico, es preciso apoyarse en el conocimiento del hebraísmo tradicional.

Porque sería un error valorar estrictamente a *Satán/Samael* como el nombre de una individualidad, de una persona física, de una forma antropomórfica de un gobernante cualquiera. Porque, desde el punto de vista doctrinal, *Samael* no es un “hombre”, ni una institución humana, ni tan siquiera un “dios” al modo olímpico (lo que resulta imposible desde una concepción monoteísta como la hebrea lo es). *Samael* es, ante todo, una “influencia” dentro de la teoría angélica que en la Qabbalah tiene una importancia de primer orden.

Por lo tanto, *Samael* es un “ángel” (*malek*), que se identifica en la mayoría de los textos con *Satán* (literalmente, “el enemigo”), y por lo tanto con la “serpiente” genésica[223]. Es el “ángel rebelde” que, por envidia a *Adán*[224] (es decir, al “hombre primordial”), hace una revolución el sexto día contra la voluntad divina[225].

Siempre son peligrosas lecturas literales de cualquier texto tradicional, pero, expresamente, *Samael* amenazaría siempre con manifestarse en la tierra como "gobernador", o en términos de la *Tanaj*, "poniendo un trono bajo las estrellas". Porque *Samael* aspira, al final de los tiempos, a manifestarse como "rey" (*melek*, en hebreo), y este "Reino de *Samael*" está expresado con asombrosa equivalencia en el "Príncipe de Este Mundo" del evangelio cristiano, en el *Iblis* de corrientes esotéricas islámicas, o incluso en el *Ahrimán* mazdeo, el cual tendría muchos rasgos comunes con *Samael* como para que pasen desapercibidos. Por lo tanto, desde todo punto de vista, la rebelión de esta "influencia" aspira a manifestarse en su máxima expresión bajo el ámbito del poder temporal. Siendo así, ¿en verdad el hombre moderno puede verse gobernado en lo político por la fuerza satánica?

Nosotros no lo dudamos: así es, ya hoy en día. No hace falta esperar para ver el rostro satánico de toda fuerza política contratradicional. Al contrario: puede verse en el pasado reciente (los imperialismos del siglo XIX, las dictaduras y democracias del siglo XX), y se puede comprobar con detalle en este siglo XXI globalizado. Utilizando el símbolo hebreo que ya hemos referido, se puede decir que el "Trono de *Samael*" ya está bien afianzado, y no hace falta esperar para comprobarlo.

En un dominio concreto, histórico y actual, y para que el lector tenga una idea de la complejidad de todo esto, basta con recordar este dato: ya se ha dicho que *Samael* es -ante todo- una "influencia" (*berakoth*, en hebreo) que aspira a manifestarse en la tierra como "gobernador". Esa "influencia" sería en árabe, "*baraka*", término de gran importancia en la tassawuf islámica. Sin embargo, el contexto que aquí tratamos no sería el

iniciático (el propio de la *tassawuf*), sino precisamente su opuesto, el contra-iniciático (o en términos más populares, el "político"). Por lo tanto, esa *baraka* samaelítica aspira a alzarse como "político del mundo", y resulta muy ilustrativo al respecto, ver a un Presidente de los Estados Unidos, y a un Premio Nobel de la Paz Internacional, llamado *Barack Obama*, más aún cuando el nombre civil de ese individuo es *Barry Soetoro.* ¿Estamos diciendo que *Barack Obama* es una suerte de "Anticristo" con traje y corbata? No, claro que no; ésa sería una afirmación excesiva. Lo que sí que afirmamos es que la fuerza que se encuentra detrás de ese tipo, así como de los otros presidentes de Estados Unidos (los recientes y los que vendrán), así como las clases políticas europeas, árabes e israelitas, así como los líderes de la llamada "Comunidad Internacional", es una misma influencia sutil, que ya está materializada en la tierra, y que está actuando masivamente para precipitar un proceso que -a nuestro parecer- ya resulta inevitable. Ojalá nos equivoquemos, y teniendo en cuenta el carácter netamente subjetivo de este parecer, esa posibilidad de error existe. Ojalá que así sea.

Además, para completar todo lo dicho, se tendría que tener en cuenta otra unanimidad tradicional al respecto: todo "Reino del Mal" (Anticristo, *Samael, Princeps huius mundi, Iblis, Ahrimán,* etc, etc, etc…) se desmoronará en su máximo esplendor, inmediatamente antes de lo que comúnmente se llama "fin de los tiempos". Es decir, que el punto inferior en el descenso de la presente humanidad, coincidirá paradójicamente, con el fin de la perversidad gobernante y el advenimiento del siguiente ciclo humano.

Porque, si aquí se ha hablado de *Samael*, cabe recordar que, en última instancia, éste no sería otra cosa que el aspecto sombrío, siniestro e

ilusorio del *Metratón* cabalístico, el cual tendría como rostro verdadero, real y luminoso a *Mikael*, el llamado "Ángel de la Faz" en la tradición judeocristiana. No tenemos inconveniente en identificar a *Mikael* con nombres de cada una de las expresiones tradicionales aún vivas, como el *Imán Mahdi* islámico o el *Kalki-avatara* hindú. Más allá de las diferencias formales, todo expresa y anuncia una misma realidad, a saber: el "fin". De hecho, toda la pluralidad de expresión de los diferentes seres, se unifican en el mismo punto de su manifestación: el "fin". Y ese "fin", que puede llamarse por unos "fin del mundo" y por otros "fin de los tiempos", no va a desasosegarnos ni a dañarnos lo más mínimo. Pues con ese fin, finaliza también una ilusión que parecía interminable.

EPÍLOGO

Viaje al Centro de la Rueda

Tras llegar a un punto determinado como fin, descubrimos con asombro que éste deviene principio. En este epílogo, seguiremos apoyándonos en el símbolo que ha dado fundamento y título a esta obra: la "rueda".

Porque si se simboliza el flujo temporal con una "rueda", nada dentro de la temporalidad podrá salirse de la circunferencia en constante revolución. Mientras un ser se manifieste, lo hará inscrito en esa circunferencia del tiempo. Un ser individual cualquiera (y por supuesto, un hombre o una mujer en su dominio individual) existirán siempre y cuando estén subordinados a ciertas coordenadas existenciales, una de ellas, la "temporalidad", simbolizada aquí como la "rueda". Y es que esa misma "existencia" expresa en su etimología un estado contingente del ser (en latín, *ex-stare*). Por lo tanto, un ser individual (por ejemplo, un ser humano) existe porque se manifiesta como algo que está ("*stare*") exterior ("*ex*") a un principio. Si la "existencia" como condición temporal está simbolizada por la circunferencia en revolución, el principio de esa existencia (en su acepción temporal, es decir, la eternidad, *kairos* griego, *kala* sánscrito), estará simbolizada por un punto inmóvil, sin extensión, y axial con respecto a la revolución circunferencial, a saber: el "centro".

Aquí aparece una serie de problemas que trascienden el lenguaje simbólico del que nos servimos. ¿Qué relación tiene la "rueda" con su "centro"? Pues de completa dependencia, pues el "centro" es el origen de proyección de la circunferencia. No puede haber "rueda" sin su "centro", como no puede haber manifestación física sin un principio metafísico. Siendo este principio metafísico (este "centro"), el origen de

toda manifestación, él mismo no está manifestado (o en términos simbólicos: aún siendo el "centro" el origen de la "rueda" en cuanto objeto físico, este "centro" no tiene extensión física). En el plano macrocósmico, esta conflictiva polaridad es la que expresa toda cosmología, pues la "existencia" encierra en su seno toda multiplicidad, mientras simultáneamente toda ella tiene como origen un mismo principio. Por lo tanto, si toda multiplicidad se manifiesta en la actualidad como "existente", lo no-manifestado se concibe, en última instancia, como una potencia pura y, con rigor, infinita. Ese "centro" que encierra todas las potencialidades existenciales es el "centro de la rueda" aquí simbolizado, el *bindu* del *tantrashastra*[226], o, con el término más utilizado en fuentes védicas[227], el *brahman*. Y, apoyándonos en el mismo simbolismo tradicional, ese "centro" sería el que hace girar la "rueda" (eso literalmente significa el *chakravarti* sánscrito: "el que hace girar la rueda"), y también en términos más familiares al europeo, el "motor inmóvil" aristotélico[228] (también bajo el mismo símbolo: la revolución circunferencial o esférica).

Pero no interesa aquí tanto el macrocosmos en toda su majestuosa expresión. Este estudio se ha concentrado en el ser humano en cuanto realidad suprahistórica, y, por la equivalencia entre el macrocosmos y el microcosmos, él mismo encierra todo lo que el proceso cosmológico conlleva. Eso quiere decir que si identificamos al ser humano como existente en un flujo temporal (la "rueda" de la humanidad), siempre habrá que tener en cuenta un principio de lo humano ejerciendo de "centro" del microcosmos. Ese principio central del microcosmos que somos, es el *Manu* de la tradición indoaria. Tan central y de primer rango supone ser este principio metafísico de lo humano, que todas las expresiones tradicionales lo refieren con voces y raíces hermanas (pues

todas ellas -es evidente- tienen como madre una misma tradición primordial): así como los vedas hablan de *Manu*, en tantras de codificación no sánscrita se habla de *Manava*; pero además lo egipcios se refirieron a este principio como *Menes*, los persas como *Vohu-Mana*, ciertos griegos como *Minos*, los celtas como *Menw*… expresando todas estas voces, una misma realidad. La expresión simbólica de todos estos principios acostumbra a apoyarse en el "rey" o "sacerdote-rey", y esa misma soberanía la ostenta explícitamente el *Wang*[229] extremoriental y el *Adam Kadmon*[230] cabalístico. Todo esto, en definitiva, son expresiones del principio universal del ser humano en cuanto microcosmos, y no sin motivo, así preferimos referirnos a él -como "Hombre Universal"- pues así también es expresado en árabe, "*Al-Insan Al-Kamil*" por la *tassawuf* musulmana y especialmente por *Abu Abdillah Muhammad ibn Ali ibn Muhammad ibn Arabi*.

Por lo tanto, más allá de cómo se manifieste existencialmente la humanidad (históricamente, suprahistóricamente, individualmente, colectivamente, a a través del "yo", del "tú" o del "nosotros"…), hay un "centro" de puro potencial de lo humano. Y no creemos que sea blasfemo e irreverente hacer una pregunta natural: ¿Puede el ser humano actual hacer un viaje hacia su propio centro? Respuesta: Sí. Y eso no lo decimos a modo de opina. Ese "viaje al centro de la rueda" es el símbolo más común de la mayoría de las corrientes iniciáticas. El ser humano (y cuando decimos "humano", decimos usted mismo), puede hacer ese viaje.

No obstante, aún posible, es conveniente reconocer que ese "viaje" parece complicado: un "viaje" que salga del tiempo, y consecuentemente, no tenga expresión espacial. ¿Qué "viaje" es ése, sin destino en el

espacio, ni duración en el tiempo? Simbólicamente, esa ruptura de la temporalidad que hace posible semejante "viaje", se expresa con la "espiral" *(fig. 35)*: la circunferencia temporal se rompe trazando una sinuosa trayectoria hacia el "centro".

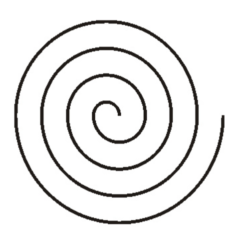
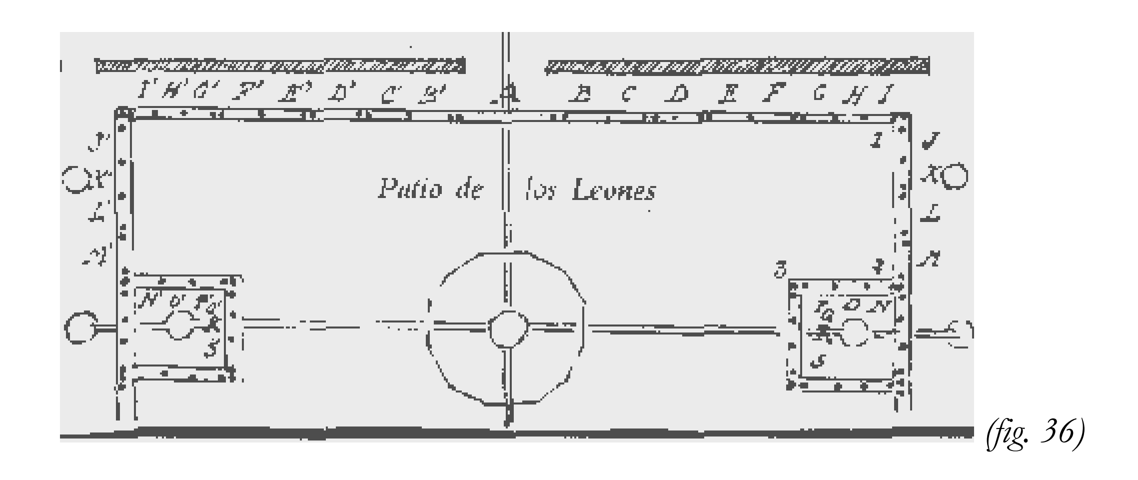


fig. 35

La "espiral" es un símbolo presente en todas las líneas iniciáticas, incluso en algunas tan antiguas que su expresión se valora con torpeza por los modernos como "arte rupestre". La línea espiral expresa el "viaje" iniciático, hacia el "centro", en movimiento oscilante, complejo, misterioso. Esa complejidad espiral está estrechamente relacionada con el símbolo tradicional del "laberinto"; y ambos expresarían un trayecto (un "viaje") complejo en extremo, extraño, y con el peligro siempre presente de una amenaza de pérdida.

La línea ondulante de la "espiral" también hace alusión a las "aguas", y no sin motivo, el trayecto hacia el "centro" del sí-mismo, es simbolizado por múltiples tradiciones como una "travesía en río", con "cruzar el río", o por la "corriente del río". La fuerza centrífuga o centrípeta de la espiral, expresa la influencia favorable o adversa en ese "viaje hacia el centro"; y literalmente, aparece en numerosas fuentes yóguicas, el símbolo de "nadar contracorriente". Parece, por lo tanto, que el símbolo más adecuado para el camino que dirige al "centro" es el "río".

¿Cómo es llamado ese centro? Es llamado por una infinidad de nombres, pero quizás conviene recordar que en fuentes familiares a todo occidental, es llamado de *Pardes*[231], y que, paralelamente, en sánscrito, es llamado *Paradeshi*; y que resulta obvio que ambas nominan eso que se ha convenido en llamar "paraíso". Ese "centro" paradisíaco es llamado en árabe, *al-janaw*[232], y es completamente conocido que a él llegan cuatro "ríos"[233] *(fig. 36)*, como cuatro "ríos" riegan el Edén en algunas fuentes midráshicas y cuatro "ríos" desembocan en el *Paradeshi* védico.



(fig. 36)

De nuevo, nos encontramos una estructura cuaternaria en los "ríos" que conducen al "centro", y esa estructura cuaternaria muta en docenaria, en otro tipo de expresiones tradicionales, como los "doce caballeros de la mesa redonda" artúricos, los "doce *adityas"* védicos, o los "doce apóstoles" cristianos, que se sitúan alrededor del "centro". La estructura de cuatro, seis, o doce mediadores ("ríos", "ángeles", "caballeros"…) que abren el camino hacia el "centro", responde a diferentes correspondencias numéricas en las que no conviene detenerse aquí para no desviar nuestra atención de lo importante: nuestro "viaje al centro". ¿Pero qué "centro" es ese, y qué nos vamos a encontrar en él simbólicamente?

Recuérdese que el “centro” es el origen adimensional de algo dimensionado (a saber, una circunferencia), por lo tanto, nada físico podremos encontrar en lo que resulta ser, incluso geométricamente, el principio metafísico (en el sentido etimológico de la palabra, es decir, lo que se encuentra “más allá de la física”). Pero, si nos debemos apoyar en determinaciones simbólicas (como toda expresión tradicional lo hace), indudablemente ese “viaje al centro”, culminará con un “encuentro”.

Este “encuentro” es el de un viajero que llega a su destino, y así resulta comprensible que el símbolo tradicional de ese “centro” ya encontrado sea el de la “ciudad”. Esta “ciudad” adopta diferentes nombres dependiendo de la expresión, tales como Salem, Luz, Manipura, Dar As-Salam[234],…. Todos estos nombres de la misma “ciudad” se circunscriben a una misma morfología, aún con sus obvias e evidentes diferencias filológicas. El rasgo común de esa misma “ciudad” es el resplandor, el destello, la luminosidad, en definitiva, la “luz”. Las “ciudades de luz” (insistimos en ello: no existe expresión tradicional que no tenga la suya), tienen como lugar más santo (el *sancta santorum* en latín, el *kodesh ha-kodashim* hebreo), un lugar del que irradia todo “rayo de luz”, (es decir, simbólicamente, “todo radio” de la “rueda”), o en palabras más claras: es de donde emana todo lo existente.

Simbólicamente, este foco es representado de múltiples formas, siendo el “templo” (por ejemplo, el Tabernáculo hebreo), el “palacio” (por ejemplo, el “Santo Palacio” cabalístico), el “vaso” (por ejemplo, el *Graal* artúrico), o el “libro” (por ejemplo, el Corán como Logos mismo), las imágenes más repetidas.

Más allá de las formas, destáquese que ese foco de luz en el corazón del cosmos, se muestra reducido a su mínima expresión como "punto". Así lo demuestra cada una de las sílabas iniciales de las diferentes palabras sagradas de todas las tradiciones. Por ejemplo, el *anusvara* (el punto) del *pranava* de los vedas (la sílaba *aum*), el punto que inicia la letra sáncrita *na* del *panchakshara* del shivaísmo cachemir, y, de forma bellísima *(fig. 37)*, el punto que inicia la letra *ba* que abre la *basmalah* del noble Corán[235] en cuanto manifestación del cosmos. Sólo este "punto" que abre el Corán, merecería una obra de una extensión y profundidad, para la cual nosotros reconocemos no estar cualificados.



(fig. 37)

Este "punto" como primera determinación que ejerce de principio cósmico es llamado en sánscrito *saguna* (determinado), y como "centro" de toda manifestación cósmica, numéricamente, estaría simbolizado por la "unidad", como origen de toda multiplicidad. Este origen se refleja integral y unánimemente en toda expresión tradicional, tanto en China[237], como en India[238], como en el Mediterráneo[239]. Éste ámbito de unicidad es lo que en Occidente se llamó Ontología, y en el que se quedaron las

concepciones teístas, que pueden ser llamadas con rigor, "teológicas", y que nosotros no tenemos inconveniente en valorar como positivas, como tampoco tenemos inconveniente aquí en recomendar su estudio, a pesar de sus inherentes limitaciones.

Porque allí donde la concepción ontológica alcanza, ahí está la frontera donde comienza una verdadera Identificación Suprema, por encima del ser y del no-ser[239], y por supuesto, por encima de todo lo que podemos decir aquí o en otro lugar[240]. La doble naturaleza del principio, es *saguna* (determinada: el "punto" que identificamos como "centro"), pero también *nirguna* (no-determinada). Y ahí, sí, acaba el periplo de todo viajero: en algo jamás definible, sin más atributos que la negación, y algo verdaderamente "infinito" (latín, *in-finitus*, "sin fin"), en el sentido de que sólo la pura posibilidad, puede carecer de fin.

Sólo cabría recordar lo vanas que se vuelven las palabras que pretenden acercarse a ello. Porque, como ya se ha titulado, este cierre no sería más que un epílogo, y exacta y literalmente, un epílogo no es más que algo "por encima" (en griego, *epi*) de la "palabra" (en griego, *logos*). Sin ninguna palabra por encima de la esencia de cada uno de los seres humanos, cualquier trabajo nuestro tiene como intención invitar a que el ser humano se conozca, se una, sea "él mismo". Sin nada que decir ni escribir por encima de lo ya dicho y lo ya escrito, guardaremos, una vez más, completo silencio.

NOTAS Y APUNTES BIBLIOGRÁFICOS:

(1) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* véase Cap. 1, en *Tiempo Lineal y Tiempo cíclico.*

(2) De Consol, *Boecio;* véase *5.6*

(3) RgVeda 10.55.2

(4) Literalmente, "El Tiempo es el Absoluto"; refiriéndose *brahman* como el principio metafísico absoluto de la *mimansa* india.

(5) BhagavadGita *10.33* En el capítulo de las manifestaciones divinas del avatar *Krshna,* éste dice "Yo soy *Kala*".

(6) MaitriUpanishad 7.11.8

(7) Suma Teológica, *Santo Tomás de Aquino; 1.105.2*

(8) Eutidemo, *Platón*; 283 D

(9) Adagio búdico recogido por infinidad de fuentes; "Todo es efímero" podía traducirse.

(10) Física, *Aristóteles;* 6, 9 . 239

(11) Artículos para el Hatha-Yoga, *Ibn Asad;* véase especialmente "Sobre tiempo, ritmo y pranayama".

(12) Metafísica, *Aristóteles*

(13) Tao Te King, *Lao-Tse;* XLII

(14) Evangelio según *San Juan*; 1, 1-5

(15) La fuente más célebre del mundo latino con respecto a la teoría de las "cuatro edades" serían "Las Metamorfosis" de *Ovidio*

(16) Trabajos y días, *Hesiodo*

(17) En algunas fuentes aparece una quinta edad, "la de los héroes", entre la de bronce y la de hierro, como un añadido para contextualizar la teoría tradicional de las "cuatro edades" con la Iliada.

(18) Por ejemplo, Manavadharmasastra 1.81

(19) Daniel*,* 2; 31, 35

(20) Los hombres *hamsa* (o *rishis*) aparecen en los puranas védicos, y se corresponderían asombrosamente con los "hombres de la Edad de Oro" de *Hesiodo.*

(21) Génesis; 3, 23-24

(22) Evangelio según *San Juan;* 11, 13-22

(23) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* léase Cap. 1.- *Novus Ordo Seclorum*

(24) El banquete, *Platón*

(25) Génesis; 2, 25

(26) Las teorías de los diferentes Manús (catorce, por lo general) aparecen en varias fuentes puránicas, relacionadas sobre todo con corrientes vaisnavas.

(27) Es decir, la triada tántrica *icchha-kriya-jñana,* repetidísima en la cosmología shakta.

(28) Samkhya-karika, *Isvarakrhsna*

(29) HathaYogaPradipika; incluso este tratado aparece como fuente directa en una de nuestras obras, "Artículos para el Hatha-Yoga", *Ibn Asad*

(30) Brahma-Sutras; comentario de *ShankaraCharya*

(31) La Danza Final de Kali; *Ibn Asad;* léase al respecto, el Cap. 4, *"La doctrina luciferina y la inversión simbólica"*

(32) Trabajos y días, *Hesiodo*

(33) La raíz sánscrita *sat,* de dónde proviene *satya-yuga* denota igualmente "verdad" y "vida", ambas acepciones en su sentido eminente y absoluto.

(34) TaoTeKing, *Lao Tsé*

(35) En la tradición irlandesa aparece la imagen *Tir nBeo,* como "tierra de los vivientes".
(36) Bhagavad-Gita*;* 4, 1
(37) Crónicas, *Diodoro de Sicilia*
(38) Es sabido por *Aristóteles* y por autores alejandrinos, que el apodo de Platón fue "El Dorado".
(39) Padmapurana y kurmapurana
(40) Midrash Konen*;* 32-33; también en el *Zohar*
(41) La Odisea; *Homero;* IV. 561
(42) Génesis; 2-5
(43) Trabajos y días, *Hesiodo*
(44) Libro de *Enoch,* XIX, 2
(45) Génesis; 1-2
(46) Critias, *Platón;* 110C; 120-121
(47) Génesis; 2
(48) Tablas sumerias cuneiformes. IX, 3a; 12
(49) Jueces; 13, 6
(50) Génesis; 11, 6-7
(51) Génesis Rabba; 132
(52) Otzar Midrashim*;* 70, 128b
(53) Génesis, 1
(54) Antología, *Josefo;* i 2 1
(55) Genesis Rabba, 182
(56) *Vita Adae;* XIII, 1-6 / Genesis Rabba 155-156
(57) Leviticus Rabba*; 20, 2*
(58) Otzar Midrashim 70, 428b
(59) El Banquete, *Platón*
(60) Génesis Rabba, 134
(61) Erubin, 18a, opúsculo sobre el Talmud babilónico

(62) Trabajos y Días, Teogonía; *Hesiodo*

(63) YogaSutra, *Patañjali*; SiddhiPada*;* una de las cuatro partes de la compilación brahmánica del *Yoga,* está dedicada exclusivamente a los *siddhis*. Cabe decir que el texto subraya por activa y por pasiva, el carácter secundario de los mismos (e incluso, la necesidad de renunciar a ellos). Este tema está presente también en el canon pali búdico y en prácticamente todas las escuelas hindúes.

(64) Teogonía, *Hesiodo*

(65) *En de facie in Orbe Lunae, Plutarco*

(66) Obsérvese en el Génesis, que de los tres seres que visitan a *Abraham,* uno se queda mientras los otros dos de van. ¿Quién es el que se queda con *Abraham*?

(67) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* el capítulo 13 está todo ello dedicado a dichas industrias.

(68) Por ejemplo, Bhagavata Purana

(69) *tri-kāla-jñatvam*

(70) *advandvam*

(71) *para citta ādi abhijñatā*

(72) *agni arka ambu visa ādīnām pratistambhah*

(73) *aparājayah:*

(74) Yoga Sutra*, Patañjali*

(75) TattwaSamsa

(76) Evangelio según San Mateo; 14, 22-33

(77) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad*; véase Capítulo "Sistemas Educativos y adiestramiento profesional"

(78) Diferentes fuentes para un mismo tema: Critias platónico, 110C (degradación de los hombres de la Edad de Oro); Libro de *Enoch,* XIX (corrupción de los *Ben-Elohim*), Bhagavad Gita*,* I, 15 (referencia que *Arjuna* hace a "la confusión de las castas")

(79) *Jyotish-vidya*

(80) *Platón* habla de la "raza roja de los últimos atlantes"

(81) Trabajos y días, Cosmogonía; *Hesiodo*

(82) Crónicas de *Píndaro*

(83) *Plutarco* dice que "sólo se puede entrar en relación con *Cronos* a través de un estado de letargo."

(84) Con excepción, claro está, de las fuentes tradicionales de América del Norte, donde dicho centro estaría no al noroeste, sino al noreste, confirmándose así la latitud simbólica de dicho centro en algún punto del Atlántico norte.

(85) Codex Chimalpopoca

(86) Libro de *Enoch,* y los midrash medievales que comentan este importante libro que la ortodoxia católica (y también la hebraica de algún modo) siempre estigmatizó como apócrifo.

(87) La Atlántida; *Francis Bacon*

(88) Es cierto que las interferencias y confusiones entre la sede primordial y *Thule* son comunes y están generalizadas en las fuentes occidentales. Sin embargo, conviene diferenciar *Thule* como una sede secundaria como todas las aquí citadas.

(89) Cualquier novela o texto de la historia del Grial, cita a *Avalon* como la isla donde *Arturo* permanece dormido, tema paralelo a la residencia de *Saturno* donde éste espera en estado latente.

(90) Critias 110-120; *Platón*

(91) Narayaniya Parvan., Mahabharata

(92) Timeo, 20-25; *Platón*

(93) La "hibridación" secundaria del ser humano, está presente en diversas fuentes tradicionales, siendo el Libro de *Enoch* hebreo (integrado en la Biblia etiope), y el Critias de *Platón*, las fuentes más conocidas.

(94) La “caída” judeocristiana refleja este mismo tema, común por lo demás, y con las mismas imágenes simbólicas, a las principales expresiones tradicionales.

(95) Como por ejemplo, la irlandesa *MagMell* , y muchísimas otras “Islas de los Muertos” situadas tradicionalmente al Occidente.

(96) ShamkhyaKarika, *IsvaraKrishna*

(97) Historia Natural, *Plinio;* IV, VIII

(98) Vaisheshika-shastra; no sólo el vaisheshika-darsana hace referencia al *apas-tattva* como femenino, sino también en fuentes tántricas y el *samkhya* tardío.

(99) Critias, *Platón;* 100-120

(100) RgVeda; I, 25, 7-9

(101) Mahabharata; 2, 9

(102) Hay fuentes abundantísimas que documentan que trece eran los meses en la Inglaterra rural, hasta al menos la dinastía *Tudor*. Los trece meses del año aparecen en el Derecho Consuetudinario, presente aún hoy en Sri Lanka.

(103) Por ejemplo, en Devatta Tattva y otras fuentes védicas, el demonio monstruo *Rahu* está siempre intentando devorar a la luna.

(104) Chandogya Upanishad; 3, 19, 1

(105) Toda las fuentes hathayóguicas hablan de la libación lunar (*amrit)* que cae en el “fuego” (*agni*) de la ciudad resplandeciente (*manipura*), llevando la vejez y la muerte al ser humano.

(106) Trabajos y Días, *Hesiodo*

(107) Recuérdese el archiconocido *adagio* védico, “*neti-neti*”, para referirse a aquello que desde una perspectiva vedántica, se le designa como *brahman*

(108) Devi Upanisad, 1-2

(109) Kena Upanisad

(110) Kali Upanisad

(111) Taittriya Samhita

(112) Ramayana; I, 45, 33

(113) Sabemos por *Apuleyo,* que las hechiceras griegas que adoraban a *Hécate*, exigían la postura sexual en la que la mujer permanecía encima del hombre

(114) Numeri Rabba (Midrash sobre "Números"); 16.25. Sobre *Lilith*, y su papel en la Qabbalah, véase Yalqut Reubeni Ad Gen II, 21, IV 8, un comentario cabalístico sobre el Pentateuco.

(115) Por poner algún ejemplo, en Linga Purana, 2, 9, 12-13; "Siendo su maestro, el todopoderoso señor es llamado el *pashupata,* el señor del ganado"

(116) Mahabharata; 13, 6410

(117) Kama Sutra; 1 I

(118) Por poner un ejemplo de la teoría mediterránea, Evangelio según San Juan; 1 1

(119) Por poner un ejemplo de la teoría védica, Aitareya Aranyaka; 3, I, 6. La traducción de este texto, bien podía ser la apertura evangélica de San Juan.

(120) Por poner un ejemplo de fuentes tántricas, Gandharva Tantra

(121) Kama Sutra; 1 I

(122) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* véase Cap. 13, apartado *La cultura pop*

(123) Critias, *Platón;* Timeo, *Platón*

(124) Genesis Rabba, 222; también Adambuch, 75, 81-86 (Libro de Adán etiope)

(125) Odisea, *Homero;* VIII, 266-366

(126) Para conocer a las *erinias*, véase todo el subciclo heroico de *Orestes*. En *Pausanias;* I, 28, 5-6;

Los caballeros, *Aristófanes;* 1312

Euménides, *Esquilo*; 778-1100

(127) Sobre la inversión completa del símbolo femenino en manos del proyecto moderno, hemos escrito "La Madre Naturaleza ambientalista. Simbolismo, inversión y parodia", capítulo sexto de "La Danza Final de Kali".

(128) Critias, *Platón.* Recordemos que el mismo *Platón* atribuye la violencia y la injusticia, a la degradación de los atlantes.

(129) Génesis; 6, 1-4

(130) Jubileos; 4, 15-22; 5, 1

(131) Libro de *Enoch; 10*

(132) Génesis; 6, 4

(133) Neuma Elish, tb 23

(134) Los *Jotuns* aperecen posteriormente en todo el romancero artúrico, y son un vestigio del origen antiquísimo de las historias que se reflejan en esas obras.

(135) Prometeo Encadenado*; Esquilo*

(136) Deuteronomio; 20: 10-11; 3:11

(137) Eclesiástico; 47 – 4

(138) Baruc; 3 : 26-28

(139) Jubileos; 4: 15, 22; 5, 1

(140) Génesis; 6 : 1-7

(141) Libro de *Enoch*; 10 :1-9

(142) Números; 13:33

(143) Génesis; 6, 1-7

(144) La Ciudad de Dios, *San Agustín de Hipona*

(145) Génesis Rabba, 247-248

(146) Yalqut Génesis, 44

(147) Bereshit Rabbati, 29-30

(148) Libro de Enoch; 6-8; 69; 106, 13

(149) Libro de Enoch; 10, 1-9

(150) Jubileos; VI Sepher Hekhalot, 170-176

(151) En las fuentes védicas, uno de los nombres de *Agni* es *"Vahni"* ("mediador")

(152) Agni Purana; todo ello.

(153) Visnú Purana

(154) Kalika Purana; 20, 10

(155) Sabda-Kalpa-Druma; todo ello

(156) Taittiriya Brahmana

(157) Brhat Samhita

(158) De hecho en las fuentes védicas, se le llama *Ugra-dhanvan* (arquero terrible)

(159) Bhagavata Purana; 1, 10, 30

(160) Bhagavata Purana; 6, 10-13

(161) Bhagavata Purana; 11, 4, 7

(162) RgVeda; 1. 84. 13

(163) Taittiriya Brahmana

(164) Edda poética

(165) Völuspa, Codex Regius

(166) Quran Al-Karim; 52, 17-20

(167) Kapisthata-Katha-Samhita; 31, 20

(168) RgVeda; todo ello.

(169) Brhad-Aranyaka-Upanisad

(170) Mahabharata; Shanti Parvan; 338, 52

(171) Taittiriya Upanisad; 3, 2. También, por ejemplo, Matri Upanisad; 6, 11-12

(172) Mundana Upanisad; 1,2,3

(173) SamaVeda; lo cierto es que este veda todo él, estaría dedicado a *Soma*

(174) Chandogya Upanisad; 3, 17, 1-4

(175) Dharma-shastra; el concepto de *syanyaya,* donde el pez grande se come al pez pequeño.

(176) *"jam nova progenies caela demittitur alto."*

(177) Concordia discordantium canonum*; Graciano.* No se puede hablar de Derecho Canónico hasta la compilación de *Graciano,* en el siglo XII, después de Cristo.

(178) Evangelio según San Mateo; 5, 38-39

(179) Evangelio según San Juan; 19, 1-3

(180) Evangelio según San Lucas; 6, 20

(181) Evangelio según San Juan; 10, 1-16

(182) Evangelio según San Lucas; 2, 7

(183) Evangelio según San Marcos; 11, 1-8

(184) Evangelio según San Mateo; 27-24

(185) Evangelio de Tomás (*Codex* II de Nag Hammadi)

(186) Evangelio de la Verdad (*Codex* XII de Nag Hammadi)

(187) Evangelio de Felipe (*Codex* II de Nag Hammadi)

(188) Evangelio de Judas (*Codex* de El-Minya)

(189) Evangelio de Tomas; 13 (*Codex* II de Nag Hammadi)

(190) De mortibus persecutorum, *Lactancia*

(191) Symbolum Nicaenum

(192) Shiva Purana; Rudra Samhita, 6

(193) Linga Purana; 2, Cap.9

(194) Por ejemplo, Mundaka Upanisad; I Cap. 2

(195) Trabajos y días, *Hesiodo*

(196) Bhagavad-Gita, Cap. 1 (todo él)

(197) Mahanirvana-Tantra; 1; 20-29, 77-150

(198) Kulanarva-Tantra

(199) Kali-Tantra

(200) Kalki-Purana

(201) Bhagavata-Purana, I, 3, 26

(202) Bhaivisya-Purana, III, 4, 26

(203) La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* véase Cap. 4, en *La doctrina luciferina y la inversión simbólica*

(204) *Jyotish-vidya*

(205) Kalachakra-Tantra

(206) Varaha-Purana; en él se habla de *Patala,* la región subterránea donde viven los *Nagas.*

(207) Shiva Purana

(208) Hatha-Yoga-Pradipika; 3, 77

(209) Carta a los Corintios; 11, 23-25. Recuérdese la oración litúrgica católica que empieza: "Comed y bebed todos de él, porque éste es mi cuerpo…"

(210) Evangelio según *San Juan*; 6, 57

(211) Bhirat Aranyaka Upanisad; 14, 6

(212) Anushâsana Parva; Cap 213

(213) Cretenses de *Eurípedes*, en cita de *Porfirio*: "…he participado en festines de carne cruda…"

(214) Ashvalayana-Grihya-Sutra; 4, 9

(215) Linga-Purana I, Cap. 78, 8-19

(216) *Herodoto* IV, 64; IV 26

(217) *Herodoto* I, 216

(218) Historia Natural, *Plinio;* VII, II, I

(219) *Estrabón,* IV, 5, 4; IV, 1

(220) Shatapatha-Brahmana; 13, 6, 1-2

(221) Puede complementarse este contenido en La Danza Final de Kali, *Ibn Asad;* Cap. 1, en *Novus Ordo Seclorum* (Contexto, definición y función)

(222) Evangelio según San Juan; 12, 31

(223) Génesis, 3

(224) Vita Adae et Evae, 13, 1-16

(225) Hebreos 1, 6

(226) Mahanirvana-tantra

(227) KenaUpanisad;1,3

Mandudya Upanisad; 1, 7

Katha Upanisad; 5, 15

(228) Metafísica, *Aristóteles*

(229) Tao-Te-king, *Lao-tsé;* 25

(230) Zohar, *Moisés de León*

(231) Tosafot; comentario al Talmud Babilónico

(232) Quran Al-Karim, sura 71

(233) Al-baqarah, 35; Al-Ma´idah, 72

(234) Yunus, 25

(235) Quran Al-Karim, sura 1

(236) Tao-Te-King, *Lao Tsé;* 42

(237) Mundaka Upanisad, 2, 2-10

(238) Evangelio según San Juan; 1, 1

(239) Bhagavad-Gita, 13

(240) Tao Te_King, *Lao-Tsé;* 1

Tao Te King, *Lao-Tsé*; 55:

"Quien conoce no habla; quien habla no conoce."

ANEXO BIBLIOGRÁFICO

FUENTES TRADICIONALES DE FUNDAMENTACIÓN

A .- Fuentes de la Tradición India

I. Textos védicos

Aitareya Aranyaka

Aitereya Brahmana

Atharva Veda Samhita

Atharva Veda Sukta

Devi Sukta

Gopatha Brahmana

Jaiminiya Brahmana

Kapisthala Katha Samhita

Kahaka Samhita

Maitrayani Samhita

Maitri Asmita

Rg Veda

Sankhyayana Brahmana

Satapatha Brahmana

Taittiriya Aranyaka

Taittiriya Brahmana

Vajasanaya Samhita

II. Textos puránicos

Agni Purana

Bhagavata Purana

Bhavisya Purana

Brahmanda Purana

Brahma Purana

Devi Bhagavata Purana

Devi Purana

Garuda Purana

Kalika Purana

Kalki Purana

Kurma Purana

Linga Purana

Lomasha Purana

Markandeya Purana

Maudgala Purana

Narada Purana

Narasimba Purana

Padma Purana

Saura Purana

Shiva Purana

Skanda Purana

Srimad Bhagavata

Suta Samhita

Vamana Purana

Varaha Purana

Vayu Purana

Visnú Purana

Visnú-dharmottara Purana

III. Textos upanisádicos y Vedanta

Advayat raka Upanisad

Aitareya Upanisad

Avyakta Upanisad

Bhasmajabala Upanisad

Bhuvanesvari Upanisad

Brhad Upanisad

Chandogya Upanisad

Darsana Upanisad

Devi Upanisad

Ganapati Upanisad

Garuda Upanisad

Gopala-purva-tapini Upanisad

Iso Upanisad

Jabala-darsana Upanisad

Kaivalya Upanisad

Kali-santarana Upanisad

Katha Upanisad

Kena Upanisad

Krsna Upanisad

Mahanaraya Upanisad

Maitrayani Upanisad

Maitri Upanisad

Mandukurya Upanisad

Mugdala Upanisad

Mundaka Upanisad

Narayana Upanisad

Nilarudra Upanisad

Prasna Upanisad

Rama-purva-tapini Upanisad

Svetasvatara Upanisad

Taittriya Upanisad

Tara-sara Upanisad

Yajnavalkya Upanisad

iii b.- textos y comentarios vedánticos de *Adi Shankara:*

Vivekacudamani

Upadeśasāhasri

Śataśloki

Daśaśloki

Ekaśloki

Pañcīkarana

Ātma bodha

Aparoksanubhuti

Sādhana Pañcakam

Nirvāna Śatakam

Manīśa Pañcakam

Yati Pañcakam

Vākyasudha

Tattva bodha

Vākya vrtti

Siddhānta Tattva Vindu

Nirguna Mānasa Pūja

Prasnottara Ratna Malika

Brahma Sutra (Bhasya)

IV.- Textos tántricos y agamas

Agastya Samhita

Bagalamukhi Tantra

Bhairavi Tantra

Bhuvanesvari Tantra

Chinnamast Tantra

Dattatreya Tantra Samhita

Dhumavati Tantra

Gandharva Tantra

Gautamiya Tantra

Kali Tantra

Kamakala vilasa

Kamala Tantra

Kularnava Tantra

Mahanirvana Tantra

Mahasundari Tantra

Narada Pancaratra

Nigama-kalpalata

Paramesvara Samhita

Pingala Tantra

Rudra-yamala Tantra

Shakta Pramoda

Shambavi Tantra

Satvata Tantra

Shodasi Tantra

Tantra Samhita

Tara Tantra

Tripura-bhairavi Tantra

Iddisa Tantra

Vaikhanasa Agama

Varada Tantra

Visvasara Tantra

Yamala Tantra

Yoguini Tantra

V.- Textos épicos

Adbhuta Ramayana

Valmiki Ramayana

Mahabharata

VI.- Textos yóguicos, hathayóguicos y otros

Patañjala-Yogasutra

Yogabhasya

Shiva Samhita

Hatha-Yoga-Pradipika

Gheranda Samhita

Samkhya Karika

B.- Fuentes de la Tradición Islámica

Quran Al-karim

I.- *Hadiz*

Recopilación de *Al-Bujani*

Recopilación de *Abu Da´ud*

Recopilación de *al-Tirmidhi*

Recopilación de *Al-Nasa´i*

Recopilación de *Ibn Maya*

II.- Tratados

Al-Futuhat Al-Makkiyya, *Ibn Arabi*

Fusus al-Hikam *Ibn Arabi*

Dajā'ir al-a'lāq *Ibn Arabi*

Kitāb al-tadbīrāl al-Ilāhiyya *Ibn Arabi*

Kitāb mawāqi' al-nuyūm *Ibn Arabi*

Kitāb tuhfat al-safara *Ibn Arabi*

Risālat al-Amr al-muhkam *Ibn Arabi*

Risālat al-anwār *Ibn Arabi*

Diwan Al-Diwan al-akbar *Ibn Arabi*

Taryuman al-ashwaq *Ibn Arabi*

C.- Fuentes de la Tradición Hebrea

I.- Tanaj

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Yehoshua

Shoftim

Samuel

Reyes

Isaías

Jeremías

Ezequiel

Oseas o Oshea

Joel

Amós

Abdías

Jonás

Miqueas

Najum

Habacuc

Sofonías

Ageo

Zacarías

Malaquías

Salmos

Proverbios

Job

El Cantar de los Cantares

Rut

Lamentaciones

Eclesiastés

Esther

Daniel

Esdras

Crónicas

II.- Textos cabalísticos

Sefer ha-Zohar, *Moisés de León*

Sefer Yetzirah

Ha-nefesh ha-hakamah, *Moisés de León*

Sefer ha-Rimmon, *Moisés de León*

Ha-Miskal, *Moisés de León*

Sefer ha-Sadot, *Moisés de León*

III.- Textos talmúdicos, midráshicos, apócrifos, comentarios y otros

Aboda Zara

Adambuch

Agadat Bereshit

Agadat Shir Hashrim

Bate Midrashot

Bekhorot

Bereshit Rabbati

Sefer Da´at Zeqenim

Deuteronomy Rabba

Ecclesiastes Rabba

Libro de Enoch

Exodus Rabba

Genesis Rabba

Genesis Apocryphon

Ketubot

Kiddushin

Séfer Hadar Zaqenim

Imre Noam

Leviticus Rabba

Ma´ase Abraham

Messekhet Soferim

Megilla

Menahot

Nazir

Nedarim

Nidda

Numeri Rabba

Otzar Midrashim

Peah

Pesahim

Pirqe Rabbenu Haqadosh

Rosh Hashana

Seder Eliahu Rabba

Seder Gan Eden

Seder Olam

Sefer Noah

Sefer Yuhasin

Sifra

Libro de Susana

Tanhuma

Testamento de los Doce Patriarcas

Vita Adae et Evae

Yalqut Makhiri

Yalqut Reubeni

Yebamot

Yoma

Zebahim

D.- Fuentes de la Tradición Cristiana

1.- Biblia Vulgata

i a.- Antiguo Testamento (véase *Tanaj*)

Pentateuco

Históricos

Profetas Mayores

Profetas Menores

Sapienciales

ii b.- Nuevo Testamento

Evangelio según San Mateo

Evangelio según San Marcos

Evangelio según San Lucas

Evangelio según San Juan

Hechos de los apóstoles

Epístola a los romanos

Primera epístola a los corintios

Segunda epístola a los corintios

Epístola a los gálatas

Epístola a los efesios

Epístola a los filipenses

Epístola a los colosenses

Primera epístola a los tesalonicenses

Segunda epístola a los tesalonicenses

Primera epístola a Timoteo

Segunda epístola a Timoteo

Epístola a Tito

Epístola a Filemón

Epístola a los hebreos

Epístola de Santiago

Primera epístola de San Pedro

Segunda epístola de San Pedro

Primera epístola de San Juan

Segunda epístola de San Juan

Tercera epístola de San Juan

Epístola de San Judas

Apocalipsis de San Juan

2.- Textos teológicos

Summa Theologiae, *Santo Tomás de Aquino*

Scriptum super Sententias, *Santo Tomás de Aquino*

Summa contra Gentiles, *Santo Tomás de Aquino*

3.- Textos apócrifos, gnósticos o descartados en el canon católico

La Oración de Pablo

El Libro Secreto de Santiago

El Evangelio de la Verdad

El Tratado de la Resurrección

El Tratado Tripartito

El Evangelio de Tomás

El Evangelio de Felipe

La Hipóstasis de los Arcontes

Sobre el origen del mundo

La Exégesis del Alma

El Libro de Tomás el Contendiente

El Libro Secreto de Juan

El Evangelio Copto de los Egipcios

La Sofía de Jesucristo

El Diálogo del Salvador

Epístola de Eugnostos

El Apocalipsis de Pablo

El Primer Apocalipsis de Santiago

El Segundo Apocalipsis de Santiago

El Apocalipsis de Adam

Los Actos de Pedro y los doce Apóstoles

El Trueno, Mente Perfecta

Enseñanzas Autorizadas

El Concepto de nuestro Gran Poder

El Paráfrasis de Sem

El Segundo Tratado del Gran Seth

El Apocalipsis Gnóstico de Pedro

Las Enseñanzas de Silvanus

Las Tres Estelas de Seth

La Carta de Pedro a Felipe

Melquisédec

El Pensamiento de Norea

El Testimonio de la Verdad

Marsanes

Alógenes

Hipsifrones

Las Sentencias de Sexto

E.- Fuentes de la Tradición Persa

1.- *Avesta*

Yasna

Xwardag Avastag

Videvdad

F.- Fuentes de la Tradición Búdica

1.- Textos hinayánicos

Canon pali

2.- Textos mahayánicos

Mula-madhyamaka-karikah, *Nagarjuna*

Vigraha-vyavartani, *Nagarjuna*

Ratnavali, *Nagarjuna*

Sunyata-saptati, *Nagarjuna*

Yukti-sastika, *Nagarjuna*

G.- Fuentes de la Tradición Extremoriental

Tao-te-king, *Lao-Tsé*

H.- Fuentes sumerio-babilónicas

1.- Tablillas sumerias

Mito sumerio de la Creación y el Diluvio

Enmerkar y el señor de Aratta

Enmerkar y En-suhgir-ana

Lugalbanda en la Cueva Montañosa

Lugalbanda y el Pájaro Anzud

Gilgamesh y Aga

Gilgamesh y el Toro del Cielo

La muerte de Gilgamesh

Gilgamesh, Enkidu y el Mundo Inferior

Gilgamesh y Huwawa

I.- Fuentes Nórdicas

Edda prosaica, *Snorri Sturluson*

Edda poética, *Snorri Sturluson*

Heimskringla, *Snorri Sturluson*

Gesta Danorum, *Saxo Grammaticus*

J.- Fuentes herméticas

Corpus Hermeticum

Discurso sobre la Orgoada y la Eneada (codex VI de Nag Hammadi)

Asclepios 21-29 (codex VI de Nag Hammadi)

K.- Fuentes americanas precolombinas

Codex Bodley

Codex Colombino-Becker

Codex Nuttall

Codex Vindobonensis

Codex Tro-cortesiano

Códice de París

Códice Fejérváry-Mayer

Códice Cospi

L.- Fuentes griegas

(Se incluirá en este anexo los textos griegos relacionados directamente con asuntos tratados en la obra. Por ejemplo, *Hesiodo* aparece en primer lugar por la constante referencia que se hace a la teoría tradicional de las cuatro edades. Señalamos textos épicos griegos por la importancia de éstos en la comprensión del simbolismo del subciclo heroico.

Finalmente, *Platón* y *Aristóteles* son referidos como puente entre el pensamiento tradicional griego y el pensamiento occidental)

1.- Textos hesiódicas

Teogonía, *Hesiodo*

El Escudo de Heracles, *Hesiodo*

Trabajos y días, *Hesiodo*

2.- Textos épicos

Odisea, *Homero*

Eliada, *Homero*

3.- Textos platónicos

Apología

Ion

Critón

Protágoras

Laques

Lisis

Cármides

Eutifrón

Gorgias

Menón

Eutidemo

Hipias Menor

Crátilo

Hipias Mayor

Menexeno

El banquete

Fedón

La República

Fedro

Teeteto

Parménides

Sofista

Político

Filebo

Timeo

Critias

Leyes

Epínomis

4.- Textos aristotélicos

Metaphysica

Physica

De caelo

De generatione et corruptione

Meteorologica

De mundo

De anima

Parva naturalia

De spiritu

Historia animalium

De partibus animalium

De motu animalium

De incessu animalium

De generatione animalium

De coloribus

De audibilibus

Physiognomonica

De plantis

De mirabilibus auscultationibus

Mecánica

Problemata

De lineis insecabilibus

Ventorum situs

ANEXO II

Listado de Figuras e Ilustraciones

ANEXO III

Listado de Cuadros

www.ibnasad.com

Trabajo editado en Marzo de 2011